Mi mejor amigo, su mujer... y yo

COMPÁRTEME

SALACIOUS PLAYER'S CLUB



SARA CATE

Phoebe

SARA CATE

COMPÁRTEME

SALACIOUS PLAYER'S CLUB

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *Give Me More*

Primera edición: julio de 2025

Copyright © 2022 by Sara Cate

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2025

© de esta edición: 2025, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-02-8
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

1. Advertencia de contenido
2. Prólogo
3. Regla nº 1
4. Regla nº 2
5. Regla nº 3
6. Regla nº 4
7. Regla nº 5
8. Regla nº 6
9. Regla nº 7
10. Regla nº 8
11. Regla nº 9
12. Regla nº 10
13. Regla nº 11
14. Regla nº 12
15. Regla nº 13
16. Regla nº 14
17. Regla nº 15
18. Regla nº 16
19. Regla nº 17
20. Regla nº 18
21. Regla nº 19
22. Regla nº 20
23. Regla nº 21
24. Regla nº 22
25. Regla nº 23
26. Regla nº 24
27. Regla nº 25
28. Regla nº 26
29. Regla nº 27
30. Regla nº 28
31. Regla nº 29

32. Regla nº 30
33. Regla nº 31
34. Regla nº 32
35. Regla nº 33
36. Regla nº 34
37. Regla nº 35
38. Regla nº 36
39. Regla nº 37
40. Regla nº 38
41. Regla nº 39
42. Regla nº 40
43. Regla nº 41. Epílogo
44. Regla nº 42. Epílogo extra
45. Nota de la autora sobre el contenido extra
46. Contenido extra: Regla nº 31 (II)
47. Agradecimientos

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Estimado lector:
Esta historia de amor aborda el proceso de salir del armario, descubrir la bisexualidad y explorar el poliamor. Ten en cuenta que hay algunos temas de homofobia interiorizada, abandono y abuso infantil. No aparecen abusos o agresiones a menores, solo la lucha por superar el trauma y salir del armario reforzado y feliz.
El amor es el amor.

Para mis lectores, que disfrutan de lo obsceno sin avergonzarse.

PRÓLOGO

HACE SIETE AÑOS…

HUNTER

—Y ahí estaba yo, agarrándola del pelo, los dos a cien. La miro a los ojos y le digo: «¿Por qué no eres una buena chica y me la chupas?». Y antes de que pudiera hacer nada, se había levantado y me había dado un puñetazo.

Abro los ojos de golpe y me atraganto con el whisky que estaba bebiendo. Si dijera que no me esperaba que mi amigo y colega soltara eso, me quedaría corto.

—¡Joder! —le digo a Emerson, dejando el vaso sobre la mesa.

Isabel, sentada a mi lado, se muerde el labio para contener la risa. Es la tercera vez que viene conmigo un jueves por la noche, el día que quedo con mis amigos para quejarnos del trabajo, y no sé muy bien qué opina de lo vulgares que pueden llegar a ser.

Es demasiado joven para estar en este lugar, y aunque salimos desde hace casi tres años, no suelo pedirle que venga conmigo cuando quedo con los demás. Es demasiado… pura para esta gente. Bueno, eso no incluye a Drake, claro, porque siempre está con nosotros, aunque ahora mismo se ha apartado un poco para jugar a los dardos con un grupo de chicas que creo que están celebrando un cumpleaños.

Le cojo la mano a Isabel por debajo de la mesa y le sonrío cuando se sonroja. Se ríe en voz baja de Emerson cuando él usa el vaso a modo de bolsa de hielo en el moratón que se le está formando alrededor del ojo.

—Me da que no le gustó lo que le dijiste —comenta Maggie, mirando a Emerson con una sonrisa traviesa.

—¿Tú crees? —Emerson hace una mueca—. A ver, creía que nos entendíamos. Parecía bastante pervertida, y estoy convencido de que le gustaba, pero supongo que me equivoqué. Al parecer no es muy fan de la humillación sexual.

Nunca dejará de sorprenderme la franqueza con la que mis amigos hablan de sexo. No soy un mojigato, ni mucho menos, pero mi padre a veces era un poco conservador y defendía la rectitud en todo lo que le convenía, y la ignoraba cuando no. No se le daba muy bien lo de proporcionarnos un techo bajo el que cobijarnos, así que yo tuve que ver y hacer unas cuantas cosas bastante turbias para salir adelante.

Ahora tengo un trabajo estable, me han ascendido dos veces en los seis últimos meses y tengo una novia con la que pienso casarme algún día, si puedo hacer bien las cosas.

Así que, sí, cuando la hora feliz de los jueves sube de tono, me inquieta un poco, porque Isabel no es como Drake o como yo. Ella viene de una zona de la ciudad en que las casas tienen vallas blancas y los vecinos pasean perros de pura raza, y quiero que siga siendo así, así que cuando mis amigos cuentan sus historias de sexo, me pongo un poquito nervioso, nada más. Cuando no están hablando de eso, se quejan de la empresa para la que trabajamos, y me parece bien, porque yo también estoy harto, pero no puedo permitirme perder el trabajo ni que la empresa se vaya a pique, aunque sabemos que es inevitable. Si quiero pedirle matrimonio a Isabel —y es lo que quiero cuando cumpla los veintiuno—, necesito tener bastante dinero ahorrado como para dar la entrada de una casa y comprarle el anillo que se merece.

Tal vez los demás odien la empresa y quieran marcharse, pero no saben hasta qué punto yo la necesito para asegurar el resto de mi vida.

Un coro de risitas en la barra me llama la atención, y, cuando vuelvo la vista hacia ahí, veo a Drake bebiendo un chupito del vientre de una de las chicas del cumpleaños, e ignoro por qué, pero me encuentro rechinando los dientes, aunque no sé de qué me sorprendo: es así desde que éramos adolescentes.

Eso me hace preguntarme cuánto tiempo voy a ser el único del grupo que tiene una relación estable; Emerson y Garrett aprovechan al máximo las fiestas y eventos de trabajo y se acuestan con un montón de mujeres, pero, tarde o temprano, acabarán cansándose y buscando algo fijo, ¿no?

Estaba desconectado de la conversación, pero, de pronto, algo que dice Garrett me devuelve al presente.

—Joder, tío. Es una mierda que no haya una manera de emparejar a la gente por las perversiones que les molan en la cama. —Todo el grupo, incluida Isabel, se ríe de esa idea absurda. Vuelvo a agarrarle la mano a Isabel por debajo de la mesa y me entran ganas de preguntarle si prefiere marcharse,

aunque parece sentirse cómoda. Aunque solo tenga veinte años, es una persona muy curiosa y le encanta el sexo, aunque yo prefiero mantener las cosas en el terreno vainilla, porque es demasiado joven.

—Hablo en serio, joder —argumenta Garrett—. ¿No estaría genial que pudieras conocer a alguien a quien le gustaran las mismas mierdas que a ti? No tendrías que ocultarlo ni avergonzarte de las cosas que te ponen.

—Estás como una puta cabra, Garrett —bromeo; Isabel me estrecha la mano con más fuerza, y, al mirarla, veo que tiene el ceño fruncido, como si yo hubiera dicho algo malo.

—Qué va —se defiende Garrett—. ¿Quién no tiene alguna fantasía que no ha cumplido porque le da demasiado miedo ponerla en voz alta? A ver, está claro que a Emerson no le cuesta preguntar. —Emerson hace una mueca, y Garrett sigue en sus trece, como si pensara que su idea puede funcionar. Pero como Isabel me ha fruncido el ceño cuando me he burlado de él, mantengo la boca cerrada—. Todos hemos hecho un montón de cosas, pero estoy seguro de que hay algo que no os habéis atrevido a sugerir. Venga, confesad.

—Tú primero —responde Maggie con una sonrisa traviesa. Maggie es la única mujer del grupo, aunque no se comporta como cabría esperar teniendo en cuenta que mantiene a raya a tres tíos cachondos: es sorprendentemente tímida y reservada, lo que explica por qué le ha replicado a Garrett con otro imperativo.

—Está bien —responde, y mientras Garrett desvela sus inesperados gustos en el dormitorio, yo me dedico a atender a la conversación y a lo que hace Drake, que ahora mismo está tan cerca de la mujer que lleva una banda blanca que pone *«Es mi cumpleaños»* y una corona que parecen a punto de besarse. Se me hace un nudo en el estómago al ver que ella le pasa las manos por el pecho y el cuello y aferro con fuerza mi copa de whisky. Justo cuando sus labios están a punto de encontrarse, la voz suave de Isabel me devuelve a conversación.

—Yo quiero hacer un trío.

—¡Sí! —exclama Garrett, y yo me quedo alucinado mirando a mi dulce e inocente novia, que acaba de contarles a todos mis amigos que su deseo más oculto es hacer un *ménage à trois*—. ¡¿Lo veis?!

—¡Isabel! —tartamudeo.

—¿Qué? —pregunta, encogiéndose de hombros—. Garrett tiene razón. Es normal tener fantasías. No pienso sentirme culpable.

—Bien hecho —responde Maggie.

Las mejillas pecosas de Isabel se cubren de rubor, y esboza una sonrisa tensa.

—No me puedo creer lo que acabas de decir… —La miro boquiabierto, divertido y escandalizado a partes iguales.

—Un momento —insiste Garrett—. ¿Un trío con otra chica o un trío con otro chico?

Me masajeo las sienes y lucho contra la tentación de sacarla a rastras de aquí para que los pervertidos de mis amigos no puedan corromperla más, pero ella hace una mueca y considera la pregunta.

—Mmm… Creo que me da igual.

—Guay —responde Garrett.

No puedo disimular mi sorpresa: hace tres años que la conozco, tres años que llevo enamorado de ella, y hace dos que empezamos a acostarnos, y jamás me había contado que quisiera hacer un trío.

—Muy bien, Hunter, es tu turno —dice Garrett, y yo niego con la cabeza.

—No se me ocurre nada.

—Venga, yo he contado mi fantasía —argumenta Isabel, y yo me encojo de hombros.

—Es la verdad. No tengo ninguna.

Me miran decepcionados, pero al cabo de un momento vuelven a lo suyo. Ojalá pudiera contarles mis deseos más escondidos, pero ni siquiera permito que esa idea se me pase por la cabeza. Vuelvo la vista hacia la barra, veo que Drake se está enrollando con la chica del cumpleaños apoyado en la pared y rechino los dientes una vez más.

Pueden tomarse a broma todo esto de las fantasías, pero jamás sabrán lo angustioso que es mantener tus deseos ocultos porque jamás, nunca, sabrán los míos. No pienso permitirlo.

A la mañana siguiente, todos los demás ven cumplidos sus deseos porque la empresa se ha declarado en quiebra y todos nos hemos quedado sin trabajo. El pánico que me invade es abrumador, y, cuando Emerson me llama, yo ya estoy buscando otro trabajo.

La primera vez que me habla de su nueva idea de negocio —desarrollar una aplicación de citas basada en las fantasías sexuales— pienso que es una locura y que no va a funcionar, y estoy a punto de negarme. Tengo esas palabras en la punta de la lengua porque me juego mi futuro con la mujer que amo, y sería preferible que aceptara un empleo en una empresa que ya diera beneficios, pero cuando la veo durmiendo a mi lado, en la cama, y recuerdo lo que dijo,

cómo declaró que deseaba hacer un trío, me doy cuenta de que prefiero vivir una vida alocada con esta chica en un apartamento antes que una aburrida en una casa. Y si ella puede vivir así sin avergonzarse, yo también.

En contra de mi primer impulso, acepto asumir el papel de encontrar y dirigir a los desarrolladores de la aplicación. Me prometo dedicarle un año, más que nada porque no creo que dure tanto.

Me equivoqué: el Club Juegos Prohibidos duró mucho más que un año y se convirtió en mucho más que una aplicación móvil.

Regla nº 1

Cuando no puedes ser el tercero en discordia, haz un trío

Drake

Soy un puto sinvergüenza. Es un término anticuado, pero no me gusta ninguno de los modernos: golfo, *playboy,* mujeriego…

No me gusta lo estable ni las relaciones ni soporto la idea del compromiso. Siempre que he estado durante un período más o menos largo con alguien, le he puesto los cuernos varias veces. La primera fue mi novia del instituto, cuyo nombre ni siquiera recuerdo; y no solo eso: la engañé con su mejor amiga horas después de desvirgarla.

Lo que decía: un sinvergüenza.

Tampoco es que me enorgullezca de ello; sé que no dice mucho de mí, pero tampoco soy el típico imbécil que va por ahí alardeando. Simplemente soy así: me gusta follar, y, aunque respeto a todas las personas con las que estoy, mi prioridad no es conocerlas. Solo quiero que pasemos un buen rato y después nos separemos sin hacerle daño a nadie.

Así que cuando mi mejor amigo me ofreció un trabajo como jefe de reformas en su nuevo club sexual, no fue nada sorprendente que aceptara de inmediato. Era mi pasaporte al paraíso: por fin iba a poder vivir a mi manera, en los mejores años de mi vida, sin preocuparme por que mis compañías sexuales esperaran un mañana o un para siempre; en el Club Juegos Prohibidos puedo follar todo lo que quiera y ser tan pervertido como me apetezca y con quien me apetezca: chicas o chicos.

Y aquí estoy, con unos labios increíbles alrededor de mi miembro y una chica morena cabalgando sobre mi cara, aullando como una posesa mientras le rodeo el clítoris con la lengua. Estoy a dos segundos de sacarle el pene de la boca a su amiga y metérselo hasta la garganta para que se calle; iba a dejar que se corriera antes, pero esto ya se está saliendo de madre, así que me la quito de encima, salgo de la boca de su amiga y me meto en la suya. Este no es su

primer rodeo, está claro; a veces, cuando es el primer trío de alguien, te das cuenta por la forma en que titubean cuando cambiamos de postura, sin saber muy bien qué hacer o dónde, pero estas chicas saben lo que se hacen. Es fácil verlo cuando la más callada se pone a practicarle sexo oral a la otra como si estuviera en un concurso de comer tartas.

¿Y cómo me he metido en esto? Bueno, llegué a la casa de alquiler de Phoenix con Hunter e Isabel ayer por la tarde, y terminé en este paraíso después de que mis amigos me dejaran solo y se fueran a celebrar su aniversario. Yo decidí ir de caza a una discoteca para poner una muesca más en mi cabecero. Y está claro que ha funcionado a las mil maravillas.

Tampoco se trataba de que no quisiera celebrar su aniversario con ellos, pero es que ni siquiera es el aniversario de boda, sino el de sus diez años de noviazgo. ¿Qué clase de persona sigue celebrando eso después de casarse? No pretendo parecer amargado, porque no lo estoy: a ver, estoy a punto de correrme en la boca de una chica de veintidós años. No tengo de qué quejarme.

De todas formas, ser la tercera pata del banco de esos dos me cansa un poco, porque llevo siéndolo toda su relación; joder, si hasta estaba ahí el día que se conocieron, y recuerdo muy bien la cara de enamorado de mi mejor amigo cuando vio a la recatada pelirroja con gafas que cruzaba la calle cargada con sus libros.

Y después de eso seguí ahí cuando Hunter se reformó, cuando consiguió un empleo, cuando se esforzó por ascender por ella, cuando se convirtió en el dueño de un club por ella.

Quizá si yo fuera la clase de tío que sienta la cabeza con una mujer guapa, me habría alejado un poco de ellos, pero como no lo soy, me tratan como a su hijo predilecto de treinta y cuatro años y me invitan a fiestas, cumpleaños y, como puede verse, vacaciones.

No pretendo entrometerme en su vida, pero son la única familia que tengo; son todo lo que tengo.

Y, a saber por qué, en cuanto pienso en ello me corro en la boca de la chica, que se traga hasta la última gota. Creo que ninguna de las dos se ha corrido, pero, como a mí me han exprimido, me desplomo sobre el colchón y dejo que acaben la una con la otra.

Me sumo en un sueño posorgásmico hasta que oigo la puerta principal abrirse, una charla en voz baja y movimiento en esta casa tan pequeña;

después, se cierra la puerta al final del pasillo y siento una opresión en el pecho.

—¿Ya hemos acabado? —pregunta la chica callada.

—Dame un minuto, cariño. —Suelto un suspiro y me tumbo boca arriba, relajado.

La que lleva un aro en la nariz —creo que su nombre empieza por ka— me besa el cuerpo entero y me acaricia para intentar revivirme. ¿Kristy, Kelsey, Kyla?

En serio, mujer, no han pasado ni cinco minutos. ¿No sabes lo que es el período refractario?

Se oye un gemido agudo a lo lejos y me tenso. Entre mi habitación y la suya solo hay un tabique, y me doy cuenta de lo delgado que es cuando oigo un nuevo grito de Isabel.

—Allá vamos —dice una de las chicas cuando mi erección crece gracias a sus caricias; a nuestro lado, la otra se está recuperando del orgasmo.

—Parece que hay fiesta en la otra habitación —murmura, somnolienta, cuando escuchamos los golpes de la cama contra la pared con un ritmo lento y brusco.

—Quizá deberíamos preguntarles si podemos unirnos a ellos y montar un fiestón enorme —apunta la chica que me está acariciando.

—Hablas demasiado —protesto. Me doy la vuelta y cojo un condón de la mesilla, lo deslizo sobre mi pene erecto y me abalanzo sobre la chica que está de rodillas frente a mí, escuchando los gemidos de mis mejores amigos mientras follan.

La chica suelta un gemido ahogado, la agarro del pelo y la levanto para acercar mi boca a su oreja.

—Grita más fuerte —murmuro, y obedece, pero no lo suficiente como para ahogar los sonidos que hace la mujer de la habitación de al lado. Esa a la que no debería estar prestando atención, en la que no debería estar pensando y que no debería excitarme.

Regla nº 2

La competencia no es mala

ISABEL

Mi marido tiene pinta de ser infeliz…, bueno, me corrijo: tiene pinta de ser feliz, porque a Hunter se le da bien sonreír y disimular si hace falta, pero a mí no me engaña, y puedo ver las expresiones disimuladas de pesar y tristeza que aparecen en su rostro.

—¿No te gusta el filete? —pregunto.

—Sí, cariño, claro que me gusta. —Tiende la mano sobre la mesa y me acaricia los nudillos, y yo correspondo a su sonrisa.

No soy lo que la gente considera la típica buena esposa, y ni siquiera sé qué quiere decir eso. Cuando era más joven estaba en contra del matrimonio, porque pensar en dedicarle mi vida a una sola relación me parecía irracional y desalentador. ¿Cómo podría prometerle a alguien que iba a amarlo solo a él durante el resto de mi vida? ¿Cómo podría prometerlo nadie? No podemos ver el futuro ni saber lo que nos espera a la vuelta de la esquina.

Pero entonces conocí a Hunter Scott. Es muy fácil amar a Hunter: me adora, me complementa, me anima, me inspira y consigue que me enamore de él un poco más con cada día que pasa, así que, por supuesto, quiero que se sienta tan feliz como yo, pero por la forma en que le da vueltas al anillo de boda en el dedo y se muerde el labio inferior sin apartar la mirada de su copa de vino tinto, sé que algo va mal.

—¿Deberíamos haberlo invitado? —pregunto.

Alza la vista hacia mí.

—No. Él entiende que es nuestro aniversario, y, además, estoy seguro de que ahora mismo ya se está acostando con alguien.

Me obligo a ignorar la inquietud que me provoca pensarlo. Drake es un hombre adulto, soltero y guapo, y puede hacer lo que le dé la gana. Pero ¿va a pasarse todo el viaje follando? Sé que no ayuda que nos hayamos tomado estas

minivacaciones para recorrer el país y visitar cuatro clubes sexuales, aunque me siento como si estuviéramos llevando a nuestro hijo a Disneylandia. No puedo reprimir una risita al imaginarme a Drake con unas enormes orejas negras de ratón y su nombre bordado en la espalda de la camiseta.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Solo me estaba preguntando por qué le hemos pedido a Drake que viniera con nosotros. Es muy probable que lo perdamos por el camino.

—Siempre hace lo mismo cuando nos vamos de vacaciones —ríe.

—Ya deberíamos haber aprendido que es mejor no compartir las casas de alquiler con él —replico, juguetona.

—La verdad es que sí. —Me estrecha los dedos.

—¿Sabes? A lo mejor tendríamos que haberlo invitado a cenar con nosotros. Al fin y al cabo, estaba ahí el día que nos conocimos.

—Ah, ¿sí? —responde Hunter—. No lo recuerdo. Solo te miraba a ti.

Pongo los ojos en blanco e intento ocultar mi sonrojo.

—Para.

—No. Isabel, ese fue el mejor día de mi vida, el primero de muchos. Verte de camino a la biblioteca, cargando con esa pila de libros y con las gafas resbalándose por tu nariz… —Su sonrisa es contagiosa.

—Te estás burlando de mí —contesto.

—No. Hasta recuerdo con absoluta precisión lo que se me pasó por la cabeza en ese momento.

—«¿Quién sigue yendo a la biblioteca?».

—No. Fue «Ojalá pudiera salir con una chica así».

Nos acercamos el uno al otro sobre la mesa para besarnos.

—Y, mira por dónde, conseguiste salir con una chica así.

Cuando vuelve a reclinarse en su asiento, su expresión es seria de nuevo.

—Porque he cambiado.

—No —argumento—. Porque te quiero pase lo que pase.

Juguetea con las mangas de su camisa, tirando de ellas hacia abajo como un hábito para ocultar los tatuajes que van desde su muñeca hasta su cuello. Mi marido parece pensar que ciertas decisiones que tomó entre los dieciséis y los veintitrés años lo hacen indigno de ser amado, y sé que lo avergüenzan.

Cuando lo conocí yo era una virgen de diecisiete años con ojos saltones. Él era un delincuente de veintitrés años cubierto de tatuajes que hacía lo que podía para salir adelante. Vivíamos en zonas muy dispares de la ciudad,

nuestros mundos eran muy distintos, nuestros caminos, muy diferentes; pero al final esos caminos se convirtieron en uno y nuestras historias, aunque desiguales, se unieron en un futuro común. De repente, Hunter se aparecía en todos lados; como tenía miedo de asustarme, tardó meses en reunir el valor suficiente para hablarme: sabía que iba a la biblioteca pública al menos tres veces por semana, y cuando por fin se acercó a mí, estaba tan nervioso que temblaba, y eso, en un hombre como él, me pareció adorable.

Hunter nunca me ha dado miedo; a pesar de sus tatuajes y su reputación, su expresión era amable, y la verdad es que yo me había fijado en él mucho antes de que él se fijara en mí, e, irónicamente, me dije que jamás podría salir con un chico como él.

—Te quiero —musito; apoyo el codo en la mesa y la barbilla en la mano, como una adolescente enamorada. Lo que, en cierto modo, supongo que sigo siendo.

Sonríe, y esos dientes blancos y brillantes hacen que un cálido cosquilleo me recorra las entrañas. ¿Por qué tiene que ser tan guapo, tan encantador y sexy?

—Yo también te quiero, pelirroja.

Me ruborizo y sé que mi cuello y mi pecho están aún más rojos que mi pelo.

—Hunter… —susurro, y le rozo la pierna con mi pie. Se tensa, ladea la cabeza y me mira con lujuria—. Vámonos ya a casa.

—La cuenta, por favor —le pide al instante al camarero, y mi sonrisa es tan amplia que me duelen las mejillas.

Oímos los gemidos incluso antes de abrir la puerta principal del diminuto apartamento de dos dormitorios que hemos alquilado en el centro de Phoenix, cerca del club que visitaremos mañana por la noche. Era la opción más lógica, ya que somos tres y, en lugar de pagar lo mismo por dos habitaciones de hotel, podemos tener un piso por el mismo precio.

Pero cuando, al dejar el bolso, oigo lo que parece una mujer en pleno orgasmo me replanteo la cordura de esa idea.

—Cancela el resto de las reservas —bromeo.

—Joder… Lo siento.

—Hunter, no te disculpes —río—. Eres copropietario de un club sexual. ¿En serio crees que esto me afecta?

Me empuja contra la mesa y me arrincona entre sus brazos.

—¿Estás segura de que no te afecta en absoluto? ¿Ni siquiera un poco? —Me besa el cuello, justo debajo de la oreja, y yo dejo escapar un murmullo de aprobación: conoce todos mis puntos débiles.

—Vale…, puede… Un poco…

Me rodea la cintura, me estrecha contra él y murmura junto a mi oreja.

—¿Deberíamos hacerles la competencia.

—Ay, cariño, ya sabes que puedo hacerlo mucho mejor que ella. —Pero entonces se oye el gemido de otra voz femenina y Hunter y yo nos miramos con los ojos como platos—. Ellas —me corrijo.

Hunter me carga sobre su hombro y me lleva al dormitorio; ahí, los gemidos de la habitación contigua suenan más fuerte, así que supongo que estamos pared con pared. Maravilloso…

Me distraigo enseguida cuando Hunter me deja caer sobre la cama y me lleva hasta el borde; le rodeo la cintura con las piernas mientras se quita la chaqueta y se desabrocha la camisa. Me lamo los labios y me deleito con la visión de mi marido tras deshacerse de la prenda blanca de algodón para dejar al descubierto la tinta negra, blanca y roja que lo cubre como una segunda piel.

Con un brusco tirón, me sube el vestido hasta la cintura y me baja las bragas. Suelta un gruñido, se arrodilla y me mordisquea el interior de los muslos. Me retuerzo entre sus brazos cuando alcanza mi centro y lo recorre con grandes lengüetazos, y suelto un fuerte gemido.

—Venga, pelirroja, puedes hacerlo mejor.

Me mete dos dedos y arqueo la espalda, soltando un grito gutural. Su boca es brusca y sus dedos, brutales mientras me chupa y me mordisquea el clítoris.

Me aferro a las mantas; mis zapatos de tacón caen con estrépito contra el suelo de baldosas cuando mi marido hunde la cabeza entre mis muslos y no se aparta ni para respirar hasta que grito de placer una vez más.

Llego a un orgasmo feroz rápidamente, pero antes de que pueda recuperarme, Hunter hace que me ponga de rodillas y se sitúa detrás de mí. Me agarro al cabecero y me preparo: Hunter es muy duro en la cama, y eso es lo segundo que más me gusta de él después de su gran corazón. O quizá es esa dicotomía lo que hace que el sexo sea genial: en persona es cálido, amable y tranquilo, pero en la cama se desmelena y se comporta de forma salvaje, ruda y primitiva. Me gruñe, me ordena y me domina, y sé que me quiere a mí y solo a mí, que me necesita.

—Más alto —exige.

Grito una vez más, y, cuando la cama golpetea contra la pared, juraría que los gritos en la otra habitación han subido de volumen, y, no sé por qué, me pongo a imaginar lo que pasa ahí: veo a Drake cabalgando a esa chica como Hunter lo hace conmigo; veo su cabello rubio hasta los hombros, veo su rostro y me pregunto qué expresión muestra cuando se corre. Siento una oleada de calor y placer por todo el cuerpo y me corro una vez más, aferrada al cabecero y gritando.

Hunter me penetra un par de veces más y gime al alcanzar el orgasmo; cuando abro los ojos, inspiro hondo y reprimo la vergüenza que me atenaza al saber que todavía tengo la imagen de Drake congelada en primer plano en mi mente, y por un instante me imagino que las manos que me están agarrando de las caderas son las suyas. Alargo el brazo a toda prisa y le estrecho la mano a Hunter; me vuelvo hacia él, salgo de mi fantasía y experimento alivio al ver a mi marido, el único hombre en el que debería pensar cuando llego al clímax.

Pero ¿qué leches ha pasado?

Regla nº 3

Las reuniones en la cocina a medianoche pueden ser muy esclarecedoras

Hunter

Diez años. Ya han pasado diez años y parece que fue ayer. Aún me siento como el traficante de drogas que conducía el destartalado todoterreno de mi padre, el que tenía veintitrés años y hacía lo que podía para salir adelante. Diez años con trajes elegantes y coches bonitos y una preciosa casa que compré y pagué para mi guapísima esposa.

No voy a decir la gilipollez de que no me lo merezco, porque, joder, vaya si me lo merezco: me dejé el culo para cambiar una vida de vender anfetas por una de vender BDSM, y no he olvidado de dónde vengo: una parte de mí sigue siendo ese chico estúpido que tuvo la suerte de no haber acabado entre rejas, pero no me avergüenzo de ello. Hice lo que tenía que hacer, lo que habría hecho la cárcel: me rehabilité, y la mujer que dormita a mi lado fue mi sentencia.

La respiración de Isabel es pausada, y tiene la melena de color ámbar despeinada. Me agacho, le retiro los mechones de la cara, le doy un beso en la frente y salgo de la cama con cuidado, sin despertarla.

El viejo despertador de la mesilla de noche muestra en luz roja las tres y veintidós. La vida en el club me ha convertido en un ave nocturna que pasa la noche despierta y se duerme al amanecer, y, como acabo de oír la puerta de un armario en la cocina, sé que no soy el único.

—Tienes unos horarios rarísimos para dedicarte a la construcción —comento en la oscuridad, y oigo un golpe en la encimera.

—Joder, tío —protesta Drake—. Me has dado un susto de muerte.

No puedo reprimir una risita seca. Llego a su lado, cojo un vaso y su hombro desnudo roza el mío.

—Lo siento.

—¿No puedes dormir? —pregunta.

—Ya me conoces —murmuro con pereza. Lleno el vaso de agua y miro a mi mejor amigo bajo la luz de la pequeña bombilla que hay sobre la encimera—. Habría apostado a que estarías inconsciente. Me daba la impresión de que estabas haciendo mucho ejercicio.

Sonríe de oreja a oreja y apoya las manos sobre el mármol; va vestido solo con unos vaqueros y no lleva zapatos, y parece muy pagado de sí mismo por todo el ruido que ha hecho esta noche. Aunque, bueno, técnicamente, han sido las chicas las que han hecho ruido.

—Ah, ¿me has oído? —dice con una sonrisa traviesa.

—Venga ya, Drake; estoy convencido de que te han oído Emerson y Maggie desde el club. Es un milagro que los vecinos no hayan llamado a la policía. Sonaba como si estuvieras estrangulando linces ahí dentro.

Ríe entre dientes, su pecho sube y baja rápidamente con cada respiración. Debe de estar bien tener un trabajo manual como la construcción, porque a sus treinta y cuatro años se mantiene en forma sin tener que hacer ejercicio todos los días. Yo, en cambio, tuve que instalar un gimnasio en el sótano y vivir allí a tiempo parcial para mantener mi físico.

Para él el trabajo en las obras es como levantar pesas, y el sexo es su entrenamiento de cardio.

—Estas chicas de Arizona son tremendas. —Ríe—. No tardaron ni una hora en sacarme del club y meterme en un Uber. ¿Podemos quedarnos? —bromea con una sonrisa infantil.

—Tú puedes quedarte si quieres. Iz y yo tenemos que visitar otros tres clubes en tres estados distintos la semana que viene. Y estoy convencido de que no querrás perdértelo.

—Sí, suena divertido. Además, los sonidos que venían de tu habitación no eran mucho más discretos que los de la mía. —Enarca una ceja.

—¿Estabas escuchando los sonidos que hace mi mujer durante el sexo?

—Como si fuera la primera vez… ¿Recuerdas cuando el único sitio donde podíais hacerlo era en la parte de atrás del todoterreno y yo tenía que esperar fuera? ¿O cuando teníamos ese apartamento en la ciudad y yo trabajaba de noche y no podía dormir por culpa de vuestras escapadas sexuales matutinas?

Escondo la sonrisa tras el vaso y escucho unos pasos suaves que vienen del dormitorio.

—¿Qué hacéis levantados todavía? —Isabel aparece en la puerta vestida con un pijama con pantalón corto y camiseta de tirantes, que deja ver sus pezones

a través de la tela. A estas alturas, ya he superado lo de sentirme celoso por culpa de Drake; ya ha visto a Isabel en ropa interior muchas veces, porque era casi imposible evitarlo cuando vivimos juntos unos cuantos años mientras él construía nuestra nueva casa. Pero cuando ella se acoda sonriente sobre la encimera y casi nos muestra los pechos, me tenso—. Una noche divertida, ¿eh? —se burla de él—. ¿He oído bien? ¿Eran dos chicas?

—Has oído bien —responde, arrogante, y le sonríe sin apartar la vista de su cara; no alcanzo a imaginar el esfuerzo que debe de suponerle no mirarle el escote.

—¿Y no estás agotado? —insiste.

—Isabel, ¿en serio crees que no puedo con un par de veinteañeras?

—Te estás haciendo mayor. No deberías salir con universitarias —responde con una sonrisa sarcástica.

—Podría con toda su hermandad —ríe.

—Claro que sí, Drake.

Yo estoy recostado contra la nevera, atendiendo a sus pullas con una sonrisa. Podría pasarme la vida mirándolos. Isabel y yo bromeamos y nos reímos juntos, pero nunca tendremos la relación juguetona que ella tiene con Drake, y no estoy celoso porque sé que no hay nada más: bromean como hermanos, o como buenos amigos, y es lógico: cuando yo empecé a salir con ella, él la adoptó como amiga. Siempre ha cuidado de ella y la ha tratado tan bien como yo, aceptándola como si siempre hubiera formado parte de nuestro grupo.

Pero no siempre será así: el tiempo corre en nuestra contra, y, aunque sé que es mi lado pesimista y sombrío el que habla, también me doy cuenta de que en algún momento Isabel querrá tener hijos o Drake sentará cabeza y nuestra familia cambiará, y por mucho que quiera tener hijos con Isabel y que Drake siente la cabeza, odio los cambios. Si las cosas pudieran seguir siempre como ahora, sería feliz.

Siguen peleándose entre bromas y pullas, y la mirada de Drake jamás se aparta de su cara, no recorre su cuerpo y no se detiene en esas partes que otros hombres miran boquiabiertos. A ver, Isabel da clases de yoga y siempre va vestida con ropa de lycra, y es una obra de arte. ¿Cómo no mirarla? Pero Drake jamás lo hace.

Pero las expresiones de ella me cuesta más interpretarlas: mi mujer es más discreta que Drake y que la mayoría de la gente, así que cuando le mira los pectorales o se muerde el labio, sonriente, no puedo evitar preguntarme qué se

le está pasando por la cabeza. Daría lo que fuera por saberlo, incluso aunque fuera que lo está admirando, porque, una vez más, ¿cómo no hacerlo? Drake es tan agradable a la vista como Isabel, con esos abdominales marcados, la piel bronceada por el sol, el pelo rubio oscuro hasta la barbilla y esa sonrisa tan deslumbrante como un relámpago. Es la hostia de difícil no quedarse mirándolo, y eso que yo soy heterosexual.

Isabel bosteza, se endereza y me coge la mano.

—Vamos a la cama. Mañana nos espera un día muy ajetreado.

En realidad, *hoy* nos espera un día ajetreado: nos vamos a reunir con los propietarios de un club de sexo de la ciudad, el primero de los cuatro que visitaremos en este viaje para colaborar, compartir ideas y hablar de la creación de la marca. No he venido solo para hacer un estudio de mercado para Juegos Prohibidos, sino también para estudiar una posible expansión. Emerson está pensando en una segunda sede, y comprar un club ya existente sería más fácil.

—Vamos, pelirroja. —Le paso el brazo por los hombros y la beso en el cuello. Le damos las buenas noches a Drake con un gesto y, justo antes de perdernos por el pasillo, le echo un vistazo por encima del hombro y me sorprendo al ver que ha perdido la sonrisa y nos contempla con expresión melancólica.

—¿Crees que está bien? —le pregunto a Izzy cuando nos metemos en la cama.

—¿En serio? —ríe.

—Sí. Lo he visto un poco triste.

—Debe de estar cansado. A mí me ha parecido que estaba bien cuando hablaba con él —responde, acurrucándose contra mi pecho.

—Sí, pero lo dices porque contigo siempre está sonriendo.

Ella levanta la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada —respondo—. Solo quería decir que los dos siempre os hacéis reír, pero cuando creía que nadie lo miraba, parecía decaído.

—¿Por qué no hablas mañana con él? —sugiere.

—Vale. —Le doy un beso en los labios y la estrecho contra mí; me adormezco con los latidos de su corazón, la caricia de su pelo en mi brazo y el roce de su aliento sobre mi piel.

Sonrío y la beso en la coronilla. ¿Cómo coño he tenido tanta suerte? Diez años y todavía no me lo creo. Ojalá Drake pudiera encontrar a alguien como

Isabel. Sé que esa expresión triste no han sido imaginaciones mías, y no es la primera vez que la veo: finge que su sueño es acostarse con alguien diferente cada noche, pero estoy convencido de que sería más feliz si pudiera tener lo que yo tengo.

Regla nº 4

Mantén a tus amigos cerca y al mejor amigo de tu marido aún más cerca

ISABEL

A lo mejor no soy imparcial, pero para mí Juegos Prohibidos es el mejor club sexual del mundo. Vale, sí, no tengo mucho con lo que compararlo, o más bien nada, porque jamás he estado en otro club de sexo. Esta noche va a ser la primera vez, y estoy un poco nerviosa, porque una cosa es ir al club de tu marido, construido por su mejor amigo, y otra muy distinta, entrar en un club extraño donde no conoces a nadie. Pero al menos voy con dos hombres geniales, así que no debería estar tan nerviosa.

Me asalta el recuerdo de cuando Hunter planteó la idea de abrir un club sexual con sus socios; me pareció una idea descabellada. Un club nocturno es una cosa, joder, hasta un club de *striptease* podría pasar, pero ¿un club de sexo en toda regla? Supongo que nunca me vi como la mujer del dueño de un club sexual, pero en cuanto me enamoré de Hunter supe que me esperaba una vida poco convencional. La empollona tranquila, perdida entre libros y con unos padres que trabajan como contables, de pronto, por matrimonio, es socia del establecimiento más raro de Briar Point. Aunque, en realidad, nunca he sido muy cerrada de mente.

—Estás temblando —me susurra Hunter al oído cuando atravesamos las puertas principales del Palacio de Fuego, el club del centro de que lleva siete años en funcionamiento. Es más discreto que Juegos Prohibidos, como si fuera un bar clandestino, con una entrada en la planta baja y la apariencia de un bar completamente normal. La calle estaba tan tranquila que he pensado que nos habíamos equivocado de sitio, y cuando entramos me doy cuenta de por qué: el Palacio de Fuego no es una discoteca ruidosa y no hay sonidos de sexo por ningún lado. En nuestro club, si escuchas con atención, puedes oírlos de fondo porque hay gente practicándolo en todas partes. Drake insonorizó todas las estancias, pero algunas no lo están a propósito.

Nos acercamos a la recepción, donde nos saluda un hombre rubio guapísimo que lleva el pelo incluso más largo que Drake y con unos ojos azules que no aparta de él. Sonrío e intento esconderme detrás de los dos hombres.

—Soy Hunter Scott. He venido a ver a Mirabel Santos.

—Ah, sí, señor Scott. Ya me ha avisado de que iba a venir. —El hombre rebusca bajo el mostrador y saca una llave. No es una tarjeta como las que tenemos nosotros, sino una llave de verdad, con un llavero negro que me recuerda a los que usaban los hoteles antiguos.

—El Palacio de Fuego está organizado en distintas salas para garantizar la intimidad y la seguridad. Me ha pedido que les dé la llave de una *suite* vip y me ha dicho que se encontrará con ustedes dentro de una hora. Mientras tanto, pueden hacer uso de la *suite*. —Nos mira a los tres y abro los ojos de par en par cuando me doy cuenta de lo que está insinuando—. Hagan lo que les apetezca hasta que ella se reúna con ustedes.

Drake ahoga una carcajada.

—¿Y no podemos esperarla en el bar?

—Me temo que no servimos alcohol, pero arriba hay un salón en el que pueden darles algo de beber.

Vaya, ¿parecemos tan estirados en nuestro club?

—¿No podemos echar un vistazo? ¿No hay un sitio donde la gente se… mezcle? —pregunta Hunter.

—¿Mezclarse? Los jueves y los sábados por la noche son las actividades grupales y…

—Da igual —lo interrumpe Hunter, cogiendo la llave—. En las salas habrá agua o algo así para mi mujer, ¿no?

Está un poco tenso, así que le estrecho el brazo para que se tranquilice. Es muy pronto para que pierda los nervios, y Hunter es de mecha corta.

—Sí, señor.

—Por favor, dígale a la señora Santos que no hace falta que nos dé una hora. Hemos venido para ver el espectáculo de *shibari* a las diez, así que le agradecería que no nos hiciera esperar en nuestra… sala.

El hombre detrás del mostrador parece incómodo.

—Sí, señor.

—Vamos —refunfuña, llevándome a rastras hacia la puerta.

—Estaré arriba, en el salón —anuncia Drake, dirigiéndose a las escaleras, y siento una punzada de decepción al verlo marchar.

—Vamos, Drake. No querrás perderte el espectáculo de *shibari*.

—¿E ir contigo a una sala de sexo?

—No vamos a… ¿Quieres venir o no? —masculla Hunter.

Drake suelta otra carcajada y nos sigue a través de las puertas del club. Hay demasiado silencio, pero en cuanto nos adentramos en un pasillo largo y oscuro, los sonidos del sexo detrás de todas las puertas se mezclan con los fuertes bajos de la música. Me impresiona que no pudiéramos oír nada de esto en el vestíbulo.

El ambiente de este club no tiene nada que ver con el de Juegos Prohibidos. En lugar de encontrarnos en una gran sala al entrar, tenemos que serpentear por un laberinto de pasillos con puertas a cada lado, numeradas con letras doradas. Tardamos unos instantes en encontrar la nuestra: la sala treinta y tres.

Espero a que Hunter abra la puerta, cogida de su mano, y estoy a punto de darme la vuelta para mirar a Drake cuando oigo un estruendoso rugido procedente de una sala al otro lado del pasillo. Drake y yo nos miramos y nos aguantamos las ganas de echarnos a reír antes de entrar a toda prisa.

En el momento en que la puerta se cierra detrás de nosotros, hay un poco más de silencio, pero solo un poco. La música está muy alta, y no sé de dónde proviene el sonido.

—Este sitio es muy raro —murmura Drake, echando un vistazo a nuestra sala.

Hunter sigue apretando la mandíbula, lo que significa que está molesto. Está claro que no le gusta que nos hayan metido aquí como si fuéramos prisioneros, pero supongo que solo era una táctica comercial: técnicamente somos su competencia, así que nos mostrarán respeto justo después de humillarnos.

—Esto no me gusta —murmura Hunter.

—Bah, no está tan mal —respondo. La sala es bonita y grande, y huele a limpio, a jazmín y algodón. Hay una cama gigante a la derecha y un sofá pegado a una pared, y un minibar y un armario en otra. Está poco iluminada, lo que le da un aire sexy, y eso, creo, compensa un poco que sea un tanto… aburrida.

Voy hasta el armario, abro las puertas y encuentro exactamente lo que esperaba: cuerdas, esposas, botellitas de lubricante con la misma pinta que los champús de hotel y un cuenco con condones. En los cajones hay juguetes sexuales sellados y sin abrir: tapones anales, consoladores, bolas chinas… Me divierte que estas cosas ya no me perturben.

—Esto es una mierda —masculla Hunter, paseándose por toda la sala.

—Cariño, relájate. —Me acerco y le acaricio el pecho; Drake se deja caer en el sofá que está detrás de nosotros—. Tenemos una hora —bromeo, tratando de aligerar el ambiente para que mi marido se relaje—. Que Drake esté aquí no significa que no podamos usar esta sala.

—Por mí, adelante —ríe Drake.

Mi marido pone los ojos en blanco, pero sus hombros se relajan un poco cuando me desliza las manos por la espalda.

—Será mejor que esa mujer se apresure. No pienso quedarme una hora aquí encerrado.

No pasa ni una hora cuando llaman a puerta. Presuroso, Hunter se acerca y la abre, y una hermosa mujer de grandes ojos verdes y con el pelo negro cortado con elegancia nos sonríe cortésmente.

—Soy Mirabel —dice con una pequeña reverencia—. Espero que hayan disfrutado de la sala.

—No hemos pedido ninguna sala —replica Hunter entre dientes.

Mirabel ve por fin al hombre corpulento que está sentado en el sofá y enarca las cejas, sorprendida.

—Qué lástima. De haber sabido que venía una persona más, le habría dado una sala para solteros.

—¿Hay una sala para solteros? —protesta Drake.

—Hablaré con el recepcionista. Les pido disculpas —responde Mirabel con una dulce sonrisa. A primera vista no me parece la dueña de un club sexual: es muy amable y muy normal.

—Gracias —acepta Hunter, y se relaja un poco entre mis brazos—. En su correo mencionó una exhibición de *shibari*.

—¿Siguen interesados en asistir?

—Sí, por favor.

—Muy bien. Síganme. —Drake y yo compartimos una mirada de sorpresa y seguimos a Hunter y a Mirabel—. Nuestros socios aprecian la discreción, por eso les ofrecemos intimidad con las puertas cerradas con llave. Organizamos eventos para que se mezclen, pero prefieren no arriesgarse a que nadie de fuera del club sepa que vienen.

—En Juegos Prohibidos promovemos un enfoque abierto y sin prejuicios. Creemos que no tienen nada que ocultar y que no deben avergonzarse de buscar placer en el club.

—Qué liberador debe de ser… —responde con una sonrisa tímida, y Hunter frunce el ceño—. ¿Le ha preguntado a su mujer, o a cualquier mujer, si se siente cómoda al pensar en que la vean acudir a un club sexual? Las expectativas sociales son muy diferentes para nosotras.

Desvío la mirada cuando veo que Hunter me mira.

—Nos esforzamos por desmantelar los estereotipos de género, señora Santos, no por promoverlos.

—Es admirable —contesta. Drake y yo volvemos a mirarnos y reprimimos una sonrisa. Supongo que los dos nos sentimos un poco incómodos, y me alegro de que haya venido y podamos tomárnoslo con humor los dos.

Cuando llegamos al final del pasillo, Mirabel saca una llave de un brazalete que lleva puesto y abre la puerta. Accedemos a un amplio espacio que me recuerda a una pequeña sala de conciertos. La sala es ancha y estrecha, con un escenario al fondo, y la gente está diseminada en pequeños grupos preparada para ver el espectáculo. Las columnas no permiten saber lo que ocurre, pero cuando por fin lo consigo, dejo escapar un jadeo al ver a un joven suspendido en el aire: está colgado boca abajo, envuelto en una tensa cuerda negra; a sus espaldas está un hombre mayor que hace girar lentamente la cuerda y hace que el joven dé vueltas; cuando este vuelve a estar frente al otro, se estira para mostrar que su boca está alineada con la ingle del mayor, y tengo claro que lo ha hecho a propósito.

—Ese es Maxwell —sonríe Mirabel—. Es un excelente instructor de *shibari*. Deberían quedarse a su taller: siempre escoge a alguien del público para hacer una demostración.

Me acerco un poco más a Hunter.

—En ese caso, nos quedaremos —aprueba.

Cuando me vuelvo hacia Drake para ver qué le parece, está muy ocupado mirando a una mujer que lo contempla con expresión coqueta, y me esfuerzo en reprimir la envidia que me provoca que le dedique tanta atención. Está claro que no puedo esperar que se quede con nosotros toda la noche, pero acaba de estar con dos chicas. ¿De verdad necesita buscar a otra persona tan pronto? ¿No se cansa nunca?

¿A quién quiero engañar? Por supuesto que no. Es joven y guapo y las mujeres están obsesionadas con él. Si puede estar con una diferente cada noche, ¿por qué no iba a hacerlo?

Asistimos en silencio a la exhibición; Maxwell desenreda lentamente al

hombre suspendido en aire, tirando de las cuerdas de forma que descienda hasta el suelo con seguridad y sin caerse de cabeza.

—Sus acompañantes pueden quedarse al siguiente espectáculo mientras nosotros vamos a mi oficina a hablar de negocios —le dice Mirabel a Hunter; apenas puedo oírla con el volumen de la música.

—¿Te parece bien? —me pregunta Hunter.

—Por supuesto —sonrío.

Drake asiente, pierde por completo el interés en la otra mujer y se acerca más a mí en respuesta a la petición silenciosa de su mejor amigo. No es la primera vez que Drake se encarga de vigilarme en un club. A Hunter no le gusta que ande sola por ahí, ni siquiera en Juegos Prohibidos, aunque sea un lugar muy seguro gracias a que hay cámaras y porteros a cada paso, así que, si tiene que marcharse por el motivo que sea, me deja en manos de su mejor amigo, como si necesitara una niñera. Me pone de los nervios, pero no discuto porque sé que solo intenta protegerme y que es así como demuestra su amor.

Hunter me besa en la mejilla y me estrecha contra su cuerpo.

—Pórtate bien —me susurra al oído, y me recorre un escalofrío por su tono seco, que suena más como una promesa sexy que como una advertencia.

—¿O qué? —respondo, mirándolo con expresión coqueta.

Me da un azote y me besa en los labios, deslizando su lengua entre ellos y adueñándose de mi cuerpo hasta dejarme sin aliento entre sus brazos. Cuando se separa de mí estoy desorientada y mirando al escenario.

El hombre ya no está suspendido: está de pie, completamente desnudo, mostrando las intrincadas marcas de cuerda por todo el cuerpo. El público lo contempla como si fuera una obra de arte.

—Eso tiene que doler —comenta Drake.

—¿Qué pasa, Drake? ¿Te da miedo el dolor? —me burlo. Está aún más cerca de mí, apostado a mis espaldas como si fuera mi guardaespaldas.

Se agacha hasta que su boca está más cerca de mi oído.

—Para nada. ¿Y a ti?

—No —respondo, levantando la barbilla.

—¿Quieres decir que no te importaría que te colgaran ahí como una piñata?

Me muerdo el labio para contener una carcajada.

—No parece muy diferente del yoga aéreo que hacemos en mi estudio.

Siento la vibración de su risa en mi espalda.

—Te aseguro que es muy distinto…

El hombre con las marcas de las cuerdas en el cuerpo se ha ido y solo queda Maxwell, el experto en *shibari,* en el escenario; levanto la vista y lo pillo mirándome, y me quedo callada esperando a que vuelva a hablar, sintiéndome como si un profesor me hubiera cazado montando jaleo en clase.

—Vosotros dos —nos llama a Drake y a mí.

—¿Nosotros? —pregunto, señalándome el pecho.

—Sí. Sois perfectos para lo que voy a hacer ahora. ¿Os gustaría subir al escenario y probar juntos?

—Yo no… —empieza Drake, pero Maxwell lo interrumpe.

—No voy a tocarla. Lo harás tú.

Drake se tensa a mis espaldas, y yo me quedo paralizada mirando las cuerdas negras que cuelgan del techo. Por un lado, esto podría ser una excelente oportunidad para aprender algo que nos vendría bien en nuestro club; me encantaría ver cómo podemos hacer que nuestros miembros participen en estas exhibiciones. Además, siempre he querido probar el *shibari*. Lo encuentro inofensivo, y, al fin y al cabo, estamos aquí para aprender.

Por otro lado, si Hunter me ve en el escenario, tal vez no reaccione bien. Pero estaré con Drake.

—Vale —acepto, dando un paso hacia el escenario.

—¿En serio? —pregunta Drake en voz baja.

Me doy media vuelta y le tiendo la mano.

—Solo es una exhibición y hemos venido a aprender. Venga.

Duda al cogerme de la mano, pero me deja que tire de él para guiarlo hasta los tres escalones que conducen a la parte superior del escenario, donde nos juntamos con Maxwell bajo la luz rosa neón que nos alumbra desde las vigas.

—Qué pareja más hermosa —saluda Maxwell cuando llegamos al centro del escenario, junto a él.

Drake y yo seguimos cogidos de la mano, así que le doy un rápido apretón y lo miro con una sonrisa tensa en los labios. Él se limita a negar con la cabeza, y me doy cuenta de que se siente incómodo.

—Gracias —le respondo a Maxwell.

—Me encantaría enseñarte a atarle un arnés de cinco puntos a esta hermosa mujer. ¿Te gustaría aprender? —pregunta.

Drake carraspea.

—Claro.

—Genial. Llevas un vestido precioso, pero el arnés quedaría mejor sin él. ¿Te

importaría quitártelo? Por supuesto, puedes negarte.

Se me seca la boca. ¿Quitarme el vestido? ¿En un escenario?

Escudriño la multitud en busca de Hunter o Mirabel, pero no los veo. Llevo sujetador y esto es un club de sexo, así que supongo que no hay nada inapropiado en quedarme medio desnuda; además, estoy con Drake, y solo es un espectáculo.

—No, no me importa —respondo. Me bajo los tirantes de los hombros y el vestido cae hasta mis tobillos. Lo recojo, me doy media vuelta para dejarlo sobre una silla que hay a mi izquierda y veo que Drake está lívido. Tiene los ojos muy abiertos, la mandíbula desencajada, y el rubor de sus mejillas no se debe a la luz rosa que ilumina el escenario. Se acerca un paso más a mí sin dedicarle ni una mirada a mi sujetador transparente: tiene la vista fija en mi rostro.

—Preciosa —aprueba Maxwell. Luego distrae la atención de Drake sobre mí pasándole unas cuerdas negras—. Ponte a su espalda —ordena, y Drake obedece. Está tan cerca que siento el calor de su cuerpo contra mi piel.

—Dobla la cuerda y pásala entre sus pechos y alrededor de la espalda.

Estoy relajada y miro con orgullo al público mientras Drake me rodea con la cuerda. Ni siquiera me siento mal cuando pasa entre mis pechos, pero a medida que avanza la exhibición y se van añadiendo vueltas de la cuerda a mi alrededor, entre mis pechos, hasta que estos sobresalen entre ellas, mi cuerpo empieza a reaccionar con excitación nerviosa.

No sé cómo se siente Drake, pero cada vez que sus dedos rozan mi piel desnuda se me pone la carne de gallina, y juraría que cada vez que me toca su contacto se prolonga un poco más. Puedo oír su respiración en mi oído por encima de la música mientras me ata.

Es un arnés sobre mi torso y la parte superior de mis pechos, y en la parte de arriba hay un dibujo de estrellas hecho con las cuerdas.

—Date la vuelta para que el público vea el nudo de la espalda —dice Maxwell, y me estremezco un poco cuando me hacen girar. Llevo un tanga y mi trasero está de cara al público, así que la confianza en mí misma que sentía hace un instante acaba de esfumarse. Mientras Maxwell le enseña a Drake cómo terminar el nudo en mi espalda, me concentro solo en las manos de Drake y en su presencia tranquilizadora, entrelazando la cuerda hasta terminar el nudo—. Perfecto —anuncia Maxwell cuando ha acabado. Drake y yo cruzamos una mirada, y ese contacto visual no se parece en nada a ningún otro

que hayamos compartido antes: no se trata de uno de nuestros chistes privados ni de nuestras risas en momentos incómodos. Al contrario: es intenso e íntimo —. Por favor, vuélvete de cara al público —me pide Maxwell, y yo lo hago, despacio, para mostrar el trabajo con las cuerdas. Llevo sujetador, pero por el modo en que el arnés resalta mis pechos, bien podría estar desnuda. —El público aplaude, y siento alivio al pensar que ya se ha acabado, pero Maxwell no tiene prisa por enseñarnos a quitármelo—. Este arnés es genial para diferentes posiciones de dominación. Resulta muy simple y efectivo. —Se vuelve hacia Drake—. Cógela por la parte delantera del arnés y tira de ella hacia ti. —Miro a Drake y asiento con discreción; él me contempla un segundo con intensidad, con esos ojos azules que no se apartan de mi rostro; me agarra del arnés entre los pechos y me pega a él. El aire escapa de mis pulmones al chocar contra su cuerpo firme, y me recorre una oleada de calor que prende un fuego en mi bajo vientre. El público reacciona de un modo que no esperaba: no aplauden, pero oigo una suerte de gemido, y una nueva y extraña excitación inesperada me hace sentir vértigo—. Este arnés también funciona genial en las suspensiones—. ¿Quieres probar?

—¿Así? —pregunta Drake; ya no parece molesto, tampoco duda o se contiene. Hay algo en su expresión que me dice que está disfrutando mucho y que esto lo excita. Quizá el *bondage* sea una de sus fantasías.

Drake me pasa las manos por la espalda, me agarra del nudo y me coge el muslo con la otra mano para levantarme con facilidad; yo lo rodeo con las piernas por puro instinto, y… ocurre algo. Su cintura es más ancha que la de Hunter, y se me hace extraño tener a otro hombre entre mis piernas, pero… solo es Drake; es un amigo, mi mejor amigo, como si fuera mi familia; no hay nada sexual entre nosotros, pero, ahora mismo, la sensación de ingravidez entre sus brazos es embriagadora.

—¿Estás bien? —susurra, manteniéndome en el aire sin esfuerzo; nuestras caras apenas están separadas por unos pocos centímetros.

Asiento sin decir nada, porque estoy bien, pero no del todo, y no sé si esto está bien o mal. No sé ni cómo sentirme porque, aunque no hayamos traspasado ningún límite, no debería sentirme tan excitada en los brazos del mejor amigo de mi marido.

—Ya puedes dejarla en el suelo —anuncia Maxwell, y yo aparto la vista de Drake mientras me deja en el suelo—. Dale la vuelta, por favor. —Drake me hace girar de modo que quede de espaldas a él, y, una vez más, creo que hemos

llegado al final de la exhibición y ya voy a poder quitarme esta cuerda y volver a ponerme el vestido. Y me equivoco de nuevo—. Vamos con la última posición. Haz que se eche hacia delante.

Se me seca la boca porque sé que, entre el público, Hunter me está mirando; escudriño la sala, pero no lo veo, aunque puedo sentirlo y sé que está ahí, viendo cómo me exhibo ante el público después de que su mejor amigo me haya atado, y el corazón se me desboca en el pecho.

Drake me sujeta por el nudo que tengo entre los omóplatos y me empuja hacia delante hasta que mi cuerpo queda en ángulo recto; vuelvo a mirar y esta vez sí encuentro los ojos oscuros de mi marido entre la multitud. Hunter está al fondo de la sala, junto a Mirabel, mirándonos a Drake y a mí, y donde habría esperado rabia y celos hay una expresión de asombro e intriga. ¿Por qué no detiene todo esto?

—Con el arnés, el control y las embestidas son mucho más potentes. Vamos a mostrarlo con cuidado. —Drake y yo nos tensamos al mismo tiempo, pero el público está pendiente de todos nuestros movimientos y el ambiente de la sala no nos permite echarnos atrás; hemos llegado hasta aquí y casi hemos terminado, e incluso con mi marido mirando, soy muy consciente de la presencia de Drake a mi espalda, de su cuerpo sexy junto al mío, dominándome y controlándome de una forma que me enciende y me hace mojar las bragas. Drake carraspea y me lleva hacia atrás, aunque no llega a tocarme el trasero, como yo esperaba, y seguramente no debería sentirme tan decepcionada como lo estoy—. Puedes hacerlo mejor. Esfuérzate un poco más —ordena Maxwell, y el público grita, animando a Drake. Oigo su gruñido a mis espaldas cuando me agarra con fuerza del arnés y da un fuerte tirón; entonces sí, mi trasero choca contra él y se me escapa un grito por la sorpresa; la excitación me recorre las venas cuando siento su erección entre mis nalgas.

El público reacciona de nuevo, esta vez aplaudiendo y gritando ante nuestra exhibición, pero, tan rápidamente como Drake se ha abalanzado sobre mí, me suelta, y echo de menos el roce de su pene en mi trasero; no puedo quitármelo de la cabeza, ni siquiera cuando me vuelvo una vez más hacia Hunter y lo veo estudiándome con el rostro inexpresivo.

Maxwell ayuda a Drake a quitarme el arnés, y yo no puedo ni pensar; mi mente no deja de divagar, de dar vueltas a la manera en que he sentido su erección contra mi cuerpo y la innegable fuerza de su embestida.

Hay más aplausos cuando salimos corriendo del escenario, y, cuando nos

encontramos con Hunter en la puerta, veo que Drake parece incómodo.

—Eso ha sido impresionante —dice Hunter, abrazándome por la cintura, que ya está tapada por el vestido, aunque sigo notando la sensación de la cuerda contra mi piel.

Escudriño el rostro de Hunter buscando ira, pero no la hay: se muestra completamente tranquilo, y no puedo evitar preguntarme si se está guardando la furia para cuando estemos a solas, o si ver a su mejor amigo enrollándose en el escenario con su mujer no lo ha perturbado tanto como debería.

—Necesito una copa —murmura Drake.

—Y yo —respondo.

—Pues vamos —aprueba Hunter, y los tres salimos del club.

Regla nº 5

¿Por qué estar celoso cuando puedes estar excitado?

HUNTER

Hacemos el trayecto desde el club a la casa de alquiler en silencio. Isabel está a mi lado, en el asiento del copiloto, con las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada fija en la ventanilla. En el asiento de atrás, Drake está pensativo, y, cada vez que lo busco a través del espejo retrovisor, me sostiene la mirada un segundo antes de apartarla a toda prisa.

Me hace gracia esa actitud vergonzosa. Se comportan como si los hubieran pillado con las manos en la masa, y quizá si yo fuera un hombre inseguro o pensara por un momento que podrían traicionarme, estaría más preocupado, pero no es así.

Solo ha sido parte del espectáculo, y está claro que Maxwell había pensado que eran pareja, y lo que han hecho ha sido más divertido para mí que para nadie, porque yo era el único del público que sabía lo incómodos que estaban.

Y verlos ahí, ver a mi mujer semidesnuda en manos de mi mejor amigo… no me ha afectado como habría esperado…

Cuando he atravesado la puerta del salón y he reconocido a las dos personas que actuaban bajo la luz rosa, en mi mente ha aparecido un *«Pero qué coño…»,* aunque mi cuerpo no ha reaccionado de la misma manera.

A lo mejor habría tenido que correr al escenario y arrancar a mi mujer de los brazos de Drake, o debería haberme cocido en mi propia rabia al ver cómo le recorría la columna con los dedos a Isabel y le rozaba los pechos casi al descubierto, cosquilleándole las costillas, pero lo cierto es que la imagen no me ha desagradado. Ni lo más mínimo.

Isabel parecía diminuta junto a Drake, y su hermoso cabello cobrizo brillaba bajo las luces del escenario; no he podido evitar preguntarme qué estaría pasando por su cabeza durante su incursión en el mundo de las cuerdas, aunque no he tardado en hallar la respuesta, porque cuando Isabel se ha

quedado frente a nosotros, a todos los presentes, incluido a mí, nos ha quedado muy clara su reacción.

Drake estaba duro, muy duro, si no me equivocaba al discernirlo; ahí estaba mi mejor amigo, visiblemente excitado tras tocar a mi esposa casi desnuda y atarla. Debería estar furioso…, pero no es así.

—¿De qué habéis hablado Mirabel y tú? —pregunta Isabel con voz mansa cuando llegamos al coche de alquiler.

—De promocionarnos mutuamente. Me ha explicado cómo gestionan las contrataciones y a los autónomos.

—Ah. Vale —responde, y vuelve a quedarse callada. Se comporta de forma extraña.

—¿Te ha gustado el maestro de *shibari*? Podríamos pedirle que venga a Juegos Prohibidos.

—Era demasiado formal y estirado —refunfuña Drake desde el asiento trasero.

—Antes no parecía importarte —bromeo.

—No sé… A mí me ha caído bien —comenta Isabel con una dulce sonrisa. A mi mujer le cae bien todo el mundo, lo que hace que a veces sea difícil confiar en su juicio, pero la quiero un poco más por eso: no tiene ni una pizca de maldad. Paso el brazo sobre la consola y la cojo de la mano.

Cuando llegamos al piso es más de medianoche y deberíamos estar agotados, pero los tres llevamos un año adaptándonos al horario tardío del club. Isabel incluso contrató personal para abrir su estudio y pasó a impartir las clases de la tarde en lugar de las de la mañana. Así que cuando entramos en el salón, ninguno de nosotros hace ademán de irse a la cama. En vez de eso, Drake saca la botella de tequila que ha comprado hoy y la abre con aire decidido.

—Voy a ponerme el pijama. Y a lo mejor me doy un baño —comenta Isabel, echándole un vistazo a Drake, que está malhumorado junto a la encimera.

—Me parece genial, cariño —apruebo, dándole un beso en el dorso de la mano.

Ella se va al dormitorio y yo regreso al salón, donde Drake se está sirviendo una copa.

—Mejor que sean dos —le pido, y obedece sin decir palabra.

Me tiende el vaso, apura el suyo de un trago, suspira y lo deja sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Podemos hablar, por favor?

—¿Estás bien? —pregunto, removiendo el líquido dorado.

—No, no estoy bien. He atado a la mujer de mi mejor amigo, que estaba en ropa interior, y me siento como un gilipollas.

Me mira a los ojos por primera vez en toda la noche, y su expresión muestra remordimiento.

—Drake, no pasa nada, tranquilo. Solo era una exhibición.

Frunce el ceño.

—Para ya —murmura.

—¿Que pare con qué? —Suelto una risita.

—De ser amable conmigo y de tratarme como a un crío. Ahora mismo tendrías que estar estrangulándome. ¿Quieres pegarme un puñetazo? Vale. Hazlo.

Me río con más ganas.

—Estás comportándote como un puto idiota. No estoy siendo demasiado amable y no estoy enfadado contigo. ¿Qué? ¿En serio piensas que me importa que hayas tocado a mi mujer en un escenario conmigo entre el público? Por Dios, Drake, te conozco de toda la puta vida. Si pensara por un instante que quieres robarme a Isabel, no llevaríamos tanto tiempo siendo amigos.

—Si hubiera sido mi mujer a la que ha tocado otro hombre delante de una sala abarrotada, me habría vuelto loco —musita, y se sirve otra copa de tequila —. No he debido permitir que subiera a escena.

—Te estás atormentando sin razón.

Me mira largo rato por encima de la copa y, por fin, le da un trago.

—¿Va todo bien entre vosotros? —pregunta con un tono más bajo.

Me recorre un escalofrío.

—Pues claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estás demasiado tranquilo.

—¡Porque no ha sido para tanto! —argumento. Como no se tranquiliza ni responde, le quito la botella de la mano y la dejo sobre la mesa—. Mira, estoy tan sorprendido como tú, pero verte con Isabel no me ha enfadado. A lo mejor es porque prácticamente hemos crecido los tres juntos, así que llevo tanto tiempo viéndoos que ya ni me preocupa. No hace falta ponerse así por una confusión y el roce accidental de un pecho. Tampoco es como si hubierais follado.

—¡Hunter! —exclama, horrorizado—. Jamás haría algo así, y lo sabes.

—Claro. Por eso no estoy preocupado en absoluto. ¿Por qué no te calmas de

una puta vez?

—Vale… —murmura—. Es que ha sido raro. Solo eso.

—No creo que haya sido tan raro… A ver, todos hemos visto lo mucho que lo disfrutabas —respondo con otra risita.

—¡Joder! —masculla Drake, apartándose como si le hubiera dado un puñetazo—. ¿Te has dado cuenta?

A lo mejor me está haciendo efecto el tequila, porque creo que no debería habérselo dicho: parece un poco mortificado.

—Isabel es muy sexy —respondo—. No voy a culparte por notarlo.

—Eres un puto enfermo —replica, sonriente, y eso me serena. No me gusta ver a mi amigo así, lo que tal vez explique por qué no estoy tan cabreado como debería.

—Voy a ver qué tal está —anuncio, y dejo a Drake en la cocina mirando el teléfono, y por su expresión sé que el tequila ya le ha hecho efecto, lo que significa que no le va a durar el enfado.

—Vale —murmura distraído cuando salgo.

Cuando entro en nuestra habitación, que tiene su propio baño, percibo al instante el olor a lavanda, un aroma que me excita porque es el de Isabel, para quien esos baños son un ritual casi diario. Prácticamente todas las noches se da un baño de burbujas y el aroma relajante queda impregnado en su piel, y cuando se mete en la cama, el sexo y mis sueños están envueltos en ese olor familiar que se ha infiltrado poco a poco en mi vida, y no pienso quejarme por ello.

—Hola, preciosa —susurro; asomo la cabeza en el baño lleno de vaho y la veo hundida hasta la barbilla en las burbujas y con un libro en las manos.

—Hola —responde con dulzura, medio adormilada por el calor del agua.

Dejo escapar una carcajada, me siento en el borde de la bañera y le paso una mano por la cabeza.

—Pelirroja, fuera estamos como a mil grados. ¿En serio te apetece un baño caliente?

—Me encantan mis baños nocturnos, ya lo sabes. Además, quería darte unos minutos para hablar con él. ¿Está bien?

—Sí, pero ¿por qué le dais tanta importancia? —Ella se incorpora un poco en la bañera.

—¿No estás enfadado?

Sacudo la cabeza.

—Qué va. En todo caso… —murmuro, y deslizo la mano por su mejilla hasta la piel húmeda de su cuello, arrancándole un murmullo de aprobación—. En todo caso, lo que siento es excitación.

—¿Te ha excitado ver cómo tu mejor amigo me tocaba? —pregunta en tono burlón.

Y sé que está bromeando porque sería absurdo; estaría mal de la cabeza si eso me excitara, pero en realidad ha puesto en voz alta mis pensamientos… y no me parecen una broma.

Me he excitado al ver a Drake con mi esposa y me ha hervido la sangre en las venas mucho más de lo que quiero admitir al ver sus manos sobre el cuerpo de Isabel, aunque prefiero no pensar en ello ahora mismo. O, mejor: nunca.

Porque, en el fondo, la excitación que me ha invadido en ese momento me hace sentir menos hombre. Como ha dicho Drake, debería haber estado furioso. Debería haberla reclamado, haberle dado un puñetazo y haberme convertido en un cavernícola salvaje y territorial. Pero no lo he hecho: los he contemplado con intriga y excitación.

Y cuando ha pegado su erección a mi mujer, el grito ahogado que ha escapado de sus labios ha hecho que me goteara la erección. No quería que pararan: quería que siguieran haciéndolo.

Ni siquiera ahora puedo dejar de ver las imágenes que ha recreado mi mente: fantaseo con que, en lugar de mantener el miembro dentro de los pantalones, lo liberara y la penetrara de verdad; cuanto más pienso en su cara y en los sonidos que haría mientras folla con él, más duro y cachondo me pongo.

Antes de perderme en la espiral erótica de esas visiones, saco la mano de la bañera.

—Verte atada con esa cuerda me ha excitado.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto? —pregunta Isabel, seductora; deja el libro y apoya la cabeza en el borde de la bañera.

Me concentro en ella, en esa diosa que está desnuda frente a mí, esperando a que la complazca. Y nada me apetece más que complacerla.

—Bueno, déjame pensar… —digo, desabrochándome la manga derecha; ella se muerde el labio mientras me remango hasta el codo. Cuando acabo, vuelvo a tocarle el cuello, tomándome mi tiempo para acariciarlo milímetro a milímetro, desde la clavícula hasta el pecho izquierdo, que pellizco con suavidad. Deja escapar un gemido cuando deslizo la mano por su vientre y se remueve inquieta cuando alcanzo el triángulo de vello entre sus piernas.

Cuando deslizo el dedo entre sus pliegues, arquea la espalda y suelta un gritito ávido. Muevo el dedo hacia atrás, encuentro su clítoris y lo acaricio en círculos; ella se retuerce en el agua, que se desborda de la bañera—. Dime lo que quieres, pelirroja. Dime cómo te gusta.

—¡Sí! —exclama, aferrándose a los bordes—. ¡Sigue!

—¿Así? —Aumento la presión sobre su sensible nudo.

—¡Sí! —repite.

Sin dejar de tocarla, intento grabar en mi memoria su expresión y sus ruiditos de placer mientras la llevo lo más cerca posible del clímax antes de ralentizar el ritmo.

—Quiero estar dentro de ti, preciosa. ¿Puedo?

Se muerde el labio, echa la cabeza hacia atrás y asiente.

—Mmm…

Y la penetro con el dedo corazón, lentamente.

—¡Ay, Dios, Hunter! —grita, y le tapo la boca a toda prisa. Con una mano en su cara y la otra enterrada profundamente en su cálido interior, la penetro una y otra vez y la llevo de nuevo al borde del clímax.

—¿Recuerdas la primera vez, pelirroja? Fue por tu decimoctavo cumpleaños e hice que te corrieras con mi mano. Estábamos en tu habitación y tus padres, en el piso de abajo. ¿Te acuerdas? Fue así, ¿verdad?

—Sí —responde, con la voz amortiguada por mi mano.

—Te metí la mano debajo de la falda y me empapaste los dedos. ¿Recuerdas eso, cariño?

—¡Ah, Hunter, sí! —jadea, y por el modo en que sus muslos me estrechan la mano con fuerza, sé que está a punto de llegar al orgasmo.

—Ese fue el mejor día de mi vida, pelirroja: la primera vez que vi cómo te corrías. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, sí, sí —responde, y aparto la mano para que pueda gritar con ganas.

Incapaz de controlarme, me apodero de sus labios, saboreando su familiar calidez. Esta mujer me tiene en sus manos desde que la conocí, hace ya diez años.

Y en algún lugar de mi mente sé que la razón por la que dejo que grite es porque quiero que él la escuche, y no lo hago por presumir, sino porque, no sé el motivo, creo que él también debería participar.

Siempre es así en lo que a ella y a mí respecta.

Regla nº 6

Cuando tus amigos no te dejan abandonar el viaje antes de tiempo,tómatelo como una señal de que quieren que estés a su lado

Drake

—¡Esto es una puta mierda! —grito al teléfono—. Me quedan ocho meses de contrato.

Estamos en un área de descanso en la autopista, de esas que tienen atracciones turísticas, y, aunque me gustaría estar disfrutando de lo que quiera que sea, la aciaga llamada de mi casero es más importante.

—Lo sé, pero hay una cláusula en su contrato de alquiler que dice claramente que el propietario del edificio se reserva el derecho de rescindirlo en caso de obras de gran envergadura. —El hombre al otro lado de la línea tiene la voz nasal, y su actitud es tan estirada que me encantaría darle un puñetazo en la mandíbula.

—Entonces, ¿dónde coño se supone que tengo que ir?

—Eso no es asunto nuestro, señor Nielson. Lamento las molestias, pero tiene hasta final de mes para dejar el piso.

La llamada se corta, y tengo que esforzarme por no lanzar el teléfono al desierto.

—¡Uf! —gruño, y echo a andar por el asfalto manchado de grasa del exterior mientras espero a que Isabel y Hunter salgan.

Cuando levanto la vista y veo salir a Isabel con un peluche verde fosforito con forma de alienígena bajo un brazo y una taza de café más grande que su cabecita en la otra mano, mi ánimo sombrío se levanta un poco.

—¿Qué es eso? —río.

—Creo que lo necesitas. —Me tiende el extraterrestre, y soy absolutamente incapaz de mantener el ceño, así que le dedico una sonrisa.

—Gracias. Entonces, ¿cuál era la atracción?

Se encoge de hombros.

—No sé. Podría haber sido un hueso de dinosaurio o un alien. No me lo han dejado muy claro.

Me río y miro el peluche verde.

—Siento habérmelo perdido.

—¿Va todo bien?

—No. Me van a desahuciar —murmuro, enfadado.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Tienes problemas con el alquiler?

—No —la freno—. Estoy al día con los pagos, pero esos gilipollas han decidido convertir el edificio en un aparcamiento.

—¡Ay, Dios mío!

—Sí. Total, que tengo hasta finales de mes para marcharme.

—Pero ¿pueden hacer algo así? —pregunta, llevándose una mano al pecho.

La dulce e ingenua Isabel… Es tan inocente que ni siquiera sabe cómo funcionan los gilipollas. Me encanta esa cualidad.

—Al parecer, sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues tendré que coger un vuelo de regreso desde Austin. Tengo que encontrar otro sitio donde vivir.

Tal vez me lo esté imaginando o solo vea lo que quiero ver, pero juraría que su expresión es de angustia.

—¡No! No puedes hacerlo.

Y yo que pensaba que yo era el tercero en discordia y que iba a disfrutar más si viajara con su marido a solas…

—No me queda más remedio. Debo encontrar un apartamento y mudarme en las tres próximas semanas.

Me pone la mano en el brazo y me da un apretón reconfortante en el bíceps, y yo intento serenar los latidos acelerados de mi corazón. Desde anoche, que Isabel me toque tiene algo diferente. No puedo olvidar lo que sentí al estrecharla entre mis brazos, con sus piernas alrededor de mi cintura y su trasero entre mis manos. He vuelto a soñar que la ataba, pero en esa ocasión ella estaba desnuda y yo también, y seguía enrollando y enrollando la cuerda a su alrededor hasta que «su cuerpo» se convertía en «nuestros cuerpos» y estábamos atados juntos. En mi sueño estaba dentro de ella, sin ropa entre nosotros, enterrado profundamente en su interior de verdad, y no de forma fingida. Cuando me he despertado esta mañana me he pasado media hora sin poder moverme porque me daba vergüenza lo excitado que estaba. Jamás le

pondría una mano encima la mujer de mi mejor amigo, y haberme masturbado con el recuerdo de ella aún fresco en mi mente no me ha hecho sentirme mejor. Ahora las cosas están tensas, y no me gusta.

Isabel siempre ha sido tan amiga mía como lo es Hunter. La quiero como a una hermana… No, no puedo decir eso porque es demasiado raro, porque, aunque jamás la tocaría, eso no cambia el hecho de que la deseo. Así que prefiero no decir que es como una hermana para mí.

—Drake, quédate con nosotros —suplica con tono dulce.

—Me encantaría, pero…

—No, me refiero a que…, bueno, a que te quedes con nosotros, en nuestra casa. A ver, tú mismo la construiste, y no pienso permitir que tengas que buscar un nuevo apartamento a la carrera. Guarda tus cosas en un trastero y quédate en nuestra casa hasta que encuentres algo permanente. Y por el amor de Dios, esta vez cómpralo.

Suelto un resoplido, sonriente, y relajo los hombros.

—No puede ser, Isabel. Ya estoy demasiado pegado a Hunter.

La campanilla de la puerta principal suena cuando esta se abre y los dos nos volvemos para ver los rizos oscuros y la piel morena del rey de Roma del que estábamos hablando.

—¿Qué? —pregunta al darse cuenta al instante de nuestras expresiones serias.

—Dile a Drake que se quede con nosotros.

Hunter se queda paralizado.

—Vale. Drake, quédate con nosotros —obedece a su mujer sin rechistar.

—Su casero va a desahuciarlo para convertir su edificio en un aparcamiento —explica.

—¿En serio?

Asiento con un suspiro.

—Quieren que deje el piso a finales de mes, así que tengo que acortar el viaje. Voy a coger un vuelo desde Austin.

Si me agradó que Isabel pareciera decepcionada al saber que me voy, eso no ha sido nada comparado con lo bien que me está sentando ver la respuesta visceral de Hunter ante la noticia. Y, entonces, al más puro estilo Hunter, toma el control de la situación.

—No. No puedes irte. Necesito tu ayuda. Estás mirando las infraestructuras de los clubes, ¿recuerdas? Y yo no sé una mierda sobre eso. Así que tienes que

quedarte.

—Tío, tengo tres semanas para mudarme y encontrar un nuevo lugar donde vivir.

—Isabel tiene razón. Quédate con nosotros. Cuando lleguemos a casa todavía tendrás una semana para almacenar tus cosas, y, además, es como si ya vivieras con nosotros. Así que disfruta del resto del viaje y ya te preocuparás por encontrar otro apartamento cuando regresemos. —Aprieto la mandíbula al verme acorralado. No se puede discutir con Hunter, siempre ha sido así. Es el líder, el que toma las decisiones, el comandante en jefe de nuestra amistad, y mentiría si dijera que me molesta. La verdad es que siempre me ha dado una extraña sensación de paz saber que lo tiene todo controlado; a veces, hasta mi propia vida—. Además, ni siquiera tienes una tele, solo una cama y un sofá, y no tardaremos ni una hora en vaciar el piso, así que tómatelo con calma.

Me da un golpe con el hombro al pasar, rodea a Isabel con un brazo y la guía al coche.

No sé por qué me molesta tanto. Si me encanta ceder el control, ¿qué tiene esta vez de diferente? A lo mejor es porque Hunter no se da ni cuenta de cuánto me asusta vivir con ellos, y no tiene nada que ver con compartir espacio, es evidente. A ver, estamos viajando juntos, compartimos casas de alquiler y el coche, y, como él mismo acaba de decir, me paso media vida en su casa y ya hemos vivido juntos antes, pero ahora mismo pensar en mudarme con ellos, aunque sea de forma temporal, me inquieta. ¿Y si tardo en encontrar otro sitio? ¿Y si me acostumbro a estar allí? A tomar café con Isabel por las mañanas, a quedarme charlando por las noches con Hunter, a compartir las comidas y lavar la ropa juntos… Es muy familiar, y me pone la carne de gallina.

Adoro a Hunter y a Isabel, pero su feliz vida de casados no es para mí. Dormir con la misma persona cada noche y despertar con la misma persona cada mañana me parece de una monotonía extenuante.

Y no voy a llevar mujeres a su casa porque no es lo mismo que meter a alguien en el piso de alquiler durante las vacaciones. Ese es su hogar.

Aunque, bueno, siempre me queda el club. Joder, entre el trabajo y Juegos Prohibidos, tampoco voy a pasar mucho tiempo en su casa… Y la verdad es que no me apetece nada dejar el viaje, incluso después del incómodo momento escénico de anoche.

—Vale, de acuerdo —murmuro desde el asiento trasero de la Durango de

Hunter cuando salimos de la gasolinera.

Isabel se vuelve hacia mí, emocionada.

—¿Vas a quedarte con nosotros? ¿De verdad?

No puedo reprimir una sonrisa.

—Sí, vale. Pero solo un par de semanas, hasta que encuentre otro sitio.

—Claro —aprueba con una sonrisa radiante.

Al cruzar la mirada conmigo, su expresión emocionada se transforma en algo más profundo que la simple expectación, y daría un brazo por saber lo que está pensando ahora mismo, por saber si de verdad está tan emocionada y por qué.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —interviene Hunter, mirándome por el retrovisor, y yo aparto la vista a toda prisa.

—Gracias. Sois demasiado buenos conmigo.

Cuando siento la mano de Isabel sobre mi pierna me recorre un escalofrío, algo que nunca me había pasado. Ella lo nota, pero no se aparta.

—No tienes que darnos las gracias, Drake. Eres parte de la familia y haríamos lo que fuera por ti.

Sé que lo que dice de corazón: harían cualquier cosa por mí, y ese es el problema. Hunter e Isabel me llevan con correa, y ni se dan cuenta. Hay un límite que no debo traspasar, y no puedo alejarme mucho de ellos, y es culpa mía, porque he permitido que así sea durante los diez últimos años.

He sido una tercera pata del banco desde hace tanto tiempo que ya no sé lo que es estar sin ellos, aunque sé que en algún momento se hartarán de mí. Nuestra tríada tiene que acabar tarde o temprano, y eso no me hace sentir nada bien, porque no se trata de lo que siento por Isabel o por Hunter, sino por ellos, con e mayúscula. Los dos me importan más que nada en este mundo.

Regla nº 7

Todo el mundo tiene una fantasía

Hunter

El viaje de Phoenix a Austin es muy largo, y Drake y yo nos turnamos para llevar el coche. Él me ha dado el relevo en El Paso e Isabel duerme plácidamente con la cabeza en mi regazo, en el asiento trasero; Drake ha puesto música, y eso me da la oportunidad de pensar, aunque mi mente solo quiere centrarse en la exhibición de anoche en el club.

Al principio me extrañó que ver cómo mi mujer abrazara con las piernas a mi mejor amigo apenas me molestara, pero es aún más alarmante que, cada vez que pienso en ello, me excito y tengo que recolocarme el pantalón, y no me queda más remedio que reconocer, aunque solo sea ante mí mismo, que me pone cachondo pensar en ellos juntos de forma sexual.

Llevo siete años en el mundillo de las fantasías sexuales y sé que no tenemos que avergonzarnos de ellas siempre que haya pleno consentimiento, así que no pienso flagelarme por este descubrimiento. Soy humano, al fin y al cabo, y no tengo más control sobre mis gustos del que tienen Garrett, el *vouyeur,* o Emerson, el dominante. Lo que no sé es por qué no me he dado cuenta antes. Cuando pusimos en marcha la *app* de citas Juegos Prohibidos, que sigue funcionando sin problemas gracias al equipo de desarrolladores, yo estaba a cargo de ese departamento. Contraté a los técnicos, pero también era el responsable de la organización, y tuve que explicarle a un grupo de vírgenes que escribían código lo que significaban las fantasías y cómo crear un algoritmo que filtrara a los suscriptores de la aplicación en los grupos adecuados, así que, probablemente, sé más que cualquier otro de los propietarios del club en lo que se refiere a gustos sexuales; eso quiere decir que sé lo que es el *hotwifing* —consentir que tu mujer se líe con otros hombres—, que ni siquiera era consciente de su existencia hace siete años, pero, al parecer, hay un montón de tíos que quieren ver cómo su pareja folla con otro. Su

popularidad ha crecido en los últimos años, y se ha situado entre las cinco categorías más populares; hay más gente que quiere que le pongan los cuernos con su consentimiento que gente que quiere que la azoten, una fantasía que solo está en séptimo lugar. En primer puesto está la sumisión, y, al parecer, un buen dom es difícil de encontrar.

Lo que me resulta verdaderamente extraño es que durante todo ese tiempo, mientras ayudaba al equipo a desarrollar el algoritmo y preparaba el cuestionario *«Descubre tu fantasía»* que debían cumplimentar los nuevos usuarios, no tenía ni idea de que yo tenía una.

Pero toda la fantasía de la infidelidad consentida se basa en la humillación y la degradación, y yo no quiero que me humillen, quiero que me exciten. La verdad es que no sé si mi fantasía encaja, y me dan igual los términos: lo que sí sé es que esa idea me excita y quiero saber por qué.

Nunca se me ha pasado por la cabeza lo de excitarme viendo cómo otra persona toca a Isabel hasta que vi cómo Drake la alzaba en sus brazos con una mano en su culo y la otra en el arnés anudado a su torso y la reacción de mi cuerpo fue visceral. En realidad, fue mi posesividad lo que me excitó al principio: porque es mía, quería ver cómo la tocaba; porque es mía, quería que supiera lo perfecta que es. Y ver cómo tocaba lo que es mío me hizo sentir la desesperación de reclamarla y despertó un instinto territorial y primario en mi interior tan poderoso que me muero por verlos de nuevo. Incluso ahora mismo, con su cabeza apoyada en mi pierna, solo con pensar en Drake penetrándola me pongo duro.

Miro por el retrovisor, pero Drake está concentrado en la carretera, moviendo la cabeza al ritmo del rock clásico que suena por los altavoces, y me pregunto por un instante si solo quiero ver a Isabel con Drake. ¿Qué pasaría si se tratara de Garrett? ¿O de Emerson? Esa imagen no me gusta, me resulta incómoda, y no me causa la misma reacción ni de lejos que pensar en ella con mi mejor amigo.

Pero ¿lo haría? No. Ni siquiera tengo que pensarlo. No hay en el mundo nadie más leal que Drake, y desde el momento en que reclamé a Isabel como mía se hizo a un lado, y jamás ha dicho ni palabra sobre lo guapa que es.

Drake y yo no tenemos una historia en común, y no recuerdo una época de mi vida en la que él no estuviera a mi lado. Éramos vecinos en una zona de la ciudad muy distinta a la de Isabel, y cuando el mundo nos dio la espalda, al menos nos teníamos el uno al otro.

Cuando mi padre la tomaba conmigo cuando estaba borracho y furioso, me escondía en el sótano de Drake. Cuando su madre se llevó a casa al enésimo novio sin nombre y que no tenía ningún respeto por su hijo, él se escapó y se quedó en mi habitación. A lo largo de los años, nos cubrimos las espaldas el uno al otro, y eso nos llevó a algunas de las decisiones más cuestionables de nuestra adolescencia, pero cuando decidí cambiar de vida por Isabel, Drake me acompañó. Le presté el dinero que necesitaba para obtener la licencia de contratista y para poner en marcha de su propia empresa, y no le dejé otra opción. Jamás lo dejaré en la estacada.

¿Lo haría si yo se lo pidiera? Indudablemente no, porque es así de leal.

¿Y qué hay de ella? Esa es una pregunta un poco más complicada, y no me gusta demasiado pensar en ella. Lo haría si se lo pidiera porque eso es lo que hace Isabel: quiere que sea feliz sin importar lo que le cueste. Pero la pregunta importante es si querría hacerlo. No estoy ciego, y sé que Drake es más atractivo que yo: más alto, más fuerte, con menos tatuajes y un rostro sonriente en lugar de uno ceñudo. En todo caso, él encaja mejor con mi recatada Isabel, si no tenemos en cuenta lo promiscuo que es.

Por supuesto, todo esto es pura especulación, porque jamás me atrevería a pedírselo… ¿Verdad? No, qué va, es absurdo. No puedo pedirles a dos personas que dejen de lado sus valores para complacerme porque no sé qué iban a ganar con eso. Aparte del sexo, claro.

Pero, si algo he podido deducir de esa exhibición sobre el escenario, es que estos dos tienen química y se desean, así que, si les pido que se acuesten y me dejen mirar, quizá solo les estoy dando permiso para hacer lo que quieren.

Isabel solo ha estado conmigo, y acostarse con otro le daría más perspectiva, podría saber cómo es el sexo con otra persona, aunque tendría que correr el riesgo de que le guste tanto que quiera más.

Regla nº 8

Si vas a pedirles a tu mujer y a tu mejor amigo que se acuesten, la hora del desayuno no es el mejor momento

Hunter

—Hay un bar al final de la calle donde sirven un *brunch* con mimosas —comenta Isabel, mirando el móvil; está acurrucada en una de las sillas del comedor, recién salida de la ducha y con el pelo suelto y aún húmedo, buscando los mejores lugares para comer en Austin.

—Suena bien —responde Drake, todavía grogui frente a su taza de café—. Pero primero, café. No sé si aún seguirán sirviendo el *brunch*.

Era medianoche cuando por fin llegamos al hotel de Austin en el que vamos a alojarnos las dos próximas noches. Esta vez se trata de una *suite* en un hotel de verdad, así que seguimos en la misma habitación, pero sin compartir espacios. Tiene una gran sala de estar y un ventanal enorme con vistas a la ciudad.

El primer pensamiento que asalta mi mente al abrir los ojos es la idea que me daba vueltas en la cabeza anoche antes de irme a dormir, porque no puedo dejar de pensar en ella; estoy obsesionado, y, hasta que lo comente con ellos, va a seguir acosándome; ahora mismo, al verlos charlar sobre el *brunch* y las mimosas, esos pensamientos invasivos sobre ellos empeoran.

Nuestros planes para hoy son dar una vuelta por la ciudad e ir a visitar el club por la noche. Este también es propiedad de una mujer, y se parece un poco más a Juegos Prohibidos: fantasías, variedad y un montón de sitios donde interactuar.

Pero mi mente no está centrada en eso porque sigue como un hámster en una rueda dándole vueltas a la fantasía de la infidelidad consentida.

Isabel se ríe de algo que dice Drake, y yo me reclino en la silla, y una vez más pienso en las ganas que tengo de poner en práctica mi fantasía; llevo veinticuatro horas obsesionado con el tema.

—¿Tú qué opinas, cariño? —pregunta Isabel.

—¿Qué?

—Que si te apetece ir a tomar el *brunch*. En ese local sirven *bloody Mary*.

Me mira con dulzura, con esos preciosos ojos verdes, las cejas enarcadas y una leve sonrisa, y ya no lo soporto más: si no me saco esto de la cabeza, me voy a volver loco.

—¿Sabes lo que es la fantasía de la infidelidad consentida? —pregunto, y ella no reacciona; tiene la misma expresión expectante que tenía después de preguntarme por el *brunch*.

—¿De qué coño hablas? —responde Drake al ver que Isabel no lo hace.

—También se llama *cuckolding*. Es una fantasía. Isabel, ¿sabes de qué va?

Por fin, ella reacciona, carraspea y aparta la vista.

—Sí. Es algo así como que te engañen, ¿no?

—¿Por qué preguntas eso? —interviene Drake de nuevo; tiene blancos los nudillos de la mano con la que aferra la taza.

—En realidad no es un engaño porque todo es consensuado. Hay gente a la que le gusta ver a su pareja con otra persona —explico, y ella parece incómoda cuando vuelve a mirarme.

—Ah. Vale. ¿Y por qué lo preguntas?

Allá vamos.

—Creo me gustaría.

Drake suelta una sonora carcajada, incómodo.

—De eso nada.

Isabel está tensa, paralizada en su asiento, pasando la vista de mi cara a sus manos.

—Sí, creo que sí. ¿Te parece mal? —le pregunto a Isabel.

—Es una forma de humillación —argumenta Drake—. Y eso no te pega en absoluto.

—Puede ser una forma de humillación, sí. Pero no tiene por qué serlo —respondo.

—¿Y por qué has sacado el tema?

—Porque no puedo dejar de pensar en ello. Tenemos un club de sexo, donde todo el mundo puede explorar sus fantasías, y creo que acabo de encontrar la mía. ¿Qué? ¿No se me permite expresar lo que quiero?

—¿Quieres que te engañe?

—Engañarme no, cariño. Solo quiero verte con otra persona, nada más.

—¿Nada más? —ríe.

De repente, Drake empuja la silla, las patas rechinan contra el suelo y él se levanta y va hacia el fregadero.

—Has perdido la puta cabeza, Hunt. No soy quién para meterme con los gustos de nadie, pero eso de compartir a tu mujer no es una fantasía: es una puta locura.

—Si es con alguien en quien confías, no lo es —replico, y él se queda paralizado, con la taza a medio camino del fregadero.

La tensión se palpa en el ambiente y nos sumimos en el silencio, y una parte de mí quiere retractarse: esto ha sido una locura, pero ya es muy tarde para volverse atrás.

Drake deja la taza y se vuelve lentamente hacia mí. Tiene el ceño fruncido y una profunda arruga separa sus cejas. Su expresión es escéptica, como si intentara averiguar si estoy bromeando. Pero no, no bromeo.

Hay un largo momento de silencio incómodo hasta que, por fin, Drake suelta un suspiro.

—Necesito una copa. Creo que he visto un bar de camino. Iré andando. Vosotros divertíos en la ciudad; ya nos vemos esta noche.

Atraviesa la habitación de hotel con grandes zancadas, abre la puerta y desaparece a toda prisa. Yo me derrumbo en mi asiento, derrotado, y miro fijamente a Isabel, que está al otro lado de la mesa. Pasa un montón de tiempo hasta que vuelve a hablar con su voz dulce, suave y educada.

—Esto ha sido muy incómodo —murmura.

—No me digas… —río.

—¿Por qué has dicho eso, Hunter?

—Porque no puedo dejar de pensar en ello. Supongo que había un momento o un lugar mejor para sacar el tema, pero…

—Espera —balbuce, echándose hacia delante—. ¿Hablabas en serio?

—No creerás que se me da tan mal hacer bromas, ¿no?

—¡Hunter! —exclama, tapándose la boca con la mano—. ¿Cómo puedes pedirme algo así?

Extiendo la mano, pero se echa hacia atrás, se levanta de la silla y me mira, estupefacta y, al ver el horror en su cara, me arrepiento de todo. Había pensado que no había nada malo en mi fantasía, pero parece ser que sí. ¿Y si ahora esto se queda entre nosotros para siempre, sembrando dudas y haciéndonos pensar en traiciones de las que ella jamás podrá desprenderse

después de que le pidiera que follara con otro?

—Cariño, lo siento. Es que…

—Ya no me quieres —me interrumpe con los ojos llenos de lágrimas.

Se me cae la cara de vergüenza y se me hiela la sangre.

—Isabel Scott, no digas eso. Claro que te quiero. Siempre te querré, joder.

—Entonces, ¿por qué quieres que esté con otra persona?

—No lo sé —respondo, elevando la voz y gesticulando—. ¡Ojalá no lo hubiera dicho! Lo único que sé es que ver cómo Drake te tocaba en ese escenario me… me provocó algo.

—Ay, Dios —se lamenta, escondiendo la cara entre las manos—. Se trata de esa noche. Cómo no. Pero no significó nada…

—Ya sé que no significó nada. Ahí está la cosa, cariño: que me excita que pueda ser algo.

Levanta la cabeza, me mira boquiabierta y con los ojos húmedos por las lágrimas que se esfuerza en no derramar.

—¿En serio?

—En serio. Izzy, nunca te pediría que hicieras algo no deseas hacer. Si te niegas, no volveré a pedírtelo en la vida.

—No —suelta sin vacilar, y todo el aire escapa de mis pulmones en un silbido de decepción.

Pues no hay más que decir.

Tardo un instante en cerrar la boca y rodear la mesa para estrecharla entre mis brazos. Se deja caer sobre mi pecho y le doy un beso en la coronilla.

—Lo siento mucho, cariño. Ha sido una estupidez, lo sé, pero no tengo control sobre mis fantasías…

—No pasa nada —murmura contra mi cuello—. Es que yo solo te quiero a ti, Hunter. Eres el único hombre al que he querido. —Levanta la barbilla y me mira a los ojos, y yo me agacho para besarla en los labios.

—No te merezco —respondo, y me siento fatal por haberme confesado—. Izzy, si alguna vez en nuestro matrimonio te he hecho sentir que no te quería, no era mi intención y fui un imbécil.

—Entonces, ¿por qué quieres que me acueste con otro?

Llevo veinticuatro horas preguntándome lo mismo, y me encantaría conocer la explicación psicológica de todo esto, porque no tengo ni idea de a qué se debe. No se trata de algo que pueda pensar, sino tan solo sentirlo.

Le paso el pulgar por la mandíbula y hago que levante la cabeza. Esos ojos

verde esmeralda son aún más brillantes cuando está a punto de llorar, y por muy bonitos que me parezcan, aborrezco sus lágrimas. Ver llorar a Isabel es como si me clavaran un cuchillo en el corazón. Ella sigue esperando una respuesta que le debo sin lugar a dudas, con los ojos anegados en lágrimas.

—En cualquier caso, pelirroja, es porque te quiero. Me he pasado la vida luchando, pero en los últimos tiempos todo ha sido muy fácil: amarte es fácil, estar contigo es fácil, mi trabajo es fácil, mi amistad con Drake es fácil… Echo de menos las dificultades, quiero luchar por ti y creo que, de algún modo, verte con alguien más despertaría ese instinto.

Me mira con expresión contemplativa.

—Tiene que haber otra manera —responde.

La beso de nuevo.

—Seguro que sí.

—Es que, a ver, ¿y si te vuelves loco de celos y no puedes olvidarlo nunca y destruye nuestro matrimonio? ¿Y si…?

Sereno sus preocupaciones con otro beso.

—Olvídalo, pelirroja. No pienso volver a pedírtelo.

—Hunter, no puedo arriesgarme a perderte.

—Ya lo sé, cariño. Pero no me perderás por nada de este mundo, ¿lo entiendes? Por nada.

Sentir su cálido cuerpo entre mis brazos me reconforta lo suficiente como para calmar la ansiedad que me invadía hace un instante.

—¿Vas a hablar con él? —murmura después de un momento.

—Será lo mejor…

—Vete —responde ella, soltándose de mis brazos.

—No. Teníamos planes —respondo—. Querías tomar unas mimosas.

—Ya habrá tiempo para mimosas, Hunter. Ve a hablar con él antes de que reserve un vuelo a casa.

—¿Estás segura?

Se pone de puntillas y me da un beso en los labios.

—Sí. Voy a ducharme. No bebas demasiado. Recuerda que esta noche tenemos la visita al club.

—Te quiero —musito.

—Ya lo sé. Ahora lárgate. —Me lleva a empujones hasta la puerta.

Cojo el móvil y la llave del hotel, y le echo un último vistazo antes de salir a buscar a mi amigo para disculparme por haberle pedido que follara con mi

mujer.

Regla nº 9

Nunca apuestes contra un jugador

Drake

Cada vez que alguien entra en este bar de mala muerte una luz brillante baña los rincones oscuros y yo espero que sea Hunter quien aparezca aquí, porque sé que va a venir, que en algún momento cruzará la puerta y querrá hablar de lo que ha pasado en el hotel.

Y cada vez que el brillante sol de Texas se cuela en el bar y no es la silueta de mi mejor amigo la que se recorta en la puerta, suspiro aliviado porque no estoy listo para esa conversación. He ensayado una y otra vez mis argumentos, he reproducido cada instante de aquella breve e incómoda conversación, tergiversando y torciendo sus palabras con la esperanza de encontrar la parte que no he entendido, pero por muchas vueltas que le dé, siempre llego a la misma conclusión: estoy casi convencido de que ha sido una prueba. No, estoy cien por cien seguro de que ha sido una prueba. Después de lo de la cuerda el otro día, Hunter se siente inseguro y nervioso, así que está conectándome a una metafórica máquina de la verdad para confirmar mi lealtad y saber si alguna vez me atrevería a tocar a su mujer. Y ya debería saber que no lo haría jamás.

El verdadero problema es que no sé cómo responder, porque por más que ensaye «no, no y no» en mi mente, me suena forzado y falso. Probablemente porque es forzado y falso.

Me esfuerzo por pensar que no quiero follar con Isabel porque Hunter no puede saber cuánto lo deseo, ni que llevo dos noches soñando con ello ni que, antes de este viaje, he fantaseado con esa idea de tarde en tarde durante los diez últimos años.

Y, una vez más: no me atrevería. Pero el cerebro es una máquina obstinada, por mucho que te empeñes en prohibirle que siga un camino determinado, y lo único que es peor que mi cerebro cachondo es mi pene cachondo, y los dos

conspiran en mi contra.

Así que tengo que estar preparado para cuando por fin cruce la puerta; tengo que conseguir que crea que no quiero acostarme con esa hermosa mujer, y hacerlo sin insultarla. Y voy a pasar esta puñetera prueba y no volveré a ponerle un dedo encima a Isabel en toda mi vida.

Apenas es mediodía —y ya voy por la segunda cerveza— cuando la puerta principal se abre de nuevo y en ella aparece la familiar figura de anchos hombros y cabello rizado. No lleva traje y corbata, como suele hacer en el trabajo. Cuando está de vacaciones, Hunter se pone camisetas lo bastante ceñidas como para resaltar sus pectorales y sus bíceps musculosos, y me siento halagado por ello, ya que siempre se esfuerza por ocultar sus tatuajes a sus amigos del trabajo.

Sus ojos oscuros me localizan al instante, sin siquiera dedicarle unos segundos a la tarea. Mido uno noventa y es difícil no verme, pero aun así Hunter siempre ha tenido la extraña habilidad de encontrarme entre la multitud, como si fuera un faro. Somos amigos de toda la vida, y eso nos ha dado una conexión especial: yo también sé cuándo Hunter está en algún lugar, como si su mera presencia cambiara el ambiente, como si fuera más fácil respirar cuando él está cerca.

Me aferro al vaso mientras él recorre la barra, sucia y oscura, para sentarse en el taburete contiguo al mío. Lo miro mientras pide una cerveza y espero a que hable primero, pero no lo hace y el silencio se prolonga demasiado tiempo. El camarero deja la cerveza sobre el mostrador; Hunter bebe un sorbo; suelta un gran suspiro… Y yo sigo esperando que diga algo, pero no abre la boca. ¿Por qué coño se le da tan mal esto de hablar? ¿Por qué no se comunica, aunque solo sea conmigo?

Al final, se me agota la paciencia.

—Sé que me estás poniendo a prueba —murmuro.

—No te estoy poniendo a prueba —responde sin rodeos.

—Claro que sí, y no te culpo, pero…

—Joder, Drake, no estoy poniendo a prueba —rezonga, y yo pongo los ojos como platos.

—Entonces, ¿iba en serio?

—Sí. —Me exaspera la fría confianza de su expresión.

¿Cómo puede estar tan tranquilo? Me dan ganas de tirarlo de su asiento.

Ocultando mi frustración, le doy la espalda y miro mi cerveza.

—Esa mierda te está haciendo perder la cabeza.

—¿Hablas del club? —ríe.

—Sí. Has cambiado. Toda esa mierda de las perversiones se te está yendo de las manos.

Se echa hacia delante y me mira.

—¿Me estás diciendo que ese club de sexo al que vas todas las noches me está cambiando?

—Sí, Hunter. Yo siempre he sido así, pero el hombre que conozco desde hace años jamás diría lo que tú has dicho esta mañana.

—Venga ya, Drake. Solo fue una idea peregrina, e Isabel ya ha dicho que no, así que ya está. Se acabó.

Frunzo el ceño, disgustado, y me doy la vuelta en su dirección.

—¿Cómo has podido pedírselo? Entiendo que quieras ponerme a prueba a mí, pero ¿a ella?

—Se lo pedí porque no soy la clase de tío que le pide a su mejor amigo que folle con su mujer sin implicarla antes en el asunto.

Dejo el vaso sobre la encimera lacada con tanta fuerza que todos los que me rodean se quedan en silencio. Tengo que tranquilizarme antes de que me echen de aquí, pero no puedo controlar mi mal genio, aunque no sé por qué todo esto me provoca una reacción tan visceral. Supongo que me cabrea la actitud despreocupada de Hunter. Si esto significa tan poco para él, a mí tampoco debería quitarme el sueño.

—Deja de decir eso —mascullo entre dientes.

—No pienso avergonzarme de mis fantasías aunque no pueda hacerlas realidad. Jamás te he juzgado por tu vida sexual o por tus gustos, así que no veo a qué viene tanto dramatismo con la mía.

—Pues a lo mejor viene a que me involucra a mí.

—Solo te involucra —responde, acercándose más para que nadie pueda oírnos— porque mi fantasía supone ver a mi mujer con otro hombre, y tú eres la única persona sobre la faz de la tierra en la que confío lo suficiente como para hacerlo.

—Pero ¿tú te estás escuchando? —protesto, echándome más hacia él—. Me estás pidiendo que me acueste con Isabel.

—¿Te gustaría? —pregunta a bocajarro, sin apartar esa mirada estoica de mi rostro.

Me quedo sin palabras. Da igual cuánto haya ensayado para responder sin

que sonara falso o forzado; todo ha sido inútil, porque sé que llevo la respuesta escrita en la cara, así que me limito a mirarlo, boquiabierto, y eso es suficiente confirmación para él. Aparto la vista y apuro la cerveza de un trago.

—¿Crees que me molesta que la desees? —Lo ignoro y le hago un gesto al camarero para que me sirva otra; se acerca, mira a Hunter con expresión escéptica, coge el vaso y lo lleva al grifo de cerveza—. Drake, no me extraña que la desees. ¿Y quién no? En todo caso, saber que la deseas y que no has hecho nada me demuestra lo buen amigo que eres.

—Entonces sí que era una prueba.

—¡No! —exclama.

—Esto no es normal… —refunfuño; el camarero me pone delante la bebida espumosa y le doy un largo trago.

—¿Qué significa «normal»?

—Eres mi mejor amigo, y ese es un límite que jamás debe traspasarse.

—Pero he sido yo el que te ha pedido que lo traspases.

—Cuando te casaste, estuve a tu lado en el altar, cuando hiciste los votos, y me los tomé muy en serio.

—No estoy rompiendo mis votos, Drake. Solo es sexo.

No sé si estoy perdiendo la paciencia porque no se rinde y está empezando a cansarme o porque sé que Hunter siempre consigue lo que quiere. Porque sé que, si esto es lo que desea de verdad, va a conseguirlo, incluso aunque me niegue, incluso aunque Isabel ya se haya negado. Hunter va a conseguir que digamos que sí y a lograr lo que desea, porque siempre lo hace.

Me vuelvo hacia él y lo fulmino con la mirada.

—Mis padres no llegaron a casarse. Ni siquiera conocí a mi padre. El único matrimonio que conozco es el tuyo, y es sagrado, quizá para ti no, pero para mí sí. Preferiría morir antes que hacer algo que lo pusiera en peligro. Por favor, no me lo pidas.

Soy consciente de que la gente del bar nos mira con curiosidad, pero yo solo puedo centrarme en los ojos marrones de Hunter. Su expresión es intensa y sé que está escuchando lo que digo, que le llega de algún modo, pero me temo que aún no es suficiente.

Entonces se acerca más a mí y sus vaqueros rozan los míos cuando una de sus rodillas queda entre mis piernas. Me obligo a tragar saliva: Hunter no ve ese contacto como yo y no le afecta del mismo modo, así que me muerdo la lengua y me quedo callado.

—Tal vez la razón por la que mi matrimonio es tan sagrado para ti es porque siempre has sido parte de él. Y tal vez lo que te estoy pidiendo no es tanta locura.

Me quedo paralizado en el sitio; él deja caer un billete de veinte sobre la barra y se levanta de su asiento. Yo sigo en *shock* incluso después de que se vaya del bar.

¿Qué coño ha querido decir con eso?

Cuando regreso al hotel tras cuatro cervezas, me encuentro la habitación vacía y silenciosa, y deduzco que se habrán ido a hacer turismo. Esta noche se supone que vamos a ir a ver otro club, algo que normalmente disfrutaría, pero ahora mismo esa idea me desanima. Lo único que quiero hacer es echar una meada, dormir la mona y fingir que lo de esta mañana no ha ocurrido.

Voy haciendo eses por el pasillo hasta el cuarto de baño, entro y me dirijo al váter, pero no llego: me quedo paralizado cuando escucho un jadeo femenino y veo un cuerpo pálido y pecoso ante mí. El alcohol ralentiza mis movimientos porque en lugar de salir corriendo del baño, como habría tenido que hacer al ver que Isabel está desnuda, me quedo mirando como el perfecto imbécil que soy.

—Ay, joder —digo entre dientes, deslizando la vista por sus pechos pequeños y turgentes hasta llegar al pequeño triángulo de vello púbico rizado y cobrizo.

No se mueve ni intenta taparse sus partes íntimas, como debería hacer cuando el mejor amigo de su marido ha irrumpido a través de una puerta que estaba cerrada, como un gilipollas, y, aunque solo me quedo mirándola una fracción de segundo, me parece mucho más tiempo, como si me hubiera pasado diez minutos embobado ante su cuerpo desnudo, memorizando cada peca, la curva de sus clavículas, la forma en que los huesos de las caderas sobresalen de su delicado cuerpo y le dan un aspecto tan frágil que parece que vaya a romperse.

En esa fracción de segundo, me grabo el cuerpo de Isabel en la mente, algo a lo que no tengo derecho y que, desde luego, no merezco.

Pero, como ya he dicho, mi cerebro es un gilipollas cachondo, inconstante e incapaz de comportarse.

Cuando el mundo vuelve a ponerse en marcha, salgo del baño de espaldas y

me voy corriendo al salón. Un instante después ella llega junto a mí y me pone la mano en el hombro cuando voy a trompicones hasta la neverita para coger una botella de agua.

—Drake, para —ordena, y mantengo la vista apartada de ella incluso cuando se coloca frente a mí. Para mi alivio, se ha puesto una toalla blanca alrededor del cuerpo.

—Lo siento. No sabía que estabas aquí. ¿Dónde está Hunter? —pregunto, buscándolo con la mirada.

—Ha salido a comer algo. Como no estabas, hemos decidido quedarnos en el hotel.

—No teníais por qué hacerlo. ¿Qué hacías desnuda?

—He ido al gimnasio aprovechando que no estabais y acababa de ducharme.

Me pone muy nervioso estar aquí con ella en la habitación del hotel, porque en cualquier momento Hunter va a cruzar esa puerta y a verme aquí de pie con su mujer casi desnuda; antes me habría dado igual, pero después de toda esta puta semana, estar a solas con Isabel tiene un significado totalmente nuevo.

—¿Estás bien? —pregunta.

La miro por fin y veo que está tan desconcertada como yo.

—Sí. ¿Y tú?

En lugar de decir que sí, se encoge de hombros.

— Deberíamos hablar.

—¿De qué? —digo, aunque sé muy bien a qué se refiere.

—De lo que ha dicho Hunter esta mañana.

—Le he dicho que no, Isabel, y tú también. Hunter puede ser muy testarudo, pero esto depende de nosotros, y mientras sigas negándote, las cosas no van a cambiar. —Aprieta los labios en una fina línea y una expresión de incertidumbre colorea sus rasgos. *Oh, no, Isabel. Por favor, no vaciles. Por favor, por favor, por favor*—. ¿A qué viene esa mirada? —insisto, desinflándome un poco.

—¿Has dicho que no porque no quieres o porque piensas que está mal?

Santo cielo. ¿Por qué no me traga la puta tierra ahora mismo?

—¿Eso importa?

—Me importa a mí. —Isabel es tan perfecta, tan grácil y delicada y maravillosa que sería muy fácil para un hombre aprovecharse de ella, algo que me cabrea porque nadie se lo merece menos. Y sé que admitir lo mucho que la deseo va a hacerle tanto daño como mentir y decir que no la deseo, así que algo me obliga a decirle lo que siento en realidad, a asegurarle que, si me niego

a esta idea absurda, no es por ella.

Ha sido Hunter quien me ha puesto en esta tesitura, y lo aborrezco.

—Isabel, si le he dicho que no es porque lo último que quiero en este mundo es poner en peligro nuestra amistad y vuestro matrimonio. —Inspiro hondo, sellando mi pacto con el diablo—. Pero si lo que me estás preguntando es si me gustaría, la respuesta es un rotundo y entusiasta sí.

Se le entrecorta la respiración y me contempla con los ojos verdes como platos y los labios entreabiertos. No debería estar tan cerca de ella ni hablar con ella de esto, pero es culpa de Hunter; ha sido él quien ha sacado el tema y nos ha obligado a entablar esta conversación.

—¿En serio? —susurra.

Doy un paso adelante y los nudillos de la mano que sujeta la toalla rozan mis abdominales; me agacho hasta acercar mi boca a su oreja.

—En serio.

Creo que estoy más borracho de lo que pensaba, o de lo contrario no me habría atrevido a hacer algo así, pero sigo teniendo la imagen de su cuerpo perfecto en la cabeza, y quiero que sepa que no voy a acceder a la propuesta de Hunter, pero no porque no me excite. Llevo una mano a la parte baja de su espalda con suavidad y la pego a mí para que pueda sentir la erección que escondo bajo mis pantalones, para que pueda comprender la verdad que hay en mis palabras.

Es un abuso, y lo sé, pero, una vez más, ha sido culpa de Hunter. Él ha abierto la caja de Pandora: la relación que teníamos Isabel y yo era puramente platónica e inocente hasta entonces, y ahora estamos ahogándonos en malos pensamientos, tensión sexual y posibilidades abiertas.

Jadea al sentir mi erección contra su vientre y se acerca lo suficiente como para demostrarme que no le asusta, y entonces nos separamos. Y ahí se acaba todo: nos apartamos uno del otro y nos tomamos un instante para recuperar el aliento y serenar el ritmo acelerado de nuestros corazones.

—Sé que temes poner en peligro nuestra amistad, pero yo me temo que, si no lo hacemos, pondré en peligro mi matrimonio —murmura, girándose.

—Isabel, no debes sentirte presionada jamás para…

—No me siento presionada, Drake. Siento lo mismo que tú. —Una vez más, me da un vuelco el corazón; eso es lo último que quería oír; ahora tengo que vivir con ello, y sospecho que la idea me va a atormentar mucho tiempo—. Pero también me asusta que mi marido desee algo que yo no puedo darle.

—Pues di que no —argumento; me alejo de ella y me apoyo en la encimera, resistiéndome a estrecharla entre mis brazos, como habría hecho antes.

—No es… No tiene importancia, solo es sexo. Confío en ti, y creo que todos podríamos disfrutar con lo que Hunter nos ha pedido.

¿Disfrutar? ¿Habla en serio? No es lo que busco, y me da la impresión de que ahora mismo soy el único del grupo que está en sus cabales. Y tampoco me puedo creer que sea el que va a rechazar una sesión de sexo.

—¿Y si se vuelve loco? ¿Y si me ve contigo y me odia? ¿Y si la toma contigo?

—Eso no va a ocurrir —responde, relajando los hombros—. Conoces a Hunter tan bien como yo, y sabes que nunca actúa de forma impulsiva. Y que lleva cuidando de mí desde que nos conocimos y de ti, aún más tiempo.

—No me puedo creer que estés considerando la idea. Isabel, piénsalo bien.

—Ya lo he hecho, Drake. Y sé que esto lo cambiará todo, pero a lo mejor ha llegado el momento de un cambio.

Lo que dice no tiene lógica alguna, pero no me da tiempo a discutírselo porque se abre la puerta y Hunter entra con dos grandes bolsas de comida. Se frena en seco al verme en la cocina, con su mujer, que solo está vestida con una toalla, y deja las bolsas sobre la mesa con mucha calma.

—Supongo que estabais hablándolo…

—Sí —responde ella.

Aprieto los dientes y clavo la vista en el suelo. No sé a qué viene la ira que me recorre las entrañas, pero ahí está, hirviendo a fuego lento en mi interior.

—¿Y…?

—Y nada —suspira ella—. Solo lo hemos hablado —añade, y suena como si estuviera de su parte.

Le ha costado poco convencerla, así que ahora el único que está en contra soy yo. Pues a lo mejor estos dos son la hostia de imprudentes y están dispuestos a jugarse el todo por el todo con la estúpida fantasía de Hunter, pero yo no. Si me ve tocar a Isabel una vez más, y no solo tocarla, como hice en ese escenario, sino besarla y todo lo demás, se volverá loco; se dará cuenta de lo mal que está todo esto y no tardará en arrepentirse.

Y entonces se me ocurre una idea.

—Vale. Probaremos esta noche —suelto el plan a medio pensar sin pararme a meditarlo.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Esta noche Isabel estará conmigo en el club y tú puedes mirar, pero no habrá sexo —me apresuro a aclarar—. Así veremos qué tal va antes de dar un paso más. Te apuesto lo que quieras a que cambiarás de opinión en cuanto la veas de mi brazo.

—¿Qué te juegas? —replica, mirándome con suficiencia.

—Si mantienes la calma esta noche y sigues pensando lo mismo, estaré de acuerdo. Pero si te asustas aunque sea solo un poco, se acabó para siempre.

—Trato hecho —responde.

Nos quedamos en silencio; la borrachera se me ha pasado hace un rato, así que no puedo echarle la culpa, pero no tengo ni idea de dónde coño me he metido.

Regla nº 10

Está bien desear algo

ISABEL

En este lugar todo es rosa, y me parece genial; el ambiente femenino es muy empoderador, y me encanta en un club lleno de hombres heterosexuales cachondos.

Drake y yo estamos a la cola, cogidos del brazo, y apenas puedo controlar mi nerviosismo. Si lo que quiera que haya planeado Drake funciona, esta noche promete ser interesante, y si Hunter mantiene la calma, eso querrá decir que vamos a hacerlo, que voy a acostarme con Drake mientras mi marido mira.

Siento un hormigueo de calor y excitación cada vez que pienso en ello, y sé que Drake no se lo va a poner fácil a Hunter: va a hacer todo lo posible para que mi marido se eche atrás. Es como el juego del gallina en versión sexual, y yo estoy en el medio.

Hunter ya está en el club. Se ha ido una hora antes que nosotros para reunirse con la propietaria, y me pongo en alerta solo de pensar que está en algún lugar del edificio, dispuesto a mirarnos.

—¿Estás bien? —susurra Drake, y yo le sonrío.

—Sí.

Cuando llegamos a la entrada, la mujer nos pregunta los nombres, comprueba la reserva, nos explica las normas, se queda con nuestros teléfonos y nos hace pasar. El interior no es lo que esperaba tras haber visto la fachada y el vestíbulo; para empezar, hay muchas más mujeres que hombres, la sala está demasiado iluminada y hay mucha gente paseándose casi completamente desnuda.

A diferencia de lo que ocurre en Juegos Prohibidos, donde las exhibiciones públicas se limitan a las salas vip y *vouyeur,* aquí todo está a la vista: hay una mujer manoseando abiertamente a otra en el medio del bar.

—Ah, vaya… —murmura Drake, y se queda paralizado en cuanto damos

dos pasos en el interior.

Me invade un sentimiento de decepción: quería que me encantara este club, pero es demasiado abiertamente sexual para mi gusto. En silencio, invoco a la Mia que llevo dentro —una chica a la que no le importa masturbarse en público, ya que lo hace a diario— y empujo a Drake hacia el interior.

—¿Lo ves? —pregunto, mirando a mi alrededor para localizarlo, pero con disimulo.

—No, pero reconozco que todo esto me distrae demasiado como para encontrarlo. Este sitio es un poco… demasiado obvio.

Una mujer en *topless* se acerca a nosotros llevando una bandeja en una mano.

—Bienvenidos a Pink —saluda, sonriente, como si fuera la *maître* de un restaurante—. Si tienen alguna pregunta, no duden en hacerla. Pueden sentarse en cualquier mesa libre. Vendré enseguida a tomarles nota.

—Gracias —responde Drake, y me lleva a rastras a una mesa alta con cuatro sillas. Aparta una de ellas y espera a que tome asiento; estoy mucho más incómoda de lo que debería.

Levanto la vista y me doy cuenta de que hay una segunda planta. Al principio he pensado que eran espejos, pero al fijarme mejor veo luz al otro lado, lo que significa que pueden vernos desde ahí.

—Está arriba —informo a Drake con un murmullo, y él mira al techo y ve el cristal de doble sentido.

—Apuesto a que sí.

Se sienta y, cuando regresa la camarera semidesnuda, pedimos dos vodkas con tónica, agradecidos por que sirvan alcohol. Drake no deja de jugar con su pelo, señal inequívoca de que está nervioso.

—Relájate —le pido cuando nos sirven las copas.

—No puedo —replica, aferrándose a su vaso.

—Actúa como lo harías si yo fuera cualquier otra mujer.

Suelta una carcajada y yo no puedo reprimir una sonrisa.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Sus sensuales ojos azules se posan en mi cara y mi cuerpo se relaja bajo su mirada.

—Isabel, si te tratara como trato a otras mujeres, ya estaríamos follando.

Ah, bueno, vale…

—Buena observación —murmuro, y le doy un sorbo a mi copa.

—¿Cómo sabemos que está mirando de verdad? —pregunta, alzando la vista

una vez más hasta los espejos—. Tampoco podemos mandarle un mensaje.

—Claro que está mirando. Hablamos de Hunter. Nunca llega tarde y siempre se presenta donde ha dicho que iba a estar.

—Eso es verdad —reconoce.

—Deja de pensar en él e intenta relajarte. —Drake tiene mucha seguridad en sí mismo cuando se trata de mujeres, y no me gusta nada verlo tan tenso e incómodo conmigo.

—Tienes razón —aprueba, y se levanta de su asiento; acorta la distancia entre nosotros y me tenso—. Solo voy a ponerme más cerca, ¿vale?

—Drake, hoy has restregado tu erección contra mí. Literalmente. Creo que puedo soportar que te acerques.

No se ríe de mi broma, y, apenas un segundo después de haberse pegado a mí, se aparta de nuevo.

—No puedo hacerlo. Me siento fatal.

Extiendo una mano para ponerla sobre la suya y siento cómo tiembla.

—Drake, bésame.

—¿Qué? —balbuce, atónito.

—Que me beses. A lo mejor eso consigue que las cosas fluyan de forma natural. —Jadea y me mira fijamente los labios—. Tenías planeado asustar a Drake, pero aquí el único que está asustado eres tú.

—Tengo que salir de aquí. No me gusta este sitio —anuncia, y me recorre una oleada de decepción. Esto no tenía que salir así: Drake ha hecho una apuesta con Hunter, y ninguno de los dos hace una apuesta que no esté dispuesto a pagar, pero si Drake no deja de darle vueltas a todo, esto se va a poner mucho más incómodo.

Aunque en una cosa tiene razón: este club es horrible y el ambiente no es el más indicado para nuestros planes.

—Vale —acepto—. Vamos. —Me pongo de pie, le tiendo una mano que él acepta y vamos hacia la salida.

Cuando intento tomar el camino más corto hacia la izquierda, Drake me guía hacia la derecha, alrededor de la barra, y doy por hecho que solo quiere ver el resto de la sala, donde las luces son un poco más tenues y no hay tanta gente.

Estoy mirando una vez más los espejos del segundo piso cuando oigo a Drake susurrar mi nombre.

—Iz.

Antes de que pueda parpadear, me ha rodeado la cintura con las manos y me

ha aprisionado contra la pared rosa. Suelto un jadeo y separo los labios, y Drake aprovecha para besarme. Drake me está besando, y no es un torpe contacto entre nuestras bocas, sino un beso en toda regla, voraz y abrumador.

Suelta un murmullo ininteligible y desliza su lengua en mi boca, no de forma invasiva o forzada, sino con una exploración suave. Enlazamos las lenguas y su murmullo grave de aprobación hace que me fallen las piernas y se me humedezcan las bragas.

Drake es mucho más alto que yo, así que estar encerrada entre su cuerpo y la pared me hace sentir como si fuera a devorarme, y me encanta. Cada pocos segundos me estrecha la cintura, donde sus manos siguen ancladas, como si marcara el ritmo del deseo.

Yo me relajo y exploro sus musculosos pectorales, deslizando los dedos hacia arriba para tocarle el cuello y darle un mejor acceso a mi cuerpo, que ahora está pegado ansiosamente al de él.

Baja las manos, las posa sobre mi trasero y me aprieta las nalgas, y un incendio se desata en mi interior; y cuando baja todavía más para levantarme el vestido y dejarme el trasero al aire, se me acelera el corazón. Suelta un gruñido ahogado y puedo sentir su erección contra mi cuerpo como si fuera una promesa; me muero por tocarla.

Entonces, sin aliento, rompe el beso, con la mano todavía en mis nalgas y sus grandes dedos peligrosamente cerca de algo totalmente distinto. Apoya su frente en la mía e intentamos recuperar el aliento con los ojos cerrados con fuerza.

Sus dedos se deslizan sobre la tela húmeda de mis bragas y dejo escapar un jadeo; él tantea mi ropa interior con la punta de un dedo, la aparta y me roza los sensibles pliegues.

Abro los ojos.

—¿Te parece bien? —susurra.

Me arden las mejillas. Me arde el cuello. Me arden tanto el pecho, el vientre y los brazos que me siento como si estuviera en un incendio descontrolado de deseo e indecisión.

«¿Te parece bien?».

Es a lo que hemos venido, ¿no? Estamos aquí para esto, pero Hunter no puede ver los dedos de Drake en la entrada de mi cuerpo ansioso, y desearlo, desearlo con tanta desesperación, me hace sentir fatal.

—Estás empapada, Isabel —susurra, y yo casi me derrito—. ¿Vas a decirle lo

cerca que estuve? ¿Vas a contarle cómo te estoy tocando? ¿Vas a explicarle que mi mano estaba bajo tu falda, jugueteando con tu sexo, a punto de entrar en tu interior?

Suelto un gemido, y, aunque sé que me está preguntando algo, mi cabeza no funciona lo bastante bien como para responderle. No sé. No sé nada ahora mismo. Lo único en lo que puedo pensar es en que un hombre que no es mi marido me está tocando, y que eso es lo que quería Hunter. Pero Hunter quería mirar, y ahora mismo estamos en un rincón oscuro y pegados contra la pared, y no sé si puede verme. El pánico asciende por mi columna.

Esto está mal. No tenía que ser así. No tenía que desearlo así.

Ay, Dios, ¿qué estamos haciendo?

—Drake… —Estoy a punto de apartarlo cuando capto un movimiento en la periferia de mi visión. Vuelvo la cabeza y me encuentro a Hunter a unos metros de distancia, contemplándonos con la respiración jadeante y los labios fuertemente apretados, y me siento como si me hubieran pillado en falta.

Drake saca la mano de debajo de mi vestido y da un paso atrás justo cuando mi marido se abalanza sobre mí. Antes de que me dé cuenta de lo que está haciendo, Hunter me carga sobre su hombro y la habitación se pone patas arriba.

—¡¿Qué haces?! —exclamo mientras Hunter atraviesa la estancia. No sé a dónde vamos porque solo puedo ver la parte de atrás de su traje, pero de pronto desciende el volumen del ruido y oigo una puerta al cerrarse. Estamos en una sala más pequeña, y él me deja sobre un mostrador, me agarra del cuello y me pega a él para besarme con fuerza en la boca—. ¡Hunter! —digo contra sus labios.

—Sácamela, Isabel.

Me aferro a las solapas de su chaqueta y me quedo paralizada en mi sitio. Mi mente va a mil por hora, y, aunque no parece enfadado, estoy en *shock,* y tengo que ver su expresión para asegurarme, así que le doy un empujón.

Tiene los ojos como platos, pero no veo ni rastro de ira. Jamás lo había visto tan abrumado por la lujuria. Me coge del cuello una vez más y me acerca a su rostro.

—¿Te ha tocado? —pregunta, y yo asiento. Sus dedos se tensan en torno a mi cuello—. ¿Te ha gustado? —Se me acelera el corazón y asiento de nuevo. Hunter me muerde el labio inferior con tanta fuerza que me duele, y yo gimo en su boca—. Pues sé buena y sácamela, Isabel.

Una súbita excitación se apodera de mis entrañas, y ya no estoy solo preparada, sino también necesitada. Le desabrocho el cinturón y los pantalones con rapidez, aturdida, y tanteo entre sus calzoncillos para aferrarme a su pene como si fuera mi ancla de salvación. En cuanto lo hago, me suelta el cuello, me lleva hasta el borde de la encimera y se pone entre mis piernas, acariciando mis bragas húmedas con su erección. Es brusco, está desquiciado, y yo pierdo la cabeza. Me aparta el tanga y se mete en mi interior de golpe; le rodeo el cuello con los brazos para mantenerme erguida y él vuelve a penetrarme, llenando mi cuerpo de fuegos artificiales.

—¡Más fuerte! —grito.

Sus jadeos agónicos resuenan en mis oídos mientras follamos en esa sala en penumbra.

—Ver cómo te tocaba ha sido la hostia de sexy, pelirroja. Sabía lo mojada que estabas para él —murmura entre gruñidos salvajes.

—Hunter —pronuncio su nombre como una plegaria—. Soy tuya.

—Joder, claro que eres mía. —Aumenta el ritmo de sus embestidas hasta que casi levito entre sus brazos, sin apenas tocar la encimera. Me penetra con tanta fuerza que suelto un grito, le clavo las uñas en la espalda y le estrecho la cintura con las piernas.

No tarda en alcanzar el orgasmo, embistiéndome con tanta fuerza que los huesos de sus caderas me magullan las piernas. Se estremece en mi interior y suelta un bramido.

Estoy pegada a él y no quiero que nos soltemos nunca. Sus dedos se aferran a mis muslos de forma dura y agresiva, y sé que solo intenta que me sienta segura y deseada.

Pasa mucho tiempo antes de que nos separemos, pero, cuando por fin lo hacemos, lo beso en los labios porque necesito saborear su familiar calidez.

—Te quiero —susurro contra su boca.

—Ay, pelirroja… —Se aparta, me coge de la barbilla y me mira a los ojos—. No te he hecho daño, ¿verdad?

—Hunter, jamás me harías daño. Me gusta el sexo duro.

—Lo sé —responde sin salir de mi interior—. Pero he perdido el control. Jamás me había puesto así.

—Y eso solo con ver cómo me besaba… ¿Estás seguro de que quieres verme…?

—Estoy seguro —me interrumpe, decidido—. Más seguro que nunca.

Quiero que lo hagamos. —Solo con esas palabras me quedo sin aliento. De verdad quiere que Drake y yo nos acostemos. Me parece una locura imposible, pero él está convencido—. ¿Y tú? ¿Quieres?

El corazón aún me martillea con fuerza en el pecho; no ha parado desde que Drake me acorraló contra la pared, y todavía puedo sentir sus labios contra los míos; en ese momento no parecía nervioso, sino seguro de sí mismo y ávido de mis caricias, y ha sido genial y quiero repetirlo. Entonces me doy cuenta de que me he estado sintiendo mal por lo mucho que deseo a Drake, pero Hunter quiere que lo desee. Jamás me pediría que hiciera algo que yo no quisiera hacer, así que le parece todavía más excitante que desee a Drake.

Me muerdo el labio y, con las piernas todavía alrededor de su cintura, asiento.

—Sí, quiero hacerlo.

Regla nº 11

Si no puedes unirte a ellos, emborráchate

Drake

En este club, a diferencia del nuestro, no hay un límite de dos copas, y a lo mejor debería haberlo, porque Hunter e Isabel han desaparecido hace casi una hora y yo llevo todo ese tiempo metiéndome vodkas con tónica entre pecho y espalda como si fueran agua.

He tocado a Isabel. Ese pensamiento no para de repetirse en mi mente una y otra vez: he tocado a Isabel. La he tocado, la he besado, he puesto las manos en sus suaves nalgas, he rozado mi erección contra su sexo y he saboreado la dulzura de sus labios.

Esto puede resultar sorprendente, pero la verdad es que no beso a mujeres —ni a hombres, ya puestos— en los labios muy a menudo. Puedo darles un par de besos rápidos, sin poner el corazón en ello, y enseguida nos desnudamos y mi boca está en otros sitios. Para ser sincero, prefiero besar a hombres; puedo ser más brusco, y me gusta sentir el vello facial, pero no quería ser brusco con Isabel: quería saborearla, disfrutar de su suavidad. Ha sido el beso más íntimo de mi vida, y como será el único, me alegro de que haya quedado grabado para siempre en mi mente.

Mirándolo por el lado bueno, Hunter lo ha flipado, como esperaba, así que se acabó.

Aleluya.

Debería estar encantado de la vida, pero solo estoy borracho y solo. Y estoy convencido de que ahora mismo deben de estar en alguna de las salas privadas, follando hasta perder el conocimiento para borrar todo lo que he hecho, aunque ella estuviera húmeda por lo mucho que se ha excitado conmigo.

Joder, ¿qué coño me pasa?

—Otra —murmuro, llamando la atención del camarero, que me sirve con una sonrisa reacia en sus labios tensos.

—Esta es la última —anuncia—. Y es más floja que las otras.

Me encojo de hombros. De todos modos, es irresponsable servir alcohol en un club de sexo, pero, por suerte para ellos, soy una persona muy educada.

—Vámonos —murmura una voz suave, y me doy media vuelta para ver a Isabel, que, sonrojada, me acaricia la espalda.

—Acabo de pedir una copa —replico, concentrándome de nuevo en mi cubata aguado.

—Hay alcohol en el hotel.

Estoy hecho una mierda, aunque no debería: yo he accedido a esto y he hecho lo que había venido a hacer. Le he quitado la idea de la cabeza a Hunter, pero ¿a qué precio? He probado a la única mujer que no puedo tener, y voy a tener que lidiar toda mi vida con ello, así que bien podrían dejar que me tome la copa.

—Ya nos veremos ahí. ¿Dónde está Hunter?

—Despidiéndose de la dueña. Ven con nosotros —suplica.

—No. Que vosotros os vayáis no significa que tenga que hacerlo yo. Voy a ver si ligo. Hasta luego. —Antes de darme la vuelta, capto su expresión torturada.

—¿En serio?

—En serio —repito.

Cuando da media vuelta para marcharse, alguien le corta el paso. Al principio creo que es Hunter, así que no reacciono, pero entonces oigo la voz baja y ronca de un desconocido.

—Si él no quiere irse contigo, yo sí.

Se me eriza el vello de la nuca y me recorre un escalofrío.

—No, gracias —replica Isabel, intentando esquivarlo, pero él le corta el paso de nuevo.

—Venga, cariño…

—Te ha dicho que no, gilipollas —mascullo, y lo veo todo rojo cuando la agarra de la cintura e intenta pegarla a él. Ya no hay bar, ni club, ni reglas ni educación: solo veo las manos de ese tío encima de ella y la expresión de impotencia y asco en el rostro de Isabel mientras intenta zafarse de sus garras. Ni siquiera soy consciente de haberme levantado o de haber ido hacia ellos, pero de pronto la oigo gritar, él está tirado en el suelo y a mí me duele el puño.

—¡Drake! —exclama, y no sé si está enfadada o asustada, pero en un instante se desata el caos.

Los guardias de seguridad me empujan hacia la puerta, y me entra el pánico al no ver a Isabel, así que intento librarme de ellos para ir a buscarla, lo que solo consigue que se pongan más agresivos. No soy un hombre pequeño, ni mucho menos, y estos tres gorilas no son lo bastante grandes como para controlarme si estoy desesperado. Lo que empieza con un par de brazos alrededor de los míos para llevarme a rastras a la salida se convierte rápidamente en una llave de estrangulamiento, en mi cara contra el suelo y una rodilla en mi espalda.

—Quítale las putas manos de encima —rezonga una voz profunda y familiar, y levanto la cabeza lo suficiente como para ver a Hunter enfrentándose a uno de los guardias de seguridad.

—Dile que se calme de una puta vez y lo haremos —argumenta el hombre.

—¡Solo intentaba defenderme! —exclama Isabel, y me estremezco con el tono aterrado de su voz. Todo esto es culpa mía.

—Señora, retroceda de una puta vez —suelta uno de los guardias, y vuelve a haber una refriega. Esta vez tengo espacio suficiente para levantarme del suelo y ver a Hunter peleando con uno de los hombres de negro.

Dios, ¿cuándo fue la última vez que nos metimos en una pelea? Hace mucho mucho tiempo, antes de que conociéramos a Isabel. Me muero por sacarla de aquí, y sé que Hunter está todavía más desesperado que yo por conseguirlo, así que, aunque me encantaría ayudarlo a poner a esos guardias en su sitio, mi objetivo primordial es ponerla a salvo fuera de este puto lugar.

Agarro a Isabel de la mano y a Hunter del cuello y los llevo a los dos a rastras hacia la señal de salida, de color rojo brillante.

Hunter sigue profiriendo amenazas hacia los guardias cuando salimos al aire cálido de la noche, donde reinan el silencio y la humedad, y el único sonido es el de nuestras respiraciones alteradas.

—¡Que le den a este sitio! —exclama Hunter.

—¿Estás bien? —le pregunto a Isabel.

—Sí, estoy bien.

—Estás temblando —dice Hunter, estrechándola entre sus brazos, y yo me esfuerzo por reprimir los celos que me provoca ese gesto.

—Vámonos, por favor —suplica Isabel.

El hotel está a tan solo unas manzanas y hemos venido andando, así que nos ponemos en marcha, aún furiosos por el altercado en el club.

—Lo siento. No debería haber bebido tanto —digo, rompiendo el silencio.

—No ha sido culpa tuya —responde Isabel, poniéndome una mano en el brazo.

—Deberían establecer un límite de dos copas —refunfuña Hunter—. E investigar mejor a sus miembros. Una mierda como esta jamás habría pasado en Juegos Prohibidos.

—No, nunca —respondo.

El repiqueteo de los zapatos de Isabel hace que le mire los pies: lleva unos tacones de aguja negros y no parecen muy cómodos como para dar un paseo de tres manzanas. La cojo del brazo para que se detenga.

—No puedes ir todo el camino al hotel con esos tacones.

Se mira los pies.

—Estoy bien. Son cómodos. —Ladeo la cabeza y no aparto la vista de ella —. ¿Qué?, ¿me vas a dar tus zapatos?

—Venga, te llevo. —Me doy la vuelta y me agacho para que pueda subirse a mi espalda.

—Drake, no puedes llevarme a cuestas todo el camino.

—¿Recuerdas cuando te torciste el tobillo en aquella excursión de esquí y tuve que cargar contigo montaña abajo? Eso no fue nada, y esta vez no llevas cinco kilos de equipo de esquí encima. Deja de discutir conmigo y sube.

Suelta un largo suspiro. Luego se quita los zapatos, se los da a Hunter y se sube rápidamente a mi espalda. La agarro de los muslos, que me rodean la cintura, y reanudamos la marcha. No puedo evitar darme cuenta de que Hunter lleva una sonrisa torcida pintada en los labios.

—No es el vestido más apropiado para ir a caballito —me dice Isabel, cerca de mi oreja.

—No se te ve la ropa interior… —comenta Hunter a nuestras espaldas—. Casi no… —añade, y nos echamos a reír.

Más adelante, vemos las luces de colores brillantes de un bar y, al acercarnos, encontramos un montón de gente apelotonada junto a un *foodtrack* y el aroma de la carne a la parrilla inunda el aire.

—Ay, tacos —canturrea Isabel—. Me muero de hambre.

—Y yo —respondo, yendo hacia la furgoneta.

—Joder, qué bien huelen —comenta Hunter.

Quince minutos más tarde, estamos los tres sentados en un bordillo en pleno centro de la ciudad, devorando tacos de un puesto callejero y bebiendo cerveza. Hunter se ha quitado la chaqueta para que Isabel se siente sobre ella, y

yo llevo el pelo recogido en un moño para que no caiga sobre la carne.

Y así es como somos lejos de los trajes elegantes y los clubes exclusivos. Momentos como este son los que nos hacen sentir más como nosotros mismos, más cerca del lugar de donde venimos. Hunter y yo nunca estuvimos hechos para toda esas mierdas elegantes. Pasamos la primera mitad de nuestras vidas esforzándonos por salir de los barrios bajos, pero incluso ahora, con todo lo que hemos conseguido, me gusta saber que seguimos siendo los mismos.

Pero por muy divertido y relajante que esto sea, tenemos una incómoda conversación pendiente. Seguimos siendo los mismos, pero no del todo, porque algo ha cambiado esta noche y no creo que haya vuelta atrás.

He besado a la mujer de mi mejor amigo y él se ha cabreado, y no podemos ignorarlo y asumir que no va a volver a pasar y que no va a estar siempre entre nosotros, y, como sé que Hunter es la última persona del mundo dispuesta a iniciar una conversación difícil e Isabel evita la confrontación a toda costa, me toca a mí poner las cartas sobre la mesa.

Arrugo la servilleta y apuro la cerveza mexicana de un trago para darme fuerzas.

—Necesito que me digáis que podemos superar todo esto.

—¿Hablas de la pelea? —pregunta Isabel con expresión confusa.

—No. Hablo de lo que ha pasado antes de la pelea.

Su expresión confusa cambia a otra de comprensión.

—Ah, eso.

—¿Y qué tenemos que superar? —pregunta Hunter—. Hemos hecho un trato.

—¿Ya no recuerdas que te has puesto como loco y que te has echado a tu mujer al hombro hecho una furia?

—No estaba furioso —replica.

Me quedo boquiabierto.

—Estás de coña, ¿no? Hunter, no te he visto tan cabreado en mi vida.

—No estaba cabreado. Estaba…

—¿Estabas qué? —insisto, porque es un puto iluso si cree que la forma en que reaccionó al verme con la mano metida en el vestido de Isabel no fue rabia pura y dura.

—Estaba… —balbuce, alterado de nuevo.

—Hunter, tío, olvídalo. No merece la pena. Ya sé que estabas celoso. Todos

lo sabemos, así que no sé por qué sigues insistiendo en este tema, que puede estallarnos en la cara a todos.

—No estaba celoso, Drake. Estaba cachondo. —Me mira con intensidad con esos ojos marrones y me quedo sin palabras.

¿Está de coña? ¿Le ha excitado ver cómo le hacía un dedo a su mujer? ¿Por qué?

—¿Cachondo? —repito.

Aparta la vista y se concentra en el otro lado de la calle, frunciendo el ceño.

—Ni siquiera voy a intentar explicártelo porque ni yo mismo lo entiendo —resopla—. Solo sé que me ha excitado. —Se levanta de golpe y va a tirar los restos de su comida al cubo de la basura.

Miro de reojo a Isabel, que está mordiéndose el labio inferior.

Soy un imbécil al intentar discutir con él porque lo que más he deseado en este mundo es estar con esa mujer, la mujer de mis sueños, pero me pregunto si Hunter ha pensado bien lo que está en juego: nuestra amistad, su matrimonio… Por no mencionar mi puto corazón.

Regla nº 12

¿Quién necesita dos camas cuando basta con una?

HUNTER

—Hemos reservado dos habitaciones.

El hombre que está detrás del mostrador vuelve a teclear, pero niega con la cabeza cuando ve que no tiene buenas noticias.

—Lo siento, señor Scott. En su reserva solo me aparece una habitación con cama extragrande.

—Todos los demás hoteles están llenos —comenta Isabel, que está a mi lado —. Ni siquiera los moteles de mala muerte tienen habitaciones disponibles.

—Este fin de semana hay un festival de jazz y la ocupación es del cien por cien —explica el hombre—. Hay más gente que durante el Mardi Gras.

—¿Por eso le ha dado nuestra habitación a otro? —refunfuño hacia el recepcionista.

—Hunter… —murmura Isabel con tono de advertencia.

Estamos a las afueras de Nueva Orleans, y después de un largo e incómodo viaje en coche que ha durado todo el día, lo último que necesito es pelearme con el personal del hotel. Drake ha estado inusualmente callado desde anoche; no pienso obligarlo a acostarse con Isabel si de verdad no está de acuerdo, hayamos o no hecho un trato, no soy tan gilipollas, pero quiero que acepte porque sé que lo desea. Lo vi en su expresión cuando la besó; vi el fuego en su mirada y la química entre ellos, y fue lo más sexy con lo que me he encontrado en mi vida, y el que sea algo tabú solo lo hace mejor. Me imagino lo que estaba haciendo debajo de su vestido y a lo mejor Drake tiene razón y debería estar cabreado porque otro hombre la tocara, pero no es así: estoy supercachondo.

—Venga, cariño, ya nos las apañaremos.

—¿Con una cama para los tres? Drake ocupa una cama de matrimonio él solo —argumento.

—La otra opción es no ir a ese club mañana por la noche y seguir hoy hasta

Nashville.

—Llevamos todo el día en el coche y no quiero conducir más —gruño.

—Entonces nos quedaremos esa habitación.

Suspiro, pongo los ojos en blanco y me vuelvo hacia el recepcionista.

—Vale, denos esa habitación.

Esboza una sonrisa forzada y teclea en el ordenador.

—Cómo no, señor.

Drake está sentado solo en el coche, y yo echo un vistazo por las altas puertas de cristal del vestíbulo y observo que parece nervioso. Quizá dormir en la misma habitación que nosotros lo ayude a relajarse. Sé que una vez que se desprenda de todas sus preocupaciones verá lo bien que puede salir esto. Está claro que él ha hecho cosas mucho más alocadas.

Cogemos la llave de la habitación e Isabel y yo regresamos al coche.

—Bueno… —anuncio, dejándome caer en el asiento del copiloto—, solo tienen una habitación.

Se me queda mirando como si esperara una explicación

—Con una cama —añade Isabel.

—Estás de coña —protesta Drake.

—Me quedo a dormir con vosotros —bromeo, tratando de relajar el ambiente, pero no le hace gracia: suspira y aparca el coche

Cuando entramos en la habitación Isabel se va directa a la ducha y nos deja a Drake y a mí solos e incómodos. Él no duda ni un instante antes de coger la botella de tequila que llevaba en la maleta.

Abro el minibar y encuentro unas cervezas frías, así que cojo una. Es curioso pensar que hace diez años ni se me habría ocurrido pagar doce dólares por una cerveza en un hotel, pero he avanzado mucho desde entonces.

—¿Llamo al servicio de habitaciones? —pregunto, echándole un vistazo a la carta.

—No tengo hambre —murmura después de beberse un chupito sin hacer el más mínimo gesto.

Hago una mueca burlona y le lanzo el menú. Isabel está en la ducha, así que no puede oírnos; si así fuera, no podría ser duro con él porque ella siempre intenta protegerlo o facilitar las cosas, pero yo ahora mismo estoy harto de su actitud.

—Vale, pues ya está —mascullo.

—¿Qué?

—Se acabó el trato. Si vas a seguir dándole vueltas, es mejor fingir que nunca lo hemos hablado, ¿de acuerdo?

Se sirve otro chupito, frunciendo el ceño.

—Ojalá pudiera olvidarlo, Hunt.

—¿Y dónde está el problema? No ha pasado nada.

—¿Y lo de esa noche? —pregunta, ofendido.

—¿El qué? ¿Un beso? —Apura el segundo chupito y va a la nevera para coger la otra cerveza fría—. Drake, ¿quieres hablar conmigo de una puta vez?

Cuando por fin se vuelve hacia mí, me sorprende ver su expresión angustiada.

—Has asumido que follo con cualquiera y en cualquier momento, y que no tengo sentimientos.

Doy un respingo.

—¿Qué? No, no creo que…

—Claro que sí. Piensas que esto no significa nada para mí, que me acostaré con Isabel para que tú te desahogues y luego seguiré adelante como si nada hubiera pasado. ¿Es así como crees que será?

Joder… ¿Pensaba yo eso?

—Drake, yo no…

—Está bien, Hunter. Basta ya, ¿vale?

Mientras abre la cerveza me tomo un instante para valorar sus palabras. Jugueteo con la etiqueta de la botella y, por fin, miro su rostro y, aunque deseo dejarlo correr, creo que acaba de abrir una nueva caja de Pandora.

—No pienso eso de ti. Solo… Bueno, he asumido que, como se te da bien separar los sentimientos del sexo, para ti no sería gran cosa.

—Y no lo sería con cualquier otra persona.

—¿Pero con Isabel sí?

Cuando por fin me mira, me siento como si se hubiera esfumado todo el oxígeno de la habitación.

—Con cualquiera de vosotros.

En ese momento se abre la puerta del cuarto de baño e Isabel sale envuelta en una nube de vapor sin más ropa que una toalla alrededor de su esbelta figura.

—Se me ha olvidado coger el pijama —explica alegremente, y atraviesa la

habitación de puntillas hasta nuestra maleta. El ambiente está cargado de tensión, y las palabras que hemos pronunciado Drake y yo todavía cuelgan entre nosotros.

No sé qué ha querido decir ni sé si se me está yendo la olla, pero estoy seguro de que cuando él me ha incluido en su argumento no ha sido en un sentido sexual.

Isabel sale del baño por segunda vez un poco después, con unos pantalones de franela y una camiseta de tirantes.

—¿Nos vamos a la cama? —pregunta.

Sin mediar palabra, Drake y yo nos turnamos para usar el baño, evitando el contacto visual en todo momento. Luego nos metemos en la cama y dejamos a Isabel entre los dos.

—Esto me recuerda a esa vez que nos fuimos de acampada y hacía tanto frío que dormimos en la parte trasera del todoterreno —sonríe Isabel.

La estrecho entre mis brazos y por fin miro hacia Drake.

—Fue un viaje muy divertido —comento.

—Ya lo creo que sí.

Como la tengo pegada a mí, su trasero está separado del cuerpo de Drake, y mientras los dos se sumen en sus pensamientos, pienso en lo que él acaba de decirme: que acostarse con Isabel podría hacer que se sintiera más apegado a ella —obvio la parte en la que me ha incluido, porque tengo claro que no lo dice en el mismo sentido—, y debo de estar como una cabra, porque una parte de mí quiere que eso ocurra. No quiero que Drake se acueste con Isabel y que no signifique nada, al contrario. Sé que puede separar sin problemas el sexo de los sentimientos, pero la verdad es que no quiero que lo haga.

No sé si estoy siendo cruel al hacer que a mi mejor amigo le rompan el corazón o si, en el fondo, estoy convencido de que eso no va a pasar, de que aún puedo protegerlo después de que todo esté dicho y hecho. Apago las luces y la habitación se queda a oscuras. Con la escasa iluminación que nos llega de la ciudad a través de la ventana, vuelvo a mirar a Drake. Soy un gilipollas por lo que voy a hacer, pero también estoy un poco borracho y harto de darle vueltas a la idea: estoy preparado para hacerla realidad.

—Drake está muy solo —le susurro a Isabel al oído—. ¿Por qué no te acurrucas a su lado?

Se echa hacia atrás y me mira a los ojos; yo le sonrío, le doy un beso en la frente y asiento para tranquilizarla. Al cabo de un momento obedece. Se separa

de mí y se acurruca contra el cuerpo de Drake, que, sin dudarlo, la envuelve entre sus brazos. Ella parece diminuta a su lado, y él le dedica toda su atención; ya no me está mirando a mí, sino a ella; él le acaricia la espalda y ella suspira contra su cuello. Es tan íntimo y perfecto que no siento ni el más mínimo enfado.

En ese instante Drake levanta la cabeza para mirarla y el corazón se me acelera en el pecho: su expresión es expectante y está llena de deseo, y yo contengo la respiración.

Cuando Drake le acaricia la mandíbula con el pulgar, ella entreabre los labios; él la mira fijamente en la penumbra durante lo que parece una eternidad; me echa un vistazo rápido y vacilante y, de pronto, acorta la distancia que los separa y la besa, y mi cuerpo estalla en llamas.

Sus bocas siguen unidas cuando ella le tira del pelo para pegarlo más a su cuerpo. Se escucha un suave jadeo y un gemido, y el beso se vuelve más frenético.

—¿Esto está bien? —murmura él, y apenas ha conseguido formular la pregunta cuando ella vuelve a tirarle del pelo para hacer que baje la cabeza.

—¡Sí! —exclama contra sus labios.

Y yo quiero más, necesito más. Jamás había sentido nada tan intenso en toda mi vida. Ver la química que tienen, ver a mis dos personas favoritas sobre la faz de la tierra devorándose el uno al otro me lleva al límite. Y me encanta.

—Levántale la camiseta —susurro.

Drake lleva la mano hasta el dobladillo, pero se detiene, se aparta un poco y la mira, dubitativo, hasta que ella asiente.

—Sí —gime.

Entonces Drake por fin deja sus pechos al descubierto; cubre uno de los suaves montículos con su enorme mano y le pellizca un pezón. Cuanto más la acaricia, más contonea sus caderas contra ella, y la satisfacción que me invade cuando se echa sobre Isabel y se acomoda entre sus piernas es incontenible. Me muero por que follen, aunque sé que lo más seguro es que esta noche no ocurra porque supongo que los dos quieren tomárselo con calma, pero se están devorando de tal forma que a lo mejor me equivoco.

La boca de Drake abandona la de Isabel y se dirige sin dudarlo hasta uno de sus pezones para chuparlo y mordisquearlo, y ella gime porque eso la vuelve loca. Arquea la espalda y deja escapar un fuerte grito de placer.

Y yo estoy aquí tumbado de lado, viendo cómo se desarrolla la escena, y me

siento como un mirón que se ha entrometido en un momento íntimo entre dos personas que se desean desesperadamente.

Dios mío, ¿desde cuándo sienten esto? ¿Han estado latentes estos sentimientos o es la naturaleza prohibida de todo lo que hacen lo que aumenta el deseo? En cualquier caso, no puedo creer lo mucho que me gusta.

—Deberías probarla —sugiero—. No imaginas lo bien que sabe, Drake.

Isabel suelta un gritito y levanta la cabeza.

—Quiero probarla —responde él, con una mirada feroz clavada en el rostro de ella—. ¿Te parece bien?

Ella vuelve a asentir, pero antes de que él pueda deslizarse entre sus piernas, le agarra la cara y lo acerca para besarlo de nuevo. Cuando se ha saciado de su boca, Drake desciende por su cuerpo, le baja los pantalones del pijama y le quita la ropa interior, y ella queda desnuda delante de él, aunque duda: ha juntado las rodillas mientras él le acaricia los muslos.

—Abre las piernas para él, cariño —susurro—. Deja que vea lo preciosa que eres.

Por fin separa los muslos y se le acelera la respiración. Al ver por fin su sexo, Drake deja escapar un jadeo gutural.

—Joder, Isabel, eres perfecta —susurra, y por fin se hunde entre sus piernas. Le da un beso suave en el vientre y a ella se le pone la carne de gallina, y, cuando él le besa el interior de los muslos, Isabel jadea y se echa a temblar, expectante.

Vuelve la cabeza hacia mí y yo le sonrío; me acerco y le doy un fuerte beso; ella gime contra mis labios, y yo miro hacia abajo para ver la cabeza de Drake enterrada entre sus piernas; me aparto para ver cómo le lame el clítoris.

Isabel se retuerce y clava las uñas en el colchón mientras él la devora con fruición.

—¡Drake, sí!

No puedo evitar tocarla. Sé que no debería hacerlo, pero no puedo resistirme. Le aparto el pelo de la frente y le acaricio el cuello, sintiendo la vibración de sus jadeos en la yema de mis dedos.

—Sí, cariño. Estás preciosa.

Drake gruñe contra su sexo y alza la vista para contemplarla sin dejar de penetrarla con la lengua. Isabel lo abraza con las piernas, arquea la espalda y sus pequeños pechos tiemblan con cada jadeo.

—Haz que se corra, Drake. Está guapísima cuando se corre.

Drake gruñe de nuevo y le mete dos dedos, sin dejar de chuparle el clítoris con avidez, arrancándole un grito. Sus jadeos son cada vez más lentos y profundos, y sé que está a punto de perder el control.

Le clava los dedos entre el pelo, le rodea la cabeza con los muslos y casi sale volando de la cama. Es lo mejor que he visto en mi vida. He hecho que Isabel se corra más veces de las que puedo contar, pero nunca he tenido la oportunidad de verlo de verdad; me deleito al ver cómo contrae los muslos y deja el largo cuello expuesto al echar la cabeza hacia atrás; tiene los ojos cerrados y una expresión de felicidad eufórica con los delicados labios entreabiertos para dejar escapar un grito agónico.

Cuando se relaja por fin después del orgasmo, vuelvo a besarla y le retiro de la cara el pelo rojo, empapado en sudor.

—Ha sido increíble —susurro contra su boca.

Drake se incorpora y se pone de rodillas, y veo la abultada longitud en sus pantalones cortos de deporte. Me pilla mirándolo, me imita y clava la vista en mi erección.

Bueno, joder, ¿y ahora qué?

Hay unos largos instantes de incómodo silencio antes de que él coja el pijama de Isabel y la ayude a ponérselo de nuevo. Ella se vuelve hacia mí, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué pasa con…?

—Es suficiente, pelirroja —respondo—. Vamos a dormir un rato.

—¿Estás seguro?

—Sí, cariño. —Asiento.

—Vale —acepta ella con reticencia.

Sin mediar palabra, Drake escapa al cuarto de baño y cierra la puerta. No sé qué hace ahí dentro, y tampoco pienso preguntar. Isabel se acurruca junto a mí y su mano se desliza sobre mi erección; yo la cojo suavemente por la muñeca.

—Pelirroja… —digo con tono de advertencia.

—¿Estás bien? —pregunta, retirando por fin la mano.

—Estoy de puta madre. ¿Y tú?

Sus ojos verdes se clavan en mí.

—Yo también estoy de puta madre —susurra. Rara vez la palabra con pe escapa de sus labios, pero está tan mona cuando lo hace…

—Bien.

—¿Crees él está bien?

—Sí. No creo que lo hubiera hecho si no quisiera. Pero…

—¿Pero qué? —insiste; le paso un mechón de pelo tras la oreja y le doy un beso en la frente.

—Pero cuando se meta en la cama, ¿te sentirías cómoda acurrucándote con él en vez de conmigo? Solo quiero que sepa que lo quieres para algo más que para el sexo.

Levanta la cabeza para mirarme, perpleja.

—¿Más que para el sexo?

—Sí. Creo que le haría sentirse mejor saber que te importa.

Me acaricia la mejilla e inspira hondo.

—¿Estás seguro? No quiero hacerle daño a nadie.

—Drake te importa, ¿no?

—¿Y a ti? —responde ella.

Más de lo que ella puede llegar a comprender. Joder, más de lo que yo mismo llego a comprender, y sé lo que preocupa a mi mujer, pero mi instinto me dice que debe ser así.

—Claro que sí.

—Vale, porque no paras de hablar de mí y de lo mucho que lo quiero, pero tú también lo quieres, Hunter, y creo que él necesita saber que te importa tanto como a mí.

A veces siento que Isabel puede leerme la mente, porque juraría que sabe lo que pienso antes de que lo ponga en voz alta; supongo que eso es lo que hace que nuestro matrimonio sea perfecto: ella está en mi cabeza tanto como en mi corazón.

Unos minutos después, Drake sale del baño, apaga la luz y vuelve a meterse en la cama detrás de Isabel, que sigue pegada a mí. Por un momento me preocupo por si no puede hacerlo, por si el sexo oral es una cosa pero acurrucarse junto a él para dormir es otra muy distinta.

Y no puedo dejar de pensar en lo que Drake me ha dicho sobre corazones rotos, y quiero que sepa que esto no ha sido solo un polvo, que, por alguna estúpida razón, se encariñe con Isabel es justo lo que quiero.

Entonces, justo cuando empiezo a perder la esperanza, Isabel me da un beso rápido en los labios y se aparta para apoyar la cabeza en el brazo extendido de Drake. Él duda un momento, mirándome en la oscuridad, pero cuando ve que no protesto, se relaja, la abraza y se sume en un profundo sueño.

Regla nº 13

Fija las reglas desde el principio y no las rompas

ISABEL

El gimnasio del hotel está vacío, para variar, y eso está bien porque, ahora mismo, tengo la cabeza hecha un lío. No importa cuántos kilómetros haga en la bicicleta estática.

No dejo de revivir lo que ocurrió anoche, la locura que fue dejar que otro hombre me practicara sexo oral mientras mi marido miraba. Debo de estar mal de la cabeza, porque disfruté muchísimo, y eso no es algo que haría una mujer normal de veintisiete años.

Debería avergonzarme de los pensamientos que inundan mi mente: Drake besa diferente que Hunter; los labios de Drake son un poco más carnosos; su boca en mi sexo es muy distinta a la de Hunter —ni mejor ni peor, solo distinta—; el tiempo que hacía que no me corría tan fuerte…

Jamás habría hecho algo así si Hunter no nos lo hubiera pedido, pero, Dios, cómo me alegro de que lo hiciera.

Estoy a punto de recorrer el octavo kilómetro en bicicleta cuando se abre la puerta del gimnasio y doy un respingo al ver que es Drake. Me quito los auriculares al momento y bajo el ritmo de las pedaladas.

—Hola —murmuro.

—Hola —responde—. Hunter está trabajando, así que he pensado en hacer un poco de ejercicio.

Asiento con una sonrisa tensa. Hace una semana habría soltado alguna broma inapropiada sobre la cantidad de ejercicio que hace, pero ahora, después de lo que ha pasado, no podría decir algo así sin que suene torpe y forzado.

Se pone a dar vueltas junto a las pesas y yo me esfuerzo por actuar con naturalidad, aunque es imposible. Odio esto. Odio que ya no nos comportemos como antes, porque me encantaba.

Drake también es mi mejor amigo, aunque no lo aireemos tanto como hace Hunter. Yo no tengo amigas íntimas, solo conocidas, y cuando pienso en salir un fin de semana o ir al cine o tomar algo y no hacer nada, pienso en Drake; o pensaba, antes de que todo se volviera incómodo. Y por muy genial que fuera lo de anoche, prefiero recuperar nuestra amistad.

Él también debe de sentirse así, porque se vuelve para mirarme.

—¿Soy yo o todo esto es superincómodo?

Sacudo la cabeza.

—No eres solo tú. Es incómodo.

—Pues lo aborrezco. ¿Por qué no lo hablamos para que todo vuelva a ser como antes?

—Por favor.

—Vale… —murmura, pero se queda en silencio. Supongo que ahora deberíamos hablar de lo que hicimos anoche, pero al parecer no es tan fácil—. ¿Estás segura de que te parece bien? —Me contempla con una expresión cálida y preocupada, con esos deslumbrantes ojos azules, y lo quiero un poco más por ello. ¿Cómo puede un hombre tan dulce y sensible no comprometerse con nadie?

—Me parece bien si eso no hace que las cosas entre nosotros se pongan raras.

—Pienso lo mismo.

—Entonces, ¿lo de anoche estuvo bien? —pregunto con delicadeza, como si necesitara que me confirme que le gustó, aunque sea absurdo pensar lo contrario.

—Lo de anoche fue increíble —responde, y siento un cosquilleo en el vientre.

—Fue…

—Dios, qué raro es esto —añade, y yo me río.

—No ha sido tan raro como los abrazos —comento para romper la tensión del ambiente.

—Venga ya —me sigue la broma, dándome un golpecito en el hombro—. Se te da genial abrazar.

—¡Y a ti! Deberíamos haber estado abrazados todo el tiempo desde hace años.

—No me suelen gustar mucho los mimos —ríe.

—Pues resulta que esos bíceps tuyos tan musculosos son unas almohadas

estupendas.

Flexiona el brazo, sonriente, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Hablas de estas almohadas?

—Deja de presumir —me quejo, y así volvemos a ser nosotros… o casi. La incomodidad sigue ahí, pero al menos podemos bromear y esquivar las partes que nos perturban, como que, literalmente, metiera la lengua en mi sexo. Dios, ¿por qué he tenido que recordarlo…? Por suerte, se acerca a las pesas y yo puedo disimular mi sonrojo con la excusa del ejercicio.

—¿Sabes? —pregunta, cogiendo una pesa—. Deberíamos establecer unas reglas. A lo mejor nos ayudaría a separar las cosas y que no sea todo tan raro.

—Es una gran idea —respondo—. ¿Tienes algo en mente?

—Bueno… —Lo piensa un segundo, levantando las pesas como si nada—. Primero, tú y yo no podemos hacer nada si Hunter no está presente.

—Es obvio.

—Y todo tiene que ser consensuado. Si quieres que pare, di *«namasté»*.

—¿Se supone que esa es mi palabra de seguridad?

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

—Es la peor palabra de seguridad que he oído en mi vida.

—Vale. Así no se te olvidará. —Deja las pesas en el soporte—. Y espero que nunca tengas que usarla. —Disimulo una sonrisa y aumento la velocidad de mi pedaleo. Acaba de admitir que espera que quiera acostarme con él. ¿Lo decía en serio? Tras un momento largo y tenso, sigue hablando—. No me refería… Solo quería decir que…, bueno, que espero que nunca te sientas incómoda.

—Sé lo que querías decir, Drake. —Sonrío y él corresponde al gesto, se muerde el labio inferior y se da la vuelta. Ha sido una sonrisa enorme y abierta, de oreja a oreja, y me ha calentado las entrañas. Drake tiene una sonrisa increíble, y estoy convencida de que vuelve locas a las mujeres.

—Ah, y tenemos que usar protección. Siempre.

—Estoy tomando… —empiezo, pero él levanta una mano para interrumpirme.

—No quiero que esto se complique más de lo necesario. Quiero usar protección.

Cierro la boca.

—Si eso es lo que quieres, me parece bien. —Nos quedamos unos minutos en silencio hasta que por fin me decido a preguntar—: ¿Y Hunter solo debería mirar? Quiero decir, no quieres que participe, ¿verdad?

Drake levanta la cabeza y me mira con el ceño fruncido.

—A mí no me importaría. ¿Y a ti?

Me quedo con la boca abierta.

—No, no me importaría, pero he pensado que…

—No creo que eso deba ser una norma —me interrumpe, y sigue con las pesas, evitando el contacto visual. ¿Lo ha incomodado la pregunta? He supuesto que hacía esto porque Hunter es su amigo y quiere mirar, y que sería más fácil si no participara, pero Drake parece desear que Hunter participe.

No puedo dejar de pensar en ello mientras termino el décimo kilómetro en la bici. Sé que Drake se acuesta con hombres de vez en cuando, y Hunter siempre lo ha apoyado, pero me he dado cuenta de que no le entusiasma: siempre que Drake habla de un hombre con el que se ha acostado, Hunter aprieta los dientes y cambia de tema. Además, nunca me ha parecido que se sintieran atraídos el uno por el otro, así que no entiendo por qué Drake quiere que Hunter se nos una.

Drake está haciendo sentadillas con una larga barra sobre los hombros. Me doy cuenta de que hace un gesto de dolor cada vez que baja y que sacude la pierna cuando se levanta.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, tengo los isquiotibiales tensos. —Vuelve a dejar la barra en el soporte y se masajea la parte posterior de la pierna.

—Deja que te ayude a estirar. —Desmonto de la bici, cojo una esterilla del rincón y la extiendo en el suelo entre los dos.

—No tienes por qué hacerlo —replica, y yo ladeo la cabeza.

—Ese es justo mi trabajo. Vamos.

Con un suspiro, se sienta en la colchoneta con las piernas extendidas.

—Túmbate.

—No me hagas daño —bromea, juguetón.

—No puedo prometértelo.

Cuando se tumba boca arriba le levanto la pierna derecha, la pego a mi cuerpo y empujo contra él. Suelta un largo gemido y enseguida me doy cuenta de lo tensos que están sus músculos.

—Tienes que estirar más. Estás demasiado tenso.

—Odio estirar.

Pongo los ojos en blanco y empujo su pierna un poco más.

—No seas crío. Me paso la vida haciendo esto con Hunter.

—Bueno, a lo mejor si fuera yo el que está casado con una instructora de yoga guapísima, no lo odiaría tanto.

Suelto una risita y sigo ayudándolo con los estiramientos, pero, después de unos minutos en silencio, se tensa de nuevo.

Nuestras miradas se encuentran, cargadas de significado. He mirado a Drake a los ojos un millón de veces, pero ahora es distinto, como si nuestra conexión se hubiera magnificado y el tamaño de esta hubiera aumentado un millón de veces, y no sé cómo hacer que todo vuelva a ser como antes. Ni siquiera sé si quiero que eso ocurra.

—¿Por qué nunca has sentado cabeza? —pregunto con cautela.

Traga saliva y vuelve a mirar al techo. Cuando le acerco un poco la pierna al cuerpo, hace un gesto de dolor.

—No lo sé. Nunca he sentido lo mismo que Hunter.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerdo el día que te vio por primera vez, cruzando la calle con ese vestido verde esmeralda y esas sandalias negras: no podía apartar la mirada de ti. Y después no podía dejar de hablar de ti, y empezamos a ir a ese lugar todos los días solo para verte. Fue algo enorme, y yo esperaba sentir lo mismo alguna vez, pero no ha sucedido.

—Me acuerdo de ese vestido —respondo, distraída por que Drake se acuerde de lo que llevaba puesto aquel día, hace ya diez años.

—No volví a verte con él puesto después de aquel día.

—¿Sabes? No todo el mundo conoce a su pareja así. De hecho, no es normal estar tan seguro como lo estaba Hunter. Algunas personas conocen a sus almas gemelas y pasan años hasta que se dan cuenta de que lo son.

—Lo sé —acepta; le suelto la pierna y le cojo la otra—. Pero eso es lo que quiero. No quiero conformarme con menos.

—Ya encontrarás a alguien —lo animo, sintiendo una pizca de decepción al pensar en ello.

Suspira y me mira, y así, sin más, vuelve la tensión. Él también debe de notarlo, porque se apresura a serenarme.

—Vamos a hacer un trato: siempre seremos sinceros el uno con el otro. Sea lo que sea lo que sientas, tienes que decírmelo. No quiero hacer nada que os haga daño a ti o a Hunter.

—Yo tampoco.

—Pues entonces tenemos que contárnoslo todo, por muy incómodo o

embarazoso que sea —dice con absoluta sinceridad.

—Sí, lo sé.

—¿Trato hecho? —pregunta.

—Trato hecho.

Regla nº 14

Hay gente que necesita que la aten

HUNTER

Drake, Isabel y yo estamos sentados alrededor de una mesa al fondo del Crescent City Kink Club, asistiendo a un taller de *bondage*. La instructora es una hermosa mujer llamada Silla, alta y delgada, con una voz suave y una sonrisa radiante, y, cuando nos mira con esos deslumbrantes ojos color avellana, es difícil concentrarse en lo que nos está enseñando a las parejas y grupos que hemos venido a aprender.

Drake tiene el mismo problema que yo; lo sé por cómo le recorre el cuerpo con la mirada y se lame los labios al fijarse en la carne oscura que sobresale de su fino sujetador blanco.

—¿Podéis prestar atención, por favor? —susurra Isabel.

Drake y yo nos echamos a reír, intentando disimular nuestras sonrisas desvergonzadas; Silla nos pide que cojamos la larga cuerda negra que nos han facilitado para enseñarnos a hacer algunos nudos básicos. Isabel lo pilla a la primera, pero Drake y yo la anudamos con torpeza y la liamos en muchos puntos.

Hoy todo ha ido muy bien entre nosotros. Cuando los dos han regresado esta mañana del gimnasio, sonreían y bromeaban como antes, lo que demuestra que sus preocupaciones eran infundadas. No ha cambiado nada y seguimos siendo los mismos.

No quiero precipitarme, pero lo de anoche fue tan increíble que estoy deseando repetirlo. Necesito ver a esos dos juntos tanto como necesito tener a Isabel para mí solo. Y como hoy no nos hemos acostado, estoy hecho un desastre, y sigo cachondo.

—Ahora me gustaría que eligierais a una persona de vuestro grupo para que sea el *shibarite* y a otra para que sea el *shibaruke*. —Drake y yo la miramos sin comprender, y ella continúa con una sonrisa juguetona—: El *shibarite* es el que

hace los nudos y el *shibaruke,* al que atan.

Nos volvemos los dos hacia Isabel, que inmediatamente sacude la cabeza.

—De eso nada —protesta—. A mí ya me ataron la última vez. Ahora deberíais probarlo vosotros.

—Bueno, Drake fue quien te ató la última vez, así que supongo que es mi turno.

—No —replica ella—. ¿Por qué no lo atas tú esta noche?

Me ruborizo y abro los ojos de par en par. ¿Lo está haciendo a propósito? Me vuelvo hacia Drake, que está tan campante.

—No hay muchas más opciones —responde—. A no ser que estés dispuesto a jugar el papel de sumiso. —Me guiña un ojo y, joder, tengo que disimular para no dejar ver el incendio que eso ha desatado en mis entrañas.

—Buen argumento —murmuro, cogiendo la cuerda.

—Vamos, sé sincero: siempre has querido atarme, ¿verdad?

—Sí, pero para cerrarte la boca.

Se echa a reír, pero se calla cuando Silla nos da instrucciones.

—El sumiso debe llevar la menor cantidad de ropa posible, de modo que las cuerdas queden pegadas a la piel y así el efecto sea mejor. Depende de vosotros la decisión de cuántas prendas vayáis a quitaros.

Drake sonríe y yo me esfuerzo por mantener la compostura. ¿Por qué anoche fue tan fácil y ahora estoy nervioso de cojones? Y más cuando veo que Drake se quita la camiseta ceñida y deja al descubierto su pecho lampiño y sus cincelados abdominales.

Joder, sí que le sienta bien trabajar en la construcción…

Entonces se desabrocha los pantalones sin apartar sus relucientes ojos azules de mi rostro, y yo desvío la mirada cuando deja caer los vaqueros al suelo y se queda delante de mí vestido solo con unos bóxers negros que no dejan nada a la imaginación.

—Estoy listo, señor —dice en tono burlón, y yo contengo una carcajada.

—Para ya —ordeno.

—Ahora voy a enseñarte una sujeción básica —dice Silla, y su compañero junta los brazos a su espalda; Drake lo imita e Isabel nos mira con una sonrisa traviesa en la cara.

Sigo las instrucciones con torpeza y me equivoco al colocar la cuerda delante de todos. Silla no va demasiado rápido y esto no es tan complicado, pero no consigo pensar con claridad mientras toco el pecho y la espalda desnudos de

mi mejor amigo. Soy tan hetero como el que más, así que no tengo ni idea de por qué me estoy excitando ni por qué me cuesta concentrarme.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Silla, que se aproxima a nuestra mesa al ver el lío que me estoy haciendo.

—Es una causa perdida —bromea Drake.

—Seguro que no —replica, y mira el nudo con el que me estoy peleando. Debería haber prestado más atención cuando nos mostró cómo hacerlo.

—No es para tanto —dice ella, y me sustituye para que vea dónde he metido la pata. Lo único en lo que puedo concentrarme es en que está tocando a Drake—. Me impresiona que esté dispuesto a aprender, señor Scott. Pensaba que solo había venido para encontrar a un experto para su club.

—Me gusta aprender todo lo posible antes de contratar a alguien.

—¿Y qué piensa de mí? —pregunta con una sonrisa coqueta.

—Sabe de lo que habla —respondo.

Tira con más fuerza de la cuerda que rodea los brazos de Drake, que suelta un gruñido, y le pasa las largas uñas por los músculos de los brazos y la espalda.

—La cuerda te va a dejar unas marcas preciosas en la piel…

—Drake —informa él.

—Drake —repite con un tono sensual—. ¿Tú qué dices? ¿Debería ir a tu club?

—Por supuesto. Me encantaría hacerte de anfitrión.

—Sería estupendo —responde ella, y yo rechino los dientes.

¿Por qué coño tiene que flirtear con todo el mundo? Anoche estaba con la cabeza entre las piernas de mi mujer, pero ver a esta otra mujer adulándolo hace que me hierva la sangre en las venas. Le echo un vistazo a Isabel y compruebo que está reaccionando igual: aprieta los labios con fuerza y mira fijamente a Silla, que aún tiene las manos sobre el cuerpo semidesnudo de Drake.

Si conozco a Drake, y lo conozco, no va a parar hasta tenerla gimiendo su nombre en alguna sala privada del club antes de que el reloj marque la medianoche. Pero eso era antes, ¿no? Ahora no va a hacerlo.

Deberíamos discutir algunas reglas básicas. No puedo permitir que se tire a otra chica y a mi mujer en el mismo fin de semana. Isabel se merece algo mejor.

¿Pero de verdad voy a pedirle que esto con nosotros sea exclusivo? ¿Y

durante cuánto tiempo? ¿Cuántas veces voy a dejar que se acuesten? Creo que no lo he meditado todo muy a fondo…

—Ya está —anuncia Silla, y retrocede para mostrar su obra de arte. Drake tiene los antebrazos atados a la espalda, las cuerdas rodean sus bíceps, clavándose en su carne de un modo que parece doloroso, y, teniendo en cuenta cómo sigue coqueteando con Silla, espero que duela mucho.

—Tiene muy buena pinta —responde Isabel con forzado entusiasmo.

Silla desata los nudos y me mira.

—Ahora que has visto cómo lo he hecho, quiero que vuelvas a intentarlo. El *bondage* se basa en la conexión entre el dominante y el sumiso. Relajaos juntos. Te está dando su confianza, y eso es un regalo. Así que quiero que lo intentes de nuevo, pero esta vez concéntrate en el hombre al que estás tocando, no en la cuerda.

—Mmm… —dudo—. Solo somos amigos.

Me mira, inexpresiva.

—Bueno, pues entonces debería de ser más fácil, porque ya confía en ti.

Isabel carraspea y yo intento olvidarme de los nervios: yergo los hombros y cojo la cuerda que me tiende Silla.

—No aprietes demasiado. —Se vuelve hacia Drake—. Es normal que se te corte un poco la circulación, pero si te resulta demasiado incómodo, díselo al amarrador. Y no puedes estar atado más de veinte minutos o corres el riesgo de dañar los nervios. ¿Entendido?

—Sí, señora —responde Drake con un guiño.

—Cuando termines, estaré encantada de enseñártelo —sonríe, y a mí me rechinan los dientes.

—¡Eso sería genial! —interviene Isabel, interrumpiendo su pequeña conexión. Silla esboza una sonrisa falsa y se excusa para ir a ayudar a otras mesas.

Suspiro y vuelvo a intentar hacer los nudos y apagar las voces de mi cabeza. Cuando paso la cuerda sobre los hombros de Drake, nuestras miradas se encuentran, acaloradas. Tiro un poco más de la cuerda y él suelta un gruñido casi inaudible sin apartar la vista.

Doy un tirón más y, con el pecho rodeado de nudos negros, deja escapar el aire en un murmullo de satisfacción, sometiéndose con expresión perezosa… y sublime. Cuando he terminado, Drake parece casi somnoliento, y noto que mis ataduras están más apretadas que las de Silla. Doy un paso atrás y me

quedo evaluando mi trabajo junto a Isabel.

—Tiene muy buena pinta —murmura, y es verdad: se ve la hostia de bien.

—¿Alguien va a desatarme? —pregunta Drake después de un rato, y yo intento salir del estado hipnótico en el que me he sumido de pronto. ¿Qué coño me ha pasado?

—Debería dejarte así —refunfuño. Ahora mismo no tengo paciencia para mostrarme calmado, y, por mucho que quiera decirle lo imbécil que ha sido por flirtear con Silla delante de nosotros, no tengo derecho a meterme en sus decisiones. Lo sé, pero aun así quiero hacerlo; quiero dominarlo, y esa es una sensación nueva con la que no sé muy bien qué hacer.

—Pero ¿qué he hecho? —dice entre carcajadas, pero no le contesto.

Dejo que Isabel lo desate y me voy al bar a tomar una copa.

Regla nº 15

A veces es genial confiar en un desconocido

Drake

Ojalá Hunter compartiera sus pensamientos. Siempre ha sido así: gruñón y melancólico, callado hasta que se va sin decir lo que le pasa por la cabeza. Me dan ganas de presionarlo, que es exactamente lo que estoy haciendo ahora. Sé por qué está tan enfadado, pero si no va a hablar de ello como un adulto, voy a hacerle sufrir.

—Debería ir a ver cómo está —anuncia Isabel después de quitarme las cuerdas y dejarlas sobre la mesa. Me pongo los pantalones, pero no la camiseta, porque tengo la piel sensible por culpa de la cuerda y tengo que reprimir las ganas de rascarme.

—Nos vemos luego —respondo, y ella me dedica una sonrisa tensa antes de desaparecer en la sala contigua, donde está el bar.

Este club es muy parecido a Juegos Prohibidos. Hay una sala principal, un montón de salas más pequeñas y una grande al final, donde deben de celebrar los talleres y espectáculos. Me hace pensar en cómo podemos añadir un espacio así a nuestro club.

Hice que la sala principal fuera un enorme pasillo *vouyeur,* así que no debería suponerme un problema.

—Ah, mira las marcas de la cuerda. Son preciosas. —Unas manos suaves me rozan los brazos y al darme la vuelta me encuentro a Silla inspeccionando mi piel como si fuera una obra de arte.

—¿Gracias? —digo con tono interrogativo.

—Las cuerdas no dejan las mismas marcas en todas las pieles, pero la tuya ha quedado perfecta. Espera, voy a enseñártelo. —Saca el teléfono y enfoca la cámara hacia mi espalda. Cuando se dispara el *flash,* suelta un sonido de disgusto—. La iluminación aquí es terrible. Ven conmigo; vamos a un sitio con mejor luz para que puedas verlo.

—Mis amigos…

—Solo será un segundo. Tengo que hacerte una buena foto antes de que se vayan las marcas.

Suelto un suspiro y echo un último vistazo hacia el bar antes de seguirla. Recorro con los dedos las marcas que tengo en los brazos, donde la cuerda se ha ceñido con fuerza contra mis músculos. Me ha dolido, pero también ha sido muy satisfactorio y casi me han dado ganas de pedirle que la tensara más. Me ha gustado estar atado y a merced de Hunter, ser el centro de su atención y estar tan pendiente de sus movimientos que casi me he olvidado de la cuerda.

—Entonces, esa pareja…

—Son mis amigos —respondo, porque sé lo que quiere preguntar. Es curioso que nadie me lo haya preguntado antes. Siempre estamos juntos, y supongo que parecemos una *trieja,* y ahora caigo en la cuenta de que mucha gente del club debe de pensar que lo somos.

—Ah —responde Silla con una sonrisa—. Hacen una pareja estupenda.

—Sí, así es.

—Es aquí —anuncia cuando llegamos a la tercera puerta del oscuro pasillo. Da a una sala en penumbra y ella enciende una de las luces de la pared, pero tampoco es que ahora se vea muy luminosa, ni mucho menos. Está muy decorada y tiene una cama grande a un lado y una silla al otro, y hay espejos a lo largo de todas las paredes, ornamentados con elaborados diseños de latón. Es como si estuviera pensada para los *vouyeurs*.

—Ven aquí —dice; me guía hacia la pared, hace que me ponga de espaldas al espejo, levanta el móvil y hace una foto sin *flash*—. Perfecto —susurra. Me muestra la pantalla y veo los intrincados diseños de la cuerda en mi espalda, aunque no me impresionan tanto como a ella. Vuelve a tocarme y yo contemplo sus espesas pestañas y sus rizos negros. Es preciosa, y sé que, si quisiera, podría follar con ella ahora mismo. A ver, sé que por eso me ha traído a este lugar, y ni por un segundo he pensado que fuera por la iluminación. Está jugando sus cartas, y me sorprende darme cuenta de que nunca una mujer había tenido que esforzarse tanto conmigo. Levanta la vista y me mira a la cara —. ¿Quieres que te haga una visita guiada?

—¿Quieres mostrarme el sitio? —pregunto.

—Quiero mostrarte lo que te apetezca —responde; me pasa las uñas por el vientre, se agacha y me da un beso en el pecho, y yo me maldigo por mi puta mala suerte. Echo la cabeza hacia atrás y casi dejo escapar un gruñido de

frustración. Le pongo las manos en los brazos y la aparto con suavidad.

—Joder, no sabes cuánto siento hacer esto.

—Pues no lo hagas —replica; vuelve a acercarse a mí, desliza los dedos por la cinturilla de mis pantalones y yo aprieto los dientes.

—Silla, eres guapísima y ojalá pudiera… Pero estoy con alguien.

—¿Y dónde está?

—Es complicado —digo, pasándome las manos por el pelo—. Y para ser sincero ni siquiera sé lo que estoy haciendo ni lo que somos, pero es que ahora mismo no puedo estar con nadie más.

Se le hunden los hombros.

—Claro. Eres un caballero.

Se me escapa una carcajada.

—Ni de broma. De hecho, soy un puñetero canalla, ojalá supieras cuánto, pero esta… persona…, esta… gente… es importante para mí.

Me estudia un segundo con los ojos entrecerrados y, de pronto, los abre de par en par y su boca dibuja una O perfecta.

—Ah, claro. Son ellos, ¿no? Esa pareja.

Abro la boca para protestar porque no es algo que esté dispuesto a reconocer, pero entonces me doy cuenta de que no la conozco, de que ella no me conoce a mí, ni conoce el club ni nada por el estilo, así que a lo mejor es la persona indicada para confiarle mis secretos.

—En realidad sí.

Ella asiente con una sonrisa tensa.

—¿Estás con los dos?

—No, solo con ella. Bueno, más o menos.

—¿Más o menos?

—Bueno, a él le gusta mirar —explico con una mueca.

—Ah, qué morbo —ríe—. Pero eso no significa que les pertenezcas.

—Lo sé, lo sé. Pero no puedo estar con nadie más mientras me acuesto con ella.

Silla frunce el ceño.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Supongo que esa es la cuestión.

—¿Cuánto llevas acostándote con ella? —insiste, y hago una mueca.

—Aún no lo hemos hecho.

—Entiendo… —responde, aunque su expresión me dice que solo intenta

comprenderlo. Pues que tenga suerte, porque ni yo mismo lo pillo—. Pero, a ver…, es solo sexo, ¿no?

—Sí.

—¿Y quieres hacerlo?

—Claro.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—El problema es que son mis mejores amigos y, aunque lo deseo tanto como ellos, no sé qué va a pasar cuando termine. ¿Y si los pierdo?

Da un paso atrás y hace una mueca, pensativa.

—Pero ¿y si los ganas?

—¿Qué?

Con un suspiro, se sienta en el borde de la cama y me mira fijamente.

—Si es posible perderlos, ¿no es igual de posible ganarlos?

—Ya son mis mejores amigos. ¿Cómo podría ganarlos?

—Aj, no seas tan obtuso. Ya sabes de lo que hablo.

Sí, pero me niego siquiera a pensarlo. Esto es solo sexo, solo una fantasía de Hunter. Tampoco es que yo vaya a formar parte de su relación.

—No —respondo, negando con la cabeza—. Son mis mejores amigos. Y lo que estamos haciendo es sexo. No vamos a formar una *trieja* ni nada por el estilo.

—¿No es lo que quieres? —pregunta. Entrecierro los ojos y miro al techo mientras lo pienso.

No, no es lo que quiero. No quiero sentar la cabeza. Aunque, si lo hiciera, sería con alguien como Isabel.

—Da igual lo que yo quiera. Él no es bisexual, así que no sé cómo iban a funcionar las cosas. ¿Estaríamos los dos con ella?

Ella se encoge de hombros.

—Claro.

—Pero es su mujer.

—Con quien te ha pedido que folles…

Touché.

—¿Ves? De eso es de lo que hablaba: es complicado, y mis relaciones sexuales no son complicadas nunca: son simples, sin compromisos ni ataduras. Joder, la mitad de las veces ni siquiera me dicen su nombre, y es así como me gusta. Todo esto tiene demasiadas piezas y cosas de las que preocuparse.

—Pero ahí sigues —replica.

—Sí —suspiro.

Espero a que me pregunte por qué, pero, en lugar de eso, asiente con una sonrisa cómplice, y supongo que, en realidad, solo hay un motivo por el que lo hago: porque quiero. Porque los quiero.

—Vamos. Tu pareja de pervertidos debe de estar buscándote —dice, guiándome hacia la puerta.

Sonrío y la cojo del brazo.

—Me gustas. Pienso hablar bien de ti y hacer que vengas a Juegos Prohibidos.

—Nunca he estado en California.

—Es caro y está abarrotado, pero tenemos unas playas estupendas.

—Y hombres grandes…

—Obviamente —respondo, y los dos nos echamos a reír mientras abre la puerta. Estoy de mucho mejor humor que hace unos minutos, hasta que nos asomamos al pasillo y nos encontramos a mi «pareja de pervertidos», como ella los ha llamado, esperándome con pinta de estar enfadados.

La mirada de Hunter va de Silla a mí e Isabel está mordiéndose nerviosamente el labio.

—Venga, nos vamos —masculla Hunter, y da media vuelta, irritado.

—¡Espera! —le pido, echando a andar tras él. Me doy la vuelta hacia Silla, impotente—. Nos vemos luego, ¿vale?

—Ve, ve —responde—. Pero espera un momento. —Me agarra del brazo y me pone una tarjeta en la mano—. Por si quieres traerlos aquí —explica, señalando con la cabeza la sala de la que acabamos de salir.

—Gracias —murmuro, mirando la tarjeta negra mate que tengo en la mano.

Isabel nos observa con el ceño fruncido y un aire de preocupación. Le pongo una mano en la espalda y la conduzco hacia el lugar por donde Hunter acaba de desaparecer; cuando lo alcanzamos, ya está a medio camino de la puerta y lo freno sujetándolo del brazo.

—¿Quieres ir más despacio? —le pido.

—Se acabó el trato —masculla, soltándose.

—¿Qué? —respondemos Isabel y yo al unísono.

—Drake, no puedes liarte con cualquiera mientras hacemos esto. No es justo para ella.

—Yo no…

—Los dos hemos visto cómo coqueteabas con ella. Ha sido muy obvio.

—Hunter, yo coqueteo con todo el mundo —argumento. ¿Por qué de repente me siento como si estuviera discutiendo con un novio celoso en lugar de con mi mejor amigo?—. No me he acostado con nadie. No soy tan golfo.

—Yo no he dicho que… —Intenta encontrar las palabras, exaltado, y yo aprieto la tarjeta en la mano hasta que me deja una marca en la palma.

Me obligo a tragar saliva y recuerdo lo perfecta que era esa sala: tenía una silla en una esquina y era elegante, no como la cama de un hotel de mala muerte, y como pienso ir hasta el final con esta locura, tomo una decisión: no hay mejor momento que el presente.

Le tiendo la tarjeta.

—Nos ha dado un pase para una de las salas, y no he hecho nada salvo hablar con ella. Puedes confiar en mí. Así que, dime, ¿la usamos?

La mirada de Hunter desciende hasta la tarjeta que le estoy mostrando; le echo un vistazo de reojo a Isabel, que permanece en silencio junto a su marido. Ella también está mirando la tarjeta como si fuera a explotar, o algo así, pero es la primera en hablar.

—Estoy lista —anuncia.

El corazón se me acelera en el pecho.

—Yo también estoy listo.

Nos quedamos mirando a Hunter, a la espera, y veo cómo su mandíbula se relaja, cómo separa los hombros de sus orejas y cómo desaparece su ceño fruncido. Por fin, me mira a los ojos y responde:

—Estoy listo.

El ambiente aún está tenso entre nosotros cuando abro la puerta de la sala en la que acabamos de estar Silla y yo. Isabel entra, mira tímidamente a su alrededor y estudia la decoración del lugar, como si estuviera intentando decidir si es o no el sitio en el que quiere acostarse con el segundo hombre de toda su vida.

—Es agradable —susurra, y, para ser sincero, toda esta situación es demasiado incómoda para mí; no estoy acostumbrado a la incomodidad en los encuentros sexuales y, si estuviera con cualquier otra mujer, iría al grano para acabar con los nervios previos al sexo, pero ahora esa no es una opción.

Hunter quiere mirar, y, conociéndolo, sé que también quiere orquestarlo todo, o eso es lo que he deducido de lo de anoche. Si vamos a hacer esto, tiene

que ser en sus términos, y hasta cierto punto en los de Isabel; y en menor grado, en los míos.

Todavía no me he puesto la camisa desde que Silla me ha traído aquí, así que la tiro sobre una silla y me vuelvo hacia Hunter.

—¿Qué hacemos ahora?

No contesta, y sigue explorando la habitación, abriendo cajones y armarios para inspeccionar lo que ofrecen. Veo lo habitual: condones y lubricante, almohadas y algunos juguetes básicos, como esposas.

Entonces abre un armario, y me sorprendo al ver lo que parece un equipo estéreo. Hunter comparte mi expresión de asombro, y es entonces cuando me doy cuenta de que por eso es tan incómodo este sitio: no podemos oír la música de la sala principal, así que hay un silencio casi absoluto.

Hunter prueba un par de mandos y botones y, un instante después, empieza a sonar música por los altavoces del techo. Tardo un rato en ubicar la canción, pero cuando suena la voz del cantante, la reconozco inmediatamente: *Stand by Me*. Es un clásico, romántico y sensual, y miro a Isabel, que está nerviosa junto a la cama.

Hunter se afloja la corbata y se remanga la camisa. Levanta la barbilla y, de soslayo, pronuncia una orden.

—Baila con mi mujer.

El deseo se desata en mi interior con la fuerza de una explosión al mirar a Isabel; le tiendo la mano sin mediar palabra y una sonrisa se dibuja en su rostro. Acepta mi mano y deja que la pegue contra mi cuerpo, y yo le acaricio la espalda mientras nos balanceamos al ritmo de la música. Cuando empieza el puente instrumental, las luces se atenúan, Hunter se apoya despreocupadamente en el mueble y contempla cómo la estrecho entre mis brazos, mirándola a los ojos.

El tema se va apagando y empieza otro, esta vez de Marvin Gaye.

—Bésala —ordena desde el otro lado de la sala, y antes de que acabe ya estoy acercando mi boca hasta la suya. Ella acorta la distancia y se pone de puntillas para atrapar mis labios, y, en cuanto se rozan, toda la tensión desaparece. Su boca es cálida, su lengua se desliza hacia la mía con avidez.

Solo es la tercera vez que nos besamos de verdad, pero me resulta tan natural como si lleváramos haciéndolo toda la vida. Mis manos bajan por su espalda, se detienen en su cintura y la pego más a mí para que sienta la dura longitud en mis pantalones. Quiero que sepa lo que me hace.

—Quítale la ropa, pelirroja —dice Hunter, y miro por encima de la cabeza de Isabel para verlo relajado en el enorme sillón, contemplándonos con los ojos entrecerrados y expresión lujuriosa. Isabel no lo ha dudado un segundo: sus dedos ya están tanteando el botón de mis pantalones, y yo me muerdo el labio inferior.

Conozco a esta hermosa mujer desde hace diez años; he estado con ella casi todos los días, y, aunque la he admirado en algún momento puntual, jamás la había visto así ni había esperado que llegáramos a este punto ni que la desearía tanto.

Me esfuerzo por seguir respirando cuando sus dedos me rozan el abdomen y, cuando me baja la cremallera, levanta la vista hasta mi cara con esos ojos verdes, suaves e inocentes; luego se vuelve hacia su marido, como si buscara su aprobación; él asiente y se lame los labios al ver cómo mete la mano en mis pantalones; me estremezco por la sorpresa cuando me baja los pantalones para facilitar la tarea y rodea mi erección.

Me aprieta con más fuerza de la que esperaba: la dulce y tranquila Isabel sabe agarrar con firmeza y tirar sin piedad hasta la punta, lo que me arranca un gruñido por la mezcla de dolor y placer.

Con los ojos aún clavados en los míos, me suelta, se lleva la mano a la boca y deja una línea húmeda en la palma antes de volver a agarrarme.

—Joder —gimo cuando ella me acaricia más fácilmente de la base a la punta.

—¿Está duro, pelirroja?

—Sí —responde ella con tono sensual.

Tras unas cuantas caricias, empieza a mostrarse ansiosa, como si quisiera hacer algo más. Mira por encima del hombro a su marido, que sigue sentado en el sillón.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, cariño —dice, y el corazón me late con más fuerza. Sin vacilar, ella se arrodilla delante de mí y acerca la cabeza a mi miembro, y yo le aparto el pelo de la cara para poder ver cómo mueve la lengua alrededor de la corona y entreabro los labios mientras ella me arranca gemidos y gruñidos con sus labios. Cuando me acoge hasta el fondo en su interior, cometo el error de levantar la vista y me doy cuenta de que Hunter no está contemplando a Isabel, sino a mí. Nos sostenemos la mirada unos segundos hasta que traga saliva y se muerde el labio inferior. Isabel chupa con más fuerza y atrae mi atención hacia sus suaves labios rosados, que rodean mi erección. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Joder, qué bien lo haces, Isabel. Quiero correrme en tu boca.

—¡Todavía no! —exclama Hunter desde su asiento. Así que salgo de su boca a toda prisa porque estaba mucho más cerca de lo que él podría pensar. Incluso ahora me gotea la punta, por mucho que intente evitarlo—. Ponte a cuatro patas sobre la cama, Isabel, de cara a mí. —Sus sencillas órdenes hacen que todo lo que hacemos sea mucho más sensual. Obedecemos y nos recompensa. Ella se levanta rápidamente, dejándome al borde del orgasmo con el pene lleno de saliva. Hunter y yo la seguimos con la mirada mientras ella se pone sobre la cama a cuatro patas. Al parecer, la dulce Isabel, la amante de los libros, es una descarada—. Súbete el vestido —ordena Hunter, echándose hacia delante, con tono ronco, lento y deliberado. Cuando Isabel se levanta el vestido y deja al descubierto su pálido trasero, se me seca la boca. No necesito instrucciones, pero aun así aguardo por ellas, mirando hacia él, que aún se muestra seguro de sí mismo y dominante, pero muy excitado—. Ve con ella —dice con voz tan ronca que le cuesta hablar.

Con prisas, me quito los pantalones y los bóxers, cojo un condón de la mesilla y me deleito con la visión de su húmedo sexo mientras deslizo mi pene por él. Después, me coloco detrás de ella y le bajo por las piernas las finas bragas que lleva puestas; pongo mi miembro contra su entrada, pero no entro en su interior; no quiero hacerlo hasta que Hunter me lo pida, y sé que está retrasando el momento a propósito para torturarme. Tras una larga espera, penetro a Isabel sin romper el contacto visual con Hunter, que es intenso y nuevo, en nada parecido a cómo nos hemos mirado hasta entonces, aunque, dadas las circunstancias, es lógico. Como es lógico que su expresión me excite.

La sangre me ruge en los oídos mientras me embebo de su expresión lasciva, y, por un momento, me permito fantasear con que lo que quiere no es solo mirar, sino también a mí. Y cuando por fin murmura *«Folla con ella»* con tono gutural, no es solo en Isabel en quien me hundo ansiosamente.

Regla nº 16

Dos orgasmos son mejor que uno

ISABEL

Clavo los dedos en el colchón cuando Drake entra en mí de golpe. Y así, sin más, estamos follando y no sé cómo hemos llegado a esto. Pero cuando vuelve a penetrarme en un ángulo que hace que encoja los dedos de los pies y que el siguiente aliento salga de mis labios como un gemido estrangulado no puedo dejar de preguntarme por qué no lo hemos hecho antes.

Levanto la vista para encontrarme a Hunter contemplándome desde su asiento; parece cualquier cosa menos relajado, y ahora no sé si le estamos dando lo que quería porque parece a punto de saltar de su asiento. Aunque sus ojos entrecerrados y su respiración entrecortada parecen indicar que lo está disfrutando, y su mirada va de mi rostro al de Drake, con expresión fiera.

Cualquier pensamiento racional que esperara albergar huye de mi mente cuando Drake vuelve a penetrarme con un violento embate, y lo estrecho con fuerza en mi interior. Suelto un grito desgarrado y apoyo la frente sobre las sábanas.

—Más despacio —ordena, así que Drake ralentiza sus embestidas, haciendo que sienta cada una de ellas en los huesos, pero, Dios, qué bueno es… Suelto otro gemido, mezcla de placer y dolor.

—Puedes ser duro —comenta Hunter al otro lado de la sala—. Le gusta.

—Ah, ¿sí? —responde Drake; me agarra del pelo y me levanta de un tirón para pegar su boca a mi mejilla—. Este es el mejor polvo de mi vida —susurra, enterrado en mí hasta el fondo. —Vuelve a empujar—. El mejor.

Echo el brazo hacia atrás, se lo paso por el cuello y busco sus labios, desesperada por saborearlos, muriéndome por beber esas palabras de ellos. Y él me mordisquea el labio inferior, fervoroso, temblando contra mi boca mientras me penetra. Por un momento, enredados como estamos en la lujuria, casi me olvido de que mi marido está mirando, pienso que solo estamos

nosotros, Drake y yo, y no me siento mal ni rara: es como tiene que ser.

Entonces siento la mirada de Hunter clavada en nosotros y me recorre una nueva oleada de excitación: me encanta saber que está aquí, como si también formara parte de esto.

Sin previo aviso, Drake deja de embestirme, hace que me tumbe boca arriba, se desliza entre mis piernas y vuelve a penetrarme. Lo rodeo con los muslos y lo miro a los ojos porque me encanta poder mirarlo a la cara mientras follamos. Aún no me puedo creer lo que está pasando ni sabía cuánto lo necesitaba.

Quedo sepultada bajo su enorme cuerpo mientras me embiste sin descanso con embates duros y contundentes que me hierven la sangre.

—¡No pares! —exclamo; los músculos de mis piernas empiezan a agarrotarse.

—No quiero parar nunca —murmura, con un tono tan bajo que Hunter no ha debido de oírlo.

Levanto la mano, le acaricio la cara y le paso los dedos por el cabello espeso que le llega hasta los hombros y se le pega a las mejillas. Entre nosotros hay una conexión tan intensa como una sacudida eléctrica, y se me encoge el corazón en el pecho al sentirla.

Me doy cuenta de lo mucho que me importa este hombre, que me importa más que como amigo, que siento por él algo que hasta ahora no me había permitido, algo a lo que no me había atrevido a poner nombre.

Y con eso, llego al clímax. Me tenso a su alrededor, con el placer cabalgándome las venas. Él mantiene el ritmo y se esfuerza por que yo acabe, y de mis labios escapa un gemido ensordecedor al llegar al orgasmo.

Cuando me relajo por fin, me penetra una última vez antes de soltar un largo gemido y llenar el preservativo. Apoya su pecho sobre el mío y noto lo rápido que le late el corazón mientras trata de recuperar el aliento.

Ya no estoy en la tierra, sino flotando en una nube en algún lugar de los cielos, hasta que la voz de mi marido me devuelve al presente.

—Tráemela.

Drake separa su cálido cuerpo del mío, me levanta hábilmente de la cama y me lleva hasta donde me espera mi marido, que sigue en el sillón, con los pantalones bajados y la erección esperando por mí.

El deseo de estar entre sus brazos es visceral. Lo necesito, pero tampoco quiero perder el tierno contacto de Drake, que me da un último beso en los

labios antes de sentarme a horcajadas sobre Hunter, que me devora, hambriento, como si quisiera borrar de mis labios el sabor de su amigo. Me agarra con fiereza y yo hago lo mismo, arañándole el cuello, intentando estrechar el abrazo mientras desciendo sobre su dura longitud.

En cuanto se desliza dentro de mí, gemimos al unísono y nos quedamos ahí, abrazados, devorándonos la boca.

—Te quiero muchísimo —murmura sin romper el beso.

—Yo también te quiero —respondo.

Quiero su placer, el confort y la familiaridad de su contacto, la sensación de hogar y seguridad que me recorre cuando estoy entre sus brazos. Quiero a Hunter dentro de mi cuerpo y de mi alma porque ahí es donde debe estar: forma parte de mí tanto como mi propio corazón; y sé, por la forma en que me abraza con fuerza, mirándome ardientemente a los ojos con amor, que él siente lo mismo. En ningún momento de nuestros diez años de relación he sentido que me faltara nada: ni amor, ni atención, ni lujuria ni deseo. Hunter me puso su corazón en las manos el día que nos casamos, y yo lo guardo con tanto cariño como si fuera mío.

—Ha sido muy excitante verte follando con él, pelirroja —murmura contra mis labios mientras lo cabalgo. Sus palabras avivan el fuego en mi interior, y acelero—. Quiero que sepa lo perfecta que eres, lo perfecto que es tu sexo.

Suelto un gemido y me muevo sobre su regazo con más fuerza. Sus dedos se clavan en mis caderas y me ayuda a aumentar el ritmo, hasta que de nuevo siento el placer trepando por mi columna.

No separamos los labios cuando se estremece en mi interior; mi segundo orgasmo me arranca un grito y lo estrecho con fuerza en mi interior para perseguir el éxtasis de otro violento clímax.

Cuando Hunter y yo recuperamos el aliento, tengo el cuerpo hecho papilla; veo que mira a su alrededor, y, antes de darme la vuelta, ya sé por qué: Drake se ha ido.

Regla nº 17

A nadie le gustan los entrometidos

Drake

Si pensaban que me iba a quedar para ver cómo se declaraban amor eterno, estaban muy equivocados. Necesito tiempo para pensar… y una copa. Gracias a Dios por los bares y los límites de bebida, y por este lugar, que lo hace como es debido.

No estoy enfadado. No estoy amargado ni molesto ni celoso. Solo estoy confuso, y, para ser sincero, bastante nervioso, porque ha sido genial. La hostia de increíble. El mejor sexo de mi vida, y tengo mucho con lo que comparar. Nunca había sentido tanto como con Isabel, con sus manos en mi cara y su cuerpo perfecto entre mis brazos. No recuerdo la última vez que me acosté con alguien e inmediatamente quise repetir.

Hace tiempo que me resigné a mi modo de vida; de tal palo, tal astilla: era como si nuestra casa tuviera una puerta giratoria por la que no dejaban de salir hombres, y no me sorprendía despertar y encontrarme un nuevo desconocido tomando café en la cocina cuando me preparaba para ir al colegio.

En un par de ocasiones fui tan tonto como para encariñarme de ellos. Algunos repetían y yo los convencía para que me llevaran a comer hamburguesas o me dejaran ir con ellos a comprar cerveza y tabaco, pero luego desaparecían como el resto, y, cuando le preguntaba a mi madre cuándo iban a volver Hank, Steve o Brent, se reía en mi cara y me decía que eran unos inútiles.

Cuando Hunter conoció a Isabel supe que había encontrado su destino porque él es de los que se casan, de los que se conforman con amar a la misma mujer para siempre; lo bastante seguro de sí mismo como para dar por hecho que ella tampoco iba a necesitar a nadie más y lo bastante valiente como para encariñarse con ella sin miedo a que se un día se marchara de su vida.

Y no puedo evitar pensar en lo que me ha dicho Silla sobre estar con ellos al

darme la llave, aunque sé que no es una opción, que ese no es nuestro caso, que no podría meterme en su relación porque en poco tiempo los celos volverían loco a Hunter. Ni siquiera estoy seguro de que no haya perdido la cabeza ya. Quiero decir, me ha visto follar con su mujer, pero es que fue mucho más que eso… No imaginaba que iba a conectar así con Isabel, que iba a ser tan íntimo. Deberíamos habernos limitado a un polvo carnal, sin tanta palabrería ni carantoñas.

—Hola —murmura su voz familiar, acercándose a mí.

Cuando se sienta le echo un vistazo y veo su expresión tranquila y serena de siempre. Bueno «de siempre» salvo cuando estaba sentado en esa silla mirándonos porque parecía cualquier cosa menos tranquilo. Más bien parecía salvaje.

—Hola —respondo.

—No tenías por qué salir corriendo —comenta, y yo me encojo de hombros.

—No quería entrometerme. Ya había desempeñado mi papel…

—¿Tu papel? Drake…

—Ya sabes lo que quiero decir, tío. Pero estoy bien. Y estamos bien, ¿no?

—Estamos bien —responde, y le hace señas al camarero para que le sirva una copa.

—¿Dónde está Isabel?

—Sigue en la sala. Me ha pedido que venga yo solo a buscarte.

—Ah —digo con una sonrisa torcida, mirándolo de reojo. Desde este ángulo capto el resplandor de la luz en sus iris de color castaño oscuro, pero aparto rápidamente la vista para que no me pille contemplándolo.

—Sí, creo que quiere que hablemos.

—Apuesto a que te entusiasma la idea —bromeo.

Suelta un suspiro cuando el camarero pone un *bourbon* con hielo frente a él.

—Esto es el éxtasis —murmura antes de dar un largo trago.

—¿Cómo estás? —pregunto—. Después de lo que ha pasado, quiero decir.

Aprieta los dientes, y casi me da pena porque sé lo mucho que le cuesta abrirse, aunque él solo se lo ha buscado. No sé ni cómo se ha atrevido a pedirme todo esto.

—Me siento muy bien, Drake. Ha sido justo lo que quería. —Asiento, mantengo la vista al frente y reprimo la extraña mezcla de decepción y excitación que siento al oírle decir eso. Por un lado, preferiría que me dijera

que no le había gustado, y así no nos quedaría más remedio que dejar las cosas como estaban. Pero, si le gusta, probablemente podré estar de nuevo con Isabel, y eso también me hará feliz. No me he sentido más dividido en toda mi vida—. Pero, si no te ha gustado, no tenemos por qué volver a hacerlo.

Me vuelvo de golpe en su dirección.

—¿Quién te ha dicho que no me ha gustado?

—Parecías agobiado cuando te has ido. Has salido corriendo de ahí como si estuvieras participando en una maratón. Me da la sensación de que este rollo no te va.

—Me ha gustado. Me… No… Me ha encantado, joder. Pero me he ido porque no quería entrometerme en tu matrimonio.

—Drake, ya te lo he dicho: no te estás entrometiendo. Tú nunca molestas.

—Lo sé, pero es así.

—No, de eso nada.

—Hunter…

Me pone una mano firme en el hombro y sus dedos están tan peligrosamente cerca de mi cuello que mi pene se despierta en mis pantalones. Ojalá por una vez este cabrón supiera cómo me siento cuando hace cosas como esta, pero es hetero de cojones y no se da cuenta de que tocarme el cuello, susurrarme al oído o mirarme a los ojos mientras follo con su mujer es peligroso para mí. Jamás va a darse cuenta.

Rechino los dientes: su expresión es sincera, y sus ojos oscuros me atormentan por lo profundos que son, como si pudiera perderme en ellos.

—Creo que no lo comprendes, Drake. Queremos que te quedes. La próxima vez, por favor, quédate.

Frunzo el ceño y lo miro fijamente. ¿Quiere que me quede para ver cómo se acuesta con Isabel? No tiene ningún sentido; estaba convencido de que prefería que me fuera, y no me esperaba esto.

—¿La próxima vez? —pregunto, estudiando su expresión.

Su mano sigue en mi hombro, sus dedos siguen mi cuello, y me lo estrecha con suavidad, suspirando.

—Dime que quieres volver a hacerlo.

Hay algo oculto en su petición, algo que no termino de captar, pero estoy demasiado ansioso por responder a su pregunta antes de que crea que me lo estoy pensando y rompa el trato.

—Quiero volver a hacerlo —respondo. Aparta la mano y me desinflo,

aunque no permito que se dé cuenta mientras cojo la copa. Él hace girar en el vaso lo que queda del *bourbon* con hielo—. ¿No se te ha hecho raro verme con ella?

—Por sorprendente que parezca, no.

—¿Ni escuchar cómo le decía lo mucho que me gustaba el polvo? ¿Lo mucho que me gustaba ella?

Se ríe entre dientes.

—Deja de intentar asustarme, Drake. No me ha molestado.

—No lo entiendo, tío. Si pienso en otro hombre tocándola… —Aprieto los puños solo con pensarlo.

—Pero tú no eres cualquier hombre.

—Ella y yo hemos hablado de establecer unas normas —comento.

—Me lo ha dicho.

—Y una de ellas es que no vamos a hacer nada si tú no estás presente…

—Lo sé. —Vuelve a girarse hacia mí, pero esta vez no me pone la mano en el hombro—. Drake, no se trata de que estés con ella. Se trata de que yo la mire. ¿Eso te incomoda?

Me lo pienso un instante, aunque la respuesta es fácil. Sin embargo, no creo que esté preparado para oírla. Pero, qué coño…

—No me ha molestado en absoluto. Me ha gustado mucho que miraras.

Traga saliva, sin apartar los ojos de mi cara.

—Bien.

Es verdad. Me ha encantado, pero lo que no le he dicho es que me gustaría que hiciera algo más que mirar, aunque dudo mucho que esté preparado para eso porque, una vez que participe, ya no será una fantasía, sino algo muy distinto.

Regla nº 18

Los buenos siempre se acuerdan de los cocos

ISABEL

—¿Dónde estamos? —pregunto, atontada, cuando me despierto de la siesta que me he echado en el asiento trasero usando la sudadera de Hunter como almohada improvisada.

—En algún lugar de Misisipi —responde Drake. Hunter va al volante, lo cual es curioso porque estaba en el asiento del copiloto cuando me he quedado dormida. Debía de estar grogui. Estar con dos hombres te deja fuera de juego, supongo.

¿Quién soy? Si mis padres pudieran verme ahora…

Sonrío y me sonrojo por enésima vez al revivir lo de anoche. Ni siquiera sabía que era la clase de mujer que podía estar con dos hombres en un solo día. Aunque quizá estoy condicionada a pensar que soy tímida y callada porque me criaron así, pero eso solo es el modo en que me ven los demás.

Mis padres eran un par de contables de clase media alta y yo era su única hija, aunque a veces creo que solo fui un accidente, porque crecí sintiéndome ignorada y ninguneada. Como mis padres no eran cariñosos ni atentos, encontré mis modelos de amor y afecto en las novelas. Lo que empezó con *Mujercitas* y *Emma* pasó a *Flores en el ático* y *El rapto de la Bella Durmiente*. Todas esas fantasías y escenas sexuales calaban hondo en mí, y debajo del colchón escondía más novelas románticas eróticas de las que soy capaz de contar.

Todo el mundo pensaba que yo era inteligente y culta por lo mucho que iba a la biblioteca y a las librerías de segunda mano, pero la bibliotecaria sabía la verdad. Aunque debo reconocer que mi cultura sí es muy amplia: me sé todos los términos para describir un pene erecto.

El día que pasé por delante de Hunter y Drake por primera vez acababa de devolver los tomos del tercero al séptimo de una popular serie romántica con la esperanza de que tuvieran alguno de los libros del ocho al dieciséis. Era una

adicta necesitada con desesperación de una dosis. Y entonces conocí a mi propio alfa: un hombre que podía mostrarme todo lo que siempre había deseado explorar sin hacerme sentir como una pervertida, aunque al principio se comportara —de un modo muy irritante— como un perfecto caballero. Yo solo tenía diecisiete años cuando nos conocimos y, aunque empezamos a salir por aquel entonces, me hizo esperar los cuatro meses que faltaban hasta mi decimoctavo cumpleaños para tocarme por primera vez. Y luego transcurrieron otros seis meses hasta que nos acostamos por primera vez. Yo era la tentación, y él disfrutaba torturándome con la espera. A Hunter no le gusta infligir dolor, pero sí tener el control, y la culpa de eso la tiene su infancia. Su vida familiar no fue tan cómoda como la mía, y su padre era un maltratador. Hunter y yo estábamos desesperados por tener un hogar estable y cariñoso, y por razones que no eran del todo distintas. Tuvimos suerte de encontrarnos y de compartir el amor y la atención que los dos ansiábamos cuando éramos pequeños.

Pero no estoy ciega y veo cómo mira a Drake a veces, o cómo tensa la mandíbula cuando Drake comenta que ha estado con otro hombre. Durante mucho tiempo no le di importancia porque pensaba que le incomodaba la sexualidad abierta de su amigo, pero ahora veo las cosas de otro modo, y me tienta decirle a mi marido que esa reacción quizá no se deba a un prejuicio, sino a los celos. Creo que está celoso por la libertad con la que Drake vive su vida, o incluso celoso de los hombres que consiguen algo de su mejor amigo que él no va a tener.

¿Y si Hunter ha estado fingiendo todo este tiempo, reprimiendo lo que siente para protegerme? No puede explorar su sexualidad si está casado, pero yo quiero que lo haga. A ver, me he acostado con su mejor amigo, por el amor de Dios. Si alguna vez hubo un momento para abrir esta puerta, aunque solo sea para echar un vistazo, debe de ser este.

Drake dice algo que hace reír a Hunter y comparten una mirada cómplice, pero los ojos de Hunter se detienen un instante en el rostro de Drake, como hacen a menudo.

—Ah, mira qué bien, hay dos camas —bromea Drake, entrando en uno de los dormitorios del piso de alquiler en Nashville. Hemos optado por no alojarnos en más hoteles durante el resto del viaje, porque alquilar un apartamento es una opción mejor. Aunque, si me preguntan…, dormir entre los dos no está nada mal.

—Estoy agotado —comenta Hunter; se deja caer en el sofá y apoya la cabeza en el brazo.

—Yo no —replico, impaciente.

—Claro que no. Llevas todo el día durmiendo.

Porque anoche me dejasteis agotada…

Lo pienso, pero no lo digo porque todavía no estamos preparados para bromear sobre el tema. Además, decir cosas así haría que pareciera normal, como si fuera algo de todos los días, y no es el caso. Esto no es una relación: es una fantasía.

Pero mientras contemplo las vistas de la ciudad a través de la ventana del apartamento, en el segundo piso, juego con la idea, con cómo sería que Drake formara parte de nuestro matrimonio. No me despertaría nunca más sola junto a Hunter, sino junto a los dos. Podríamos ser siempre tres para todo.

—Vamos a hacer algo divertido. Me aburro —protesto, acercándome a Hunter, que sigue medio dormido en el sofá.

Se tapa la cara con un brazo y suelta un gemido bajo, pero yo sé muy bien cómo convencerlo, así que me siento a horcajadas sobre él.

—¿Qué haces? —murmura sin levantar la cabeza del brazo.

—Intento despertarte.

Un murmullo retumba en su pecho cuando me restriego contra él.

—¿Alguna vez no estás de humor? —pregunta.

Me agacho y entierro mi cara en su cuello.

—No. —Por fin aparta el brazo de la cara y me agarra del trasero.

Entonces se escucha un portazo y Drake desaparece en uno de los dormitorios.

—¡Pero qué cojones…! —exclama.

Me levanto de un salto y miro asustada hacia el dormitorio. Mis peores temores implican cucarachas o cámaras ocultas, pero, para mi sorpresa, Hunter se echa a reír y yo me vuelvo en su dirección.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Drake aparece por fin en la puerta con los ojos y la boca abiertos de par en par.

—Pero ¿qué coño has hecho? —pregunta mirando fijamente a Hunter.

Hunter se ríe mucho más fuerte.

—¿Qué has encontrado, Drake? —Miro de uno a otro, esperando una explicación.

—Ah, nada… Solo unos ganchos rarísimos en la pared y un banco de lo más interesante…

Hunter está prácticamente aullando; yo voy corriendo al dormitorio de Drake, y, sí, hay un gran banco de cuero con una parte alta en el centro y una repisa más baja a cada lado.

—Venga, abre el armario —sugiere Drake, y yo atravieso la habitación a toda prisa hasta llegar al armario que hay junto a la pared. Parece un mueble de IKEA: es blanco y moderno, y un bonito papel con motivos florales cubre el cristal esmerilado. Desde luego, no es el típico lugar en el que habría esperado encontrar un montón de látigos, cuerdas y esposas.

—Hunter, ¿has alquilado una mazmorra sexual? —pregunta Drake.

Yo me sonrojo, pero, al mismo tiempo, aprieto los muslos al darme cuenta de que voy a pasar las dos próximas noches aquí, con estos dos hombres.

—¿Mazmorra? —repito, yendo hasta el salón, donde ahora están los dos—. No parece una mazmorra. Es muy bonita.

—Sí, me pareció que iba a gustarte —comenta Hunter una vez que deja de reírse. Se levanta del sofá, se acerca a mí y desliza una mano alrededor de mi cintura—. No he podido evitarlo. Vi el anuncio y pensé que esto podría ser bueno para el negocio. Para investigar y eso.

—Investigar —repito una vez más, con una sonrisa inquisitiva.

—¡Chicos, hay un columpio! —exclama Drake desde el dormitorio principal, y vuelvo a corretear por el pasillo para verlo.

Hay un gran columpio negro en medio de la habitación, una cruz de san Andrés contra la pared y un pequeño asiento en una esquina, con un agujero.

De repente, caigo en varias cosas del apartamento a las que no les di importancia cuando llegamos: la *chaise longue* del salón no está hecha para leer en ella, y los elegantes ganchos de las paredes no son solo decorativos.

Juegos Prohibidos solo lleva unos meses abierto y ya no hay muchas cosas que me hagan sonrojar, pero ahora mismo, en esta habitación, con estos dos…, me hierve la sangre. Nos quedamos los tres en silencio, mirando embobados la mazmorra sexual, bien surtida y que ha debido de ser diseñada por un experto, y de pronto me parece un poco demasiado todo.

—¿Y si comemos algo y nos tomamos unas copas antes de… investigar? —propongo, y Hunter responde con una sonrisa. Me estrecha contra su pecho y me da un beso en la sien.

—Vamos a cenar algo, pelirroja. Vas a necesitar fuerzas para luego.

Mandamos a Drake a por comida para llevar y Hunter se queda dormido en el sofá, que resulta ser uno normal, sin modificaciones destinadas al sexo. Yo me dedico a husmear en el apartamento. No tenía ni idea de que había Airbnb de este tipo, y de pronto veo un Juegos Prohibidos BNB en el futuro. Un resort destinado a cumplir fantasías, donde las parejas puedan estar una semana en lugar de una hora.

Estoy echándoles un vistazo a las cuerdas que hay en el cajón cuando se abre la puerta principal y me llega el aroma de la comida india que ha traído Drake incluso antes de que la deje sobre la mesa. Tiene otra bolsa en la mano, y sospecho que está llena de alcohol.

—Me muero de hambre —digo, y abro la bolsa para captar mejor el olor delicioso de la comida.

—Hay tres cajas. No cojas la que está marcada con una equis —dice Drake, que está sacando de la bolsa una botella de tequila y otra con preparado para hacer margaritas.

—¿Margaritas? —río.

—No te gusta el tequila solo. ¿Te parece bien? —responde, mirando la etiqueta—. Es ecológico.

Reprimo una sonrisa y le cojo la botella.

—¿Lo has traído para mí?

—Sí —contesta, encogiéndose de hombros—. Hunt y yo nos tomaremos un par de chupitos.

—Gracias —murmuro, intentando ocultar el repentino rubor que aparece en mis mejillas. ¿Había hecho Drake algo así por mí o acabo de darme cuenta de lo considerado que es? Sea lo que sea, me gusta.

Con una sonrisa descarada, me preparo un margarita con hielo con la mezcla que Drake ha traído. Luego cojo uno de los recipientes blancos de comida y un tenedor, y me dispongo a hincarle el diente. No he probado bocado desde el desayuno, y este *curry* huele divinamente.

Pero ni siquiera consigo llevarme a la boca el tenedor con arroz antes de que Drake me lo arrebate de las manos. El arroz sale volando por encima de la mesa, y lo miro boquiabierta.

—¿Por qué has hecho eso? —protesto.

—¡Te he dicho que la caja con la equis no! —responde, enfadado.

—Lo siento —balbuceo, incómoda. Nunca me había gritado, y la sonrisa de felicidad que mostraba hace un instante se ha esfumado. A mis espaldas oigo

cómo Hunter se levanta del sofá.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Iz, leche de coco —explica Drake.

Y al instante me quedo paralizada y miro la casilla marcada con una equis y, después, a Drake.

—¿Cómo sabías que tengo alergia al coco?

Su expresión se transforma y muestra algo muy parecido a la ofensa.

—Lo sé desde siempre. Me lo dijiste la primera vez que comimos juntos. Tuve que dejar de pedir tarta de coco con el café porque siempre me robabas la corteza. ¿En serio crees que iba a olvidarme?

Me quedo inmóvil, mirándolo fijamente, y de repente me pica la garganta… y no es una reacción alérgica.

—Lo siento —tartamudeo, bajando rápidamente la vista al curry que tengo delante—. He olvidado que lo sabías.

Me tenso y Hunter me pasa la mano por la espalda y me tiende un recipiente que no es el que tiene coco, con una sonrisa rápida, y no puedo evitar la sensación de que aquí pasa algo desde hace mucho tiempo y yo no lo había visto hasta ahora.

Regla nº 19

Es mejor unirse que mirar

Hunter

Tenía planeado lo de la mazmorra mucho antes de saber que les iba a pedir a mi mujer y a mi mejor amigo que se acostaran. Cuando hice la reserva supuse que Isabel y yo ocuparíamos el dormitorio principal, mientras que Drake se buscaría a alguien a quien llevarse al de invitados, como suele hacer.

Ahora me la imagino esposada al banco de azotes con el pene de él en la boca, y no sé qué coño me pasa, porque me encanta esa visión. Me gusta tanto que hasta me ha quitado el hambre, y me limito a estar aquí mirándolos, esperando a que llegue el momento de decirles que se quiten la ropa y se pongan a follar.

Ahora mismo, el ambiente entre ellos dos es raro, aunque de un modo profundo, malo no. No sé por qué Isabel pensaba que Drake no iba a acordarse de su alergia al coco; quizá se deba a lo mucho que la ignoraron y olvidaron durante su infancia. Me he pasado la última década intentando meterle en la cabeza que la gente que te quiere lo demuestra, y aun así, se sorprende de que un hombre que ha estado a su lado tanto como yo en los diez últimos años recuerde que tiene una alergia alimentaria. Apuesto a que también le sorprendería enterarse de que sabe que su película favorita es *Empire Records* o que su canción favorita es *Hallelujah* y su sabor favorito de helado es el de nueces pecanas tostadas en mantequilla.

Drake sabe casi tanto de ella como yo y, desde hace una semana, también la conoce tan íntimamente como yo.

Isabel se pone a picotear la comida, prestando más atención al margarita que a la cena, lo que significa que intenta relajarse. Compruebo la hora y veo que son poco más de las nueve.

—Necesito una ducha —anuncia Drake en cuanto acaba de comer.

—Yo también —dice ella, llevando las sobras de la comida al frigorífico.

Una sonrisa lenta y malvada se dibuja en mi cara.

—Bueno, aquí hay dos camas…, pero solo una ducha.

Drake se detiene a mitad de camino hacia el baño y se me queda mirando.

—¿En serio?

Asiento.

—Va a ser que sí.

Isabel se muerde el labio, y pasea la vista entre Drake y yo.

—Bueno, vale. ¿Qué dices, coco? ¿Quieres darte una ducha antes de que volvamos a ensuciarnos?

—Mmm… —Él hace que se levante de la silla, se la echa al hombro y la lleva al cuarto de baño. Me sirvo un chupito de tequila sin apresurarme y lo apuro en un par de sorbos, disfrutando de la sensación de ardor en mi garganta. Prefiero dejar que se calienten un poco antes de que llegue lo bueno.

—¡Es enorme! —exclama Isabel, y suelta una risita casi al instante, y yo sonrío al imaginar lo que Drake ha hecho para provocar su risa. Me encantan sus risitas de borracha. Mi chica tiene bastante aguante, pero después de una copa sus risas son más tiernas, dulces y sexis al mismo tiempo.

—Supongo que te refieres a la ducha —comento, sonriente, sirviéndome un segundo chupito.

—Claro —responde.

El agua ahoga el sonido de su charla, y no distingo lo que hablan hasta que ella vuelve a alzar la voz.

—¡Es lo bastante grande para tres! —exclama con un tono sensual y cantarín, como una sirena que intenta atraerme a las profundidades del mar.

Me quedo paralizado contemplando el líquido ámbar del vaso que tengo en la mano. ¿Debería ir con ellos? ¿Me apetece? Suponiendo que solo sea una ducha, ¿sería pasarse de la raya con Drake? Solo somos amigos, y ducharnos juntos parece fuera de lugar, pero quizá ya no seamos solo amigos; al fin y al cabo, he mirado cómo follaba con mi esposa, me he acostado en la misma cama que él y lo he visto desnudo y erecto, así que no me parece raro ducharme con él, pero no sé si va a sentirse igual al respecto. Debo tener tanto cuidado con sus sentimientos como con los de Isabel. Yo soy quien da las órdenes, y no quiero hacer nada que les moleste a ninguno de los dos.

—¿Era una invitación? —pregunto cuando se quedan en silencio.

—No has tardado nada en pillarlo, ¿eh? —ironiza Drake, y yo pongo los ojos en blanco y me acabo el segundo chupito de tequila.

—¿Sabes? —comento, levantándome para ir al baño—, aquí hay demasiadas palas y látigos como para que te pongas sarcástico con… —En cuanto entro, me quedo paralizado y se me atragantan las palabras al contemplar a Drake entre la nube de vaho; está completamente desnudo, apoyado en los azulejos de la gigantesca ducha, acariciándose la erección que se hace más grande por momentos y mirando a Isabel, que está bajo el chorro; el agua de la ducha cae en cascada sobre los músculos de la ancha figura de Drake; es tan alto que casi tiene que agachar la cabeza, pero no es ahí a donde apuntan mis ojos, sino a los lánguidos movimientos de su mano.

—¿Vienes? —me pregunta, mirándome como si toda esta situación fuera completamente normal y sin dejar de acariciarse.

De repente, mi pene se despierta en mis pantalones, se endurece y presiona contra la cremallera.

—Supongo que… sí —tartamudeo; me quito la camiseta y la dejo sobre el borde del lavabo; me bajo la cremallera de los vaqueros, preguntándome si se habrá dado cuenta de lo empalmado que estoy solo por ver cómo se masturba. Pero, a ver, a cualquiera se le pondría dura, ¿verdad? Aunque quizá no todo el mundo se preguntaría cómo sería estirar la mano y tocarlo, cómo sería sentir el miembro de otro hombre entre tus dedos, cómo sabría…

Joder. Un relámpago de excitación me recorre la columna y me pongo más duro al pensar en eso.

Entro en la ducha, Drake se aparta un poco e Isabel queda entre los dos cuando me pongo bajo el chorro de agua caliente. Es verdad que el espacio es lo bastante grande como para que tres personas puedan estar ahí sin tocarse, pero ¿qué tiene eso de divertido?

Me enjuago el pelo, intentando mantener la compostura en la medida de lo posible, pero sin molestarme ya en ocultar mi dura longitud. Drake pasa las manos por el cuerpo mojado de Isabel y ella deja escapar un murmullo cuando le pellizca los pezones. Con la vista clavada en mí, los dos no hacen otra cosa que tocarse y volverme loco.

¿Es raro sentirse como el tercero en discordia cuando se trata de tu mejor amigo y tu mujer?

—Muy bien, salid de la ducha y secaos. Os espero en el dormitorio de invitados.

Isabel se muerde el labio, sonriente, y yo salgo de la ducha, cojo una toalla y resisto la tentación de acariciarme mientras me seco. Nos espera una noche

muy larga… si consigo mantener la calma

Después de secarme, los dejo en el baño y voy al dormitorio de invitados dando un rodeo para coger la botella de tequila, claro. Una vez en la habitación, rebusco en los armarios y en los cajones. No sé si les gustará lo que tengo pensado esta noche porque no es muy del estilo de Drake, así que escojo los juguetes más básicos porque tampoco hace falta exagerar: una paleta de cuero rojo muy flexible y un látigo de cuero suave. Mi única experiencia con estas cosas se debe a mi investigación para el club porque todavía no he intentado nada parecido con Isabel; soy incapaz de hacerle daño porque tengo todavía muchos traumas que superar, pero pienso que Drake sí podría… si ella quiere. Cuando por fin entran, aún desnudos, yo tengo la paleta entre las manos.

Isabel está detrás de Drake, con las manos en la cintura de él, acariciando su piel desnuda con aire íntimo, y me asalta una sensación que no puedo definir. Hasta ahora, al verlos juntos me he sentido más excitado que celoso, pero al ver lo cómodos que se sienten algo ha cambiado; es un cambio sutil, pero ahora la envidia está ahí.

Ignoro mi momento de vacilación y llego junto a ellos. Cojo a Isabel de la mano y la llevo hasta el banco. Tiene las mejillas enrojecidas por la ducha y una capa de sudor en la frente, y está tan guapa que no puedo evitar besarla; por puro instinto, ella se derrite entre mis brazos.

—¿Sabes lo que es esto, cariño? —Su mirada se desliza sobre el banco, con las cuatro esposas en las patas, y veo un brillo de curiosidad en su expresión. Asiente con los labios entreabiertos—. Drake va a atarte al banco y a darte unos azotes por lo cochina que has sido. ¿Qué te parece? —le digo al oído, y a ella se le entrecorta el aliento.

—¿Mientras miras? —pregunta, con los enormes ojos verdes abiertos de par en par.

—Sí, cariño. Estaré sentado en esa silla viendo cómo gritas.

Esboza una leve sonrisa y, de forma inesperada, me agarra el pene. Dejo escapar un gruñido cuando me flaquean las piernas. Me acaricia de la base a la punta y se acerca a mí.

—No te toques mientras miras. Quiero que aguantes por mí.

Pongo una de mis manos sobre la suya.

—Qué traviesa. Vas a recibir un azote más por eso.

Cuando Isabel y yo nos separamos, me vuelvo hacia Drake, que se está

pellizcando el labio inferior sin apartar la vista de ella de un modo que me hace sentir algo prohibido.

—¿Tú qué dices? ¿Te parece un buen plan? —pregunto.

Al instante, rodea a Isabel con uno de sus brazos y la pega a él, hundiendo la cara en su cuello. Ella suelta un chillido al verse engullida por su cuerpo gigantesco.

—¿Castigar a esta descarada mientras miras? Será un placer.

—Vas a necesitar una palabra de seguridad, pelirroja —digo, y ella me responde antes de que pueda sugerirle una.

—*Namasté*.

Ladeo la cabeza y Drake suelta una risita.

—De acuerdo.

Cuando me siento en la silla que hay en el otro extremo del dormitorio, Isabel ya está colocándose en el banco, con el vientre y el pecho apoyados en la parte alta y las manos y las rodillas, en los salientes inferiores; Drake se toma su tiempo para esposarle las muñecas y los tobillos y ella se impacienta más y más cada vez que cierra una de las sujeciones.

No dejo de mirar el platito que hay sobre la cómoda con la leyenda *«LLAVES DEL BANCO DE AZOTES»,* como si pudiera desaparecer mágicamente y mi mujer fuera a quedarse en ese juguete sexual para siempre.

Como está de cara a mí no le veo bien el trasero, pero me conformo; apenas puede moverse, y, a juzgar por el brillo salaz de su mirada, juraría que lo está disfrutando.

—¿Cómo estás, cariño? —pregunto.

—Bien —responde ella, retorciéndose contra el banco, con la voz un poco más grave y baja de lo normal. Está preparada.

—¿Cuántos? —pregunta Drake, como si supiera que ya estoy dispuesto a darle órdenes.

—Empecemos con seis en cada lado.

Isabel aprieta los puños y Drake se prepara. Le masajea un poco el trasero antes de echar el brazo hacia atrás y darle un azote con la pala en la nalga izquierda. Ella suelta un gritito agudo y abre los ojos para mirarme.

Drake le pasa la pala por la otra nalga antes de azotarla de nuevo, e Isabel chilla y se retuerce.

—El primero, cariño —digo, con la voz tensa por la necesidad de tocarme. Drake le da un segundo azote en cada lado y ella reacciona como antes,

aunque en su pecho y en sus mejillas hay un poco más de color—. Creo que puede aguantar un poco más —le sugiero a Drake, y él le acaricia la espalda con suavidad.

—¿Quieres que te azote más fuerte, golfilla? —pregunta.

Ella asiente sin vacilar.

—Sí, por favor —susurra con la voz quebrada.

Cuando Drake levanta el brazo de nuevo para la siguiente ronda, la azota tan fuerte que veo un destello de miedo en sus ojos, pero entonces suelta un largo gemido gutural y me resulta casi imposible mantener las manos lejos de mi pene, que gotea y palpita aún más cuando la azota otra vez.

—Esa es mi chica —gimo, aferrándome a la silla.

—Creo que quiere que le dé duro otra vez —comenta Drake, aferrándola del pelo. Isabel suelta un chillido cuando él le da un tirón—. ¿Verdad?

—¡Sí! —exclama.

El sonido de la paleta al chocar con su carne me hace estremecer; en esta ocasión grita más fuerte y sus piernas empiezan a temblar con cada golpe. Mi pene sigue goteando semen que se desliza por la corona.

Las dos rondas siguientes pasan en un borrón y solo puedo concentrarme en su rostro, en la expresión de dolor mezclada con lujuria y necesidad, en esa mirada de ansia salvaje que nunca le había visto antes. Y cuando creo que va a llegar al sexto azote estoy a punto de decirle que pare, que no aguanto más, pero entonces me doy cuenta de que ha terminado porque tira la paleta sobre la cama y le masajea las nalgas. Ella se estremece y grita cuando él agarra su carne dolorida con fuerza, pero, a juzgar por la expresión de su rostro, le gusta.

—Creo que lo ha disfrutado. Está chorreando —dice Drake.

—Entonces, creo que se ha ganado un orgasmo. Haz que se corra, Drake.

Él esboza una sonrisa perversa y se arrodilla detrás de ella y le pasa la lengua desde el clítoris hasta el ano, e Isabel intenta soltarse de las esposas, desquiciada.

No aparta la vista de mí mientras él la lame, la chupa y le mete la lengua, pero, por su inquietud, sé que no es lo que quiere.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué quieres que haga Drake?

Mordiéndose el labio e intentando ocultar su rubor, se dirige a mí con expresión mansa.

—Quiero follar.

Sonrío al ver cómo Drake se levanta.

—Menuda boquita tiene…

—Ya lo creo que sí, joder —respondo.

Isabel se retuerce un poco más, como si intentara encontrar el pene de Drake.

—Es que… Mírala… —Drake le pone las manos sobre el trasero—. Aquí está, esposada al banco, como una golfa, rogando por un pene… —Esas palabras van derechas a mi miembro y me relamo, pero, cuando continúa, me quedo sin aliento—. Aunque más bien tiene pinta de necesitar dos.

Isabel gime a modo de respuesta.

—Te gusta cómo suena, ¿verdad? —pregunta Drake.

—Sí —dice con tono de súplica, mirando hacia mí.

Mientras Drake busca detrás de él el cuenco con los condones, me levanto de mi asiento y me acerco a ella. Ella sonríe y yo me agacho para besarla en la boca antes de acercar mi pene a sus labios.

—¿Era esto lo que querías?

—¡Sí! —exclama.

Su mano derecha cuelga del borde del banco y yo aproximo la pierna lo bastante cerca como para que pueda tocarla. Mientras Drake se acomoda detrás de ella, yo vuelvo a besarla.

—Dame un golpe en la pierna si es demasiado, ¿vale?

Me dedica una sonrisa cómplice y me aprieta el muslo para demostrarme que me ha entendido.

Drake y yo entramos en ella al mismo tiempo, e Isabel suelta un gemido ahogado por mi pene.

Es todo un espectáculo ver a mi hermosa mujer con dos miembros en su interior, aunque en teoría yo no debía participar; en teoría, solo debía mirar cómo Drake follaba con ella, pero, ahora, al verla esposada al banco, me pregunto si esta idea no habrá estado todo el tiempo en mi subconsciente.

Su lengua y sus labios entreabiertos son el paraíso al deslizarme en su boca hasta el fondo. Cuando se atraganta, me retiro y le acaricio la barbilla. Su mano sigue apoyada con confianza en mi pierna.

—Hostia, pelirroja —murmuro, mirando cómo Drake la penetra desde atrás —. Estás guapa de cojones, así, con los dos dentro de ti.

—Es nuestra guarrilla —responde Drake, con la voz tensa por el esfuerzo. Y miro a Isabel para ver si ha oído que es nuestra, no solo mía, porque es verdad, y así es como lo quiero.

Podría quedarme así para siempre, compartiendo este momento con las dos personas que más quiero. Drake clava los dedos en las caderas de Isabel y ella grita, con mi pene todavía entre los labios. El ritmo es implacable y estamos sincronizados al milímetro, y hay algo muy extraño en buscar placer no en una sola persona, sino en dos, y saber que ellos hacen lo mismo.

Puede que se deba a la euforia de este momento o a estar de vacaciones y lejos de la realidad, pero de repente me doy cuenta de que sí quiero que sea nuestra, tan suya como mía, porque, quizá, lo ha sido siempre.

Sus embestidas aumentan de velocidad, y le sigo el ritmo para encontrar mi liberación al mismo tiempo que él, porque sé, por cómo cierra los ojos y aprieta los puños, que está a punto… Pero no lo consigo: pierdo el control y entro en ella hasta el fondo, vaciándome sobre su lengua.

Traga saliva con los ojos llenos de lágrimas y yo le limpio los restos que le caen por la barbilla mientras Drake sigue penetrándola lentamente.

Tengo la mejor mujer del universo y quiero que mi mejor amigo también la tenga.

Regla nº 20

Nadie ha salido herido en el intento

Drake

Cuando veo a Hunter correrse en la boca de Isabel entiendo a qué venía tanto alboroto, y un fuego infernal se enciende en mis entrañas.

He estado en tríos antes. Joder, he estado en cuartetos, y una vez, incluso, en un incómodo quinteto, pero la cuestión es que ninguna de esas ocasiones fue tan explosiva como esta. Con estos dos todo es distinto.

Verla atada al banco es la hostia de morboso. Siempre he sabido que Isabel tenía un lado oculto, pero no imaginaba que llegara a tanto. Me encanta lo aventurera que es: me hace querer probarlo todo con ella.

Espera…, echa el puto freno. Se supone que no debo encariñarme o querer más. Esto solo son unas vacaciones llenas de sexo salvaje, y, una vez que estemos en Briar Point, todo volverá a la normalidad… Salvo que voy a vivir con ellos, a una puerta de distancia, con el recuerdo de este momento, de todos nuestros momentos, dando vueltas por mi mente. ¿Cómo leches se supone que voy a poder volver a verlo todo como antes? ¿Qué me va a impedir hacer que se recline sobre la mesa del comedor en la que Hunter está comiendo? ¿O meterme en su cama para practicarle sexo oral y hacer que grite tan fuerte que lo despierte? La tentación va a ser insoportable.

Isabel suelta un fuerte gemido y le tiemblan las piernas, y me doy cuenta de lo perdido que estoy; el clímax es inminente, pero no quiero acabar aún. Ahora que he aceptado el acuerdo y todo lo que supone, quiero hacerlo durar.

Hunter ha regresado a su asiento y está haciendo que su pene vuelva a la vida con sus caricias, y a mí se me ocurre una idea: ¿quiere ver cómo follo con su mujer? Bueno, pues va a verlo muy de cerca.

Salgo de Isabel, que suelta un grito de necesidad, y le suelto las esposas a toda prisa. En cuanto queda libre me besa y me rodea con las piernas, y yo me siento igual de ansioso por abrazarla. Solo es la segunda vez que estamos

juntos, pero encajamos como si estuviéramos hechos el uno para el otro; puedo anticiparme a todos sus movimientos, y cada caricia, cada beso, cada momento es perfecto.

Pero en qué coño estoy pensando…

Soy un golfo, no un novio cariñoso, y pienso demostrárselo; la guío hacia su marido, que se incorpora al instante cuando ve que pretendo hacer que se siente en su regazo.

—Sujétala. —La dejo sobre sus piernas, de espaldas a él, y le separo las rodillas. Me arrodillo frente a ella y miro hacia el lugar donde estoy a punto de penetrarla, esperando un segundo para provocarla; ella se retuerce, ansiosa, y yo dejo caer la saliva sobre su clítoris y le humedezco los pliegues, y ella se contorsiona aún más. Me chifla lo mucho que me desea.

Hunter le coge las muñecas con una sola mano y se las sujeta por encima de la cabeza, que ella apoya sobre su hombro. Está de nuevo a nuestra merced, sometiéndose a nuestros deseos con absoluta confianza. Le pongo una mano en el pecho y siento cómo su corazón late desbocado bajo mis dedos.

Cuando ya le he hecho esperar lo suficiente, la penetro. Grita y gime y arquea la espalda contra el cuerpo desnudo de Hunter. Mis caderas rozan el interior de sus muslos, pero es demasiado tarde para preguntarle si es demasiado para él, aunque supongo que es lo bastante controlador como para hacerme saber que está incómodo.

Contemplo su cara mientras Isabel y yo follamos. La expresión de ella es lasciva y su piel sonrojada brilla con la capa de sudor, y es tan hermosa que me obligo a apartar la mirada porque intento no encariñarme, pero ¿adónde van mis ojos? Derechitos a la cara de Hunter, probablemente porque él me está mirando. Y mientras me muevo entre sus piernas, rozándole los muslos, me siento como si estuviera follando con él.

¿Lo he hecho a propósito?

No aparta la vista, excitadísimo mientras yo follo con su mujer, que está sentada en su regazo. Con la mirada clavada en mi rostro, se agacha y le toca el clítoris. Ella grita y aúlla, incitándolo a que la lleve al orgasmo que se merece.

Y, de pronto, me siento atrevido: la mano que tengo apoyada en su muslo se mueve, y, aunque tengo que romper el contacto visual, sigo tocándolo y finjo que es por mis embestidas. Me aferro a su pierna y espero.

Como no reacciona, vuelvo a mirarlo a la cara. Respira con dificultad, tiene la boca entreabierta y se lame y se muerde el labio inferior, y esto me parece…

trascendente. Aunque tal vez son imaginaciones mías.

Entonces sus dedos se mueven. Descienden desde el clítoris de Isabel hasta que siento un suave roce en mi miembro cuando explora el lugar donde ella y yo estamos conectados. Y al hacerlo, me está acariciando el pene.

Joder, me voy a correr.

Su mirada llena de lujuria sigue clavada en mi rostro, y todo esto es demasiado, joder.

—Ya casi estoy… ¡No pares! —exclama Isabel, y a mí me invade una oleada de vergüenza al darme cuenta de que estaba tan concentrado en Hunter que apenas he tenido en cuenta su placer. Así que acelero el ritmo y la mano de Hunter sigue ahí, con dos dedos rodeando mi pene, cuando Isabel por fin se deja llevar entre sus brazos. Suelta un gemido agudo y se estremece en un clímax como si estuviera poseída. Su cuerpo desnudo y sudoroso se agarrota y las ganas de llenarla se vuelven insoportables.

Claro, lo que lleno es el condón, pero aun así es estremecedor. El orgasmo me arranca un largo gemido mientras estrecho con fuerza el muslo de Hunter.

Cuando por fin me aparto, no voy muy lejos. Me quito el condón, lo tiro a la basura y me desplomo sobre la cama. Cuando me vuelvo hacia ellos espero que estén tan concentrados el uno en el otro que voy a sentirme de nuevo como el tercero en discordia, pero me siento complacido al ver que los dos me están mirando.

Son casi las tres de la mañana cuando estoy a solas en la cocina, sentado en silencio con la única compañía de una botella de agua. Hunter e Isabel se han ido por fin de mi habitación a la suya, donde estoy seguro de que Hunter le ha dado todos los cuidados posteriores que necesitaba hasta que se ha quedado dormida. No los he visto desde entonces.

Y no puedo dormir.

Me da la sensación de haberme despertado en la Dimensión Desconocida, o algo así, porque no reconozco mi propia vida. No me arrepiento de lo que hacemos, y eso es parte del problema; el sexo es increíble y todo el viaje ha sido increíble, pero yo no me he comportado como siempre. Pienso en ellos nada más despertarme y me paso el resto del día pensando en ellos y, cuando llega la noche, estoy con ellos. Y no solo con Isabel.

Soy un puto imbécil, eso es todo; me he guardado el enamoramiento que

siento por mi mejor amigo desde que tuve edad suficiente para darme cuenta de que Hunter me gustaba mucho. Me gustaba su compañía, pero también su cuerpo, su atención, las arrugas que se forman junto a sus ojos cuando sonríe y lo oscuros que son. Siempre me ha gustado ser una de las pocas personas en el mundo que conoce al verdadero Hunter, que conoce sus tatuajes y sabe los oscuros secretos de su pasado.

Y entonces, como soy imbécil, tuve que aceptar lo de follar con su mujer, y no sé cómo pude pensar por un puñetero instante que podría mantener las cosas separadas, que podía hacerlo sin que mi corazón, tan imbécil como yo, se ilusionara.

Como esta noche, por ejemplo, en la que he traspasado los límites y lo he puesto en una situación en la que habría podido no sentirse cómodo, porque, al parecer, me gusta jugar con fuego; pero él se prestó a jugar y eso no ayudó en nada.

Como hombre bisexual, tengo que saber interpretar muy bien lo que quiere la gente, porque, si juzgo mal el interés de alguien, puede acabar fatal, así que siempre voy con cuidado, pero lo que ha pasado esta noche me parecía muy claro, como una puta valla publicitaria en plena autopista con luces parpadeantes de neón; me ha tocado el pene, joder. Me ha mirado fijamente, mordiéndose el labio mientras yo le ponía la mano en la pierna y él me tocaba el pene.

¿Estoy interpretando bien la situación? ¿Hunter está implicado con esto? ¿Conmigo?

No puede ser. Ha sido algo que solo ha pasado por el momento de pasión. No ha debido de darse cuenta de que le acariciaba la pierna y su intención no ha debido de ser la de tocarme, solo pretendía tocar el sexo de su mujer.

Guárdate tus sueños y esperanzas, Drake, puto idiota. Él sigue siendo tan hetero como el que más, y eso no va a cambiar. No es culpa de nadie, es que es así y ya.

Se abre una puerta en el pasillo y me quedo paralizado. Cuando oigo pasos, me doy cuenta de que se trata de Hunter, y me tenso de inmediato.

—Hola —saluda, grogui, cuando se da cuenta de que estoy sentado en la oscuridad como un villano esperando para atacar.

—Hola —respondo—. ¿No puedes dormir?

—He dormido un rato, pero me he despertado y tenía sed. ¿Y tú?

Me encojo de hombros.

—Solo disfrutaba de un momento de paz.

—¿Va todo bien? —pregunta, mirándome con escepticismo.

—Sí —contesto al instante—. ¿Tú estás bien?

—Genial. —Asiente.

—¿E Isabel?

Se ríe y le da un sorbo al agua.

—Ahí está, roncando y probablemente sonriendo aún. Creo que se ha divertido más que nadie esta noche.

—Te has asegurado de que bebiera algo antes de dormirse, ¿verdad? ¿Le has dado un tiempo para relajarse después de la sesión?

Levanta una mano.

—He cuidado de ella, te lo prometo.

—Bien —apruebo, asintiendo lentamente, y contemplo las luces de la ciudad a través del ventanal del salón.

—¿Sabes? La próxima vez a lo mejor quieres estar con nosotros en los cuidados posteriores, si así te sientes mejor.

Intento no darle demasiada importancia porque solo intenta ser considerado. No me suelen gustar los cuidados posteriores, pero no puedo negar que cuidar de Isabel suena bien.

—Claro —acepto, encogiéndome de hombros.

No hace ruido cuando se apoya en la encimera junto a mí, que estoy sentado en un taburete, vestido tan solo con unos bóxers. Me esfuerzo por mantener la vista al frente y no deslizarla sobre los diseños en tinta oscura que recorren sus abdominales y su pecho.

Parece que no va a romper el silencio, así que lo hago yo.

—Si me hubiera pasado de la raya, me lo habrías dicho, ¿no?

Gira la cabeza en mi dirección.

—Claro…

—Quiero decir… —Dios, qué incómodo es esto—. Si me paso contigo.

—Ah —responde, y espero a que finalmente diga que lo de hoy ha sido demasiado y que no debería volver a hacerlo nunca—. No vas a pasarte de la raya, Drake. Todo va bien.

Me obligo a tragar saliva. ¿Está de coña? No puede hablar en serio. Me gustaría que por una vez fuera sincero y abordara las conversaciones incómodas, para que no acabemos en una situación sin retorno, pero siempre me toca a mí.

—Claro que podría pasarme, Hunter. Tú eres heterosexual y yo no. Si vamos

a seguir… haciendo lo que sea que estemos haciendo, tienes que ser sincero conmigo.

Se vuelve hacia mí.

—¿Te refieres a lo que ha pasado esta noche? Drake, ha estado bien. No me ha molestado.

—Ya, pero no me sirve un «no me ha molestado». A partir de ahora tendré las manos quietas —explico, deseando que esta dolorosa conversación no hubiera tenido lugar jamás.

Se hace un silencio hasta que él responde por fin.

—Pero yo no he tenido las manos quietas. —Y se me seca la boca. Acaba de admitirlo. Ha confesado que me ha tocado el pene a propósito y ahora no sé qué hacer ni qué decir, pero, para mi sorpresa, es Hunter quien habla—. Sí, soy hetero, pero te conozco de toda la vida, Drake. Tocarte no me molesta, joder.

Me levanto sin saber muy bien por qué. Esta conversación me inquieta demasiado y no me siento bien sentado. Está mostrando pura indiferencia, y me temo que esté sobrecompensándome, dándome lo que quiero porque soy yo quien está cumpliendo sus fantasías. Y cuanto más lo pienso, menos lo aguanto.

—Ese es el problema, Hunt. Hay una gran diferencia entre que te guste algo y que no te moleste. Y yo también te conozco de toda la puta vida, lo suficiente como para saber cuándo pasa algo, y a ti está claro que te pasa algo. Creo que te ha molestado más de lo que quieres reconocer, pero, de verdad te lo digo, no tienes por qué callártelo por mí.

—Vamos, Drake. ¿Todo este drama por una caricia de nada? ¿Qué te pasa?

—Ahora mismo estás bien, pero ¿qué pasará si va a más? ¿Cómo voy a saber si te parece bien si no quieres…?

—Por Dios… —masculla, y entonces me quedo en silencio porque sus manos están enmarcando mi rostro y sus labios acarician los míos.

Hunter me está besando.

Dejo las manos colgando a mis costados porque esto es lo último que esperaba, y estoy demasiado aturdido como para moverme. ¿Por qué me está besando? Al principio es solo un roce de labios, como para demostrarme que le gusta tocarme, y lo entiendo, pero pasan los segundos y su boca sigue pegada a la mía, y, de pronto, se aparta lo justo como para mirarme a los ojos pero todavía muy cerca de mis labios.

—Solo estoy probando una cosa —susurra; su aliento me acaricia el rostro y

esas palabras caen sobre mí como un maremoto porque sé lo que viene a continuación.

Vuelve a besarme. Pero en lugar del beso torpe y breve de antes, abre la boca y siento su lengua deslizándose entre mis labios, y no dudo en dejarle entrar. En el momento en que nuestras lenguas se rozan, la tierra tiembla bajo mis pies. O quizá es el universo que acaba de implosionar. No sé, pero ha ocurrido algo trascendental porque mi mejor amigo y yo nos estamos enrollando en la cocina, en mitad de la noche.

Me pone la mano en la nuca y me hace bajar la cabeza, profundizando en el beso. La sensación de su lengua es brusca y suave a la vez y, cuando sale para lamer mis labios, me da un suave mordisco antes de entrar de nuevo.

Joder. Sí que quería probar algo…

Mis manos siguen colgando inútilmente a mis costados porque, de repente, no sé qué coño hacer con ellas. ¿Dónde pongo normalmente las manos cuando estoy besando a alguien? ¿O cuando me están follando la boca, como parece ser el caso?

Por fin, me decido y le acaricio las costillas. Deslizo los dedos por su torso desnudo hasta su espalda y lo pego a mí.

Estoy empalmado, cómo coño no iba a estarlo, pero quiero saber si él también lo está, y, cuando se acerca a mí un poco más, ahí está la respuesta: tengo algo cada vez más duro contra la cadera.

¿Era eso lo que quería probar? ¿Y está satisfecho o mortificado? ¿Y por qué coño no dejo de darle vueltas? Quizá porque se trata de Hunter —y he entrenado a mi cuerpo para que sea la única persona a la que ignore—, y ahora me está besando y todos los sentimientos que he reprimido durante tanto tiempo acaban de resucitar.

El beso dura menos de un minuto, pero el tiempo no ha significado nada: me ha parecido una eternidad y un suspiro a la vez, y cuando se aparta de mí sé que estoy jodido.

Me suelta la nuca y yo aparto las manos de su espalda, y nos quedamos en silencio. Me aterra lo que va a decir ahora, y me conformaría si solo fuera un *«Gracias. Buenas noches»*.

Pero no dice nada, solo me mira fijamente y se lame los putos labios. Será imbécil…

—Entonces, ¿ha sido lo que esperabas? —pregunto con voz temblorosa.

—No —responde con tono firme—. Lo siento. No he debido hacerlo. No

eres un conejillo de Indias sexual para que experimente contigo.

Eeeh… Sí que lo soy. Joder, claro que lo soy.

No lo pongo en voz alta porque sería patético: me limito a negar con la cabeza.

—No pasa nada. Está bien, Hunt. Es… Eeeh… Yo…

—Sí —ríe—. Yo también me siento así.

Los dos soltamos una risita incómoda que no ayuda en nada a diluir la tensión en el ambiente, así que intento decir algo tranquilizador.

—Ha sido una semana de locos. No te culpo por estar un poco confuso. No te preocupes, tío. Soy yo. Conmigo nunca tienes que preocuparte.

Resopla, sonriente.

—¿No eras tú el que estaba preocupado?

Ah, joder, sí que lo estaba.

—Bueno, pues ya no.

—Bien —responde, y clava esos ojos oscuros en mi rostro.

Sé que es cursi, pero sus ojos me hacen sentir como en casa. Esos iris oscuros con la profundidad de un abismo han sido la única constante en mi vida, y cuando Hunter dice que todo va bien, sé que todo va bien…, aunque me sienta como si todo mi mundo se hubiera salido de su órbita.

—Debería intentar dormir —comento, yendo hacia la puerta de la cocina, porque ahora mismo me parece que mi única opción es alejarme de él. Además, quiero hacer algo con la erección que se esconde en mis pantalones cortos, y sé muy bien en qué voy a pensar.

—Buenas noches, Drake —murmura, mirando cómo me marcho.

—Buenas noches, Hunter —respondo.

El sonido de su voz me acompaña hasta la cama, donde me quedo dormido poco después con el sabor de sus labios en los míos.

Regla nº 21

Un beso nunca es solo un beso

Hunter

He besado a Drake.

He besado a un hombre, a mi mejor amigo. A Drake.

Todavía estoy en la cama, recreando en mi mente todos los acontecimientos de anoche, del primero al último, como el instante en el que me di cuenta de que no quiero que este arreglo temporal sea… tan temporal: quiero que Drake esté más con Isabel, quiero compartirla con él.

Isabel está en la ducha; Drake se ha escapado esta mañana temprano a uno de los gimnasios de la cadena de la que es socio, y yo me he quedado aquí, a solas con mis pensamientos.

No quería usar a mi mejor amigo para experimentar, pero no tenía a nadie más con quien comprobar si me gustan los hombres. Lo curioso es que jamás me había sentido atraído por otro hombre en toda mi vida; sí, sé reconocer un cuerpo atractivo y una cara agradable, pero ver a un hombre desnudo nunca me ha interesado. La idea de follar con uno tampoco me ha tentado nunca.

Pero ese beso… Ese puñetero beso…

Puede que Drake tenga razón. Esta semana ha sido una locura y ha estado más llena de sexo de lo que ya suelen estarlo nuestras vidas cotidianas como propietarios de un club sexual, y tanta lujuria se me ha subido a la cabeza, eso es todo.

Cuando Isabel entra en la habitación completamente desnuda y secándose el pelo con una toalla, suelto un gruñido y cualquier pensamiento coherente desaparece de mi cabeza, como suele ocurrir siempre que veo sus pechos y su trasero. ¿Ves? Hetero.

Se acerca y la cojo de la muñeca.

—Ven aquí, preciosa. —Hago que se siente sobre mí y suelta una risita cuando la beso en el cuello.

—Hoy no, señor Scott.

Levanto la cabeza y la miro fijamente. Joder, ¿qué día es hoy? Quince… Mediados de mes. Mierda.

—Te venido la regla, ¿no?

—Sí —responde con una mueca.

—¿Cómo te sientes?

—Por ahora bien, pero dentro de unas horas estaré como un chicle masticado en la autopista.

—¿Qué necesitas? ¿Quieres que te traiga té, sopa o algo?

Se acurruca en mi regazo.

—No. Pero ¿te importa si me salto lo de ir al club esta noche? Creo que prefiero pasar la velada con Netflix y pizza.

—Claro que no me importa, cariño. —Vuelvo a besarle el cuello, inhalando el aroma familiar de su champú de fresa. No me molesta practicar sexo cuando está con la regla, pero Isabel lo pasa bastante mal el primer día del ciclo, así que durante un día al mes soy su humilde servidor. Bueno, seamos realistas: soy su humilde servidor todos los días del mes, pero más entre el quince y el veinte.

—¿En qué pensabas cuando he entrado? Parecía que tenías muchas cosas en la cabeza.

Suelto un fuerte suspiro. No quiero tener secretos con Isabel: si se va a enfadar porque he besado a otra persona, prefiero aguantar su enfado antes que mentirle, así que voy a decírselo.

—Tengo que contarte una cosa. —Se tensa y me mira fijamente, así que dejo de perder el tiempo y lo suelto—: Anoche besé a Drake.

Se incorpora de golpe y me mira con los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Sobre las tres de mañana, creo —respondo con una mueca, esperando su reacción.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—Un… experimento —respondo despacio.

—¿Y qué tal fue el experimento? —pronuncia cada palabra como si estuviera midiéndolas, y no hay ira en su voz, solo curiosidad.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en el cabecero.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé

—Vale, rebobina un poco. ¿Qué estabais haciendo antes del beso?

—Estábamos sentados en la cocina, charlando. Estaba muy preocupado porque pensaba que se había excedido al tocarme durante el sexo.

—Pero tú también lo tocaste —argumenta. No sabía si se había dado cuenta. Fue algo que hice en caliente. No respondo y me limito a encogerme de hombros—. Entonces… ¿le dijiste que no pasaba nada por que te hubiera tocado?

—Sí, pero no me creyó. Así que se lo demostré.

—Besándolo.

—Sí.

Se queda unos instantes callada, mordiéndose el labio y escrutándome el rostro.

—¿No estás enfadada?

Ella sacude la cabeza.

—Considerando lo que he hecho con él esta semana, sería un poco hipócrita por mi parte.

—Es diferente, Iz.

—Ya lo sé, pero, para ser sincera…, me alegro de que lo hayas hecho.

—¿Te alegras? ¿Por qué?

—Porque… —Vacila, y me doy cuenta de que le pone nerviosa compartir sus pensamientos.

—Di lo que sea que estás pensando y ya, cariño.

—Me alegro de ver que exploras esa… opción.

—¿Te refieres a los hombres?

—Me refiero a Drake.

Me quedo mirándola mientras intento recordar un momento en el que haya mostrado interés en mi mejor amigo, pero no me viene nada a la mente.

—Creo que me estoy perdiendo algo… —murmuro.

Me acaricia la mejilla.

—Solo llevo diez años con vosotros y vosotros lleváis juntos el doble de tiempo, así que quizá por eso veo cosas que tú no ves.

—¿Como cuáles?

—Como que Drake está loco por ti —sonríe.

—¿Qué? —Suelto una carcajada, y después otra más porque lo que dice es absurdo—. Isabel, que le gusten los tíos no significa que le gusten todos los tíos.

Ladea la cabeza con expresión severa.

—Hunter, lo digo en serio. Y si no te has dado cuenta hasta ahora, solo es porque llevas tanto tiempo a su lado que ya te has acostumbrado. Pero yo me doy cuenta, y estoy segura de que todos los demás también.

—Solo somos amigos…

—Sí, lo sé. Pero eres consciente de que alguien puede enamorarse de su mejor amigo, ¿no?

—Estamos hablando del mismo Drake, ¿verdad? Del tío que se acuesta con más gente en un año que días tiene el calendario, el que no quiere comprometerse o emparejarse con nadie… Venga, Isabel, Drake no es de los que se enamoran… —replico, sorprendido.

No se molesta en discutírmelo, pero su expresión lo dice todo: tiene los labios fruncidos y sus ojos no se apartan de mí, lo que significa que está esperando a que caiga en la cuenta yo solo.

Espera un puto minuto… ¿Tiene razón? ¿Drake siente algo por mí y por eso no sienta cabeza con otra persona?

Dejo escapar otro largo suspiro.

—¡Y lo he besado, joder! Por Dios… —gimo.

—Sí…

—Mierda…

—Por eso te he preguntado que qué tal el experimento. —Me está preguntando si me gustó besarlo, si volvería a hacerlo, y me siento como si todo esto se nos estuviera yendo de las manos. Se suponía que solo intentaba cumplir una fantasía, y ahora estoy considerando en pedirle a mi esposa que abra nuestro matrimonio a mi mejor amigo tras pensar en él de una forma sexual, y ya no sé ni qué camino seguir ahora—. ¿Hunter? —insiste al ver que no contesto.

—Me gustó —balbuceo—. Me gustó de verdad, joder, se me puso dura de cojones y me quedé un poco decepcionado cuando terminó. —Se muerde el labio inferior con fuerza para reprimir una sonrisa—. Solo fue un beso.

—Lo sé. Pero quizá… —Ay, Dios. No me gusta su mirada traviesa. ¿No se da cuenta de que todo esto me está superando?—. Quizá esta noche, cuando vayáis al club, puedes probar a ver qué sientes con algo más que un beso.

—No —protesto—. No, no quiero ni pensarlo. Además, ¿y si eso lo lleva a hacerse una idea equivocada? No quiero hacerle daño.

Vuelve a mirarme fijamente, como si tuviera todas las respuestas, y, seamos realistas, puede que así sea, pero a mí me da miedo saber cuáles son.

—Cariño, no estoy segura de cuál es la idea equivocada. Y creo que tú tampoco lo sabes.

No respondo y le doy vueltas a la idea en mi mente. Al final, ella se levanta de mi regazo, se pone la ropa más cómoda que tiene en la maleta, se hace un moño y coge la novela romántica erótica de la mesilla para llevársela al salón.

Mientras tanto, yo tengo que prepararme para ir al club, donde puedo o no llegar a algo más allá con mi mejor amigo.

Drake está muy callado cuando salimos del coche; de hecho, no ha dicho ni sola una palabra en todo el trayecto, y sé que es por lo que pasó anoche. Es raro, porque incluso cuando las cosas están tensas entre nosotros es un charlatán, pero imagino que esta tensión es un poco diferente.

El club que vamos a visitar esta noche se llama Pitch, «Pozo», y no, no hace referencia al lanzamiento en béisbol, sino a la iluminación: la mayor parte del club está oscuro como boca de lobo.

He quedado con un hombre llamado Mario, uno de los copropietarios. Al igual que ocurre en el nuestro, el club es propiedad de un equipo, y, de todos los que hemos visitado esta semana, es el que más me gusta. El vestíbulo es muy parecido al de Juegos Prohibidos, pequeño y rodeado de cortinajes negros, y con una recepción donde aguarda una mujer.

—Bienvenidos a Pitch. ¿Son miembros?

Me acerco, recolocándome la corbata.

—Tengo una reunión con Mario a las diez.

—Hunter… —dice un hombre alto y apuesto con voz profunda que aparece tras el cortinaje negro—. Te he visto entrar por las cámaras.

—Mario —respondo, estrechándole la mano. A diferencia de algunos de los clubes más estirados en los que hemos estado, él es amable y un poco informal, lo suficiente como para ayudarme a calmar los nervios.

—Este debe de ser tu… ¿compañero? —pregunta, tendiéndole la mano a Drake.

—Es mi amigo Drake Nielson. Es el jefe de construcción en Juegos Prohibidos y me acompaña en este viaje para visitar diferentes clubes.

—Encantado de conocerte, Drake. —Mario le sonríe de oreja a oreja, dejando ver sus dientes blancos y brillantes, y yo rechino los míos.

—Lo mismo digo —responde Drake, con un poco menos de entusiasmo

que costumbre. Drake siempre ha sido una persona sociable, y eso me deja claro que algo le pasa.

—Acompañadme, os mostraré el sitio.

Le echo un vistazo cauteloso a Drake antes de seguir a Mario al interior del club; su expresión es ilegible y demasiado fría para mi gusto.

—Pitch está dividido en cuatro zonas: la planta principal, donde está el bar y unas cuantas mesas, bien iluminada para que puedas ver con quién hablas. Y luego tenemos tres cuartos oscuros.

La primera sala en la que entramos es la principal, sin duda, y vuelve a recordarme a Juegos Prohibidos. Es cierto que no hay un escenario ni una pista de baile, y que no es ni de lejos tan grande como la nuestra, pero me recuerda mucho a nuestro club y siento una repentina oleada de nostalgia.

En lugar de una multitud de puertas al final de la sala principal, aquí solo hay tres, cada una de ellas custodiada por un empleado. Aquí se escucha la música, pero en esa zona está más alta.

Mario nos acompaña hasta las puertas y las señala sin abrirlas.

—La primera sala es para quienes se identifican como mujeres, la segunda para quienes se identifican como hombres y la tercera es para todos.

—¿Y están completamente a oscuras? —pregunta Drake, mirándolas con curiosidad.

—Están lo bastante iluminadas como para orientarse, pero lo bastante oscuras como para preservar el anonimato. Es liberador: puedes tocar a cualquiera, ser tocado por cualquiera, o limitarte a disfrutar del ambiente. —Drake y yo nos quedamos mirando la puerta que tenemos delante, que tiene una placa con dos símbolos de los que se usan para representar al hombre, y se me acelera el corazón al pensar en lo que puede albergar esa estancia—. Es increíble todo lo que puedes descubrir sobre ti mismo en la oscuridad —añade Mario al vernos dudar. —Me obligo a tragar saliva. Mario echa a andar de nuevo, explicándonoslo todo—. Debéis de estar preguntándoos por la seguridad… Todos los miembros están obligados a usar protección, a dar negativo en un test mensual y a pasar un riguroso control de antecedentes. Hay porteros en todas las salas, equipados con gafas de visión nocturna para garantizar que todo es consentido, así como varias alarmas de emergencia al alcance de la mano en casi todas partes. Por no hablar de que en nuestro bar no se sirven bebidas alcohólicas. Nos tomamos la seguridad muy en serio.

—Ya lo veo —respondo, aunque solo estoy escuchando a medias lo que

dice. Sigo pensando en esos cuartos oscuros, y no me apetece nada hablar de trabajo.

Regla nº 22

Es increíble todo lo que se puede ver en la oscuridad

DRAKE

—¿Por qué no vamos a mi despacho a hablar de números? —le pregunta Mario a Hunter, y yo dejo de andar al momento.

—Creo que voy a esperar en el bar. Los números no son lo mío.

La expresión de Hunter tiene un toque de pánico, y eso me gusta. Me gusta que no quiera perderme de vista.

—Date una vuelta y disfruta del club —sugiere Mario, moviendo las cejas.

La expresión de pánico y preocupación de Hunter no hace sino aumentar.

—Genial. Nos vemos aquí dentro de una hora —digo, haciéndole un gesto de despedida con la mano a Hunter; él se va al despacho de Mario y yo, al bar… en teoría, porque no es ahí adonde me dirijo.

¿Por qué iba a perder el tiempo sentado ahí solo y tomando un refresco cuando puedo estar mirando cómo folla la gente en esas salas? Que tampoco es que vaya a tocar a nadie, porque quizá no sea la mejor persona del mundo, pero jamás haría nada que pudiera hacerles daño a Isabel o a Hunter. Aun así, tengo demasiada curiosidad como para dejarlo pasar.

Cuando me encuentro ante las tres puertas —bueno, técnicamente dos, porque una sala es solo para mujeres—, pienso un instante cuál elegir y no sé qué me lleva a la estancia exclusiva para hombres; tal vez sea la promesa de que el sexo masculino, según mi experiencia, suele ser un poco más entusiasta y quizá lo pase mejor, aunque mantenga las manos —y el pene— quietas; también va a ser más difícil esquivar las propuestas porque los hombres también tienden a ser mucho menos sutiles, pero puedo manejarlos.

En cuanto atravieso la puerta, recorro un largo pasillo hasta encontrarme con un guardia de seguridad al final. Hay una puerta detrás de él y otra a la derecha, señalada con la leyenda *«VESTUARIO»*.

—¿Es la primera vez que viene? —pregunta.

—¿Tanto se me nota?

Sonríe y señala la puerta de la izquierda.

—Puede usar el vestuario antes de entrar en el cuarto oscuro y ponerse o quitarse la ropa que quiera, pero el condón es obligatorio y debo comprobar que lo lleva.

Enarco las cejas y asiento.

—De acuerdo. —Supongo que eso significa que primero iré a los vestuarios y que tendré que hacer que se me ponga dura, ya que tengo que entrar con un preservativo puesto. No va a ser muy complicado, porque incluso con la música tan alta puedo oír lo que ocurre en la otra estancia, que suena justo como lo que es: un montón de gente follando.

Hay cuencos con condones en un mostrador y hombres paseándose por el lugar poco iluminado, tanto desnudos como vestidos. Cojo un condón y me dirijo a una cabina cerrada con unas cortinas. A algunos no les da vergüenza ponerse duros en público, pero yo, aunque soy capaz de cualquier cosa, prefiero no masturbarme delante de la gente salvo cuando ya estoy metido en materia.

Me desabrocho los vaqueros y veo que ya estoy a media asta, como si mi miembro supiera que estamos en un club sexual y reaccionara igual que un perro al llegar al parque: listo para jugar.

Lo siento, amigo. Solo hemos venido a mirar.

Solo necesito recordar lo que ocurrió anoche para estar lo bastante duro como para ponerme el condón: Isabel esposada a ese banco, Hunter penetrándole la boca, la expresión de su rostro al alcanzar el clímax, el modo en que se contraían los músculos de sus abdominales al llegar al orgasmo.

Vale, es mejor que pare o voy a acabar antes de tiempo y a perder la oportunidad de experimentar el cuarto oscuro.

Decido entrar completamente vestido porque eso me ayudará a poner una barrera frente a cualquiera que se haga una idea equivocada. Así que, con los vaqueros aún desabrochados, salgo y le muestro al portero que llevo puesto el condón y que ya estoy listo para jugar, aunque en realidad no estoy listo para hacer absolutamente nada.

Un desperdicio de condón, la verdad.

El portero asiente y me guiña un ojo con coquetería antes de abrir la puerta para dejarme pasar.

—Diviértete —murmura antes de que yo desaparezca en la oscuridad.

Haciendo honor a su nombre, esto está oscuro de cojones. En el suelo hay unas señales en verde fosforescente que me ayudan a guiarme por la estancia sin tropezarme con la gente o con los muebles. Oigo unos gemidos y me detengo un instante para ver de dónde proceden, pero no consigo distinguir nada. Veo más marcadores fosforescentes en el suelo y algunos en las paredes, con signos de exclamación: deben de ser los botones de emergencia de los que nos habló Mario.

Veo que uno de los puntos verdes se mueve y me doy cuenta de que debe de ser uno de los guardias.

Cuando alguien me toca el brazo, me sobresalto.

—Disculpe —murmura el hombre, y se aleja. Es estremecedor saber que cualquiera puede tocarme, que podría follar con alguien y no saber siquiera qué pinta tiene. Es raro de cojones, pero también muy liberador: no importa su aspecto, no importa si los conoces o incluso si no te gustan. Todo es cuestión de química.

Por primera vez desde que he entrado me fastidia no poder hacer nada porque me suena la hostia de divertido esto de jugar con alguien sin saber quién es o si lo conoces de algo. Me parece una forma fabulosa de tener una cita: sin juicios ni nociones preconcebidas, solo dos almas que se encuentran en la oscuridad.

Si lo piensas, es casi romántico.

Aunque los gruñidos que escucho a mi derecha no suenan muy románticos…

Los dejo atrás y sigo andando, guiándome por las flechas verdes. Oigo más sonidos sexuales a mi alrededor, y, cuando mis ojos empiezan a adaptarse, encuentro un lugar donde sentarme a solas y mirar… todo lo que pueda sin ver una mierda.

Siento que alguien me observa; es difícil saberlo con seguridad, pero tengo claro que hay una figura plantada a unos metros de mí y me da la sensación de que me mira fijamente, si es que tal cosa es posible. Miro al techo y veo el parpadeo rojo de las cámaras de seguridad en todas las esquinas, y eso me tranquiliza. Está claro que aquí la seguridad es algo prioritario.

Oigo unos pasos que se acercan y siento unas manos sobre mis bíceps.

—Hola… —susurra una voz suave, acariciándome los músculos por encima de la camiseta. Parece joven y sin duda es mucho más pequeño que yo.

—Lárgate, chaval. —Lo agarro del brazo para intentar guiarlo hacia alguien

más dispuesto.

—Te la chuparé —ofrece con dulzura, sin dejar de tocarme el brazo.

—Eres un encanto, pero no, gracias.

—¿Estás esperando a alguien? Me encantan las fiestas.

¿Ves? Nada de sutileza.

—Buenas noches —respondo, esperando que capte la indirecta y se largue. Antes de alejarse, me recorre el abdomen con la punta de los dedos, y le dejo que tenga su momento. Si lo único que quiere es una caricia robada, sin problemas.

En cuanto sus dedos desaparecen no transcurre ni un segundo antes de que me embosque alguien mucho más grande y fuerte. Entro en pánico y alzo los brazos cuando una mano firme me agarra por la nuca y me aparta del joven, empujándome más hacia el interior de la sala.

Avanzo a trompicones por la oscuridad, temiendo chocar con alguien o pasar por encima de algo. Cuando vuelvo la vista hacia el hombre que me guía, capto la forma de algo sobre su cara y me doy cuenta de que lleva las gafas de visión nocturna que usan los porteros. ¿Me he metido en un lío?

Estoy a punto de protestar, pero de repente me empotra contra una pared y se quita las gafas de un manotazo; lo sé porque oigo cómo caen al suelo. Sigo sin poder verlo, y tampoco tengo tiempo porque de pronto su boca está sobre la mía. Me rodea la nuca y me besa con fuerza; la sombra de barba que rodea sus labios me roza los míos y, cuando me saca la lengua de la boca, me mordisquea el labio inferior.

—Mío —murmura, y mi pene se despierta en respuesta a su voz.

Hunter.

Solo lo he besado una vez, pero ya sé reconocerlo porque tengo ese beso grabado en la memoria: cada roce, cada movimiento juguetón de su lengua. Le pongo las manos en el pecho, las deslizo bajo las solapas de la chaqueta y llego hasta la camiseta interior de algodón. Huele a él, parece él y sabe a él, pero, joder, esto está muy oscuro y me está volviendo loco.

¿Está aquí de verdad? ¿Hunter haría algo así? Lo de anoche solo fue un experimento, y no hemos vuelto a hablar de ello, así que no sé si sigue pensando en ello.

Pero, Dios, quiero creer que es él. Necesito saberlo. Así que me aparto un poco.

—¿Hunter? —pregunto.

—Cierra la puta boca —suelta, y me convenzo de que es él.

Creo.

Vuelve a apoderarse de mis labios, gime y me mordisquea con una lujuria feroz. Estoy ebrio de sus besos, como si me arrastrara la marea, y me siento impotente. Tiene el cuerpo pegado al mío y aun así no es suficiente; mi mente está sobrepasada y no sé si centrarme en el contacto con su boca o en la sensación de su musculoso cuerpo duro bajo las yemas de mis dedos, pero no tardo en dejar de pensar y ahogarme en las sensaciones.

Como no puedo ver solo soy un montón de carne y hueso y necesidad que todo lo consume. Llevamos mucho tiempo besándonos; otro hombre más familiarizado con el sexo gay ya habría seguido adelante, pero Hunter aún no tiene confianza suficiente. Me sujeta por el cuello y me vuelve a empujar contra la pared. Se aparta de mis labios y, aunque no puedo verlo ni él a mí, es como si nos estuviéramos mirando. Una de sus manos desciende por mi pecho, pasa por mi vientre y al fin se mete en mis pantalones. Cuando su mano rodea mi miembro, me sobresalto y suelto un gruñido.

Hunter me está acariciando el pene.

Solo es una mano, pero por algún motivo es mejor que cualquier otra. Su cálido y feroz apretón me hace sentir una corriente eléctrica en la columna, y contoneo las caderas para que me dé más.

La oscuridad lo hace todo mucho más intenso: no puedo ver, solo sentir, lo que magnifica la sensación de sus caricias. Desesperado por demostrarle lo mucho que me gusta, busco imitar su caricia, pero tiene los pantalones cerrados, así que le desabrocho el cinturón, el botón y la cremallera, y él mueve las caderas buscando acercarse a mí. Hundo la mano en sus bóxers y siento el duro calor en su interior.

No lleva condón.

Dios, más vale que sea Hunter y no un gorila cachondo que me ha pillado en un momento de debilidad.

—Joder, sí —masculla cuando lo toco, y al instante me siento mejor porque reconocería esa voz en cualquier parte. Tensa los dedos que tiene sobre mi nuca mientras nos masturbamos, pero necesito más: esta podría ser mi única oportunidad.

Al parecer Hunter se siente cómodo, así que no pienso detenerme aquí. Y mi mejor amigo debe de leerme la mente, porque hace presión sobre mi cuello para que me agache.

—Chúpamela —ordena con tono bajo e imperioso, y yo caigo de rodillas ante él, impaciente. No sé por qué levanto la vista, pero lo hago, y, aunque no puedo verle la cara, sé que no va a darme ninguna oportunidad: con una mano en la nuca, acerca su miembro a mis labios y yo abro la boca para que deslice su longitud por mi lengua. Le dejo llegar hasta el fondo, hasta que sienta cómo mi garganta se contrae a su alrededor—. ¡Ah, joder…! —exclama.

Me la mete en la boca con fuerza y embiste un par de veces antes de que yo lo agarre por la base y tome la iniciativa. Lo cubro de saliva y chupo la punta con fuerza antes de metérmela hasta el fondo otra vez, y él me tira del pelo.

—Por Dios, Drake —gime, y el sonido de mi nombre en sus labios en esta situación me empuja a continuar. Suena natural, como si no fuera la primera vez que hacemos algo así. Hunter murmura incoherencias y jadea y apenas respira mientras sigo moviendo la cabeza—. Quiero correrme —exige, y vuelvo a chupar la punta, dispuesto a complacerlo.

Llevo las manos hasta su trasero, acercándolo más a mí, esperando que comprenda que es mi forma de decirle lo mucho que lo deseo; lo mucho que lo necesito. Hunter desliza la mano libre junto a la otra, sobre mi nuca, y las enlaza ahí. Es un gesto íntimo y sexy de cojones, y noto cómo mi pene gotea en el condón. Me muero por masturbarme, pero no quiero soltarlo.

Un momento después, se estremece y grita cuando su sabor caliente y salado se desliza sobre mi lengua. Me lo trago todo y vuelvo a lamerlo, en absoluto dispuesto a dar por terminado este momento.

Pero termina, como todas las cosas buenas. Porque apenas un segundo después Hunter se sube la cremallera y se marcha, y no lo veo irse. Bueno, no puedo ver una mierda, pero cuando quiero darme cuenta, ya se ha ido.

Me quedo arrodillado durante un buen rato en la oscuridad, considerando la idea de masturbarme, pero me ha utilizado y desechado de una forma tan impersonal que me siento devastado y mi erección ha desaparecido.

Durante todo el tiempo que permanezco ahí, solo y de rodillas, intento ponerme en el lugar de Hunter: ha sido su primer encuentro sexual con alguien del mismo sexo, y ha debido de ser intenso y quizá un poco aterrador. Pero está claro que le ha gustado, así que lo más probable es que esté en algún sitio cuestionándose todo lo que sabe sobre sí mismo.

Pero es que el muy cabrón me ha dejado en el suelo. Arrodillado en el puto suelo, y yo soy incapaz de imaginarme haciéndole lo mismo.

No he sido yo el que lo ha obligado a meterse en mi boca, más bien al

contrario.

Después de un rato, decido que va a ser mejor trasladar la fiesta de la autocompasión a algún sitio en el que sirvan alcohol, así que me levanto del puñetero suelo, voy hasta la salida, me deshago del condón que no he llegado a usar y le envío un mensaje a Hunter.

Yo: *Me voy a un bar. Ya encontraré la forma de regresar al apartamento.*

Avanzo por la sala principal, con la vista fija en el móvil, cuando oigo que me llama por mi nombre.

—¡Drake! —exclama, cortándome el paso—. ¿A dónde vas?

—¿No has visto mi mensaje? —Miro su traje, recordando el contacto de la tela en mis manos; la camisa, la corbata, el cinturón… Podría discutir con él ahora mismo, pero no quiero: estoy enfadado, pero me apetece más reflexionar que pelear.

—Voy contigo —responde, y lo miro a la cara por primera vez. Su expresión es confusa e insegura, y espero que pueda leer lo que dice la mía: «Me has dejado en el puto suelo».

—Ya nos veremos en el apartamento —respondo, y me voy sin añadir palabra; él no me sigue ni me llama ni discute. Me deja ir sin más.

Hay un bar de mala muerte al final de la calle en la que está el club, y es perfecto para lo que necesito. Solo quiero emborracharme cuanto antes, así que no hablo con nadie, ni flirteo ni converso: bebo. Tardo unas tres horas en emborracharme. Sigo triste, pero mi cerebro ebrio ya no puede formar pensamientos de autodesprecio para acompañar a la melancolía.

Regla nº 23

A la mierda las reglas

ISABEL

Estoy tumbada en el sofá, medio dormida, cuando oigo lo que parece un oso pardo entrando en el apartamento; un oso pardo borracho.

—¿Drake? —susurro; él pierde el equilibrio y tropieza con la puerta de su habitación, y suelta un gemido desde el suelo.

—Vete a la cama —murmura.

—Vamos. Levántate. —Soy demasiado pequeña para mover su enorme cuerpo borracho, pero por fin consigue ponerse en pie y arrastrar los pies hasta la cama, donde aterriza sobre el colchón. Se esfuerza por quitarse los zapatos, pero está claro que es una batalla perdida, así que le aparto los dedos de un manotazo para ayudarlo.

—Para. No seas tan amable conmigo —rezonga de malos modos.

—Seré tan amable contigo como quiera. —Le quito un zapato y lo dejo caer al suelo. Por un momento pienso que se ha dormido, pero cuando le quito el otro zapato y lo miro a la cara, me está mirando fijamente—. ¿Dónde has estado?

—Tenía que emborracharme.

—¿Por qué?

—Porque tu marido es un gilipollas.

Ay, mierda… Un nudo de ansiedad se instala en mi vientre mientras le desabrocho los pantalones. Cuando Hunter ha llegado a casa apenas ha hablado, y he sabido que algo había pasado. Normalmente no se guarda nada conmigo, y, después de la charla de esta mañana, esperaba que me contara todos los detalles, pero está claro que lo que ha pasado en el club entre Drake y él no ha acabado bien.

—Levanta —ordeno para poder bajarle los vaqueros. Se los quito y los tiro al suelo, y me siento sobre él para ayudarlo con la camisa. Me desliza las manos

por los muslos y lo fulmino con la mirada—. Que ni se te ocurra. Ya conoces las normas. Además, estoy con la regla y no permito que se me acerque ningún ser vivo. —Hago un gesto hacia mi vientre dolorido.

—Haré que te sientas mejor —dice, burlón, y yo me limito a negar con la cabeza.

—Solo quieres acostarte conmigo para vengarte de Hunter por lo que sea que te haya hecho.

—Yo jamás te haría algo así —refunfuña. Hace que me acurruque en sus brazos, y me duele el corazón cuando apoyo la cabeza sobre su pecho. Llevo mucho tiempo deseándolo, pero me da miedo que cualquier cosa que hagamos traspase los límites y nos haga daño. Aun así, esta familiaridad entre nosotros es demasiado pura y buena para ignorarla.

—Cuéntame lo que ha pasado en el club —le pido, y suelta un quejido.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque te enfadarás conmigo. Y con él.

—Ya me ha contado lo del beso, Drake. Y le he dado permiso para hacer lo que quisiera en el club. Contigo, por supuesto.

Su reacción tarda un poco en llegar debido al alcohol, pero al final levanta la cabeza para mirarme.

—¿En serio? —Asiento—. Vuestro matrimonio es la hostia de raro.

—Ya lo sé.

—¿Qué te ha contado del beso? —pregunta.

—No mucho. Pero le ha gustado, y eso le confunde.

—Sí, bueno, y a mí, joder.

—Cuéntame qué ha pasado.

Cuando por fin accede a hablarme, se tumba de lado y se acerca más a mí; es un gesto íntimo y me hace desear ir más allá. Al más puro estilo Drake, sus manos nunca se quedan quietas: me acaricia la espalda, las caderas, la mejilla. No descansa nunca.

—Se la he chupado. —Me encanta lo franco y desvergonzado que es Drake, pero no contesto al momento porque tengo que pensar en cómo me siento. Al principio estoy sorprendida y quizá un poco celosa, pero luego lo imagino con detalle, a Drake y a Hunter, juntos, en el club, con la boca de Drake alrededor del pene de Hunter, y no puedo evitar que esa imagen me excite y me ponga muy muy cachonda—. Isabel… —murmura, atento a mi reacción.

—Dame un momento. Es difícil acostumbrarse a la idea. —Dejo pasar unos minutos para que esa información cale en mi mente, y, cuando estoy segura de lo que siento, le doy una palmadita a Drake en el pecho—. Vale, ¿y qué pasó después?

—Pues que apenas me la sacó de la boca me dejó ahí plantado. En el puto suelo.

Joder, Hunter. Mi marido emocionalmente atrofiado puede ser la persona más cariñosa y tierna del mundo, pero otras veces se comporta de un modo tan voluble e irracional que me vuelve loca.

—Lo siento —susurro. Ladeo la cabeza, miro a Drake y me doy cuenta de que Hunter y yo no somos más que un parpadeo en el radar de la vida amorosa de Drake. Pronto volverá a las andadas, a vivir su vida tan libremente como quiera y a no comprometerse con nadie.

Encuentra mi mirada y me acaricia la mejilla con suavidad; se acerca y me da un tierno beso. Cuando hace cosas así juega con mis sentimientos y me hace pesar que puedo tener cosas que no están a mi alcance; como él.

Después de rozar mis labios con suavidad, se separa y me besa la punta de la nariz.

—No te disculpes, Iz. No es culpa tuya.

—Lo sé, pero tampoco quiero que te pelees con él. Tiene que disculparse, pero también creo que tienes que recordar que el padre de Hunter era una persona intolerante y cruel que le inculcó unas cuantas ideas desagradables a Hunter. Obviamente, ahora sabe que no tenía razón, pero esa vocecita sigue ahí. Necesita tiempo para superarlo, y lo hará.

De repente, se levanta y se me queda mirando como sorprendido por algo.

—¿Por qué no estás enfadada, Isabel? Tu marido se la ha chupado a otro, y no digas que no pasa nada porque tú y yo también nos hayamos acostado porque él estaba ahí, y fue diferente.

Busco las palabras en mi interior para describir lo que siento, sin apartar la vista de él. Estoy un poco celosa, pero no porque me haya engañado, sino porque yo no estaba implicada, y, al final, intento explicárselo y confío en que tenga sentido.

—Para mí no es un engaño, Drake. Si es contigo, no.

—Eso no tiene ninguna lógica —murmura con voz de borracho.

—Nada de esto lo tiene, pero para mí es más lógico estar contigo así que como estábamos antes.

—¿Qué? —Hace un montón de muecas, como si intentara descifrar mis palabras y le hiciera daño. Suelto una carcajada y le doy un beso.

—Da igual. Lo que quiero decir es que, con cualquiera que no fueras tú, estaría loca de rabia y de celos.

Me besa de nuevo y se mueve un poco para quedar de lado y muy cerca de mí.

Vuelve a tomar mis labios y cambia de posición, medio encima y medio a mi lado.

—Sé cómo puedes devolvérsela —susurra contra mis labios; acerca la mano a mis bragas, pero lo cojo de la muñeca al momento.

—Solo bésame —le pido, poniéndole su enorme mano en la parte baja de mi espalda.

Y me besa; me besa durante tanto rato que creo que empieza a estar sobrio. Nos tomamos nuestro tiempo, como adolescentes besándose por primera vez; nos quedamos tumbados, explorando esta nueva sensación entre los dos.

Mientras me acaricia la espalda y jadea en mis labios, me pregunto de pasada si es tan apasionado y atento con todas las chicas con las que está. Quiero ser especial para Drake, y no solo una chica más con la que se enrolla.

Siento su erección contra mi pierna, y, cada vez que se mueve para pegarla a mí, un fogonazo nace en mi vientre, y, aunque le he dicho que solo quería un beso, no puedo soportarlo más. Me parece una tortura, y más después de lo que Hunter le ha hecho esta noche.

Así que le paso la mano por el bulto que esconden sus calzoncillos y él suelta un fuerte gemido en mi cuello. No me lo pide, pero sé que quiere que lo toque, así que deslizo la mano por debajo de la banda elástica y rodeo su suave y tenso pene. Está tan duro que da la impresión de que puede hacerle daño.

—¿No va esto contra las normas? —susurra.

—A la mierda las normas —respondo, acariciándolo. Vuelve a gemir con fuerza y casi espero que despierte a Hunter para que nos vea así, para que vea cómo terminamos lo que él ha empezado. Las caderas de Drake se contonean y él se estremece, y sé que no tardará mucho—. Ponte encima de mí —susurro, haciendo que se mueva para que quede entre mis piernas. Me levanto la camiseta con rapidez para dejar al descubierto mis pechos mientras sigo masturbándolo cada vez más rápido, leyendo su expresión hasta que veo que está a punto de correrse. Y entonces dirijo su erección hasta mi pecho para que se derrame sobre mí.

—¡Ah!, ¡Isabel! —exclama cuando su semen pinta mis pechos.

Se queda sentado un momento, mirando el lío que hemos montado; estira una mano y me acaricia, restregándomelo por la piel.

—Me encanta verte cubierta de mi semen —susurra. Se agacha para darme un largo beso en la boca y me derrito por entero—. Eres la mejor, ¿lo sabes? —No le contesto, pero correspondo a su beso con una sonrisa tensa.

Se acerca a la mesilla, coge un puñado de pañuelos y se toma su tiempo para limpiarme. Cuando termina, se tumba a mi lado, retira las mantas y nos tapa con ellas. Me acurruco contra su pecho y nos quedamos así un rato, y, justo cuando creo que se ha quedado dormido, vuelve a hablar.

—Hunter no recuerda ese vestido verde, pero yo sí. Y también que tú me miraste.

—¿Te miré?

—Sí, me miraste a mí primero —responde con cautela, como si le costara admitirlo.

Yo también lo recuerdo, aunque nunca se lo he dicho a Hunter. Cuando me pregunta, le digo que no recuerdo que me mirara, que solo me acuerdo de parte de ese día. Pero recuerdo a Drake, recuerdo que jamás intentó acercarse a mí y que apenas me miró cuando Hunter empezó a hablar conmigo. Se me saltan las lágrimas al pensar en ello, pero son las palabras que dice a continuación las que se me clavan como un puñal en el corazón—. Pensé que eras la chica más guapa que había visto nunca, pero nunca habría ido tras de ti. Y no por Hunter, sino porque a mí no me gustaban las chicas como tú.

—¿Las chicas como yo? —pregunto, intentando que no se me quiebre la voz.

—Demasiado buenas para mí. Demasiado listas, guapas y simpáticas.

—Drake —musito con los ojos anegados en lágrimas.

—Me alegro de que se acercara a ti. Y estoy orgulloso de él por haberse encarrilado por ti. —Sé que dice la verdad, pero veo la angustia en su mirada y no sé qué contestar. Quiero decirle que lo quiero, que siempre lo he querido, tanto como a Hunter y de misma manera, pero no creo que eso sirva de nada ahora mismo—. Sé que piensas que solo soy un golfo y que no tengo intención de sentar la cabeza, pero es que siempre he querido una esposa como tú, Isabel. Y últimamente me he dado cuenta de que solo te quiero a ti.

Una lágrima escapa de mis ojos y cae sobre su brazo. Estoy sin palabras y solo puedo mirarlo a los ojos porque ya no hay nada más que decir. Me da un

beso en la frente, cierra los ojos y se queda dormido. Yo sigo ahí tumbada, intentando conservar para siempre en la memoria su confesión de borracho.

Regla nº 24

Espabila

HUNTER

Mis sueños son angustiosos y desapacibles. Lo busco en la oscuridad, pero solo encuentro a la persona equivocada; todo lo que encuentro es la carne de un extraño bajo mis dedos, cuando lo que quiero es tocar a quien mi cuerpo conoce de memoria. Cada vez que creo que lo he encontrado, se me escapa.

Luego, cuando le pongo las manos encima en el cuarto oscuro, noto la cuerda en su piel, pero está demasiado apretada y le impide moverse y respirar, y empiezo a sentir pánico mientras me esfuerzo por encontrar el extremo de la cuerda para desatarlo. Susurra mi nombre, pregunta por mí.

«Hunter, ¿eres tú?».

«Hunter, suéltame. Hunter, ayúdame».

Pero no puedo; por más que lo intente, no puedo. Y lo único que me frena es mi estúpido orgullo y mi miedo. ¿Por qué no presté más atención durante los talleres? ¿Por qué siempre me escabullía para hacer negocios? Debería haber estado allí. Ahora Isabel lo está desatando y ya no está tan oscuro; está deshaciendo los nudos como si fuera la cosa más sencilla del mundo. ¿Por qué no he podido hacerlo yo? Me mira con una ligera expresión de impaciencia, pero con rabia no porque entiende que no es culpa mía, pero ¿durante cuánto tiempo más me pondrá las cosas tan fáciles? ¿Durante cuánto tiempo me va a permitir cagarla antes de cansarse?

Cuando consigue desatar a Drake, él va hacia ella. Se aferran el uno al otro mientras yo miro, pero ya no es como antes, cuando verlos me excitaba. Ahora me siento solo.

Alguien me aparta de un tirón. Es el gilipollas del club de Austin, y me da un puñetazo en la cara y sigue golpeándome hasta que deja de ser ese hombre y se convierte en mi padre, y entiendo por qué lo hace: lo sabe. Se ha enterado de lo que Drake y yo hicimos en el cuarto oscuro de ese club y su cara está llena

de asco y de odio, y su decepción me inunda las venas. De todos modos, nunca le gusté, y quizá sea por esto; quizá siempre lo ha sabido.

Sus puñetazos van acompañados de palabras que se clavan como puñales: maricón, muerdealmohadas, sarasa… Le dejo que me pegue; ni siquiera intento escapar. Dejo que me haga daño con sus palabras, con sus puños, con sus insultos, pero mientras me golpea contra el suelo hasta que no soy más que un montón de carne, me doy cuenta de que no siento nada: sus puñetazos no me hacen daño, ni tampoco sus insultos. Me atraviesan como si me pegara un fantasma…, porque es un fantasma. Ese viejo triste, que hace años que bebió hasta matarse, intenta hacerme daño desde la tumba, pero no lo consigue; ya no.

Y sin más, se esfuma y estoy tumbado en el suelo de la ornamentada habitación de Nueva Orleans donde todo cambió, y veo sus rostros; me piden que me levante. Están desnudos y yo también, pero estoy tan paralizado por lo que me ha hecho mi padre que no puedo ni moverme. Aunque no tengo ni una gota de sangre en la cara, me quedo tumbado como si me estuviera desangrando.

«Levántate, cariño. Ven a la cama con nosotros».

Su voz suena tan real que abro los ojos, sorprendido, y levanto la cabeza para buscarla, pero la habitación está vacía y la cama también. Cojo el móvil de la mesilla y miro la hora: las 8:22.

Me levanto de la cama para buscarla y descubro que el salón y la cocina también están desiertos, y cuando me doy cuenta de dónde puede estar, me quedo paralizado. ¿Con qué voy a encontrarme si voy a su habitación? ¿Y qué voy a sentir al respecto? No tengo derecho a enfadarme si los encuentro desnudos, eso está claro. He jugado con sus sentimientos, los he utilizado para mi propio placer, he abierto la caja de Pandora. Así que es mejor que esté preparado para lo que vaya a encontrar.

Cuando llego a su puerta, vacilo y suspiro al echar un vistazo: están dormidos, en ropa interior, con los cuerpos entrelazados. Ella tiene la cabeza apoyada en el brazo de él y la pierna sobre la de él, como a veces hace conmigo. Para ser un tío que casi nunca deja que las mujeres se queden a pasar la noche, parece bastante satisfecho.

Ver a Drake es como un puñetazo en el estómago. Anoche me comporté como un imbécil, soy muy consciente de ello, y también de que ser un gilipollas, así, en general, es una mierda, pero es peor serlo con tu mejor amigo,

que confía en ti. Le debo una gran disculpa. Y luego tendré que averiguar qué coño me pasa.

La mamada del club fue la mejor de mi vida —lo siento, Isabel. Aunque estoy seguro de que ella lo entendería—; cuando me tomó en su boca no hubo ningún pensamiento en mi mente que no fuera de pura euforia; el cuarto oscuro era exactamente como lo había imaginado: liberador, alentador, sexy. Por primera vez en mi vida podía tenerlo entre mis brazos sin pensar en lo que significaba o en lo que iba a pasar después.

Drake era perfecto. Los dos juntos éramos perfectos.

Pero cuando descendí a la tierra tras el orgasmo, escuché la voz de mi padre diciéndome que hay algo malo en mi interior y no supe cómo enfrentarme a Drake después de eso. Temía que quisiera corresponderle y entré en pánico. Supuse que asumiría que solo estaba interpretando un papel: el de alguien que solo quería sexo anónimo sin compromiso, pero incluso yo sabía que era una ilusión vana. Lo dejé arrodillado en el suelo como el puñetero cobarde que soy.

Y no lo culpo por abandonarme después de eso. Yo también lo habría hecho. Él prefirió emborracharse en un bar y yo me emborraché con el tequila de la noche anterior. Evité a mi mujer, le mentí sobre Drake y me emborraché.

No sé qué me lleva hasta la cama; quizá saber que solo hay dos opciones: volver a la mía, compadecerme, solo, enfurruñado y malhumorado, o dar un paso en la dirección correcta y agachar la cabeza.

Me meto en la cama detrás de Isabel, que queda acurrucada entre los dos, y me pregunto cómo leches vamos a volver a la normalidad después de esta semana. Se suponía que esto iba a ser temporal, pero la forma en que estos dos se abrazan demuestra que hasta ellos saben que no hay nada de temporal en esta situación: hemos abierto una puerta y no se va a cerrar tan fácilmente como pensábamos. Y la verdad es que no estoy seguro de querer cerrarla.

Contemplo a Drake; el pelo le tapa la cara, así que se lo aparto con suavidad y se lo paso por detrás de la oreja; ese roce lo despierta y abre los ojos, y se tensa antes de volver a cerrarlos, como si dormirse de nuevo fuera su forma de darme la espalda.

—Drake —susurro. No abre los ojos, pero sé que me está escuchando—. Perdóname. Fui un gilipollas y no hay excusas para mi comportamiento.

Espera unos largos segundos antes de responder.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque estoy jodido de la cabeza. Me entró el pánico. Lo siento.

Por fin abre los ojos y me mira fijamente.

—Nunca te ha gustado que me acostara con hombres.

Me está acorralando en una conversación para la que no estoy preparado, pero no me queda más remedio que asumirlo.

—No pretendía juzgarte —digo, porque no estoy listo para explicarme más.

—¿Y ahora qué? —pregunta con tono impaciente.

—Mañana regresamos a casa, y no sé lo que pasará cuando volvamos a Briar Point. Eso depende de ti y de Iz.

—¿Qué quieres tú?

Todo en este viaje ha ido sobre lo que yo quiero, pero, ya que me pregunta, voy a responder.

—No quiero que esto termine. —Me obligo a tragar saliva. Es la hostia de incómodo decirlo en voz alta, pero voy a joderlo todo si no lo hago—. Y quiero una segunda oportunidad.

No aparta la mirada de mis ojos, pero relaja la mandíbula. Y tan rápidamente como ha desaparecido, la expresión tensa de su rostro regresa.

—No es buena idea —susurra. Algo en mi interior se rompe en mil pedazos, y vuelvo a sentirme como ese trozo de carne rota en el suelo, igual que en mi sueño. Drake se acurruca un poco más contra Isabel—. Pero estoy de acuerdo. Yo tampoco quiero que esto se acabe.

Sé que está hablando de Isabel, y quizá debería sentirme territorial, volver a cogerla en mis brazos y recordarle a quién pertenece, pero yo me lo he buscado. Además, me aferro a la esperanza de que, si aún la quiere, hay una posibilidad de que me quiera a mí también.

Regla nº 25

A veces hay que tomar el camino más largo para regresar a casa

ISABEL

Hay más de dos mil kilómetros entre Nashville y Briar Point. Y hasta ahora hemos recorrido todos y cada uno de ellos en un silencio incómodo. Después del primer día de viaje pasamos la noche en un hotel, pero Drake insistió en tener su propia habitación; el segundo día nos desplazamos más lentamente: hicimos más paradas y tomamos más desvíos, y estoy convencida de que Hunter conducía más despacio de lo habitual. Lo que deberían haber sido dos días viajando doce horas se está convirtiendo en tres jornadas.

Nadie quiere volver a la realidad, nadie quiere que esta fantasía termine, pero todos somos reacios a hablar de ello.

A la mañana del tercer día ya no tengo la regla y empiezo a sentirme como una gata salvaje en celo, y no puedo soportar ni un segundo más de esta tensión insufrible. Paramos a repostar en el norte de Arizona y, mientras espero junto al surtidor y los chicos están dentro, veo una señal de tráfico delante de mí:

«Los Ángeles, 318 millas. Las Vegas, 107 millas».

Nunca he estado en Las Vegas. La idea arraiga en mi mente e intento apartarla. Tenemos que volver a casa en algún momento; no podemos seguir esquivando la realidad. Por muchos desvíos que tomemos o por muchas paradas que hagamos, nuestra vida está esperándonos al final del camino.

—¿Conduces tú? —pregunta Drake cuando regresa de la gasolinera, tendiéndome una bebida energética.

—Sí —respondo, y me acomodo con impaciencia en el asiento del conductor. Hunter aparece un instante después y nos ve a los dos en los asientos de delante. Se encoge de hombros y se acomoda atrás.

—Gracias, cariño. Solo son cuatro horas de viaje.

—Mmm —murmuro, pero la idea de Las Vegas sigue en mi mente, y, una vez que se me ocurre algo me resulta imposible olvidarlo hasta que lo hago, así que al regresar a la autopista me encuentro, literalmente, en una encrucijada.

¿Oeste… o norte?

Es el recuerdo de la noche que estuve esposada al banco lo que me hace girar el volante; es la sensación de que solo hemos arañado la superficie. Y tengo demasiado miedo de que no volvamos a recorrer ese camino cuando regresemos a casa, así que ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Oye, pelirroja, ¿adónde vas? —pregunta Hunter desde el asiento trasero cuando se da cuenta de que he tomado la salida que no es.

—A Las Vegas —respondo, encogiéndome de hombros.

—Pero no vivimos en Las Vegas —replica él.

—Lo sé. —Miro a Drake, que permanece callado, mordiéndose el labio inferior—. Pero ya hemos solucionado lo del apartamento de Drake, no tenemos que volver al trabajo hasta el viernes y aún no estoy preparada para regresar a casa.

El ambiente está cargado ahora mismo dentro del coche porque todos sabemos a qué no estoy dispuesta a volver. Después de unos minutos conduciendo hacia la ciudad del pecado, Drake reacciona por fin.

—Buscaré un hotel —anuncia, cogiendo el móvil, y yo me resisto a hacer la danza de la victoria, confiando en que esta vez solo reserve una habitación.

Drake encuentra un hotel en el Strip para dos noches. Es una habitación doble con dos camas, y es perfecta. Después de registrarnos, me doy una ducha y les digo a los chicos que se vayan al bar cuando ya están listos. Soy una mujer con una misión.

Había metido un vestido negro largo en la maleta por si teníamos que asistir a un evento de gala, y ahí sigue, a buen recaudo. Me rizo el pelo, me pongo todo el maquillaje que no he llevado en toda la semana —solo me he pintado lo esencial esos días: rímel y brillo de labios— y me visto con esa elegante tela negra. Se ciñe a mi torso y es lo bastante escotado como para mostrar un atisbo de mis pechos.

Una vez arreglada y lista voy al ascensor con un cosquilleo de inquietud bajo la piel. Estrecho el bolso contra mi cuerpo y, cuando el ascensor llega a la

planta del casino, las puertas se abren y veo a Hunter y Drake con sus trajes negros. Mis hombres. Porque siempre han sido mis hombres, ¿no? Puede que esté casada con Hunter, pero Drake siempre ha estado presente en mi vida y últimamente por fin hemos traspasado la línea que ambos queríamos saltarnos desde hace mucho tiempo. Lo que empezó como una fantasía nos ha demostrado lo que de verdad significamos los unos para los otros: los quiero a los dos y los dos me quieren a mí.

Ahora solo falta que descubran lo que son el uno para el otro, y a mí me toca ayudarlos.

Drake vocaliza en silencio las palabras «Hostia puta», Hunter me sonríe apreciativamente y yo siento un cosquilleo en el vientre.

Cuando me acerco a ellos, mi marido me agarra por la cintura y me pega a él para besarme la mejilla.

—Me está tentando llevarte a la habitación.

—Y yo estoy de acuerdo… —responde Drake. Su mirada me recorre el cuerpo y se detiene en mi rostro, hambrienta.

—Chicos, estamos en la ciudad del pecado. Antes vamos a ver si podemos meternos en algún lío.

—Creo que ya estamos metidos en un lío —le dice Drake a Hunter cuando encabezo la marcha a través del casino.

Vamos serpenteando entre la multitud, con ellos a mi espalda, como si fueran centinelas, frunciendo el ceño a cualquiera que se atreva a acercarse demasiado o a mirarme demasiado tiempo. Es muy cómico, y me deja claro que tienen que beber algo de alcohol para relajarse.

Cuando veo el cartel de una discoteca en la azotea, los cojo de la mano y los guío hacia las señales que nos conducen a un ascensor especial. Cuando llegamos a la puerta, uno de los porteros me mira con aprensión; Hunter se adelanta y me deja entre Drake y él, y al entrar en el club nos conduce hasta la barra.

Drake se queda cerca de mí, a mi espalda, y siento su mano rozándome la cintura, casi como si también quisiera mostrarme afecto en público. Es curioso pensar que hace tan solo unos días nos ponía nerviosos hasta besarnos, pero ahora apenas podemos quitarnos las manos de encima.

Tras dos rondas de chupitos, los dos parecen mucho más relajados. El club no está demasiado lleno, pero la pista de baile es una masa de cuerpos que se mueven al fuerte ritmo de la música.

—Quiero bailar —anuncio; los agarro de la mano y los llevo a rastras hacia la multitud. Dudan, y, aunque no lo he planeado, sé que no puedo dejar a ninguno de los dos atrás porque las mujeres se les echarían encima; yo también.

Los llevo hasta la pista, sintiendo cómo el alcohol me vuelve más intrépida. Me pongo a bailar y le rodeo el cuello a Hunter con los brazos, pegándome a él y moviéndome al ritmo de la música. Me mira a los ojos mientras bailamos, y siento el cuerpo de Drake rozando el mío. Aparto uno de los brazos del cuello de mi marido y lo extiendo hacia el hombre que está a mi espalda, hasta acercarlo a mí tanto que desaparezco entre sus cuerpos.

Bailamos hasta que pierdo la noción del tiempo; me dejo llevar por la música y por sus caricias. Hunter me da un beso ardiente, con la mano en la parte baja de mi espalda, estrechándome contra él. La sensación de anticipación ante lo que está por venir es abrumadora. Cuando me separo de él, siento la presencia de Drake a mi espalda y giro la cabeza para encontrar sus labios, y me besa igual que Hunter, hambriento y necesitado, pegando su erección a mi trasero. Estoy tan encerrada entre sus cuerpos que apenas puedo respirar.

Nos miran desde el otro lado de la pista, y sé que están pensando un montón de cosas malas sobre mí, pero me da igual. Tal vez estar con las chicas del club, como Mia y Eden, me haya ayudado a olvidar la versión de mí misma que se habría avergonzado de lo que unos desconocidos puedan pensar de mí. Ya no me importa; de hecho, me gusta. Me gusta que la gente sepa que estos dos hombres son míos, que no he tenido que elegir, y ellos tampoco.

—Larguémonos de aquí —me ordena Hunter al oído, y Drake y él se mantienen la mirada durante un largo momento cargado de significado.

Me llevan en volandas y ni siquiera me resisto, porque deseo lo mismo que ellos. El camino de regreso pasa en un borrón hasta que entramos en el ascensor para subir a la habitación, y no quiero esperar más.

En cuanto se cierra la puerta del ascensor, me deslizo entre los brazos de Drake y me apodero de sus labios. Él deja escapar un gruñido, baja las manos hasta mi trasero y lo aprieta con fuerza para pegarme a él.

Hunter se abalanza sobre mi espalda, me agarra del pelo y me aparta de los labios de Drake para besarme él. El tirón me hace daño, pero eso solo acentúa el placer.

—Voy a dejar una cosa muy clara: esta noche no quiero limitarme a mirar —murmura Hunter contra mi boca. Abro los ojos de par en par. ¿Eso significa

que me quiere para él solo? Me aterroriza la idea, y no porque no ame a mi marido o porque no quiera estar con él, pero mi corazón está obcecado con tenerlos a los dos. Cuando se abren las puertas, mira fijamente a Drake—. Vamos —ordena, y me inunda el alivio.

Al llegar a la puerta Hunter saca la tarjeta-llave y Drake se pone a mi espalda para besarme el cuello y el hombro. Somos una maraña de manos y cuerpos y bocas, y los tres entramos a trompicones en nuestra habitación.

Drake se quita la camisa y los pantalones mientras Hunter me besa; yo le desabrocho la camisa a Hunter y él se encarga de sus pantalones.

En cuanto se quedan los dos en calzoncillos, me suben el vestido y, en el frenesí, oigo cómo se rasga una costura.

—¡La cremallera! La cremallera —exclamo, señalándome la espalda. Tal vez me haya puesto este vestido para seducirlos, pero me gusta demasiado como para romperlo en un momento de pasión. Drake me baja la cremallera despacio; se arrodilla y, mientras desciende, me va besando la columna. Me quedo ahí, vestida con unas bragas negras y un sujetador de encaje. Drake sigue salpicando mi espalda de besos delicados y Hunter se concentra en mi boca. Meto la mano en los calzoncillos de Hunter, desesperada por tener su erección en mis manos, y él suelta un murmullo grave y aprobador cuando lo acaricio. Drake se pone de pie a mi espalda y yo lo alcanzo con la otra mano.

Aunque todo esto parece una locura, para mí es natural y normal y no es malo en ningún sentido.

Drake me pone una mano en la nuca y me roba un beso brusco. Unas manos recorren mi cuerpo y no sé ni de quién son; alguien me quita el sujetador mientras sigo besando a Drake y unos dedos me pellizcan uno de mis tensos pezones; siento una ráfaga de excitación en mis entrañas; los necesito.

Con sus penes en mis manos, me arrodillo entre ellos y les bajo los calzoncillos; les echo un vistazo a sus expresiones ávidas y me llevo a Hunter a la boca sin dejar de mover la otra mano sobre Drake; dibujo un círculo húmedo alrededor de la corona antes de metérmela hasta el fondo de la garganta, hasta que siento arcadas; la dejo empapada y, entonces, hago lo mismo con la de Drake.

Sus gemidos resuenan en la habitación mientras voy de uno a otro, provocándolos y dejándolos con ganas de más. Luego vuelvo a mirar hacia arriba, acerco sus miembros y uno de ellos jadea cuando los deslizo uno junto al otro, resbaladizos por la saliva.

Sé que Drake sigue enfadado con Hunter, y no quiero forzarlo a hacer nada que no desee, pero también sé que ahora mismo el equilibrio es delicado y que un pequeño movimiento podría bastar para llevar a estos dos al límite y superar sus respectivos complejos, y al parecer lo que he hecho ha sido suficiente, porque ahora la mano de Drake está sobre las caderas de Hunter, y eso consigue que el cosquilleo en mi vientre se intensifique.

Los acerco de nuevo a mi boca, juntando sus coronas sobre mi lengua. Sus gemidos se hacen más fuertes y siento las manos de alguien en mi pelo.

—Joder, pelirroja, estás preciosa con los dos en la boca —dice Hunter con un gruñido bajo y abrupto.

—Le gusta tenernos a los dos, ¿verdad, cariño? —pregunta Drake.

—Nos necesita a los dos —responde mi marido.

Asiento y sigo chupando, disfrutando de su placer, pero cuando noto la mano de Drake alejarse de Hunter, hago lo que puedo para volver a unirlos. Aparto los labios y vuelvo a lamerlos y los uno una vez más. Sus miradas pasan de estar clavadas en mí a dirigirse al otro, y contengo la respiración, expectante. Sigo acariciándolos y su respiración se vuelve errática. Al fin, es Hunter quien da el primer paso; sabía que no iba a ser Drake: él necesitaba que Hunter le demostrara lo que quería.

Hunter lo agarra por la nuca y lo besa, y Drake cierra los ojos, aferrándose al cuello de Hunter. Yo suelto un gemido incontrolable al verlos: es una escena sexy y carnal, y parece que no pueden saciarse el uno del otro, y mi cuerpo arde de deseo solo por ser la espectadora de ese gesto.

Cuando por fin se separan, están jadeantes; me levanto, ansiosa por besar los labios que acaban de unirse. Primero busco los de Hunter y deslizo mi lengua contra la suya, deseando transmitirle lo mucho que lo quiero y lo increíblemente excitante que ha sido. Mi marido acaba de besar a otra persona mientras yo miraba… y ha sido increíble. Esto no parece real.

Dejo la boca de Hunter y me acerco a la de Drake, y le mordisqueo el labio inferior.

Me agarra de los muslos, me levanta y yo lo rodeo con las piernas.

—Creo que está lista para nosotros —comenta Hunter cuando Drake me lleva a la cama.

—¡Estoy lista! —exclamo, necesitada. Drake me deja caer sobre el colchón, me acaricia y me arranca la ropa interior. Me pone las manos en los muslos, los separa, se agacha y me da un cálido beso en el clítoris, primero solo con los

labios y luego con la lengua.

Suelto un grito, hundo los dedos en su larga melena y lo estrecho contra mí. Me besa tres veces más antes de levantarse y dejarme retorciéndome sola en la cama. Cuando levanto la vista, lo veo rebuscando en su bolsa y supongo que vuelve con un condón, y así es, pero también lleva algo más.

—¿Quieres saber qué es lo mejor de ser el mejor amigo de tu marido? —pregunta con una expresión taimada en su bello rostro—. Sé todo lo que te ha hecho. Todo. —Drake se echa sobre mi cuerpo, pasa un brazo bajo mis rodillas y las separa. Traza una línea con el dedo por detrás de mi muslo hasta mi trasero, y yo me tenso cuando me acaricia el apretado agujero. Acerca los labios a mi oído—. Sé que lo habéis hecho por aquí. Sé que suplicaste y que empapaste la cama porque te corriste con ganas y sé que usaste un juguete mientras él te penetraba por detrás. —Jadeo y miro a Hunter, que nos contempla masturbándose perezosamente. No me sorprende que le haya hablado a Drake de nuestros encuentros sexuales, pero me sorprende la cantidad de detalles que le ha contado. Casi me siento halagada al saber lo mucho que hablan de ello—. Y por eso, hoy es mi turno. —El dedo de Drake penetra en mi ano y yo jadeo aún más fuerte, levantando las caderas para darle mejor acceso a esa parte prohibida de mi cuerpo. Él destapa el frasco de lubricante y echa un poco en el dedo que tengo dentro. Luego empieza a prepararme, entrando y saliendo con facilidad, y yo apenas puedo soportarlo. Es una tortura exquisita.

Me aferro a las sábanas mientras me penetra cada vez más profundamente, provocándome hasta el delirio. Me mete otro dedo y yo gimo y me retuerzo como una gata en celo.

—¡Dios mío, Drake, por favor!

—¿Qué te parece, Hunt? —pregunta, mirándome como un depredador listo para devorar a su presa—. ¿Crees está lista para mí?

—Ya te he dicho que le gusta duro. Siempre está dispuesta —responde con tono ronco. Está apoyado en la cómoda, contemplándonos y sin dejar de acariciarse con languidez.

Gimo cuando Drake saca sus dedos de mí. Mientras se pone un condón, Hunter se une a nosotros en la cama. Me echa sobre él y me besa hasta dejarme sin aliento. Su lengua se enreda con la mía mientras siento a Drake acomodarse a mi espalda.

—Quiero abrazarte mientras folláis otra vez —murmura Hunter en mi boca.

Un momento después, siento el pene de Drake en mi entrada trasera. Está resbaladiza, debe de haberse lubricado mientras Hunter me besaba.

Apoyo la frente en el hombro de mi marido mientras Drake se desliza en el anillo muscular. Es una sensación extraña que no se parece a nada que haya sentido antes, y me encanta lo distinta que es, lo tabú que me parece. Consigue que una mujer recatada como yo se sienta sensual y sexy, y me encanta.

—¡Más! —digo con un grito estrangulado, sin aliento.

—Cariño, he llegado hasta el fondo —masculla Drake, y sale y vuelve a entrar, llenándome tanto que hace que palpiten las paredes de mi vagina—. Joder, Hunter, tenías razón. Es increíble penetrarla por aquí.

—Esa es mi chica —susurra Hunter a mi oído.

Sus manos me recorren todo el cuerpo, la espalda, los pechos, las caderas y, por último, el clítoris, que acaricia en círculos, volviéndome loca. Me tiemblan las piernas cuando Drake acelera y me siento tan abrumada que estoy a punto de explotar…, y lo hago. El orgasmo me arrolla como un camión. Suelto un grito en el cuello de Hunter, cegada por las sensaciones.

—Estás muy mojada, pelirroja. Me muero por estar dentro de ti. ¿Estás lista?

Todavía estoy recuperando el aliento y una capa de sudor me cubre el cuerpo y hace que el pelo se me pegue la cara, pero me incorporo y beso a Hunter, necesitada de su sabor familiar, de la sensación de su boca contra la mía.

—Sí —susurro, y Drake deja de empujar un momento.

Siento a Hunter tanteando mi entrada, y tenía razón: estoy tan húmeda que se desliza con facilidad en mi interior. Con los dos enterrados hasta la empuñadura, nadie se mueve mientras me acostumbro a ellos y saboreo esta sensación de plenitud abrumadora. Es intenso e increíble, no solo sexualmente, sino también emocionalmente. Los dos me reclaman, me utilizan, me aman…, y se me saltan las lágrimas cuando Drake se echa sobre mí, me besa la espalda y me aparta el pelo de la cara con un gesto cargado de cariño.

—Puedo sentirlo dentro de ti —susurra Hunter mirándome a los ojos. Me agarra la mano y entrelazamos los dedos. Pone la otra mano sobre mi espalda y siento que roza la de Drake. Y nos quedamos así un momento, los tres como uno solo—. Mueve las caderas, pelirroja.

Empiezo a mecerme, despacio al principio y luego más deprisa, y la sensación es increíble.

—Ah, ¡joder! —gime Drake.

—Dios, ¡qué bueno! —exclama Hunter, y no sé si me habla a mí o a su

amigo porque no sé dónde acaba uno de nosotros y dónde empieza el otro. Estamos fundidos en una montaña de calor y placer y gritos carnales de lujuria.

Muevo las caderas, me echo hacia atrás y me empalo en sus miembros. El orgasmo llega despacio, como la amenaza de una tormenta, y dura más que nunca, hasta que parece parte de mí. Bailo con el orgasmo y mi cuerpo se hace uno con el clímax.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí! —aúlla uno de ellos, y palpita y se estremece en mi interior. O quizá han sido los dos.

Me desplomo sobre el pecho de Hunter, con todo el cuerpo hormigueando de placer. Alguien vuelve a apartarme el pelo y me besa en la mejilla, y me doy cuenta de que Drake ha salido de mí.

Hunter me acaricia el rostro con suavidad; yo me vuelvo y veo a Drake tumbado a su lado.

—Eres la hostia, Isabel.

Sonrío y me dejo caer entre ellos, acurrucada en una posición que ya me es familiar, y Drake se aovilla a mi espalda.

—No, los tres somos la hostia —respondo con una sonrisa agotada y satisfecha.

Regla nº 26

Si tu corazón no puede con ello, deja que se encargue tu pene

Drake

Cuando me despierto, ya no soy uno de los panes del sándwich, sino el relleno entre dos rebanadas desnudas y sexis. Isabel ha debido de levantarse en algún momento de la noche y, al regresar a la cama, se ha tumbado detrás de mí y me ha dejado pegado a su marido.

No sé si lo ha hecho por casualidad o porque cree que así va a hacer que Hunter supere todos sus complejos bisexuales o que yo supere mis tercos complejos contra las relaciones, pero, si así ha sido, se ha venido un poco arriba.

No me molesta tener el cuerpo cálido y musculoso de Hunter pegado a mí ni tenerla a ella acurrucada en mis brazos como si fuera un osito de peluche, pero sí me irrita lo mucho que me gusta.

Nunca me quedo a dormir con la gente con la que me acuesto, pero estos dos son diferentes, y estoy empezando a olvidar por qué. Son diferentes porque son mis amigos… Sí, eso es. Son diferentes porque son las dos personas más importantes de mi vida, porque son mi familia. Las personas a las que quiero…, espera…, las personas con las que follo.

Hunter se mueve y me queda claro que no se da cuenta de que soy el relleno de este sándwich cuando me pasa un brazo por la cintura. En cuanto nota que a su lado hay un tío de un metro noventa en lugar de una mujer de metro setenta y cinco, se tensa. Dios, qué incómodo es esto; tiene el pene contra mi trasero y aún no se le ha puesto duro, y no sé si eso es bueno o no.

Tal vez Hunter y yo estemos explorando esta nueva y extraña dinámica en nuestra relación, pero desde luego aún no hemos llegado a la fase de «restriega tu erección contra mi trasero».

Levanta la cabeza y me mira con los ojos entrecerrados. Echo un vistazo por encima de mi hombro y, como la cama no es *king size,* no puedo dejarle más

sitio.

—Buenos días —murmuro.

—Buenos días —refunfuña. Luego, como era de esperar, se levanta de la cama a toda prisa y yo me pregunto si está dispuesto a empezar el día o si ha pensado que era mejor dejar de estrechar mi cuerpo desnudo.

Lo miro de pasada cuando va hacia el baño, y no sé si lo que veo es la típica erección matutina o se debe al que nos hemos despertado abrazados, pero eso no estaba ahí antes.

—¿Qué hora es? —murmura Isabel acurrucándose sobre mi pecho.

—Da igual. Estamos en Las Vegas, cariño.

—Quiero desayunar —gime, y yo sonrío al recordar que anoche debió de agotar sus fuerzas. Nunca la había visto así, tan salvaje y voraz, y dije lo que pensaba cuando le confesé que me había parecido la hostia. Isabel es la mejor, y me odio a mí mismo por lo que siento por ella, por la mujer de mi mejor amigo, pero eso también hace que todo sea más fácil y divertido. Nunca tengo una sola queja cuando estoy con ella, y el sexo siempre es de otro planeta. No soy la clase de tío que sienta la cabeza, pero si tuviera la oportunidad de hacerlo con ella, sería un gilipollas si la dejara pasar.

Treinta minutos después, los tres conseguimos arrastrarnos hasta el bufé del desayuno. Comemos, reímos, hablamos y todo parece tan normal… que resulta extraño. Como si fuéramos nosotros otra vez, pero no el mismo nosotros que solíamos ser, porque ahora follamos.

Después de desayunar, Isabel nos lleva por toda la ciudad para contemplar los hoteles, las vistas y todas las estúpidas tiendas para turistas, y yo no puedo evitarlo, joder, pero soy feliz.

Lleva un enorme vaso de plástico con tapa lleno de margarita colgado del cuello mientras deambulamos por el Venetian. Me sorprendo a mí mismo acercándome a ella, cogiéndola de la mano, y ella se acurruca contra mi cuerpo. Miro a Hunter de reojo, pero él se limita a sonreír cuando nos descubre abrazados y ve que ella me hace beber de su gigantesco margarita. Imagino que esto no entraba en sus planes, que solo quería vernos follar, y no sé cuándo ha pasado esto, cuándo lo nuestro se convirtió en una relación, y no sé lo que siento al respecto. A ver, no me desagrada: Isabel encaja tan bien entre mis brazos… Su cabeza llega a mi hombro. Nunca me ha gustado todo ese rollo de macho alfa posesivo, pero cuando Isabel se acurruca contra mí, despierta algo primitivo en mi interior, y me gusta. Me imagino defendiéndola, dejando fuera

de combate a cualquier gilipollas que se atreva a tocarla, como en el incidente de Austin. Quiero ser el responsable de mantenerla a salvo.

—Deberíamos ir a la Venecia de verdad. Seguro que es aún más bonita —comenta mientras esperamos en la cola para dar un paseo en góndola.

—Apuesto a que está lleno de turistas —replica Hunter—, pero si quieres ir, pelirroja, iremos. ¿Te apuntas? —pregunta en mi dirección.

No puedo evitarlo: me agacho y le doy un beso en la sien a Isabel.

—Me apunto.

La verdad es que me gusta ir de vacaciones con ellos. La única vez que no los acompañé fue en su luna de miel, pero como fue antes de que Hunter estuviera forrado, solo se marcharon unos días a la playa. El resto de los viajes siempre me han hecho ir con ellos.

Me aparto de su lado cuando llegamos al principio de la fila.

—Id vosotros.

Isabel me mira sorprendida.

—Buen intento, grandullón. Tres son compañía.

Sí, ya está borracha. Se traba un poco con las palabras, y es adorable.

—En realidad, el refrán dice «Dos son compañía, tres son multitud».

—Es un refrán muy tonto —resopla, y no me suelta la mano.

No sé cómo consigue que nos subamos todos a la góndola, y ni el gondolero ni la multitud que nos rodea se dan cuenta de que nos coge de la mano y nos acaricia las piernas y, al final del trayecto, nos besa.

Hunter se tensa un poco, pero no me importa, al contrario: me encanta. Es la primera vez que siento que no soy el tercero en discordia, que formo parte de su relación, y es genial.

Todo el día es una puta maravilla, pero hay incertidumbre en el ambiente porque mañana nos vamos a casa y se acaba la fantasía; se terminan las vacaciones y el trío va a esfumarse junto con el viaje, y quizá por ello esta noche es diferente.

Después de cenar, a Isabel se le ha pasado ya el efecto del margarita y nos vamos juntos a la habitación. Ni siquiera sé qué hora es.

En el ascensor, el ambiente es bastante más sombrío que anoche. Esta vez no nos besamos. Nos coge de la mano y nos lleva a la puerta y, en lugar del polvo salvaje de ayer esta noche hacemos lo que probablemente se consideraría hacer el amor. Isabel se corre primero en mi boca y luego, de nuevo, en las manos de Hunter, y luego me cabalga mientras él mira, antes de

dejarse caer en sus brazos y que él la tome sensualmente por detrás mientras yo le cubro la cara de besos. Nuestro placer se funde en uno, así que sentimos cada orgasmo como si nos pertenecieran a todos. Es una danza lenta y sensual, con una sensación de finalidad, como un presentimiento.

Porque esto es todo. Esta es la última vez que vamos a estar así. Y todos lo sabemos.

—Es la última —digo; dejo la última caja en el almacén y cierro la puerta. Es deprimente lo rápido que hemos empaquetado el contenido de mi apartamento. Nos ha llevado menos de un día cargar el sofá, la cama y un puñado de cajas en el camión y traerlo hasta aquí. Ahora solo me quedan una maleta y una habitación de invitados en casa de mi mejor amigo.

Llegamos a casa ayer por la mañana y todo ha sido un torbellino desde entonces. Lo único bueno de que me desahuciaran es que nos ha distraído de lo raro que es todo. Ayer estuvimos tan ocupados recuperándonos del largo viaje que ni siquiera me molesté en preocuparme por cómo íbamos a dormir o por lo incómodo que podía ser: me quedé en la habitación de invitados, ellos durmieron en su cama, y eso fue todo.

De vuelta a la normalidad.

Debería estar encantado de la vida porque esto es lo que quería. Pero cuando esta mañana me he despertado solo… he sentido cualquier cosa menos felicidad.

—Me voy al club —anuncia Hunter cuando nos metemos en su coche—. Tenemos una reunión a las siete, pero puedo dejarte en casa si no quieres venir.

—¿Has pensado qué vas a proponer? —le pregunto. Hunter ha estado muy ocupado toda la semana y sé que está pensando en cómo impresionar a sus compañeros con las nuevas ideas que ha sacado de este viaje.

—Una demostración de *shibari,* seguro. Estoy pensando en pedirle a Silla, de Nueva Orleans, que venga. Me gustó.

—A mí también —respondo, recordando la profunda conversación que mantuvimos en el club aquella noche y en lo cómodo que me sentí confesándome con ella, porque pensaba que solo era una desconocida. Intento desesperadamente recordar cuánto le he contado a esa mujer antes de que aparezca en mi puerta armada con mis secretos.

—Me gustó Pitch —deja caer Hunter; yo me trago la emoción que intenta asomar con esas palabras y no respondo porque no sé qué coño iba a decir. A él le gustó. A mí me encantó. Ese cuarto oscuro fue increíble, y también todo lo que hicimos ahí… hasta que me dejó tirado.

—Seguro que les encantarán tus ideas —respondo por fin.

—Gracias —murmura—. ¿Eso significa que vas a venir?

Decidir si voy o no a las reuniones de la junta no es algo que jamás me haya preocupado: todo se reduce a las ganas que tenga de poner nervioso a Emerson Grant ese día, porque tengo claro que no es precisamente uno de mis mayores fans; somos demasiado diferentes. Él es un maniático del control al que no le gusta compartir, y yo soy…, bueno, todo lo contrario, y si me atrevo a respirar cerca de su novia, me arriesgo a perder mi contrato con ellos y, probablemente, mi cabeza.

Pero ahora la decisión de unirme a las reuniones de la junta es más complicada. Ninguno de los otros propietarios sabe lo que ha pasado entre Hunter, Isabel y yo, pero ¿y si se dan cuenta? ¿Y si pueden sentir no soy el mismo donjuán que era hace dos semanas? Creo que no estoy preparado para presentarme delante de la gente a la que conozco bien.

—Puede… —contesto—. Aunque debería estar buscando un lugar donde vivir.

—No hay prisa, Drake. Lo digo en serio. No tienes que apresurarte. Siempre serás bien recibido en casa.

Hay algo en la forma en que lo dice que parece más trascendental de lo que debería, como si intentara decirme que no quiere que me vaya. Y yo solo quiero acelerar el tiempo para que superemos de una vez esta incomodidad. A lo mejor solo necesito follar con alguien más; eso me ayudaría a olvidarlos. Llevo tanto tiempo a su lado que ya no tengo criterio, y estoy seguro de que puedo encontrar a una chica en el club que me ayude a sacarme a Isabel de la cabeza.

Pero ese pensamiento se me hace amargo: no quiero a otra mujer. Quiero a esa pelirroja menuda, pecosa, fogosa, con un lado travieso y una sonrisa muy dulce. Joder.

Sabía que era una mala idea, pero jamás se me habría ocurrido lo rápido que iba a encariñarme. Jamás he querido comprometerme con una mujer, pero a la primera con la que me apetece no puedo tenerla.

Quizá podría buscarme a un chico en el club y… No. Eso es aún peor.

—¿Drake? —pregunta Hunter, arrancándome del curso de mis pensamientos—. ¿Al club o a casa? —Estamos sentados en un cruce y tengo que decidir rápidamente lo que voy a hacer. Sé lo que quiero y sé lo que puedo tener, y por desgracia, no son lo mismo.

—Al club —murmuro sin entusiasmo.

Cuando llegamos a Juegos Prohibidos falta una hora para la reunión, así que nos vamos al bar. Es bueno estar de regreso; después de ver tantos clubes, es un alivio. Dios, es genial estar en casa.

—Hola, chicos. Bienvenidos de nuevo —saluda Geo, el camarero, con una amplia sonrisa.

—Gracias —respondemos Hunter y yo al unísono.

Él pide un whisky y yo, una cerveza, y bebemos en silencio. Hunter coge el móvil para responder a un mensaje de Isabel y yo me muero de envidia. Está claro que tengo que superar esto cuanto antes, porque es una mierda, así que, mientras cruza mensajes con ella, echo un vistazo a la sala principal: es temprano, así que está tranquilo y solo hay unos cuantos habituales merodeando por ahí. Los novatos no aparecen hasta que se llena y pueden esconderse entre la gente. Y me queda claro que, o bien ya me he acostado con todos los que hay aquí, o bien no me interesan por una razón u otra.

Le hago un gesto con la cabeza a Ronan Kade, el zorro plateado asquerosamente rico que está sentado en la barra con Eden. Mantienen una conversación informal que no tiene mucho aspecto de flirteo, pero estoy bastante seguro de que esos dos o han follado tanto que ya ni les apetece o nunca han follado y en realidad son solo amigos. Una frase que ahora me hace mucha gracia: Hunter y yo solo somos amigos. Isabel y yo solo somos amigos. Y mira lo bien que ha salido.

Maldita sea, cerebro, deja de pensar en ellos. Supéralo de una puta vez.

La planta principal me decepciona, así que me vuelvo hacia el bar y mi mirada se cruza con un par de ojos verdes que me resultan familiares; me miran fijamente, con un brillo especial, y sé de sobra lo que significa. Geo desvía la vista cuando lo sorprendo, y yo lo contemplo mientras atiende a otro cliente. Geo es atractivo, muy atractivo, y no sé por qué no me había dado cuenta antes. Es delgado, con una figura atlética y unos bíceps bronceados que parecen suaves al tacto. Apuesto a que practica surf o corre, y al imaginármelo

sudando al aire libre algo se remueve entre mis piernas. No mucho, pero es un comienzo.

Apuro la cerveza esperando que venga a atenderme y, cuando por fin lo hace, juraría que me mira de otro modo.

—¿Quieres otra? —pregunta, cogiendo la botella vacía que hay frente a mí.

Me echo hacia delante, me apoyo en los antebrazos y le sonrío.

—Sí, por favor —respondo con un guiño, y vuelvo a sentirme yo mismo.

Geo se muerde el labio y se da la vuelta hacia la nevera para coger la cerveza. Antes de que regrese me doy cuenta de que Hunter me estudia con expresión escrutadora. Yo cojo la botella fría que me tiende Geo y me la llevo a los labios.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta Geo, apoyándose en la barra.

—Largo —respondo, y veo por el rabillo del ojo que Hunter tensa la mandíbula.

—¿Habéis visitado algún club que estuviera bien?

—Ninguno tan bueno como este, pero sí que fuimos a algunos sitios interesantes.

—Ah, ¿sí? —Geo enarca una ceja con coquetería—. Deberías contarme tus aventuras. Estoy intrigado.

Hunter deja el vaso sobre la barra con tanta fuerza que me sorprende que no lo haya roto.

—Tenemos una reunión. Vámonos —rezonga, y se levanta de su asiento.

Y casi obedezco. Casi voy detrás de él porque es lo que siempre he hecho: él lidera, yo lo sigo; él dice «Salta», y yo pregunto hasta dónde. O él dice «Folla con mi mujer» y yo respondo «Sí, señor». Pero eso fue lo que me metió en este lío y ahora tengo el corazón y la cabeza hechos una puta mierda. No soy la misma persona que era antes de este viaje, y no puedo arriesgarme a perder su amistad más de lo que ya ha ocurrido, así que ya no puedo seguir obedeciendo a Hunter.

Por su propio bien, mantengo el culo en el taburete y me fuerzo a tragar saliva.

—No tengo por qué ir a esa reunión. Si tienes alguna duda sobre construcción, ya lo hablaremos luego. Vete tú. Yo me quedo aquí.

Levanto la vista y su expresión me hace tanto daño como un puñetazo en las tripas; está así porque he puesto límites, y por un instante parece a punto de decir algo, pero al final, al más puro estilo Hunter, se lo traga.

—Muy bien —murmura, y le dedica una mirada ominosa a Geo antes de volverse de nuevo en mi dirección—. Recuerda que el límite es de dos copas.

—Sí —respondo, intentando que esas palabras no me hagan tanto daño como él pretende.

Se da media vuelta y se marcha, y, aunque puedo ver lo furioso que está, no le doy importancia. Me vuelvo hacia Geo y sonrío. Debo volver a ser yo mismo, y solo hay una forma de hacerlo.

Si mi corazón no va a superar lo de Hunter e Isabel, ya se encargará mi pene de ello.

Regla nº 27

Mantén tu versión de los hechos

HUNTER

He llegado demasiado pronto a la reunión, y odio adelantarme. No ha llegado ni Emerson, y siempre es el primero.

Me dejo caer en una silla con el ceño fruncido y miro fijamente las vetas de la madera de la mesa de conferencias, como el imbécil testarudo que soy. Estoy enfadado con Drake por dejarme tirado y por flirtear con absoluto descaro con Geo, y estoy todavía más enfadado por lo que estoy convencido de lo que va a hacer con el camarero.

¿Qué coño le pasa? Acabamos de regresar del viaje y ya está a punto de follarse a otro. ¿Cómo puede hacerle algo así a Isabel? ¿Es que no puede mantenerla en los pantalones ni un puto segundo?

Esta última semana me ha quedado claro que compartimos un vínculo los tres, pero es evidente que él no lo ve así. Qué va: para él solo ha sido follar; no le importamos nada. Y pensar que yo quería que esta relación funcionara entre los tres, que hasta llegué a considerar que formara parte de nuestro matrimonio a largo plazo… Pero, por supuesto, él no está de acuerdo, porque eso supone que no va a poder acostarse con el primero que pase.

—¿Qué pasa? —pregunta Garrett nada más entrar en la sala, frunciendo el ceño. Garrett no es precisamente la clase de amigo a la que confiarle tus problemas; es genial para reírse y pasar un buen rato, pero si le contara todos los detalles de las dos últimas semanas, se volvería loco para intentar tomárselo en serio.

Inspiro hondo.

—Nada —miento.

—Claro —ríe Garrett—. No hay más que ver tu cara de mosqueo para deducir que, o no estás contento de haber regresado, o lo pasaste fatal en el viaje.

—No. El viaje fue genial y estoy encantado de estar de vuelta. —Una verdad y una mentira. El viaje fue genial, pero ojalá no hubiera acabado.

—¿Dónde está Drake? ¿Lo has perdido en uno de los clubes?

—Está en el bar —murmuro.

—Apuesto a que él sí que se lo pasó bien. No me habría extrañado si no hubiera vuelto.

No respondo. Un minuto después, el resto del equipo empieza a llegar: primero, Emerson y Charlie; él va tras ella, con la mano en la parte baja de su espalda; después Maggie, tecleando en el teléfono, como siempre. Todos me saludan, sonrientes, y me preguntan por el viaje, y yo intento responder con naturalidad. Después se interesan por Drake, y me cuesta mantener la sonrisa falsa que he colgado de mi rostro.

—Venga, Hunter. Cuéntanoslo todo. Seguro que tienes un montón de ideas. —Emerson se reclina en su asiento, expectante.

Sí, tengo un montón de ideas, pero cierto rubio gigante y gilipollas no quiere salir de mi mente para dejarme pensar.

—Sí —tartamudeo—. No me ha dado tiempo de organizar la presentación porque ayer ayudamos a Drake a mudarse, pero puedo improvisar algo…

—No pasa nada —me interrumpe Emerson con una sonrisa torcida—. No necesitamos una presentación, Hunter. Háblanos del viaje y ya está.

Suelto un fuerte suspiro. *Piensa, Hunter. Piensa.* Pero no hay manera; a mi mente solo acuden imágenes y recuerdos que de ningún modo puedo compartir con ellos, como cuando vi a Drake atar a mi mujer por primera vez durante…

—Exhibiciones de *shibari* —digo en voz alta, usando el recuerdo como inspiración—. Vimos algunos espectáculos increíbles que me gustaría montar aquí. —Me incorporo en la silla—. Podríamos organizarlos una vez al mes, como un taller para los miembros.

—Estupendo. Eso encaja con los demás talleres que ofrecemos. ¿Algo más?

Fue en el Fire Palace donde la propietaria me recordó que quizá no hacíamos lo suficiente para que nuestros socios, sobre todo las mujeres, disfrutaran de un ambiente discreto.

—Deberíamos hacer algo más para proteger la intimidad de nuestros socios, sobre todo de las mujeres, que no se sienten cómodas dejándose ver. Quizá una fiesta de disfraces al mes. —La idea les parece interesante. Emerson asiente y yo continúo recordando el viaje hasta que llego al momento en que vi

a Drake e Isabel besarse por primera vez y cómo me sentí después de eso, cómo la aparté de su lado porque tenía que poseerla cuanto antes—. Salas rápidas. En uno de los clubes tenían unos espacios que no hacía falta reservar y que podías usar… para uno rapidito. —No puedo reprimir una sonrisa al recordar esa noche. Charlie, la novia de Emerson, se muerde el labio, sonrojada, y apunta en el portátil mis sugerencias.

—Salas rápidas… Me gusta —responde Emerson.

—¿Qué le pareció a Drake?

—No, yo estaba con Isabel… —lo corrijo, con las mejillas ardiendo.

—Me refiero a que si Drake puede construir algo así —sonríe Emerson.

No me jodas. No me puedo creer que haya interpretado la frase como si me preguntara si Drake y yo echamos un rapidito. Ahora solo quiero salir corriendo de aquí.

—Ah. —Carraspeo y siento las miradas de todos clavadas en mí—. Sí, sin problemas.

—Genial —aprueba; y tal vez son imaginaciones mías, pero me da la impresión de que me está escrutando con mucha atención, y me remuevo inquieto en mi asiento—. ¿Algo más?

Sé lo que voy a sugerir, pero es un recuerdo del que no estoy muy orgulloso.

—Cuartos oscuros.

—¿Cuartos oscuros? —pregunta Garrett.

—Sí. Ahí el anonimato es absoluto y cualquiera puede hacer lo que quiera con quien quiera. —Me siento como si pudieran leerme la mente y ver ahí el recuerdo de esa velada.

El dueño del club se había ofrecido a dejarme ver la habitación con las gafas puestas, y lo siguiente que supe fue que Drake estaba ahí, con los vaqueros desabrochados y un chico que apenas tenía edad para beber tocándole el pecho. Después de tantos años viendo a Drake flirtear con hombres, besarlos y acostarse con ellos, por fin abrí los ojos.

—Interesante… —comenta Emerson.

—¿Y dónde está la gracia? —resopla Garrett. Claro, es un *vouyeur,* así que no le pilla el punto.

—¿Y es seguro? —quiere saber Maggie.

—Mucho. Todas las habitaciones tenían cámaras, los porteros llevaban gafas especiales para ver en la oscuridad y los preservativos eran obligatorios. Me sentí muy seguro y fue muy liberador.

—Ah, entonces, ¿has usado ese cuarto? —comenta alguien, y ni siquiera sé quién ha sido porque estaba demasiado inmerso en el recuerdo. Quizá no debí decir la última frase.

—Mmm… Sí. Entramos Drake y yo. —Jesús, ¿por qué sigo hablando?

Todos asienten, y me encantaría saber qué están pensando. ¿Sospechan lo que ha ocurrido en el viaje? Todo no, seguro. No creo que imaginen que le pedí a Drake y a Isabel que se acostaran juntos porque me excitaba la idea; ni que Drake me la chupó en ese cuarto oscuro; o que los tres follamos como animales en Las Vegas… O que me haya enamorado de mi mejor amigo. Eso sí que han podido verlo venir.

—Suena divertido —aprueba Emerson tras un largo e incómodo silencio—. Los cuartos oscuros podrían ser un poco más difíciles de construir porque el espacio es limitado, a menos que Drake quiera elevar una planta el lugar. ¿Dónde está?

Garrett responde antes de que yo tenga la oportunidad de hacerlo.

—Hunter debe de haberlo atado en corto esta semana porque estaba metiéndole ficha a Geo. A estas alturas ya deben de estar follando.

Tenso la mandíbula. No voy a tomarla con Garrett porque nos pasamos la vida haciendo bromas así, pero ahora mismo me pone de los nervios.

—¿Puedes hablar con él y pedirle un presupuesto para esas obras? —pregunta Emerson con expresión seria.

—Por supuesto —respondo.

—Si tiene alguna idea para los cuartos oscuros, me encantaría escucharla.

—Se lo haré saber.

Emerson se limita a asentir y a mirarme fijamente, como si pudiera leerme el pensamiento, y eso me incomoda muchísimo, así que desvío la mirada y me concentro en mi cuaderno.

El resto de la reunión transcurre sin incidentes, y, cuando termina, me voy a toda prisa para evitar que me interrumpan con preguntas o cháchara intrascendente porque estoy deseando encontrar a Drake. ¿Y si no está en el bar? ¿Y si ha alquilado una sala con alguien? No puede hacerle algo así a Isabel. Cuando abro de par en par la puerta que lleva del pasillo del personal a la sala principal, al principio no lo encuentro, pero por fin lo localizo en el bar, sentado en el mismo sitio, pero acodado en la barra y riéndose con Geo, que también se apoya muy cerca de él.

Me dirijo furioso hacia ahí, recordándome que debo mantener la calma, pero,

en serio, ¿qué coño cree que está haciendo?

—Vamos —digo, con un tono más propio de una fiera salvaje que de una persona normal y civilizada. Geo se incorpora y se aleja lentamente de Drake.

Buena decisión, chico.

Drake me mira, alarmado.

—¿Va todo bien?

—¿Puedo hablar contigo un segundo? —pregunto, hirviendo de rabia.

—Claro —responde; se levanta y me sigue hasta un rincón discreto—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa *a mí*? —Abro los ojos de par en par—. Qué te pasa a ti. Geo cree que quieres irte con él para echar un polvo, y la verdad es que yo también lo pienso.

Se encoge de hombros.

—¿Y? ¿Ahora te molesta que me acueste con hombres?

—No tiene nada que ver con que sea un tío —suelto—. Pero ¿qué pasa con Isabel?

Drake inspira hondo antes de responder.

—Pensaba que lo que ocurrió en el viaje fue solo una diversión, y ya estamos en casa, ¿cierto?

Me quedo congelado. ¿De verdad piensa eso? Sí, ese era el trato, pero ¿y si le digo que eso no era todo? ¿Cambiaría de opinión y vendría a casa con nosotros? ¿Y es eso lo que quiero?

Drake nunca va a sentar la cabeza, al menos hasta dentro de mucho tiempo, y, si seguimos con esto, al final le hará daño a Isabel, y no puedo consentirlo. Si es así como va a comportarse, prefiero cortar por lo sano ya.

—Cierto —respondo con frialdad.

—Hunter, no puedo ser la tercera pata del banco en tu matrimonio para siempre. Fue divertido, pero cuanto antes volvamos a lo de antes, mejor.

Siento un nudo en las entrañas, como si pesaran como plomo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, Drake? ¿Volver a follar con la primera persona que pase? ¿Es eso lo que quieres seguir haciendo el resto de tu vida? ¿Como tu madre?

Ahora echa chispas, y lo entiendo: me he pasado, y si pudiera, me retractaría.

—Yo jamás te he comparado con tu padre —replica.

Nada va a volver a ser como antes. Ahora mismo, vamos en la dirección contraria, y no sé cómo evitarlo.

—Lo siento —murmuro, como si eso fuera suficiente para reparar lo que ha sido un insulto del tamaño de un tsunami.

—No pasa nada… —suspira—. Y, para tu información, no pienso seguir follando con el primero que pase. Estaba pensando que quizá ha llegado la hora de salir con alguien, de intentar mantener una relación a largo plazo.

Esa idea me gusta aún menos…

—Entonces, no folles con esa persona —sugiero, mirando fijamente a esos familiares iris azules.

—Vale —responde, poco convencido.

—Hablo en serio, Drake. Si quieres tener una relación de verdad, no te vayas a la cama con esa persona en el minuto uno. A ver si eres capaz.

No responde, y yo me voy, cabreado y sintiéndome como un gilipollas por haber insultado a mi mejor amigo. Y eso no es peor que saber que me está mintiendo porque, por mucho que diga que no va a acostarse con Geo, lo conozco muy bien y no me lo creo ni por un segundo.

Regla nº 28

Si quieres a alguien, déjalo marchar (es más fácil decirlo que hacerlo)

ISABEL

En cuanto mi marido entra por la puerta sé que ha pasado algo: tiene el ceño fruncido y no dice ni media palabra antes de subir las escaleras hacia el dormitorio principal.

Regresar a casa después de ese viaje fue como la prueba definitiva, y no la hemos superado. Veinticuatro horas después ya nos estamos desmoronando, y tengo claro el motivo.

Sigo a Hunter escaleras arriba y lo encuentro quitándose el traje en el dormitorio; cuelga la chaqueta en la percha y se arranca furiosamente la corbata.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Nada — murmura.

Me trago los nervios que me provoca ver lo frustrado que está. No dice ni una palabra mientras se arranca la camisa, la arruga y la tira a la cesta. Cuando empieza a abrocharse los pantalones, por fin me mira y se le rompe el dique de contención.

—Pensaba que iba a volver con nosotros, que solo se tomaría un tiempo, pero no. Ya está en el club y, probablemente, desnudo con el camarero, y la verdad es que no sé ni por qué me importa. Es así como quiere vivir su vida, es cosa suya. Solo lamento haberte involucrado. Ha sido culpa mía, yo lo he provocado. Nunca debí pedirte que te prestaras a esto.

Sinceramente, lo temía más de lo que lo esperaba, pero tenía la sensación de que no íbamos a poder retenerlo mucho tiempo. A ver, ¿qué esperábamos? ¿Que se uniera a nuestro matrimonio para siempre? No es justo para nadie, y menos para él, y mi marido lo sabe, pero me temo que se ha involucrado emocionalmente aún más que yo, que casi me muero por dentro por no tener a Drake aquí, por saber que le sonríe a alguien más, que toca a alguien más.

—¿Le has dicho cómo te sientes? —pregunto.

Hunter se queda helado.

—¿Si le he dicho que estoy harto de que se comporte así a sus treinta y cuatro años? Pues sí.

Hago una mueca.

—No, Hunter. No me refería a eso.

Me da la espalda mientras se desabrocha los pantalones, se quita el cinturón y lo cuelga del gancho. Pasa mucho tiempo antes de que responda.

—¿Qué quieres decir, Isabel?

Las lágrimas me queman en la garganta.

—¿Le has dicho a Drake lo que sientes por él?

Se vuelve hacia mí.

—Sé lo que estás pensando, Iz, pero te equivocas. Sí, tonteamos un poco, pero no hay nada más. Solo somos amigos. —Me muerdo el interior del labio, luchando por reprimir las lágrimas. No puedo hablar, pero él sigue—. Además, no debería tener que hacerlo. Debería saber que somos especiales. Pensé que habríamos significado más para él. Pero no ha podido quedarse ni un puto día.

—¿Quedarse para qué, Hunter? Ha estado aquí toda su vida adulta. Le has dado cobijo, lo has protegido, le has dado un hogar y una familia. Joder, Hunter, le has dado a tu mujer. —Se le dilatan las fosas nasales y esquiva mi mirada, y yo intento llamar de nuevo su atención—. Le echas la bronca por no comprometerse y por ser promiscuo, pero lo has tenido atado a ti toda su vida. Nunca ha tenido la oportunidad de madurar.

Suelta un resoplido molesto.

—¿Qué quieres decir? ¿Que lo deje marchar?

—¿Qué otra opción hay?

Esa pregunta queda flotando en el aire incluso cuando sale del vestidor y se mete en la ducha. *«¿Qué otra opción hay?»*. Ninguna. Hunter y yo nos elegimos el uno al otro, y hemos mantenido a Drake a nuestro lado todo este tiempo. Y aunque las vacaciones fueron divertidas, hicimos lo peor que podíamos hacer: le dimos a probar lo único que no puede tener. Convertimos a la tercera pata del banco en el centro de atención, y, aunque sé que la idea de formar una relación completa entre los tres ha pasado por la mente de todos, hasta que esos dos superen lo que sea que los mantiene anclados a las viejas costumbres no va a poder ser. Y lo peor es que Hunter es quien debe sacar el tema, y eso es muy improbable que suceda.

Es más de medianoche cuando oigo abrirse la puerta principal. Hunter duerme intranquilo a mi lado, dando vueltas cada pocos minutos. Así que salgo de la cama sin hacer ruido, bajo las escaleras y veo la luz de la cocina encendida. Solo llevo unos pantalones cortos y una camiseta de Hunter, pero a estas alturas ya es absurdo preocuparse del pudor.

Casi espero que Drake vuelva a estar borracho, como la última vez que lo pillé entrando a hurtadillas de madrugada, pero no es así. Está sobrio. Y no solo sobrio, también sombrío, y creo saber por qué.

—¿Te he despertado? —pregunta.

Sacudo la cabeza y se hace un silencio incómodo hasta que por fin pronuncia las palabras que yo necesitaba oír desesperadamente.

—No me he acostado con él.

Gracias a Dios.

—¿Por qué no? —Me agarro a la isla de la cocina como si fuera mi ancla de salvación.

—No lo sé.

—Lo que pasó entre nosotros fue sólo una aventura, Drake. Unas vacaciones locas, pero ya se han acabado —explico, escudriñando su expresión para ver si está de acuerdo.

Frunce el ceño y se acerca a mí.

—¿Piensas eso de verdad? ¿Que no ha significado nada?

—¿Y tú?

Nos miramos fijamente durante un largo y tenso instante antes de que él suelte un bufido y se mese el cabello con rabia.

—Creo que ambos estamos a merced de los caprichos del tío que está arriba. Creo que lo que él quiere y lo que está dispuesto a admitir que quiere son dos cosas diferentes, y hasta que no se dé cuenta de una puta vez, los dos estamos jodidos.

Parpadeo para alejar las lágrimas porque en el fondo sé que lo que él quiere nunca sucederá. Y si Hunter no puede con ello, Drake nunca será feliz. Y si Drake no puede tener a Hunter, entonces yo no puedo tener a Drake.

Un puñal de pavor se me clava en las entrañas, pero me fuerzo a ignorarlo y rodeo la isla para llegar al armario que está junto a Drake y coger un vaso. Al cerrar la puerta, lo siento más cerca. Cuando intento esquivarlo para llegar a la nevera, me bloquea el paso.

El puñal se hunde un poco más.

—Drake… —susurro, incapaz de mirarlo a los ojos. Me pone una mano en la cintura y se agacha hasta rozarme el cuello.

—Nunca me he sentido tan unido a nadie en toda mi vida, Isabel. No puedo dejar de pensar en ti. —Me acaricia el cuello con los labios y cierro los ojos, avergonzada. No me muevo, pero tampoco lo detengo—. Todavía te siento en mis manos. Cada vez que cierro los ojos, oigo tus gemidos cuando follábamos; no se me van de la cabeza tu sabor ni tu olor. Y sé que tengo que seguir adelante, pero no sé si podré. —Su voz es triste y sincera. Tan sincera que me parte el corazón en dos.

Quiero caer en sus brazos y sentir ese bienestar que solo él me ofrece, y, por un instante, casi lo hago. No sé si eso me convertiría en débil o en valiente, pero no me atrevo a averiguarlo.

Giro la cabeza y nuestras bocas quedan tan cerca que puedo sentir su aliento.

—No podemos. Ya no.

El dolor que relampaguea en sus ojos es peor que el puñal que tengo clavado en las entrañas. En lugar de besarme los labios, apoya su frente en la mía y nos quedamos así un momento, sintiéndonos, expresando con ese leve contacto lo que no podemos poner en palabras.

Por fin me aparto y él me deja ir. Cuando salgo de la cocina, como si el cuerpo me pesara una tonelada y no pudiera avanzar, pronuncia mi nombre, y me doy la vuelta hacia él.

—Sabes que siempre has sido mi chica, ¿verdad? —Reprimo mis emociones y, con calma, asiento—. Y que, pase lo que pase, siempre serás mi chica.

Se me saltan las lágrimas y me fuerzo a sonreír.

—Buenas noches, Drake.

—Buenas noches, Isabel.

Una vez en el piso de arriba me meto en la cama junto a Hunter, pero me duermo dándole la espalda, algo que casi nunca hago. Ahora mismo estoy enfadada con él porque ha jugado con nuestros sentimientos y lo ha echado todo a perder, y, si no va con cuidado, va a destrozar algo más que su amistad.

Regla nº 29

El amor te vuelve idiota

Drake

Estoy teniendo una cita. Una cita de verdad. La primera, para ser sincero. A ver, que sí, que he quedado con más personas anteriormente, pero solo con la intención de follar, y hoy estoy en un restaurante con Geo, el camarero, y con el propósito de conocerlo. Y es insoportable. No me refiero a Geo; Geo es genial, divertido, tiene los pies en la tierra y le encanta piropearme. Podría verme con él saliendo, emborrachándonos, viendo una película, despertándonos uno al lado del otro… La posibilidad está ahí, pero ¿la emoción? No.

—Prometiste contarme las anécdotas de tu viaje. Quiero saberlo todo sobre esos otros clubes —dice con una sonrisa coqueta, y le da un sorbo a su margarita.

—Eeeh… —Me rasco la nuca—. Prefiero no hablar del viaje, si te parece bien.

Y al instante, parece arrepentido.

—Claro. No pasa nada. Lo siento.

—No te disculpes. Es complicado, eso es todo.

—¿Por Hunter? ¿O por Isabel?

—Mmm…

—Lo siento. Dios, qué entrometido soy —ríe—. Por favor, ignórame. Siempre meto la pata cuando bebo.

Es mi turno para echarme a reír, y eso relaja un poco la tensión.

—No pasa nada, en serio. Pero, para responder a tu pregunta… Sí.

—Oh.

—Ya…

—Bueno… —Levanta la copa y yo le doy un golpecito con la mía—. Por los rebotes y los nuevos comienzos. —Me vuelvo a reír y me llevo la copa a los

labios. Me estudia durante un minuto, picoteando la cena—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro. Para eso estamos aquí, ¿no?

—¿Has salido alguna vez con un hombre?

—Eeeh… Geo… A decir verdad, nunca he salido con nadie.

—Joder —responde con una risita. Tiene una sonrisa bonita, pero no siento esa química intensa que estoy deseando. ¿Es normal en las citas? Si somos compatibles y nos llevamos bien, la química llegará, ¿no? Puedo imaginarme con él, con sus labios envolviendo mi pene o con sus rodillas contra el pecho mientras me entierro en su interior, pero hasta ahí llego: hasta el sexo. La atracción por Geo está ahí, pero el deseo de llamarlo y de volver a verlo no tanto.

—Sí. Es que no sirvo para ser novio de nadie. Y como siempre tenía a mi mejor amigo para hacer planes para los días festivos o los cumpleaños o las vacaciones, nunca me ha hecho falta nadie más. —Asiente, y empiezo a sentir que estoy hablando demasiado de Hunter—. Pero si te estás preguntando si podría sentar la cabeza con un tío… —me encojo de hombros—, no veo por qué no.

—¿No echarías de menos los coños?

Casi me atraganto con su franqueza. Mientras me limpio la cara, me lo pienso.

—Mmm…

Me contempla unos instantes y por fin sonríe.

—Me lo tomaré como un sí.

—Si te sirve de consuelo, también echaría de menos las pollas si me comprometiera con una mujer.

—¿Y eso tiene que hacer que me sienta mejor?

Los dos nos reímos hasta enrojecer.

—Lo siento. Esto es un poco incómodo —digo cuando nos calmamos.

—No, lo estás haciendo genial.

—¿Significa esto que habrá una segunda cita? —pregunto con expresión esperanzada.

Tamborilea con los dedos contra su vaso mientras se lo piensa.

—No sé si es una segunda cita lo que necesitas, Drake.

Me desinflo por su rechazo. Joder. Voy a tener que aceptar que envejeceré y moriré solo. Geo extiende el brazo sobre la mesa y me toca la mano, y veo algo

sensual y atractivo en su expresión. Y por primera vez, siento esa chispa de química que tanto deseaba. De repente, pienso en llevármelo a casa para follar con él sobre el respaldo del sofá hasta hacerlo chillar.

—¿Y qué es lo que necesito? —musito.

—Creo que necesitas un buen polvo para sacarte de la cabeza lo que sea que haya pasado en tu viaje.

—¿Y vas a ayudarme con eso?

Se muerde el labio inferior.

—Por supuesto que sí.

Perfecto. Sí, voy a echar un polvo esta noche. Eso es justo lo que necesito. Sonrío y me reclino en mi asiento, pero una sensación amarga se asienta en mi interior. No quería que esto fuera un rollo de una noche. Quería que fuera una cita de verdad, pero quizá Hunter tenía razón: soy igual que mi madre.

—Oh, oh… —canturrea Geo—. ¿A qué viene esa cara?

—Creo que jamás le había dicho que no a un polvo…

—¿Y por qué vas a empezar ahora? —pregunta, juguetón.

—Porque soy un puto idiota.

Suelta una carcajada y asiente.

—El amor te convierte en eso.

Hace una hora que me he despedido de Geo sin darle siquiera el beso que sé que estaba deseando, y ahora estoy sentado en el coche, aparcado frente a la casa de Isabel y Hunter, debatiéndome entre entrar o no. Solo son las nueve y todavía deben de estar levantados, pero no sé si podré enfrentarme a ellos.

Apenas hemos coincidido en casa desde que regresamos de viaje, y no me apetece que esta sea la primera vez porque, después de tres días, las cosas todavía no han vuelto a su sitio como esperaba, y no sé si es porque necesitamos pasar más tiempo juntos o más tiempo separados. Esta tensión me está matando: solo quiero recuperar a mis amigos.

Por fin me armo de valor, salgo del coche y me dirijo a la puerta principal. Cuando entro en la casa, siento el aroma de algo dulce y suena música; me detengo en el felpudo y veo a Isabel cruzar la cocina iluminada sin más ropa que una camiseta y un delantal. Está sacando unas magdalenas del horno, moviendo las caderas al ritmo de un tema de Sam Cooke. Escudriño la estancia en busca de Hunter y, cuando no lo veo, casi me doy la vuelta y salgo

de casa. Hoy no. Hoy no puedo resistir la tentación.

Pero ella me ve primero, y es demasiado tarde para huir.

—¡Hola! —saluda—. Estoy haciendo magdalenas. —Por su tono juguetón, no me cabe duda de que está borracha.

—¿En serio? —pregunto; cierro la puerta principal y me dirijo a la enorme cocina.

—Sí. Tengo de vainilla y de fresa. —Mete el dedo en la masa y me lo ofrece —. Pruébala.

Me acerco con una sonrisa torcida en los labios. Sin apartar la vista de ella, cierro la boca alrededor de su dedo y lo lamo hasta dejarlo limpio de la dulce mezcla, y ella deja escapar un gemido.

—¿Dónde está Hunter? —pregunto, soltándole el dedo.

—Arriba —responde con expresión sombría.

—¿Va todo bien?

Mira cautelosamente hacia las escaleras.

—Estos dos últimos días no hemos hablado mucho —responde con un murmullo confidencial.

—Lo siento. —Ella se encoge de hombros. Luego vuelve a concentrarse en las magdalenas y las pone sobre la rejilla—. ¿Qué has bebido? —pregunto, sonriente, y ella me mira con cara de confusión.

—¿Qué he bebido? —Cuando cae en la cuenta, suelta una risita—. Ah, no, no he bebido: me he tomado una chuche de marihuana. Me ayuda a relajarme.

—Ah… —respondo, y me recorre una oleada de culpabilidad. Detesto pensar que ha tenido que tomar algo para relajarse y detesto ser parte del motivo por el que lo ha necesitado.

—¿Quieres una? No son muy fuertes, pero yo soy un peso ligero. —Vuelve a soltar una risita y eso me hace sonreír.

—No, gracias. No me apetece.

—Vale —responde, encogiéndose de hombros una vez más.

Me siento en un taburete y miro cómo cocina, hipnotizado: mide los ingredientes y los vierte en la batidora con dedos ágiles, y luego se limpia la nariz. Si la cita con Geo hubiera sido la mitad de satisfactoria que ver cómo se mueve Isabel por la cocina, ahora mismo estaríamos follando hasta perder el sentido, pero entre nosotros no ha habido nada ni parecido a esto, y no ha sido culpa de él.

Cuando oigo pasos detrás de mí, me tenso. Hunter entra en la cocina y se

queda a mi lado, contemplando a Isabel.

—Está colocada, ¿verdad?

—Sí —río.

—Solo le da por la repostería cuando está colocada.

—No estoy colocada, joder —argumenta sonrojada—. Me he tomado una gominola de maría hace una hora. —Pone la batidora a una potencia demasiado alta y la harina se escapa del bol y le mancha toda la cara. Estalla en unas carcajadas que le roban el aliento, y es tan contagioso que no tardo en imitarla; cuando miro a Hunter, él también está sonriendo de oreja a oreja, divertido, y le tiemblan los hombros.

—Pelirroja, eres un desastre.

Al fin, deja de reír y apoya las manos en la encimera; mira a Hunter con una sonrisa perversa, mete la mano en el cuenco y le lanza un puñado de harina. Su marido se queda paralizado, con la camisa negra salpicada de polvo blanco, y nosotros esperamos impacientes su reacción. Después de unos segundos, se lame los labios.

—Qué chica tan mala. Será mejor que corras, joder.

Isabel grita, radiante, y echa a correr. Hunter rodea la isla para alcanzarla, pero incluso colocada es demasiado rápida. Los dos están cubiertos de ingredientes de repostería y se ríen a carcajadas mientras corren en círculos alrededor de la isla.

Esto es lo que habíamos perdido; esto es algo que habríamos hecho antes de que lo del trío lo complicara todo. Llámame iluso, pero parece que por fin podemos seguir adelante y volver a ser los mismos de antes.

—¡Ayúdame, Drake! —exclama Isabel, agachándose a mi espalda.

—Ponte detrás de mí —río, pero antes de que pueda ponerme de pie y defenderla de Hunter, que nos amenaza con una botella de sirope de chocolate, ella me lanza un puñado de glaseado de vainilla a la cara y se ríe a carcajadas, extendiéndomelo desde la barbilla hasta el pelo. No sé cómo no he dado cuenta de que lo había cogido mientras corría alrededor de la cocina. Me quedo sentado, en *shock,* y cuando intenta huir, la agarro por la cintura y la pego a mí.

—Iba a ayudarte —digo con tono ominoso—. Pero ahora estás perdida. —Le pongo sus manos a la espalda y la sujeto con fuerza—. Toda tuya —le digo a Hunter, que sonríe perversamente y la salpica con el chocolate. Ella se ríe y se debate entre mis brazos mientras él le vacía el bote por la cabeza y la cara.

—Aquí tienes, Drake. Te he preparado un helado. Pruébalo —dice Hunter, juguetón. No hace nada que he pensado que todo había vuelto a la normalidad, pero tengo claro que esto no es normal. Pero como sus movimientos para soltarse han hecho que mi pene se despierte dentro de mis pantalones, la acerco más a mí y le lamo la cara.

—Mmm… Qué bien sabes —le susurro al oído.

—Quítale la camiseta —ordena Hunter, y obedezco. Le suelto las manos, la sujeto por la cintura mientras le desato el delantal y le quito la camiseta. La retengo como si fuera mi prisionera, aunque sé de sobra que no va a ir a ninguna parte; ya no sonríe: está mirando a su marido con lujuria.

Cuando ya no lleva puesto nada más que las bragas, Hunter le unta los pezones con sirope de chocolate. Ella suelta un dulce gemido; él se lleva el derecho a la boca y yo, el izquierdo. Sus jadeos son cada vez más fuertes y levanta las manos para mantener nuestras cabezas lamiendo el chocolate de sus pechos.

Hunter aparta la boca para echarle sirope en el vientre, que gotea hasta la cinturilla de sus bragas de algodón rosa.

Tengo muchas ganas de ser yo quien le lama el chocolate, pero también quiero ver cómo lo hace él. Esto es una imprudencia y estamos haciendo justo lo que no deberíamos. Cualquiera de nosotros podría poner fin a esta pelea de comida tan sexy, pero ninguno lo hace porque, como ha dicho Geo, el amor te vuelve un puto idiota.

—Adelante. —Le rodeo la cintura con un brazo y la estrecho contra mí. Hunter se arrodilla y le besa el vientre, cubriéndose la boca de chocolate, hasta que llega a las bragas. Se las baja de un tirón y no duda en plantarle un cálido y húmedo beso entre las piernas.

Ella gime y se retuerce entre mis brazos mientras él le chupa el clítoris, y mi pene palpita mientras los contemplo, sin dejar de lamer el dulce sabor de su cuello, buscando su boca para devorar esos sonidos de placer.

Hunter nos mira mientras sigue usando la lengua para darle placer, y yo me pongo aún más duro cuando deslizo un dedo en su interior; Isabel tiembla, se contonea y se retuerce cuando se acerca al orgasmo.

—Voy a… voy a… —Jadea sin aliento. Le doy un pellizco en uno de sus pezones cubiertos de chocolate y se tensa entre mis brazos—. ¡Sí, sí, sí! —Cuando por fin sus músculos se relajan y se deja caer contra mi cuerpo, doy por hecho que se ha acabado, pero le lanza a Hunter una mirada maliciosa y

coge el bote de nata montada—. Me toca a mí —anuncia con malicia, y él le dedica una expresión que dice «Atrévete».

Ella se da la vuelta hacia mí, mordiéndose el labio, y deja caer un chorro de nata en mi cuello para luego girarse hacia Hunter, enarcando las cejas, y se aparta, y yo me quedo paralizado, con los ojos como platos al darme cuenta de lo que pretende, de cuál es su juego.

Nos quedamos en silencio esperando a que Hunter se decida, y me doy cuenta de que todo esto es demasiado para él; lo está presionando para que confiese lo que quiere, esté preparado o no, y quizá no lo esté. O tal vez no sea lo que quiere; tal vez lo de Nashville fue algo de una sola vez y ha decidido que no le gustan los hombres.

Pero el problema es que Hunter no se echa atrás: es demasiado orgulloso, demasiado testarudo, y, al igual que ocurrió con la apuesta que hicimos en Austin, no está dispuesto a perder.

Se me acelera el corazón cuando acorta la distancia que nos separa y me dedica una última mirada antes de asaltarme el cuello con los labios. Ni siquiera me quedan neuronas para intentar disuadirlo o para asegurarme de que de verdad es lo que quiere, porque su boca me hace sentir demasiado bien; se me pone la carne de gallina en todo el cuerpo cuando me chupa la carne tierna donde Isabel ha puesto la nata. Me aferro a él mientras me lame y me mordisquea, y mi pene se despierta dentro de mis calzoncillos.

Cuando Hunter se aparta, me fallan las piernas; me mira con expresión hambrienta, pero antes de que vuelva a acercarse a mí, es Isabel quien lo hace.

—Estás hecho un desastre, Drake —murmura con tono dulce—. Vamos a quitarte esto. —Me quita la camiseta y me echa un chorro de nata por todo el pecho.

Suelto un gruñido cuando Hunter se apresura a lamerlo, besándome por los pectorales y luego por los abdominales. Me devora cada centímetro del pecho y del vientre, y creo que me he muerto y he ido al cielo cuando me doy cuenta de que ya no es que se atreva a hacerlo: es que parece que desea hacerlo.

—Joder… —murmuro cuando su lengua traza una línea por encima de la parte superior de mis vaqueros. Voy a estallar en mis pantalones.

Isabel tiene los labios entreabiertos y jadea, excitada al ver a su marido lamiendo a otro hombre; Hunter se incorpora y se da la vuelta para besarla dura y apasionadamente, y eso me da un momento para recuperar el aliento. Debería irme. Nos estamos adentrando en un terreno peligroso, pero, como ya

no hay forma de enderezar el rumbo, prefiero quedarme aquí, emborrachándome de sus caricias.

Mientras Isabel besa a su marido, él empieza a quitarse la ropa; se desabrocha la camisa cubierta de harina y los pantalones manchados de chocolate. Y cuando su mirada carnal se cruza con la mía, lo tomo como una señal para hacer lo mismo.

Apenas me doy cuenta de que me estoy quitando los calzoncillos porque estoy demasiado concentrado en este momento. Los tres juntos, desnudos, otra vez. Me acerco a ella, pero me aparta la mano, se separa de Hunter y, con una expresión de valentía feroz que jamás le había visto, pone el bote de nata montada sobre mi erección y dibuja una línea blanca desde la base hasta la punta. Espero que la lama, pero en lugar de eso se vuelve hacia Hunter, y yo me quedo paralizado. No puede pensar en serio que… No está preparado para eso.

—Isabel… —la llamo, pero su mirada no se aparta del rostro de Hunter.

Apenas vacila un instante, mucho menos de lo que esperaba, y no sé si se arrodilla ante mí porque ella lo ha retado a hacerlo o porque de verdad lo desea, pero al verlo arrodillado delante de mi erección, contemplándola con avidez, me siento desfallecer.

Alza la vista para estudiar mi rostro y me siento más unido a él que nunca. Somos nosotros, los mismos que siempre hemos sido, los que siempre hemos estado destinados a ser, y en este momento perfecto sé que oye la voz desdeñosa de su padre, que solo estamos él y yo. Me recorre la corona con la lengua e inspiro hondo. Mi cuerpo estalla en llamas cuando le veo lamer la nata, un poco torpe al principio, pero voraz en cuanto la prueba por primera vez. Abre la boca y me pega a él, ciñendo los labios a mi alrededor mientras llega tan al fondo como puede. Tengo que hacer un gran esfuerzo por no correrme. Esto es demasiado. Demasiado, joder. Se obstina en tragarme más y más hondo con cada embestida y, cuando por fin se atraganta, lo agarro del pelo para apartarlo. No quiero correrme todavía, y, si no deja de hacer eso, voy a estallar.

—Joder… —gimo.

El bote de nata montada cae al suelo cuando Isabel salta a mis brazos y me salpica el rostro de besos antes de apoderarse de mis labios. Hunter se levanta y se une a nuestro beso, devorando su boca y luego la mía hasta que somos una maraña de lenguas y labios y calor.

El cuerpo de Hunter se estrecha contra el mío, y cuando siento que Isabel junta nuestros penes y los acaricia como si fueran uno, gruño en su boca.

—Os quiero a los dos dentro de mí —murmura dulcemente contra mis labios. Fija en mí sus atrevidos ojos verdes y me quedo clavado en el sitio.

Joder, esta mujer… Por lo que me ha contado Hunter sabía que era más aventurera de lo que su dulce y tímida personalidad hace suponer a todo el mundo, pero no me esperaba que llegara a tanto.

Nos acaricia a la vez, y el calor del miembro de Hunter contra el mío es tan intenso y atrayente que no puedo negarme. Hunter y yo nos miramos, pero ambos estamos tan perdidos en la lujuria del momento que no podríamos negarnos ni aunque quisiéramos. Ella nos suelta y me rodea el cuello con las manos, y yo la estrecho entre mis brazos; ella me rodea la cintura con las piernas y Hunter la empuja contra mi cuerpo y agarra nuestras erecciones; ella se tensa en mis brazos, y me planteo si esto va a funcionar porque no quiero hacerle daño. Entonces siento su húmedo calor y me aparto.

—Espera —tartamudeo—. Condón.

Se encoge de hombros, sonriente, y apoya la frente en mi sien.

—Drake, confío en ti —dice, y me besa.

—Los dos nos fiamos —apostilla Hunter—. Tú nunca has dado positivo en un test y ella toma la píldora. —Sus dedos me rozan las caderas, justo debajo de las piernas de Isabel, y me recorre un escalofrío—. Está mojada y lista para nosotros. —Isabel gime cuando le pasa los dedos por los pliegues; vuelve a agarrar nuestros penes y yo bajo el cuerpo de ella hasta notar su humedad.

Se retuerce y jadea mientras nos abrimos paso en su interior, lentamente, para permitir que su cuerpo se acomode a nuestros tamaños. Pero en cuanto entramos unos centímetros, Isabel suelta un grito de placer.

—Dime qué se siente, cariño —murmura Hunter contra su mejilla.

—Me siento tan llena… —Se aferra a mi cuello mientras la hago subir y bajar lentamente, y ella me jadea al oído—. Sí. Más.

—No quiero hacerte daño —respondo, con la voz entrecortada porque los siento a los dos tan cerca que prácticamente somos uno.

—No lo harás. Te lo prometo. Dame más…

Su sensual súplica basta para volverme loco. La agarro por las corvas y la muevo con más fuerza, dejándome llevar por el sonido de sus gritos. Hunter gruñe con cada embestida, y sus labios están tan cerca de los míos que siento su aliento en mi cara.

Y justo cuando menos me lo espero, agacha la cabeza para darme un beso rudo y carnal.

—Ah, ¡Dios!, ¡sí! —exclama Isabel—. ¡Más! ¡Más fuerte!

Tengo que apartarme de la boca de Hunter para penetrarla con más fuerza, y ella suelta un grito gutural.

—Me voy a correr, joder —murmura Hunter, manteniendo la compostura a duras penas.

—Yo también —mascullo.

—Por favor, no paréis —suplica ella—. Me encanta.

Y no es fácil, pero nos contenemos lo suficiente como para sentir cómo se estremece entre nuestros brazos, pero cuando siento que Hunter se vacía en su interior, pierdo la cabeza; esto es demasiado sexy, demasiado morboso, y no tardamos en llenarla mientras se desploma en mis brazos.

Quiero que este momento dure para siempre, los tres en un estrecho abrazo con el menudo cuerpo de Isabel entre nosotros. Me da igual que esté empezando a picarme la cara donde me ha manchado con el glaseado o que Isabel esté cubierta de chocolate o que la cocina sea un desastre. Nunca me siento tan completo como cuando estoy con ellos.

Los tres jadeamos cuando Hunter y yo salimos de ella. Él me la quita de los brazos sin dejar que sus pies toquen el suelo y la lleva en brazos hacia las escaleras. Justo cuando creo que voy a quedarme solo otra vez, se vuelve hacia mí.

—Ven a ducharte con nosotros —me pide, y aborrezco el modo en que mi corazón se acelera al escuchar esas palabras.

—Ya voy —respondo, yendo tras él. Porque eso es lo que hago; es lo que siempre hago.

Regla nº 30

Si parece una invitación, lo más probable es que lo sea

Hunter

Esta semana Juegos Prohibidos va a estar cerrado dos noches por reformas. Una de las cosas que van a cambiar es que Drake va a construir los cubiles rápidos, como Garrett los ha llamado. Hay uno a cada lado del pasillo, al final, y resultan lo bastante discretos. Por supuesto, a efectos de la burocracia y los códigos municipales se clasifican oficialmente como vestuarios o camerinos, aunque en realidad son un espacio suficiente como para disfrutar de un poco de acción sin tener que reservar una sala o cambiar las sábanas. Y la verdad es que me parecen una idea muy inteligente para aumentar el número de socios.

La otra reforma consiste en convertir las dos salas del fondo en una única estancia para impartir talleres, aunque Drake se resiste obstinadamente a ello. Tal vez porque solo dispone de dos días a pesar de lo mucho que le insistió a Emerson en que necesitaba más tiempo. O quizá porque la mención de los talleres le trae demasiados recuerdos incómodos.

Últimamente Drake está un poco malhumorado, y no puedo evitar sentir que en parte es culpa mía. Así que cuando no vuelve temprano esta noche, decido hacerle una visita. Isabel está dando una clase en el estudio, y odio estar solo en casa.

Son más de las siete cuando aparezco en el club. Todos los camiones se han ido y está todo tranquilo. Por un momento me preocupa que no esté aquí, que haya ido a una cita.

Después de nuestro encuentro en la cocina la semana pasada, pensé que había olvidado lo de las citas, y, hasta donde yo sé, las cosas con Geo no fueron bien.

Si pudiera evitar ver a otras personas y se quedara en casa con Isabel y conmigo, y no tuviéramos que definir esto ni hacer nada oficial, sería perfecto. Sin problemas y fácil para todos.

Sí, claro. Hasta yo sé lo injusto e improbable que es eso.

No esperaba que todo se complicara tanto. Toda esta situación es un lío, y solo es cuestión de tiempo que nuestro endeble acuerdo implosione. En cuanto a lo que pasó la semana pasada con Drake, prefiero no pensar en ello.

Cuando entro en el club por la entrada de personal oigo música procedente de algún lugar al fondo del pasillo. Es un fuerte ritmo de rock que suena a todo volumen en el club vacío. Voy con cautela hacia las dos salas traseras, donde se están llevando a cabo la mayor parte de las reformas.

Al llegar a la puerta, me detengo, la sangre me sube hasta las mejillas, me sonrojo y se me descuelga la mandíbula. Drake está descamisado y sudoroso, colocando tablones en el suelo, que golpea tras ajustarlos. No se da cuenta de mi presencia, y yo no me hago notar mientras contemplo cómo se mueven los músculos de su espalda y sus hombros con cada pieza de madera que coloca.

¿Siempre me he sentido así de atraído por él o solo ocurre ahora porque por fin me he permitido actuar en consecuencia? Siempre he sabido que Drake es guapo. Llama la atención de todas las chicas en todos los bares en los que entramos. Yo no soy mucho más bajo que él y no me considero menos atractivo, pero no tengo ese largo cabello rubio ni esos preciosos ojos azules. Pero lo que de verdad lo hace más atractivo es la forma en que coquetea, sonríe radiante y dedica a quienquiera que sea su interlocutor toda su atención, como si fuera la única persona que existe en el mundo. Le veo hacer su magia noche tras noche, y es enloquecedor.

Y hasta la semana pasada, nunca había sentido ese encanto dirigido a mí; hasta que estuvimos juntos, desnudos y excitados.

De repente, recuerdo el sabor de su cuello mientras lo besaba. Y cómo me sentía con sus abdominales bajo la lengua. Mi pene empieza a volver a la vida dentro de mis pantalones y es entonces cuando recuerdo lo que sentí al rodearlo con mis labios, al tener su pene rozándome la garganta; recuerdo lo mucho que deseaba su placer.

Ahora mi pene está haciendo mucho más que despertar: palpita e intenta convencerme de que atraviese la sala para probarlo otra vez.

Así que, sí, supongo que eso responde a mi pregunta: no hay ninguna duda de que me siento atraído de cojones hacia Drake.

Me recoloco la erección para que pase más desapercibida y me pongo en su campo de visión. Se sobresalta un instante.

—¡Eh! —exclama, y se saca el teléfono del bolsillo para bajar la música. Una

vez que está lo bastante baja como para oírnos, vuelve a arrodillarse y espera una explicación—. ¿Qué haces aquí? ¿Pasa algo?

—No. Es que no has vuelto a casa y… Bueno, he pensado en pasar a ver cómo estabas.

—Ah, ya. Es que tengo que poner el suelo hoy para poder terminar mañana.

—Tienes mucho trabajo que hacer. ¿Te ayudo?

Enarca las cejas.

—No hace falta…

Me desabrocho la camisa y me la quito, esquivando su mirada.

—¿Te parezco un blandengue o qué? —pregunto con una sonrisa burlona.

—¿Cuándo fue la última vez que cogiste un martillo, Don Ejecutivo? —Sonríe, y ese destello blanco de sus dientes hace que mi sangre bombee un poco más rápido. Ahí está esa puñetera magia.

—No te preocupes por mí.

—Muy bien, toma —responde—. Ayúdame a poner estos tablones.

Me lanza un largo trozo de madera y me arrodillo a su lado. Juntos, trabajamos rápidamente en el nuevo suelo. Él hace los cortes y yo pongo la tarima en su sitio en un silencio cómodo. Nos lleva un par de horas y, al final, los dos estamos sudando.

Una vez terminado el trabajo, tanto él como yo nos acomodamos en el suelo terminado y nos bebemos el agua que he cogido del bar.

—¿Dónde está Isabel? —pregunta.

—Tenía una clase. Pero seguro que ya está en casa.

Él asiente. El silencio entre nosotros se ha vuelto incómodo al mencionarla, como si hubiéramos hablado del intenso trío que hicimos en la cocina o de cómo se la chupé. Sigo esperando que saque el tema y quiera hablar de ello, pero no lo hace.

Es como manejar explosivos: no lo tocamos, no hablamos de ello y ni siquiera lo consideramos porque, en cuanto lo hagamos, acabará con todos nosotros. En lugar de eso… seguimos reavivando la llama.

Se levanta y me mira con expresión adusta.

—Voy a darme una ducha aquí antes de ir a casa —anuncia, y se queda esperando un momento demasiado largo, como si aguardara una respuesta.

—Vale —tartamudeo, haciendo un débil intento de sonar normal. Él me lanza una mirada rápida y cargada de intención antes de desaparecer, y me invaden los nervios.

Me quedo ahí sentado un largo rato, reproduciendo ese último momento una y otra vez. Mi mente es como una pelota de tenis que no deja de saltar de un lado a otro, entre la razón y el deseo.

¿De verdad quería ducharse o era una invitación?

No, no todo lo que me dice es una insinuación. ¿Cuántas duchas se ha dado en toda nuestra amistad que no han significado nada? ¿Miles? Esto es lo mismo.

Pero no es lo mismo; ahora la pelota está en mi campo.

Pero si su intención era hacerme una invitación, ¿estoy preparado para ello?

¿Quiero que sea una invitación? Sí.

¿Quiero aceptarla? Sí.

Pero ¿y si entro ahí y todo es demasiado raro? ¿O si es demasiado pronto y me vuelvo loco? ¿Qué pasará?

Pero no creo que vaya a ser demasiado. Es solo el miedo que tengo tan arraigado en mi interior el que habla, y cuanto más tiempo me siento aquí y le doy vueltas a la decisión en mi mente, menos posibilidades tengo de descubrirlo.

Si me equivoco y no era su forma de pedirme que fuera a desnudarme con él, entonces puedo disimular sin que las cosas se pongan incómodas, y solo hay una manera de saberlo con seguridad.

Me levanto del suelo a toda prisa y voy corriendo hasta los vestuarios masculinos. Para mi alivio, el agua sigue corriendo cuando mis zapatos repiquetean contra el suelo de baldosa. Hace un calor de mil demonios y me quito los pantalones, los zapatos y los calcetines a toda prisa.

Al quitarme los calzoncillos me tiemblan las manos; no me puedo creer que vaya a hacer esto; no me puedo creer que esto esté pasando. ¿Y si me equivoco? ¿Y si no estoy preparado?

Es mi mejor amigo, lo que significa que voy a estar seguro y que no hay nadie con quien me sentiría más cómodo descubriéndolo.

Inspiro hondo e intento desconectar la mente cuando entro en la amplia zona de duchas. Drake está de cara a la pared y el agua le cae por la espalda, y contemplo por un momento su cuerpo esbelto y perfecto, con esos músculos esculpidos tras años de trabajo manual. Espero un segundo para ver si habla, pero algo me dice que quiere que tome yo la iniciativa.

Pues… allá vamos.

Estoy excitado y mi pene erecto parece tan nervioso como yo. Me lo agarro

y me acerco a él, casi esperando que me pregunte qué estoy haciendo o que me diga que no quiere que lo toque, pero eso no ocurre. Me aproximo más y extiendo la mano para deslizarla sobre su piel húmeda, y él sisea cuando deslizo los dedos por su hombro y alrededor de su cuello. Cuando lo agarro por el cuello y lo pego a mí, con mi pene entre los dos, sonríe.

—¿Por qué has tardado tanto?

Y me doy cuenta de que podría referirse a esta noche, a esta ducha o a toda nuestra amistad.

En cuanto tengo a Drake entre mis brazos, mi cerebro se silencia y mi cuerpo toma el control. Le pego el pene a la espalda, con una de mis manos todavía en torno a su cuello y la otra envolviendo su impresionante longitud.

Gemimos al unísono mientras nuestros miembros reciben la atención que tanto ansían. Drake apoya las manos en la pared y yo me acerco más a él. Ojalá supiera qué tiene su cuerpo que me hace sentir tan bien, y eso que solo he experimentado la punta del iceberg; pero con cada caricia, el deseo de más se hace aún más insoportable.

—¿Qué me has hecho? —pregunto, recorriendo con los labios su nuca y sus hombros.

Se gira y me estrecha contra su cuerpo, y nuestras bocas se funden en un beso cálido y brutal; trastabillamos contra la pared y me aferro a él; me siento como si no pudiera saciarme, como si no tuviera bastante piel contra la mía. Necesito más desesperadamente.

No dejamos de besarnos, abrazados, y todo sucede a cámara rápida: su sabor, su olor, su contacto… Estar con él es un caleidoscopio de felicidad que me hace perder la cabeza.

Lo agarro por la nuca y acorto la escasa distancia que nos separa.

—Me vuelves loco, joder.

—Pues vuélvete loco, joder —responde en un susurro jadeante, como un desafío.

Le paso un brazo bajo una de sus piernas y se la levanto para acercarlo más; nuestros penes se rozan en una exquisita sensación de calor abrasador y delicada fricción.

Es mi mejor amigo, mi puto mejor amigo, y ahora mismo solo quiero follar con él hasta perder el sentido.

—Me voy a correr —mascullo—. Y luego vamos a ir a casa y voy a follar contigo mientras mi mujer mira.

Suelta un suspiro tembloroso seguido de un largo gemido y el espacio entre nuestros cuerpos se llena con su semen. Lo beso y me corro yo también.

Vamos cuesta abajo en un tren sin frenos y no hay nada que podamos hacer salvo estrellarnos. Y eso es lo que va a ocurrir.

Regla nº 31

Que les dejes tener su momento no significa que no debas perdértelo

Isabel

El sonido de la puerta al cerrarse en el piso de abajo me despierta y la novela romántica que había estado leyendo cae al suelo. Abro los ojos y busco el móvil para ver la hora. Es tarde, así que debe de ser Hunter, o Drake… o los dos. Oigo unas voces apagadas y unos gruñidos que se acercan por las escaleras. Al principio me asusto pensando que están peleándose, sobre todo cuando oigo cómo un cuerpo choca contra la pared, pero entonces escucho la voz gutural de mi marido.

—Sube las escaleras.

Siento un calor en el vientre y aprieto los muslos porque sé cuándo usa ese tono. Salgo de la cama de un salto, me asomo a la puerta y tengo que reprimir un jadeo al ver cómo Drake empotra a Hunter contra la pared a mitad de la escalera. Hay un forcejeo, y luego Hunter se hace con el control. Hace que Drake se dé la vuelta y se incline sobre las escaleras; lo embiste por detrás y Drake deja escapar un gemido agónico.

—Ve a la habitación de invitados. Ahora —ordena Hunter—. Prepárate para mí.

Aparta a Drake de un empujón y suben las escaleras. No sé por qué, pero tengo la sensación de que no pinto nada en la escena, y, lo que es más, no quiero. Regreso corriendo a la cama en silencio, me dejo caer sobre la almohada, cierro los ojos y, justo cuando Hunter entra en la habitación, estoy haciéndome la dormida.

Sus pasos se detienen en la puerta y se queda allí un momento. *«Por favor, no me despiertes* —rezo en silencio—. *Quédate a solas con él»*.

Es extraño lo mucho que deseo que mi marido se acueste con otro sin que yo esté presente, pero me atrae mucho más la idea de que Drake y él estén juntos que la de participar. No siempre va a ser así, pero ahora mismo creo que

esto podría ser el punto de inflexión, el momento en que todo va a cambiar; Hunter por fin reconocerá esta verdad sobre sí mismo y aceptará a Drake en nuestra relación, donde debe estar.

Cuando Hunter se acerca a mí, me obligo a parecer dormida: ojos cerrados; respiración uniforme; expresión relajada.

Por favor, no me despiertes. Por favor, no me despiertes.

Se agacha y me da un beso en la frente.

—Te quiero —susurra; apaga la lámpara de la mesilla y desaparece silenciosamente de la habitación.

El corazón me martillea en el pecho y aguardo unos instantes antes de abrir los ojos. La habitación está a oscuras y Hunter no está. Al final del pasillo, oigo más voces apagadas, pero no distingo lo que dicen.

Tan sigilosa como puedo, salgo de la cama y me deslizo por el pasillo hacia la habitación de invitados. Me detengo frente a la puerta y escucho.

—Te necesito —murmura Hunter.

—¿Y después qué, Hunt?

—¿Cómo que «después qué»? ¿Desde cuándo te preocupa lo que pasa después del sexo?

—Desde que follo con tu mujer. Desde que me besaste en ese cuarto oscuro. De repente, importa un montón —suspira Drake.

Hay silencio durante un rato, y cierro los ojos, orando para que hablen y superen lo que sea que nos impide tener la vida que nos merecemos, juntos. Una parte de mí quiere irrumpir en la estancia y decirles exactamente lo que tienen que hacer, pero no puedo: es algo que deben hacer ellos. Hunter tiene demostrarle a Drake que no va a dejar que la voz de su padre lo detenga más, y Drake debe probar que está listo para comprometerse.

Están tanto tiempo en silencio que me pica la curiosidad y me asomo con cautela; están tumbados juntos, en la cama, desnudos, con Hunter sobre Drake, mirándolo fijamente.

—¿Qué quieres que te diga? —susurra Hunter.

Otro largo y tenso silencio se apodera de la oscuridad y, por fin, oigo el susurro bajo y ronco de Drake.

—Nada. Vamos a follar.

Casi suelto un gemido al oírlo, y mi cuerpo está a punto de estallar en llamas. Me tapo la boca con una mano y escucho sus gemidos, sus maldiciones, sus jadeos y sus gruñidos. Por mucho que quiera que hablen, esto es demasiado

sexy para interrumpirlos.

Vuelvo a asomar la cabeza y veo cómo Hunter se desliza por el cuerpo de Drake y se mete su pene en la boca. Drake deja escapar un sonido profundo y gutural y se aferra a los rizos negros de Hunter, levantando las caderas hasta que oigo las arcadas de mi marido.

Vuelvo al pasillo y pego la espalda a la pared, escuchando. No se parece a nada que haya oído antes, y mi cuerpo arde de excitación. Bajo la mano hasta mis bragas de algodón y deslizo los dedos para tocarme, aunque solo sea para aliviar esta aguda necesidad.

Con la otra mano sobre mi boca, dibujo círculos alrededor de mi clítoris mientras escucho los sonidos húmedos que emite Hunter al chupar el pene de Drake.

Cuando oigo crujir la cama con su peso, me asomo otra vez. Suena más como una pelea que como sexo: gruñidos, movimientos y una lucha por el control. Hunter vuelve a estar tumbado sobre Drake y la luz de la luna arranca destellos a su pelo rubio. Hunter se arrodilla entre sus piernas abiertas, abre una botellita y todo queda en silencio por un momento hasta que oigo gemir a Drake.

—¿Te gusta? —susurra Hunter.

—Más —responde Drake.

—Joder, qué estrecho eres.

—Más, Hunter.

Apenas puedo respirar. Me arde la piel mientras escucho lo que hacen. Por la forma en que Hunter se arrodilla entre las piernas de Drake, supongo que lo está preparando, y la idea de algo tan íntimo, tan nuevo para él me vuelve loca.

—Estoy listo —anuncia Drake en voz baja, y yo contemplo desde el oscuro pasillo cómo Drake levanta las rodillas y Hunter desliza su pene en el apretado agujero de Drake; lo hace con un gemido largo y ahogado, y no puedo evitar el pequeño chillido que se me escapa entre los labios.

Me aparto del umbral a toda prisa, me pego otra vez en la pared y me meto la mano entre las bragas, convencida de que me han pillado; y entonces escucho el gemido de Hunter, entremezclado con el de su mejor amigo, y sé está tan profundamente enterrado en él como puede porque Drake suelta un estrangulado *«Joder»*.

—Joder, qué bueno —gime Hunter. Su respiración es rápida y entrecortada, como si le faltara el aliento—. Joder, qué bueno, Drake.

—Sí que lo es. No te pares.

Me estoy volviendo loca. Me siento fatal por estar espiándolos, y qué decir de lo mucho que me excitan sus voces, pero no puedo parar. Esos hombres son míos, los dos, y aunque pensaba que no había nada mejor que tenerlos a los dos, me equivocaba, porque ver cómo se tienen el uno al otro es mucho mucho mejor.

La cama cruje, el cabecero choca contra la pared mientras follan con fuego y pasión, con un ritmo rápido. Si pensaban que iba a poder dormir con este ruido, estaban locos.

—Mastúrbame mientras follamos —ordena Drake, y supongo que Hunter le hace caso porque lo siguiente que oigo son las frases entrecortadas de Drake —. Así… Sí… Bien, sí… Ah, Dios…

—¡Me voy a correr! —exclama alguien, jadeante, y no sé quién ha sido porque estoy demasiado perdida en mi propio orgasmo. Echo la cabeza hacia atrás, empapada en sudor y cegada por el placer, y el clímax se apodera de mí.

Cuando abro los ojos y por fin puedo volver a oír, distingo el sonido de sus besos y lo que parece un tierno momento de susurros que no consigo discernir. Esto es demasiado íntimo, así que, una vez recuperado el aliento, me escabullo por el pasillo y voy directa al cuarto de baño.

Me lavo las manos, me mojo la cara con agua fría y contemplo mi reflejo. La chica que me devuelve la mirada es feliz por un momento, pero rápidamente regresan todos los miedos y pensamientos que he estado manteniendo alejados.

¿Qué va a ser de nosotros si todo esto se desmorona? ¿Y si Drake no quiere comprometerse y nos deja? ¿Y si Hunter no puede aceptar su sexualidad? ¿Y si perder a Drake rompe nuestro matrimonio porque yo no soy suficiente para él?

Son preocupaciones estúpidas, en realidad, pero no puedo evitarlo. Ni siquiera me he acostumbrado todavía a que una sola persona me quiera tanto.

¿Cuáles son las probabilidades de que los tres hagamos que esto funcione y terminemos juntos? Es demasiado bueno para ser verdad. Hay demasiadas complicaciones de las que preocuparse, demasiado en juego.

Quiero meterme en la cama con ellos, tumbarme entre ellos y dejar que su cercanía ahuyente todas las preocupaciones, pero no puedo. En lugar de eso, me acuesto con mi propio miedo y me quedo dormida, sola.

Cuando me despierto, ya no estoy sola. Oigo el zumbido de la maquinilla eléctrica de Hunter al abrir los ojos.

—Buenos días —dice con una sonrisa radiante.

Pues sí que estás animado esta mañana…

—Buenos días —respondo, estirándome. Salgo de la cama, entro en el cuarto de baño principal y seguimos con nuestros rituales matutinos, como si no hubiera pasado nada raro. Me lavo las manos, me cepillo los dientes y me apoyo en la encimera para estudiar su reflejo.

Hunter no va a querer hablar de lo que ha pasado porque eso significaría enfrentarse a la realidad y tener que tomar una decisión. Eso supondría un cambio, y los cambios asustan, pero no voy a permitir que mi marido se guarde esto.

—Anoche no viniste a la cama.

La sonrisa juguetona se le borra de la cara.

—Dormí en la habitación de invitados con Drake. —Me muerdo el labio y contemplo su imagen en el espejo, y entonces vuelve a esbozar esa sonrisa perversa, se acerca a mí y me empuja contra el lavabo, se agacha y me besa el cuello—. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad, pelirroja?

Así que me oyó en el pasillo.

—Tal vez —respondo.

Me abraza por la cintura y me pega a él.

—¿Y te gustó lo que viste?

—¿Y a ti? —respondo, luchando contra las ganas de derretirme en el suelo. Quiero oírselo decir. Mi marido se acostó con un hombre anoche, un asunto bastante importante que no voy a permitir que no afronte.

Espera unos instantes y me mira a través del espejo. Frunce el ceño y su boca forma una fina línea.

—Sí —reconoce con sinceridad.

—¿Y eso qué significa? —pregunto con cautela.

—No significa nada. Nos dejamos llevar y…

—Hunter —lo interrumpo bruscamente. Traga saliva, muy nervioso y en absoluto seguro de sí mismo. Me doy la vuelta para acariciarle el rostro y el pánico en su expresión me revuelve las tripas—. Esto no cambia nada de lo que eres. En todo caso, creo que te hace más tú.

—¿Y nosotros? —pregunta con tono inquieto.

—Creo que tenemos que empezar a reconocer que hay un nuevo nosotros.

Inspira hondo y relaja los hombros.

—¿Es eso lo que quieres?

Me muerdo el labio.

—Sí.

Su expresión se torna dubitativa.

—No sé, pelirroja. No sé cuánto puede durar esto. Es demasiado complicado.

—Entonces, ¿qué? ¿Quieres seguir acostándote con él y mantenerlo atado sin darle nada? ¿Te parece justo? —Me pregunto si Drake está aquí y puede oírnos desde la habitación de invitados.

—¿Cómo sabemos que quiere tener una relación? Nunca ha tenido ninguna, literalmente —argumenta. Se está resistiendo para no enfrentarse a la realidad.

—Porque ha estado en nuestra relación todo el tiempo.

—Así no —dice, elevando la voz—. El sexo con él es genial, cariño, y a lo mejor no hay nada más.

—Eso no es así, y lo sabes. —Me aparto de Hunter y voy hacia la puerta.

—Me lo pensaré, ¿vale? —dice antes de que salga.

Y para Hunter eso es ya es bastante. Al menos por ahora.

Regla nº 32

Si ya ni te reconoces, lo más probable es que lo tengas chungo

Drake

—Oye, yo conozco a ese rubio grande y sexy.

Hay algo extrañamente familiar en la voz que suena detrás de mí cuando voy por el vestíbulo del club, así que me detengo y, al darme la vuelta, veo a la a la aguerrida y adorable belleza de pelo negro de Nueva Orleans.

—¿Silla? —sonrío, separando los brazos para acogerla en ellos.

Me estrecha con fuerza y, después de separarnos, ladea la cabeza.

—Déjame adivinar: tu novio no te dijo que me había invitado.

—Vale, en primer lugar, claro que sí —río—, pero no te esperaba hoy. Y en segundo lugar, no es mi novio.

Me guiña un ojo.

—Claro… Pero los tres lo pasasteis genial en la sala que yo había alquilado…

—Tú me diste la llave —respondo con entusiasmo.

—Lo sé, lo sé. Soy una buena influencia.

Le paso un brazo sobre los hombros.

—Vamos. Te acompaño a la sala de talleres. La hemos terminado esta semana. —Le hago un gesto a la recepcionista y guío a Silla a través de la cortina hasta la sala principal y luego al pasillo de la derecha, donde hemos unido las dos salas del fondo en una grande, que puede funcionar tanto como un espacio para alquilar como para impartir clases.

—Vaya, es impresionante —comenta Silla, sonriente cuando le enseño el lugar. Hemos construido un pequeño escenario en la parte delantera y hemos dejado sitio para poner unas mesas, que es como está preparado todo esta noche. Se acerca a la plataforma baja para ver las cuerdas que hemos colgado para la exhibición—. Mira a Don Constructor. Dime, ¿has estado practicando *shibari* con tu novio desde que asististe a mi taller?

Me sonrojo.

—Una vez más: no es mi novio. Y no, no lo hemos hecho.

—Venga ya —protesta, echando la cabeza hacia atrás—. ¡Erais geniales!

Suelto una carcajada.

—No éramos geniales en absoluto.

—Cariño, podría pasarme el día viendo cómo te ata. Fue muy sexy —dice, con expresión lasciva—. O, mejor aún: átalo tú.

—Me da que ese no es su rollo —respondo, apoyándome en una de las mesas.

—Pero es lo que necesita —ríe. Me gusta Silla; es muy fácil estar con ella. No suelo buscar la compañía de gente con la que no me quiero acostar o que no se quiera acostar conmigo y, aunque en principio eso era lo que ella buscaba, en cuanto vio que yo estaba hecho un lío, pasó del tema—. Entonces… —deja caer con tono ligero.

—¿Entonces qué?

—¿Terminaste perdiendo o terminaste ganando?

Frunzo el ceño.

—No te entiendo.

—La última vez que hablamos te preocupaba mezclar el sexo con tu relación con tus amigos porque tenías miedo de perderlos, y yo te dije que tenías las mismas probabilidades de ganarlos. Y quizá te sorprenda, pero soy muy sabia…

Suelto una risita que resuena en la sala vacía y ella me dedica una brillante sonrisa.

—Te creo —bromeo.

—¿Y qué pasó?

Se me borra la sonrisa mientras lo medito. No los he perdido exactamente, pero ¿los he ganado? Todo lo que ha pasado desde que conocí a Silla es un poco desalentador.

—Ay… Ya sé lo que significa esa expresión. Suéltalo.

Es inútil resistirse, así que cedo y se lo cuento todo. Parece de locos porque acaba de entrar en el club y en total no hemos hablado ni un par de horas, pero es muy fácil sincerarse con ella y yo necesito a alguien con quien comentar todo esto.

Al final abre los ojos de par en par y me mira fijamente un buen rato antes de hablar.

—Pero ¿quieres estar con ellos? ¿En una relación poliamorosa con los dos?

—Sí. —La respuesta escapa de mis labios con tanta facilidad como el aliento, porque es así. Aunque pensaba que la idea de comprometerse era desalentadora y aterradora, con ellos no lo es. No veo dónde puede estar el problema: no pierdo nada y lo gano todo.

—¿Y qué hay de ella?

—También —respondo, incapaz de reprimir una sonrisa. Isabel y yo nos hemos unido de un modo que ya no se puede deshacer. La necesito y no puedo mantenerme apartado de ella. No hay vuelta atrás.

—¿Y él? —La respuesta a esa pregunta no es tan fácil, porque lo de Hunter es mucho más complicado. No se trata de que no quiera estar conmigo, sino de que todavía tiene que derribar muchos muros antes de aceptar que nos quiere a los dos. Y hasta que lo haga, estamos atrapados en este punto—. Vale, pregunta de control: ¿cuánto tiempo estás dispuesto a esperar a que se decida?

—No lo sé —murmuro.

—Pues me da que necesita un ultimátum, porque ahora mismo le estás dando todo lo que quiere sin pedir nada a cambio. Uno de los dos va a tener que obligarlo a decidirse, porque ninguno os merecéis esperar a que reconozca lo que quiere.

Bueno, joder, tiene razón, pero ojalá fuera tan fácil. Me da mucho miedo presionar a Hunter y que salga corriendo; es como intentar atrapar a un pájaro: si te mueves demasiado rápido, se irá, ¿y qué pasaría entonces con Isabel? No es un riesgo que esté dispuesto a correr.

Por Dios, ¿qué me ocurre? Aquí estoy, hablando de tener una relación estable. Yo era un canalla y solo quería follar, pero ahora aspiro a más porque esos dos son la excepción. Siempre han sido la excepción.

Al verme sumido en mis pensamientos, Silla se acerca a mí y me pone una mano en el brazo.

—Voy a dejarte con esas preguntas dando vueltas en tu preciosa cabeza, pero si la cosa no funciona, quiero que sepas que siempre tendrás un sitio en el Crescent City Club. Ahí lo dejo.

Le dedico una sonrisa tensa y asiento.

—Gracias.

Sale por la puerta y poco después escucho el saludo cordial de Hunter. Escucho mi nombre, pero me quedo en la sala unos minutos para darme tiempo para pensar.

Todos los jueves por la noche, los propietarios de Juegos Prohibidos quedan en el bar para pasar un rato tranquilo sin hablar del negocio. Yo siempre voy porque… Pues claro que voy.

Esta noche estoy sentado a la mesa entre Hunter e Isabel, dándole vueltas a la mente con la vista clavada en la cerveza. Todos a mi alrededor ríen y sonríen, y detesto no ser yo mismo.

Enfrente de mí está la prometida de Garrett, Mia, mirándome con preocupación. Después de que ella y yo superáramos la incomodidad de descubrir que Garrett había usado mi nombre para charlar con ella en la *app* de *camgirls,* lo que hizo que nuestro primer encuentro fuera un poco… tenso, nos hemos hecho muy buenos amigos, sobre todo porque es la que tiene las ideas más locas del club, y soy la primera persona a la que acude cuando quiere hacerlas realidad: *«Drake, ¿podemos poner un* jacuzzi *en la sala vip?». «Drake, ¿puedes hacer que una de las salas parezca una ruta de senderismo al aire libre?». Drake, ¿puedes poner unas vigas para que me masturbe colgada del techo?».* Está como una puta cabra, pero me gusta. Aunque ahora mismo no, porque me da la impresión de que puede leerme la mente, y eso me incomoda. Normalmente estaría merodeando alrededor de cualquier mujer soltera que tenga pinta de querer compañía, pero, por supuesto, ahora no debo hacerlo, y no puedo explicarles el porqué.

—¿Va todo bien, Drake? —pregunta Garrett desde el otro lado de la mesa. Tiene el brazo sobre los hombros de Mia, que está tomando un refresco de frutos rojos—. No sueles quedarte tanto tiempo con nosotros —bromea, y yo me encojo de hombros con una sonrisa forzada porque no sé qué responder. Puede que esté follando con mi mejor amigo y con su mujer de forma exclusiva, o puede que no. Aunque en realidad no es una relación exclusiva porque ni lo hemos comentado. Sí, es facilísimo responder a esa pregunta…

—Supongo que esta noche no estoy de humor —respondo, lo que no solo le hace reír a él, sino también a todos los demás; menos a Maggie, que está absorta en su teléfono.

Bueno, a ella y a la pareja entre la que estoy sentado, que parece demasiado incómoda como para unirse a la diversión.

—¿Drake no está de humor? —se burla Garrett—. No me lo creo. Apuesto a que estás saliendo con alguien.

—Un pajarito me ha dicho que alguien tuvo una cita con Geo la semana pasada —comenta Charlie con una sonrisa pícara, acodándose en la mesa.

—Oooh —suspira Mia.

Maldita sea. Ahora todos me están mirando.

—Solo fue una cita —respondo.

—Ajá… —replica Garrett.

Por el rabillo del ojo veo que Hunter está apretando el vaso con tanta fuerza que no me sorprendería si lo rompiera

—Vosotros dos estáis muy callados. ¿Qué sabéis? —insiste Garrett, e Isabel esboza una tímida sonrisa y se encoge de hombros.

—No sabemos nada —responde, y de repente me doy cuenta de lo incómodo que es todo esto, y de que todo el mundo se ha dado cuenta. Bien podríamos llevar carteles gigantes con la frase «ALGO PASA».

Todos vuelven a mirar en mi dirección, con las cejas enarcadas y expresión escrutadora. Una parte de mí quiere confesarlo todo, pero no puedo, aunque la verdad es que no entiendo por qué lo mantenemos en secreto. En este grupo hay muy poca gente convencional: Garrett folla con su hermanastra y Emerson tiene una relación muy seria con la exnovia de su hijo, y ni pestañearían si les dijéramos que hacemos tríos todas las noches. Joder, probablemente han asumido que siempre ha sido así. Entonces, ¿por qué de repente me siento como un secretito sucio? Cuando por fin cambian de tema y las expresiones curiosas se apartan de mí, veo que Hunter me está mirando. Rechino los dientes y apuro la cerveza porque, de pronto, me muero por salir de aquí. Así que, sin dar ninguna explicación, me levanto de la mesa, pero Isabel me dedica una mirada que resquebraja mis firmes propósitos.

—Solo voy al baño —digo con suavidad, y ella me sonríe.

En serio, si alguien estuviera prestando atención y viera cómo me mira, saltaría la liebre, pero eso no ocurre y yo sigo cabreado, así que voy al baño, que está al fondo del bar, con el ceño fruncido.

Llevo mucho tiempo mosqueado y ni siquiera sé por qué. Quizá porque tengo las palabras de Silla grabadas en la mente o porque Hunter y yo follamos hace unos días, pero no hemos hablado de ello. Sí… tal vez estoy un poco irritable. Y tal vez solo estoy probando mi propia medicina porque no sé ni con cuánta gente he follado para después evitarla. Ha habido un montón de gente a la que no he llamado aunque me hubieran dado su número, y he flirteado descaradamente con otros delante de ellos, haciéndoles creer que podría comprometerme.

Pero yo no soy cualquiera para Hunter: soy su mejor amigo, aunque a estas alturas esa palabra no alcanza para definir lo que somos; lo que hicimos esa

noche en la habitación de invitados no fue solo sexo; ni siquiera fue «follar», fue… Dios, detesto admitirlo y hasta pensarlo, pero esa noche hicimos el amor.

Nunca me había sentido tan unido a otra persona en mi vida, y el sexo fue de otro mundo… No, de otro universo. No tuvo nada que ver con lo que he hecho cientos de veces con innumerables desconocidos.

Lo único que podría haber mejorado esa noche habría sido tener a Isabel allí con nosotros en lugar de acechar en silencio en el pasillo, que es donde tengo claro que estaba.

Me estoy lavando las manos cuando Hunter entra en el baño, como sabía que haría. Y como sabía que haría, echa el pestillo para que tengamos un minuto antes de que alguien empiece a aporrear la puerta para entrar.

—Eso ha sido incómodo… —murmura, acortando la distancia que nos separa. Me aparto y su sonrisa juguetona se desvanece rápidamente—. ¿Qué he hecho?

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir así, Hunter?

—¿A seguir cómo? —Eso me enfurece aún más. ¿Cómo se atreve a actuar como si fuera una pregunta?

—¡Así! —Chasco la lengua—. Manteniéndolo todo en secreto. Follando y actuando después como si no hubiera pasado nada.

—Ah, vale, ¿quieres acabar con esto? Pues muy bien, Drake, ve a ligar con alguien en el bar si es lo que te apetece.

Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta.

—Eso no es lo que quiero.

—Entonces, ¿qué quieres? —suelta, y no sé cómo ha tomado las riendas de la conversación, como si fuera yo el que le debe una explicación.

—Quiero hablar de lo que pasó la otra noche. Quiero que admitas que eres bisexual y que te parece bien. —Resopla, con cara de ofendido, como si acabara de acusarlo de ser… justo lo que es—. Quiero que me digas qué leches está pasando, Hunter. Y si quieres que solo esté contigo y con Isabel, lo haré.

—¿De verdad? ¿Tendrías una relación exclusiva? ¿Sin acostarte con nadie más?

Suelto un bufido de fastidio.

—Sí, lo creas o no, puedo dejar de ser un puto golfo.

—No quería decir eso.

—Claro que sí, pero da igual. He estado toda mi vida a tu lado y jamás he pasado más tiempo con otra persona porque era lo que quería hacer. Y ahora me tienes, a mí entero. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Sus fosas nasales se dilatan y me mira, nervioso y frustrado. Tiene demasiados demonios en su interior como para sentir paz.

—Te das cuenta de que esto es más complicado que eso, ¿verdad, Drake? Isabel y yo estamos casados. Tampoco es como si pudiéramos…

—¿Si pudierais qué? ¿Follar con vuestro mejor amigo y esperar a que se comprometa solo con vosotros sin darle nada a cambio?

—Drake, para.

—No. Esto es una puta mierda. Lo entiendo: no quieres que me folle a otra gente y a tu mujer al mismo tiempo, pero tampoco quieres que te pertenezca. —Me hierve la sangre y me siento a punto de explotar. Me siento acorralado, como si fuera yo el que se equivoca al estar enfadado.

—Entonces dime qué hacer —suplica, a punto de rendirse. Y por un momento me siento mal por él, por mi amigo hecho polvo y asustado. Cuando Hunter quiere pelear por algo lo hace, pero ahora quiero que pelee por mí, y tardo en responder porque no debería tener que hacerlo. Isabel es mucho mejor que yo en esto. Sabe exactamente qué decir y cómo hacerse entender, pero yo no—. Dime qué tengo que hacer, Drake —repite, con un tono más alto.

Y me doy cuenta de que podría explicarle a Hunter qué debería decir o hacer, pero así no va a cambiar. Y odio lo que esto supone, pero Silla tenía razón. Hunter ha levantado unos muros a su alrededor que lo mantienen a salvo sin necesidad de que se muestre vulnerable, y, hasta que lo derribe, no me hará un hueco en su vida. Así no.

He pasado de ser su mejor amigo a su follamigo.

Alguien llama a la puerta. Si no tenemos cuidado, vamos a levantar sospechas, así que abro sin apartar la vista de Hunter, que sigue esperando una respuesta que no puedo darle: es él quien debe encontrarla.

—No lo sé —respondo; abro la puerta y un hombre desconocido pasa junto a mí—. Pero soluciónalo.

Y con eso, salgo del baño. Me despido de todos —Isabel me mira con preocupación— y me voy del bar, pero ni aun así me siento como si me hubiera alejado lo suficiente; creo que ni siquiera aunque encontrara otro apartamento y un nuevo trabajo sería lo bastante lejos como para escapar del

daño que hemos hecho.

Regla nº 33

Soluciónalo

HUNTER

La sala del taller está hasta los topes. De hecho, se ha llenado en cuestión de minutos, y ya tenemos peticiones para organizar más, lo cual es estupendo, pero mientras estoy al fondo de la sala, viendo cómo Drake charla con Silla, me resulta difícil centrarme en el taller. En lugar de eso, estoy cavilando, preguntándome si puedo ofrecerle a Silla un puesto a tiempo completo en Juegos Prohibidos aunque eso signifique que tenga que verla coquetear y hacerse amiga del hombre al que amo.

Sé que aunque luzca una sonrisa radiante y coqueta, no está contento; no lo está en absoluto. Isabel no deja de mirarme, estudiando mis reacciones. No sé, quizá espera que me venga abajo.

Joder, a lo mejor hasta yo estoy esperando a venirme abajo.

Desde la pelea en el baño el jueves, Drake y yo apenas hemos hablado salvo para discutir detalles sobre el trabajo que hacía falta llevar a cabo para el taller de esta noche.

Isabel tampoco ha hablado mucho conmigo.

Estoy jodiendo yo solo las dos relaciones más importantes de mi vida y no sé cómo solucionarlo. Acaba de decir *«Soluciónalo»* como si fuera así de fácil. Como si yo supiera qué demonios hacer ahora. Quiere que salga del armario y reconozca que soy bisexual, pero ¿en qué va a mejorar eso nada? Y es un paso enorme para mí, y, además, ni siquiera sé si soy bisexual de verdad porque hasta ahora él es el único hombre con el que he querido estar. Así que no sé qué más le da si salgo del armario o no.

Aunque sé que no da igual. No da igual porque hasta que no acepte quién soy, no puedo aceptarlo a él. Hasta que no pueda deshacerme de todas las mierdas odiosas e ignorantes que mi padre me inculcó, Drake nunca confiará de verdad en mí.

Isabel vuelve a mirarme como si pudiera leerme el pensamiento.

—Oye, Iz, ven aquí —la llama Drake, y su atención se aparta de mí.

Atraviesa la sala y discute con los dos mientras el lugar se llena y los clientes ocupan su lugar en las mesas. El taller comenzará en unos minutos.

De tanto en tanto, Isabel me mira con cautela y luego sigue charlando con ellos. Por fin asiente con expresión tensa y se dirige hacia mí.

—Silla quiere que la ayude con el taller —susurra.

—¿Con Drake?

Ella asiente, avergonzada.

—Claro, me parece una idea estupenda —miento, como si volver a verlos sobre un escenario fuera a mejorar esta tensa situación.

—De acuerdo. —Se queda a mi lado y se muerde el labio como si esperara que dijera algo más—. ¿Sabes? Si quieres ocupar el lugar de Drake…

—No —la interrumpo—. Se me da fatal. Drake lo hará mejor.

—No importa que se te dé mal. Se supone que estamos aprendiendo.

—Es igual: vosotros dos quedáis mejor juntos —respondo, y se le entrecorta el aliento.

—Isabel, ¿estás lista? —la llama Silla, pero mi mujer tarda unos largos instantes en apartar la vista de mí. Al fin, se apresura a acercarse al escenario, junto a Silla y Drake, y se cuelga la misma sonrisa falsa que lleva Drake.

Me quedo en silencio al fondo de la sala, intentando componer una expresión neutra. A diferencia de la última vez, ver a Drake e Isabel tocarse me hace sentirme vacío. Pero no son ellos los que me excluyen: soy yo.

—Esto ha sido un éxito —susurra una voz profunda a mis espaldas, sacándome de mi fiesta de la autocompasión. Emerson Grant está contemplando a la multitud, y sus palabras me llenan de orgullo.

—Sí. Y la gente ha pedido que lo hagamos más veces.

—Claro que sí. No sé cómo te las has arreglado para organizarlo tan rápido, Hunter. Deberías sentirte orgulloso.

—Lo estoy —respondo con tono inexpresivo.

—Entonces, ¿por qué estás tan enfurruñado?

—No lo estoy. —Hasta yo sé que he respondido demasiado rápido.

Dirige su atención hacia Isabel y Drake y les dedica una rápida y cálida sonrisa a la que ella corresponde cortésmente. Luego se vuelve de nuevo hacia mí.

—¿Por qué no eres tú el que está en el escenario en vez de él?

—A él se le da mejor.

Emerson frunce el ceño y una arruga aparece entre sus cejas.

—Bueno, se les ve bien juntos.

Me obligo a tragar saliva, debatiéndome entre los celos y la atracción.

—Sí, así es.

—Yo me volvería loco si Charlotte intimara tanto con otra persona, sobre todo con Drake.

Me sobresalto y miro a mi alrededor.

—¡Emerson! —exclamo bruscamente. Una pareja cercana se gira hacia nosotros, pero Emerson se los queda mirando y de pronto pierden el interés en nuestra conversación—. No hay nada entre ellos, si es eso lo que insinúas —susurro con tono irritado.

Pero ni siquiera se molesta en mostrarse escéptico; la expresión de su cara lo dice todo: lo sabe. Con un gesto llano y poco impresionado, me lleva hacia el pasillo. Espero que discuta, pero no lo hace.

—Drake me ha dicho algo raro esta mañana —anuncia, colocándose la corbata, y yo me tenso—. Me ha preguntado si tenía algún proyecto para el club que tuviera que terminar antes de fin de mes. —Me obligo a tragar saliva y a no parecer sorprendido o preocupado, que es como estoy—. ¿Sabes si tiene planes de irse o de aceptar otro contrato? —pregunta al ver que no respondo.

—No.

Una ronda de aplausos acompañada de exclamaciones de sorpresa y admiración recorre la sala que hay a mi espalda, y me doy la vuelta a tiempo de ver a Isabel, junto a Drake, con las manos atadas por encima de la cabeza. Se sonríen el uno al otro, mirándose con intensidad.

—No me gustaría perderlo —reconoce Emerson en voz baja, y me vuelvo hacia él con el ceño fruncido. Él esboza una sonrisa—. Sé que todos pensáis que no soy muy fan de Drake, pero creo que hace un buen trabajo a pesar de que tienda a sacarme de mis casillas. Y me gusta tenerlo aquí, aunque sea yo tan gilipollas de no decírselo. Debería hacérselo saber… —Y después de eso se marcha y yo me quedo aquí plantado, sin palabras. Estoy convencido de que no sabe que ha dado en el blanco con sus palabras, pero me incomoda lo mucho que se ha acercado a la raíz del tema.

Regreso a la sala para asistir a lo que queda del taller. Silla se acerca a todas las mesas y les da instrucciones a las distintas parejas y grupos. Isabel y Drake hacen lo mismo, mirándome de tarde en tarde, y no veo en sus expresiones la

misma tensión que antes; la misma tensión que yo siento.

Ojalá pudiera hacer desaparecer todos mis demonios, todo lo que hace que esto sea tan difícil para mí. Ojalá pudiera ser lo que necesitan: un hombre capaz de aceptar quién es sin debatirse consigo mismo, un hombre sin miedo a decirle al mundo que ama a dos personas y que las desea a las dos. Pero lo que no entienden es que mis defectos no son una elección, que están profundamente arraigados en mi ADN, que están entretejidos en la mismísima esencia de lo que me hace ser quien soy y que, si los desenredo, no sé qué quedará de mí.

Y así, de repente, se me ocurre la solución y cae sobre mí con la fuerza de un maremoto que me hundiera en el fondo del mar. Ya sé cuál es la respuesta, e implica sacarme de la ecuación.

Le he dicho a Drake que me dolía la cabeza y que se encargara él de llevar a Isabel a casa. Se han ofrecido a acompañarme, pero estaban pasándoselo genial con Silla y con el resto del equipo, y no quería echar a perder el momento.

Además, tenía que ser el primero en llegar a casa porque eso lo hará todo más fácil. Mientras estoy plantado delante del armario, pienso en mi padre y me viene a la cabeza un recuerdo muy nítido: yo estaba a medio camino entre la infancia y la adolescencia; tenía unos doce años, quizá. Era un buen día porque él estaba un poco más sobrio que de costumbre, y mi madre y él podían soportarse. Me llevaron a la playa el primer día de vacaciones de verano, y recuerdo que pensé que desde entonces todo iba a ir mejor, que, si no lo hacía enfadar, no iba a tener motivos para pegarme; que, si mi madre seguía sonriendo, no se iban a separarse y ella no iba a dejarnos. Que, si todo seguía como ese día, las cosas iban a ir bien.

Chapoteamos entre las olas y sonreí al verlos besarse en el agua. Fue un momento perfecto de paz.

Una pareja de hombres dejó las toallas en la arena, no muy lejos de las nuestras. En cuanto sacaron la sombrilla, una sensación de fatalidad se apoderó de mi corazón. Les rogué mentalmente que no hicieran nada, que no se tocaran, que no se hablaran muy de cerca y, definitivamente, que por favor no se besaran.

Esos dos hombres no tenían ni idea de que estaban a punto de echar a

perder un día perfecto, aunque ahora sé que fue mi padre quien lo echó a perder. Pero para mi cerebro prepúber fue culpa de ellos.

Una mirada y mi padre lo supo. Fue suficiente para que nos espetara que recogiéramos nuestras cosas, suficiente para que murmurara una grosería en su dirección antes de marcharnos, suficiente para hacerme prometer en ese mismo instante que, pasara lo que pasara, nunca me permitiría ser como esos hombres, y esa promesa me ha perseguido toda la vida, incluso después de que él muriera, hace ya doce años. Incluso después de que aquel día perfecto se convirtiera en otra pesadilla diaria con su aliento a cerveza y los moratones que me dejaba su cinturón. Esa estúpida promesa se convirtió en mi maldición.

Esa estúpida percepción de la infancia se quedó conmigo al hacerme mayor, como un traje mal ajustado, y se incrustó en mi psique. No puedo olvidar lo que sentí de niño, pero ahora puedo solucionarlo. Porque amo a Drake, aunque aún no pueda decirlo en voz alta. Amo a ese hombre tanto como a mi esposa, y debería habérselo dicho todo. En cambio, lo he mantenido prisionero de mi amor, pero eso va a acabarse de una vez.

Ni siquiera sé qué hora es cuando por fin llegan, pero los recibo en el salón con las maletas hechas. Isabel se queda paralizada sobre el felpudo y me mira con los ojos muy abiertos cuando se fija en la bolsa de lona que tengo a los pies.

Drake tarda un momento más en darse cuenta de lo que está pasando.

Tengo un nudo en la garganta por todas las emociones que llevo demasiado tiempo reprimiendo, pero es su forma de mirarme lo que hace que casi me venga abajo.

—¿Adónde vas? —murmura, con sus hermosos ojos verdes llenos de lágrimas.

Vale, allá vamos…

—Voy a quedarme en casa de Maggie una temporada. Tiene una habitación de invitados que puede dejarme.

La cara de Isabel se contrae por la sorpresa y la confusión, y sus pecas desaparecen bajo el rubor de la ira.

—¿Qué? ¿Por qué?

Drake permanece estoico detrás de ella, con la mirada perdida, aguardando una respuesta.

—Me dijiste que lo solucionara —explico—. Y me he dado cuenta de que lo que no funciona soy yo. Yo soy el que tiene mierda que superar y demonios

que combatir, y hasta que no pueda hacerlo, no puedo daros a ninguno de los dos lo que necesitáis de mí.

Isabel me mira con los ojos anegados en lágrimas que se esfuerza por reprimir.

—¿Así que te vas y ya?

—No creo que pueda superar esto si estamos juntos. Quiero que seáis felices y me deis tiempo para resolverlo todo.

—¿Vamos a separarnos? —pregunta con un gemido, y el pánico en su voz me revuelve las tripas.

—No, pelirroja, no vamos a separarnos. Voy a volver.

—A la mierda con todo —espeta Drake, apuntándome con un dedo—. Esta no es la solución.

—Sí, lo es, Drake.

—¡No, no lo es, joder! —protesta—. Estás huyendo.

—¿Quién? ¿Yo? —respondo—. Dime la verdad: ¿estabas pensando en dejar Juegos Prohibidos e irte a otro club? ¿A otro estado?

Su falta de respuesta lo dice todo.

—¡¿Qué?! —exclama Isabel, con un grito ahogado.

—Emerson me ha contado que has hablado con él esta mañana. Apuesto a que Silla te ha ofrecido un trabajo en Nueva Orleans. Te conozco mejor que tú mismo, Drake.

—¿Te vas? —susurra mi esposa.

Drake la mira con los hombros caídos y expresión triste.

—No. No me voy.

Ella suelta un suave jadeo antes de dejarse llevar por la angustia y romper a llorar en serio. Va hacia la cocina, con el rostro escondido entre las manos, sollozando, y me hace tanto daño que me odio a mí mismo por lo que le estoy haciendo, pero no puedo tocarla, porque, si lo hago, me desmoronaré, y tengo que ser fuerte ahora mismo, por ella.

—Lo hago para ser mejor para ti. Para los dos. No tenía ni idea de que íbamos a acabar así cuando os pedí que os acostarais, pero no puedo deshacerlo y no podemos fingir que no ha pasado, así que, o lo soluciono y regreso cuando pueda trataros como os merecéis, o seguimos como estamos y acabáis siendo vosotros los perjudicados.

Vuelve a sollozar, coge un pañuelo de la encimera y se seca los ojos. Drake sigue en el salón, y le dirijo una mirada suplicante. Se acerca y le acaricia la

espalda para consolarla. Ella no se echa en sus brazos ni hace ademán de agradecérselo: se limita a llorar.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —pregunta Drake.

—Un par de meses. Maggie me ha dicho que podía quedarme cuanto quisiera.

Isabel llora más fuerte, pero ya no tengo más que decir. Ahora debo cumplir la promesa de solucionar todo esto, lo que significa que debo irme.

Regla nº 34

Cuando solo te quedan los recuerdos, los recuerdos deben ser suficiente

ISABEL

Sigo en la cocina mucho tiempo después de que se haya cerrado la puerta principal, dejando que la devastación me aturda como una droga. No debería sorprenderme. Sabía que no podíamos seguir así. Hunter ha evitado muchas cosas durante mucho tiempo. No, no podíamos seguir así, pero esto no lo había visto venir. Nunca había llegado a pensar que nos abandonaría.

Drake se queda un rato detrás de mí, pero finalmente se va a servirse una copa.

No puedo quedarme aquí más tiempo, así que subo las escaleras; entumecida, me quito la ropa y me quedo mirando la camiseta que debe de haber llevado Hunter esta mañana. Me la pongo con los ojos anegados en lágrimas y me envuelve su aroma, y me meto en la cama vacía, acurrucada en mi sitio, llorando sin cesar sobre la almohada.

Reproduzco cada momento que me ha llevado a este punto, desde hace diez años, cuando Hunter se me acercó en la biblioteca. Me dejo llevar por el recuerdo, tratando de rememorar cómo me sentí en ese momento.

—¿Qué tal? —susurra su voz profunda entre las estanterías. Estoy apoyada contra la pared, ya a mitad del libro que he cogido hace una hora. No era el que quería encontrar, pero es parecido e igual de bueno.

—¿Qué? —respondo. Sus ojos castaños oscuros me miran por encima de una hilera de novelas románticas. Parece problemático, con esas ojeras y esos pómulos demacrados. Me tenso cuando sigue por el pasillo hasta ponerse frente a mí. Lo he visto antes: merodea mucho por la esquina de la biblioteca con un chico alto y guapo, pero ahora no hay rastro de su amigo.

Todos los días me saludan, y yo espero a que muevan ficha por fin.

—¿Qué tal está esa novela? Nunca había visto a alguien tan interesado en un libro…

—No vienes mucho por la biblioteca, ¿no? —pregunto.

La sonrisa que aparece en su rostro me asusta un poco: es la clase de sonrisa que me llevaría a hacer cosas muy malas; más que una sonrisa, es una advertencia, pero cuando se desvanece y me mira a los ojos, me siento como si pudiera ahogarme en su atención; no es una expresión depredadora ni aterradora, sino más bien de asombro y apreciación.

—No, no vengo por aquí muy a menudo, pero empiezo a pensar que debería hacerlo.

—¿Para ligar? —replico, intentando no sonrojarme.

—Para hablar contigo.

—No es un buen plan.

Parece sorprendido por un momento, y cambia de postura.

—¿Por qué?

—Porque vengo aquí a leer, y si me molestas mientras leo, por muy guapo que seas, me vas a caer muy mal.

Se muerde el labio inferior y vuelve a sonreír.

—¿Crees que soy guapo? —Suelto una risita y uno de los bibliotecarios nos dedica una mirada severa—. Vamos a otro sitio —propone, y yo pongo los ojos en blanco. Si solo quiere meterse en mis bragas, me voy a sentir muy decepcionada. A ver, lo entiendo: es un tío de veintitantos, claro que quiere meterse en mis bragas. ¿Pero es mucho pedir que también esté interesado en mí como persona?

—No, gracias —respondo, acercándome el libro a la cara.

—Vale, está bien. Pues elige un libro para mí.

Vuelvo a soltar una risita; ¿qué me pasa?

—¿Para qué?

—Para que lo lea. ¿Para qué si no? Así no te molestaré. Me sentaré aquí y disfrutaré de la lectura.

—Eres muy insistente, ¿no?

—Casi siempre consigo lo que quiero.

—Si te doy mi teléfono, ¿me dejarás terminar el libro? —suspiro.

—Con mucho gusto.

—Vale —murmuro, cogiendo el móvil—. Dame tu número. —Cuando lo hace, le envío un mensaje rápido con nada más que dos emoticonos: un corazón rojo y una pila de libros.

—Voy a guardar el contacto como «Pelirroja», pero ¿me dices tu nombre?

—Isabel.

—Isabel —repite, como saboreándolo.

—¿Y el tuyo? —pregunto.

—Hunter, tu futuro novio. No: tu futuro marido.

Esa vez me río tan fuerte que la bibliotecaria me chista, enfadada, así que me tapo la boca.

—¿De qué te ríes?

—Ha sido un poco exagerado, ¿no crees?

—No —responde, con cara de ofendido. Entonces se agacha, y es como si cambiara mi percepción de la realidad—. No suelo hacer cosas así. No coqueteo con chicas al azar en las bibliotecas. Ni siquiera me gusta iniciar conversaciones, pero haría lo que fuera con tal de conocerte. Haría cualquier cosa con tal de conocerte. Eso no es una exageración: es el destino.

El sonido de los pasos de Drake al subir las escaleras me arranca de los recuerdos. Cuando pasa junto a mi puerta abierta, lo llamo.

—Duerme aquí conmigo. Por favor.

Se detiene en el pasillo. Un momento después, la luz apaga y él abre la puerta del dormitorio y entra en silencio.

—¿Estás segura? —susurra. No contesto: solo tiendo la mano hacia él. Se quita la ropa y se mete en la cama a mi lado, y yo me pego a él y apoyo la cabeza en su brazo, inhalando su familiar aroma. No es Hunter, pero es lo más parecido que tengo en este momento, lo bastante como para dejar de llorar—. Va a volver. No podría alejarse de ti aunque quisiera.

—¿Y si no lo hace? —pregunto con voz temblorosa.

—Eso es imposible, Isabel. Tú eres todo su mundo. No sabes cuánto cambió por ti, pero yo sí. Hizo todo lo que pudo para ser digno de ti.

—Y ahora hace esto para merecerte a ti —musito contra su cuello, y Drake se tensa.

—No debí complicar las cosas. Todo esto es culpa mía.

Levanto la cabeza para mirarlo.

—Hiciste lo que él te pidió.

—Lo presioné. Intenté ponerlo celoso, aunque sabía que no estaba preparado.

—No te culpes.

—Supongo que mientras tú eras todo su mundo… él era el mío.

Se me parte el corazón. Mi dulce Drake y su enorme corazón. Se ha pasado toda la vida amando a un hombre que estaba obsesionado con otra persona, y

esa persona era yo. Y aun así no me odia, porque Drake es así; quizá sea demasiado generoso regalando su cuerpo, pero su corazón siempre ha sido el más leal.

Sin saber muy bien por qué, le pongo la mano en la nuca y lo acerco a mí para besarlo; es un beso con la boca cerrada, solo para sentirlo cerca. Cuando nos separamos, posa los labios en mi frente y me estrecha entre sus brazos. Nos quedamos así hasta que nos vence el sueño, y yo retomo el camino del recuerdo, que me lleva de nuevo a esa biblioteca.

Regla nº 35

No tengas miedo a los cambios. El pelo crece

Dos meses después…

Drake

Creo que está a punto de caérseme el pene a cachos. ¿Cuánto tiempo puede pasar alguien sin sexo hasta que deba empezar a preocuparse? Sí, ya sé, me estoy poniendo dramático, pero estos dos últimos meses han sido duros. Y no solo porque no he metido el pene en nada más que en mi puño, sino porque me falta un trocito de mi vida. Bueno, un trozo grande.

Isabel y yo hemos caído en una cómoda rutina, y creo que la mayor parte del tiempo lo lleva bien. Yo me paso el día trabajando, aceptando encargos para ocupar las horas libres que me deja el club; ella da clases todas las tardes, y solo nos vemos cuando regresa a las nueve después de cerrar el estudio. Entonces charlamos, cenamos y nos vamos juntos a la cama, donde la abrazo hasta que se duerme, a veces llorando, aunque ya no tan a menudo.

Solo he visto a Hunter un par de veces en el club, y no hablé con él. Fue de pasada mientras arreglaba la cerradura de una de las puertas. No tengo ni idea de lo que el equipo de Juegos Prohibidos comenta de nosotros, aunque, si sienten curiosidad, a mí no me han preguntado.

Hasta donde yo sé, con Isabel solo ha hablado por teléfono, y no se han visto en todo este tiempo. Sé lo dura que es su ausencia para mí, pero para ella debe de ser peor aún. Las vacaciones se acercan rápidamente y nuestra paciencia se agota. Hunter tiene que hacer algo pronto o vamos a volvernos locos.

El domingo por la tarde llego del gimnasio, dejo la bolsa al pie de la escalera y estoy a punto de ir a la cocina cuando oigo unos sollozos en el piso de arriba. Me quedo ahí un instante, con la mano en la barandilla, aguzando el oído por si han sido imaginaciones mías, pero vuelvo a escucharlos.

Joder.

Subo las escaleras de dos en dos y sigo el sonido hasta que llego a la puerta del cuarto de baño principal. Me quedo con la boca abierta al ver a Isabel: está frente al espejo, con las mejillas bañadas en lágrimas y el pelo medio metro más corto que esta mañana.

—Quería un cambio de imagen, pero lo aborrezco —llora.

Siempre ha llevado su pelo cobrizo muy largo, pero ahora las ondas apenas acarician sus hombros. Es chocante y cuesta acostumbrarse, pero sigue siendo la hostia de guapa.

—Mmm… —murmuro, y ella se echa a llorar con más ganas. Joder, qué mal se me da esto. Jamás había tenido una relación estable y hace dos meses me vi metido en una sin comerlo ni beberlo.

No tengo ni idea de cómo hacer frente a la vida doméstica. Antes echaba a mis parejas antes de que amaneciera, y ahora cuelgo la toalla junto a la suya y mi ropa ya no está sola en el armario. Todo esto es muy nuevo para mí.

—No llores —le pido, yendo hacia ella con los brazos abiertos—. Estás preciosa, Iz.

Me deja abrazarla, pero sigue a lo suyo

—Solo lo dices para que deje de llorar. No te gusta.

—¡¿Qué?! —exclamo, y hago que se dé la vuelta para que se mire en el espejo—. Pero si estás despampanante. Sí, es muy distinto, pero estás mal de la cabeza si no te das cuenta de lo guapísima que estás.

Se le hunden los hombros.

—¿Y si Hunter lo detesta? ¿Y si echa de menos mi melena?

Su voz destila tristeza, y eso me desgarra. No puedo soportarlo; tengo que solucionar esto.

Abro el cajón que hay bajo el lavabo y rebusco entre las cosas que Hunter se ha dejado hasta que la encuentro; sabía que estaba ahí. La cojo, tirando del largo cable negro y, cuando la enchufo, ella me mira con curiosidad. Compruebo los ajustes y elijo una posición intermedia, para que no quede demasiado corto. Enciendo la maquinilla y me la paso por en medio de la cabeza. Isabel suelta un grito desgarrador.

—¡Drake! ¡¿Qué haces?! —exclama cuando un par de mechones rubios caen al suelo.

—Solo es pelo, cariño. Y acabo de decidir que necesito un cambio, así los dos estaremos distintos cuando vuelva.

Me mira con la boca abierta mientras sigo pasándome la maquinilla por la cabeza. No recuerdo la última vez que tuve el pelo tan corto. Fue antes de que conociéramos a Isabel, así que nunca me ha visto de otro modo.

No me lo he cortado al uno, he dejado un par de centímetros desde el cuero cabelludo, y me encanta la sensación al pasar la mano por encima: refrescante y ligera.

Solo tardo unos minutos en cortármelo todo, y cuando ya no llego, ella me ayuda con la parte de atrás. Finalmente, nos quedamos con todo el suelo hecho un desastre a nuestro alrededor, mirándonos al espejo.

Ya no llora, y la sorprendo esbozando una sonrisa.

—Me gusta —aprueba.

Contemplo mi reflejo y hago control de daños. No está mal. Me gusta más el pelo largo, pero creo que así también me queda bien.

—Y a mí.

Nuestras sonrisas se desvanecen, su expresión se vuelve hambrienta y yo intento reprimir la lujuria que empieza a crecer en mi interior porque no pienso cruzar esa línea si él no está aquí.

Pero tal y como me mira ahora mismo…

Sin previo aviso, se vuelve hacia mí, me agarra la cara y hace que baje la cabeza para darme un beso hambriento. La abrazo y correspondo a su beso deslizando mi lengua entre sus labios y acariciando la suya. Jadea sin aliento en mi boca.

—Drake —suspira.

Le paso las manos por las corvas y la siento sobre la encimera del baño; me rodea la cintura con las piernas y se restriega contra la erección que esconden mis pantalones de deporte. Le deslizo los dedos por el pelo, ahora más corto, mientras la beso profundamente, y ella me acaricia los costados.

Cuando nuestros labios se separan, ella coge el dobladillo de mi camiseta y yo me tenso.

—Cariño…, no podemos.

—Sí, podemos —replica.

Dios, ¿en quién me he convertido? ¿De verdad le estoy diciendo a una mujer que no quiero acostarme con ella? ¿A una mujer a la que quiero más que a nada en el mundo?

Se pega a mí, gimiendo, tan excitada y necesitada como yo. Joder, soy demasiado débil para soportarlo…

—Isabel… —protesto, intentando apartarme.

Vuelve a llevar las manos a mi rostro y hace que me acerque a ella hasta que apenas nos separan unos centímetros.

—Esto es importante, Drake. Tú y yo. Me dejó contigo por una razón, y no se trataba de que pensara que no íbamos a follar.

—No quiero ser la clase de tío que se acuesta con la mujer de su mejor amigo.

Se aparta y me mira, sorprendida.

—Dijiste que yo siempre sería tu chica.

—Tú eres… —Y de pronto todo cobra sentido: llevo toda la vida diciéndome que soy un canalla… y resultó ser una profecía autocumplida en la que vivía saltando de cama en cama porque pensaba que era lo que me merecía, pero llevo mucho tiempo deseándolos a los dos y nunca he actuado en consecuencia. Jamás. Y de pronto no deseo a Isabel por las mismas razones que hace un segundo: ya no es solo sexo, es mucho más. Acorto la distancia que nos separa y apoyo mi frente en la suya—. Te quiero, Isabel. —Suelta un pequeño jadeo y me abraza con fuerza; se le humedecen los ojos y asiente.

—Yo también te quiero —susurra.

Vuelvo a encontrar sus labios, ávido de su contacto, y ella corresponde a mi beso con otro cargado de emoción. Me tira de la camiseta y esta vez se lo permito, e interrumpimos el beso solo el tiempo necesario para quitarnos la ropa.

Lleva la mano a la cintura de mis calzoncillos, me los baja de un tirón y yo la levanto de su asiento lo suficiente para quitarle las bragas. Ahora por fin estamos desnudos, y no se trata de sexo ni de estar cachondo ni de nada parecido. Cuando me deslizo en su húmeda calidez, sé que es mucho más que sexo.

Se trata de nosotros, como ha dicho; nuestros cuerpos se unen porque nuestras almas desean esa conexión.

Isabel gime al sentirme en su interior, y yo me dejo llevar por ese sonido.

—Dios, te quiero tanto… —murmuro contra su boca.

—¡Cariño! —exclama, abrazándome.

Engancho un brazo bajo su rodilla y me hundo más en su interior, tan profundamente como puedo, hundiéndome en algo más que en su cuerpo. Y me quedo allí, enterrado en su calor, con su corazón latiendo contra el mío.

Me retiro con suavidad y vuelvo a penetrarla de golpe, lo bastante fuerte

como para hacerla chillar y contonearse como una gata en celo, desesperada por más.

—No pares —exige, rodeándome una vez más la cara entre las manos.

Y obedezco. Como si cabalgáramos juntos la cresta de una ola, la embisto con una rápida cadencia que nos hace gemir y gruñir el uno en la boca del otro. Vadeamos la corriente como si fuéramos uno; nuestros gritos ahogados resuenan contra las paredes del baño, y ojalá pudiéramos seguir así para siempre, pero mantener este ritmo va a ser imposible.

Antes de perder el control, me aparto para mirar hacia abajo, donde su cuerpo se une al mío, y ella me imita.

—Tengo tantas ganas de correrme dentro de ti —gimo, desesperado.

—Hazlo, Drake. Márcame como tuya.

Joder… Esas palabras me llevan al límite y mis caderas se mueven como si tuvieran vida propia, embistiéndola con tanta fuerza que casi se golpea la cabeza contra el espejo. Con una mano apoyada en la encimera, utiliza la otra para acariciarse el clítoris en círculos, y el movimiento de sus dedos me vuelve loco.

—¡Eres mía! —bramo, moviéndome como un salvaje—. ¡Mi chica!

Cuando llega al orgasmo se tensa y sus muslos me estrechan las caderas como una prensa; de su boca solo escapan gruñidos, gemidos y palabras ininteligibles. La penetro una vez más y el placer me desgarra por entero cuando me vacío dentro de ella, palpitando durante tanto tiempo que creo que no va a parar jamás.

Me quedo en su interior todo el tiempo que puedo mientras jadeamos y sudamos. No quiero salir jamás de su cuerpo, y sonrío contra su piel porque sé que ya la he marcado oficialmente. No me he acostado con la mujer de mi amigo: me he acostado con la mía. Con la *nuestra*.

Regla nº 36

Nunca es tan difícil como crees

Hunter

«Ray Thomas Scott. Padre, marido y hermano.Falleció a la edad de sesenta y dos años».

Según su lápida, fue padre, pero no aclara de qué clase. Espero que la mía diga al menos que fui cariñoso.

Maggie me sugirió que viniera aquí para cerrar el círculo y que le escribiera una carta o le dijera unas palabras para expresar lo que le diría si estuviera vivo. Pero, para ser sincero, ya me cuesta bastante abrirme a las personas vivas, así que la idea de hablarle a un trozo de piedra colocado sobre un cadáver putrefacto y enterrado me parece excesiva.

Así que creo que quedarme aquí sentado, meditando, será suficiente. Y lo primero que debo pensar es que fui un imbécil al creer que bastarían dos meses para deshacer todo el daño que este hombre me hizo. Aun así, ha sido suficiente tiempo para que me diera cuenta de que no puedo seguir viviendo así, y este tiempo a solas me ha servido de mucho. He podido reflexionar y entender cómo sería mi vida sin ellos; me ha ayudado a salir del atolladero mental en el que me encontraba, y, sobre todo, me ha hecho darme cuenta de una cosa muy importante: no puedo vivir sin ellos y no tengo intención de hacerlo.

Pero no voy a volver con las manos vacías. Quiero demostrarles que he progresado porque no se merecen menos, y eso significa que tengo que ser fuerte y superar el miedo a expresar mis sentimientos; tampoco debo permitir que este hombre muerto siga controlando mi vida.

He venido para despedirme, pero de pronto siento la necesidad de añadir algo.

—Soy bisexual —pronuncio en voz alta, sorprendiéndome a mí mismo. *Joder,*

qué bien sienta…—. ¿Qué te parece, gilipollas? Soy bisexual y estoy enamorado de un hombre. —Una carcajada escapa de mis labios mientras miro las palabras grabadas en la piedra. El musgo y la podredumbre ya han empezado a aparecer, y las malas hierbas nacen por todas partes porque era demasiado gilipollas como para asegurarse de que alguien iba a cuidar de su lugar de reposo tras su muerte. Yo no pienso cometer el mismo error—. Dios, espero que te estés revolcando en tu tumba ahora mismo. Joder, ojalá te hubiera dicho eso cuando estabas vivo. Apuesto a que te habrías cabreado mucho. Me imagino las cosas que me habrías llamado. Incluso habrías intentado pegarme. Pero habrías estado demasiado enfermo y débil para dominarme, y me habría gustado verte intentándolo. —Mierda… Vale, supongo que sí puedo hablar con una lápida. Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que estoy solo, y, aunque compruebo que es así, sigo sintiéndome como un bicho raro, pero más ligero, como si me hubieran quitado un peso de los hombros—. Quizá si no hubieras sido tan gilipollas y te hubieras cuidado más, podrías haberlos conocido. Tal vez habrías estado orgulloso de mí. Tengo una mujer preciosa, y un… ¿Novio? No sé cómo llamarlo ahora mismo… Da igual. El caso es que tengo la suerte de que hay dos personas increíbles que quieren estar conmigo. Y solo espero no haberlo jodido todo por tu culpa. —Una brisa recorre el pequeño cementerio y remueve las hojas que han caído alrededor de las escasas lápidas. Y de repente, la sensación de ligereza se ve sustituida por una repentina ansiedad, como si librarme de ese peso hubiera aumentado mi deseo de volver con ellos, de regresar a casa—. Vale… —murmuro, mirando hacia abajo. Me agacho, arranco un puñado de malas hierbas que han arraigado junto a la tumba y las tiro; me incorporo y paso la mano por la parte superior del mármol gris—. Bueno, pues ya no tengo nada más que añadir. Que te jodan, viejo.

Y con eso, me doy la vuelta y salgo del cementerio, ansioso por meterme en el coche y llegar al club para recuperar a la gente a la que quiero.

Hay dos lugares en los que se juntan todos los propietarios de Juegos Prohibidos: el bar y las reuniones del Consejo de Administración. Ahora que todo funciona como una maquinaria bien engrasada con gerentes que se ponen en contacto con nosotros si algo va mal, podemos vernos todos en el bar, como en los viejos tiempos. Y como en el bar se sirve alcohol —como en

la mayoría de los bares—, decido que el jueves por la noche es el momento perfecto para ahogar mis nervios bebiendo.

Drake e Isabel no han venido. No sé dónde están ni qué están haciendo. Así ha sido los dos últimos meses y así quería que fuera. He hablado con mi mujer por teléfono de vez en cuando para saber cómo estaban, pero no tocábamos temas difíciles ni ella me acosaba con preguntas incómodas. Mi mujer, que es demasiado buena, entiende que tengo que hacer esta búsqueda personal yo solo.

Y este es uno de los hitos que debo cumplir solo sin lugar a dudas. Nos estamos tomando la segunda ronda cuando me decido y carraspeo.

—Tengo que contaros algo —anuncio. Todos se callan y se vuelven hacia mí. Saben muy bien que esas cuatro palabras no salen muy a menudo de mis labios, y por eso se quedan atentos esperando a que continúe. Joder, esto es incómodo. Y aterrador. Y eso que tengo treinta y tres años; ¿cómo lo hace la gente más joven?—. Supongo que sabéis que no estoy viviendo en mi casa y que Isabel y Drake no han venido mucho por aquí —tartamudeo. Maggie se muerde el labio y me pone la mano sobre los hombros. Como me he instalado en su habitación de invitados, es evidente que lo sabe todo sobre mi situación. Ha sido mi consejera oficiosa todo este tiempo y me ha servido de paño de lágrimas. Estoy seguro de que la mayoría de ellos dan por hecho que ha pasado algo entre Isabel y Drake, quizá que me engañó con él, y yo he dejado que pensaran lo que les diera la gana porque sabía que iba a llegar un momento en el que iba a aclararlo todo—. Bueno, la cosa es que los tres… —Levanto la vista y compruebo que Charlie me está mirando con expresión expectante, colgada del brazo de Emerson; Mia tiene los ojos como platos, y Garrett está reprimiendo una sonrisa. Y yo estoy gritando para mis adentros que son mis amigos. No, que son mi familia. Hemos llevado juntos el negocio durante más de siete años, hemos levantado esta empresa y la hemos hecho crecer como si fuera uno de nuestros hijos, y ahora sé que lo de no hacer negocios con los amigos es una chorrada. Los amigos son los únicos que no te roban ni te explotan. En este equipo siempre nos hemos guardado las espaldas, y ahora mismo soy muy consciente de ello—. Los tres… estamos juntos. Tenemos una relación. Drake y yo también. Yo… eeeh… Soy bisexual. —Cuando por fin pronuncio estas palabras se llevan con ellas todo el malestar que sentía al guardármelas para mí. Charlie está radiante. A Mia se le han llenado los ojos de

lágrimas y me tiende la mano, y Emerson me mira con orgullo. Cuando transcurre un largo rato sin que nadie diga nada, suelto un fuerte suspiro—. Ya lo sabíais todos, ¿verdad? —Sus murmullos ininteligibles me lo confirman. Lo han sabido todo el puñetero tiempo—. ¿Y por qué no me habéis dicho nada?

—No era asunto nuestro —se excusa Emerson.

—Para ser sincero, yo llevo todo este tiempo pensando que follabais todos con todos —comenta Garrett, y Mia pone los ojos en blanco—. Era lo lógico, Hunter. Tenéis demasiada química como para ser solo amigos.

—Me alegro de que por fin lo asumas —susurra Maggie, acariciándome la espalda.

—Entonces, ¿por qué te fuiste de casa? —pregunta Garrett con el ceño fruncido.

—Tenía que resolver un par de cosas antes de hacerle daño a nadie.

Asiente y me mira con expresión esperanzada.

—¿Y ahora qué? ¿Vuelves a casa? —pregunta Charlie.

—Creo que sí…

Se muerde el labio, emocionada.

—No es justo —se queja Mia, haciendo un mohín—. Isabel tiene dos y yo solo tengo uno.

Se vuelve hacia el hombre que está sentado a su lado, malhumorada, y la expresión de él se endurece y le da un pellizco en la cadera.

—Mocosa.

—Yo no tengo ninguno, así que no te quejes —protesta Maggie; frunce el ceño y le da un sorbo a la copa de vino.

—Eso es porque trabajas demasiado, Mags. Y siempre estás con nosotros. Aquí ya no hay solteros —respondo.

—No quiero a ninguno de vosotros —replica—. Sois demasiado pervertidos, ricos y engreídos.

Los tres la miramos, ofendidos.

—¿Demasiado pervertidos? —se indigna Emerson.

—¿Y desde cuándo presumimos de ser ricos? —pregunta Garrett.

Y yo solo puedo echarme a reír. Estamos muy pagados de nosotros mismos, y eso es indiscutible.

—Ni siquiera voy a responderos —responde, astuta.

Maggie se hace querer; trabaja duro y es sorprendente que nos haya mantenido a raya durante casi una década con lo dulce y tímida que es. Lo

malo es que no se toma tiempo para sí misma. Desde que vivo con ella me he dado cuenta de que no hace otra cosa que trabajar. La verdad, ni siquiera sabía que quería pareja hasta ese comentario hacia Mia.

Nunca ha salido con nadie que sepamos, jamás usa el club y nunca la hemos visto flirteando o enrollada con nadie. Es un enigma para todos, pero la queremos igual.

Todos se ponen a discutir sobre esas acusaciones y yo agradezco que la atención ya no esté centrada en mí. Ha sido muy fácil: he soltado la mayor bomba de mi vida, y mis amigos ni siquiera han pestañeado, y supongo que es porque para ellos nada ha cambiado. Yo sigo siendo el mismo, y los tres, Drake, Isabel y yo, somos las mismas personas que antes.

Y pensar que tenía miedo de que esto fuera difícil…

Regla nº 37

Cuando vuelva, no lo dejes escapar

ISABEL

Cuando por fin cierro el estudio y la última persona abandona la clase de yoga aéreo avanzado, son más de las nueve. Normalmente los alumnos se quedan más tiempo a charlar, pero por primera vez en mucho tiempo no tenía ganas de atenderlos.

Después de mi encuentro con Drake en el baño, empiezo a sentirme yo misma otra vez. Lo que pasó entre nosotros fue un progreso, y por fin pude deshacerme un poco de la pena por la marcha de mi marido y de la culpa por estar con Drake porque sé que eso es lo que Hunter habría querido que hiciéramos. Tal vez porque eso significa que Hunter también debe de estar haciendo progresos y va a volver pronto a casa.

En el fondo de mi corazón sé que Hunter quería que Drake y yo estuviéramos juntos porque nunca se ha tratado de infidelidad consentida, ni de ninguna otra infidelidad, a decir verdad: se trataba de llegar a la relación que siempre debimos tener.

Cierro la puerta principal y me voy al despacho a hacer cuentas, recoger un poco y echar las toallas en el cesto para llevarlas a casa y lavarlas.

Justo cuando apago el ordenador, oigo la campanilla que hay sobre la puerta principal y me quedo congelada.

La he cerrado, ¿no? Juraría que sí.

Las únicas personas que tienen llave son la recepcionista y… Voy muy despacio a la entrada y echo un vistazo al vestíbulo desde la sala donde doy las clases, y veo a un hombre cerca de la puerta con un ramo de flores en la mano. Da igual que las luces estén encendidas y que lo vea perfectamente: mi cerebro no lo procesa y miro estupefacta a mi marido, al que no veo desde hace dos meses; cincuenta y siete días, para ser exactos.

Suelto un grito y atravieso la habitación, recorriendo desesperada la distancia

que nos separa. Las flores que lleva en la mano quedan aplastadas entre nuestros cuerpos cuando choco contra él al abalanzarme entre sus brazos.

El alivio es visceral. Su olor, su presencia, hasta el calor de su aliento contra mi cuello me resultan familiares. He sobrevivido cada minuto de los cincuenta y siete días que hemos pasado separados, pero solo ha sido eso: sobrevivir, y ha sido una tortura. Pero ahora está aquí y por fin puedo respirar y permitirme sentir de nuevo.

—Pelirroja… —susurra contra mi sien; entierro la cara en su cuello, el sonido de su voz me lleva al borde del abismo y dejo escapar el sollozo que había estado conteniendo.

—Por favor, no te vayas otra vez —suplico—. Por favor, por favor, por favor.

Su risa profunda me estremece.

—No me voy a ninguna parte. Se acabó lo de estar lejos de ti.

Me aparto de sus brazos y lo miro fijamente a través de las lágrimas.

—¿En serio?

Me aparta el pelo de la cara y no reacciona al ver que está más corto.

—Sí. Vuelvo a casa. —Se me llenan los ojos de lágrimas una vez más, agradecida como nunca—. Si me dejas…

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —exclamo; pego mi boca a la suya y devoro el sabor de sus labios que tanto he echado de menos.

Se deja caer al suelo del vestíbulo, soltando las flores, y me abraza. Nos quedamos así un rato porque solo quiero quedarme en silencio, disfrutando de su presencia.

—¿Y qué me dices de él? ¿Querrá que vuelva a casa? —murmura, rompiendo el silencio.

Me obligo a tragar saliva.

—Sí, claro que sí.

—He estado pensando mucho, Isabel. Y me he dado cuenta de que la noche que os vi juntos descubrí algo que debería haber sabido hace mucho tiempo: no eran celos, solo quería que las dos personas que amo estuvieran juntas. Os quiero a los dos.

Se me hace un nudo en la garganta y me cuesta tragar.

—Yo también os quiero —susurro.

—También me he dado cuenta de que, si no puedo teneros a los dos… —Se le entrecorta la voz e inspira hondo, como preparándose para decir lo que sea

que esté pensando, y yo también me preparo para escucharlo—. Si no puedo teneros a los dos, prefiero que os tengáis el uno al otro.

—Hunter…

—Espero que hayáis aprovechado este tiempo para ser felices juntos, Isabel. Solo espero que aún haya sitio para mí.

Lo agarro y lo beso ferozmente en los labios.

—Siempre va a haber sitio para ti. No somos nada sin ti, y sé que Drake piensa lo mismo. Quiere que te aceptes a ti mismo tanto como quiere que lo aceptes a él.

—He salido del armario delante del grupo —anuncia, y yo me quedo atónita.

—Mmm… ¿Y cómo te ha ido?

—Bien —ríe—. Ni siquiera se han sorprendido.

—Porque amar a Drake no te hace diferente, Hunter. Siempre lo has querido, pero ahora lo expresas de otra manera.

—Tendríamos que haber hecho esto antes, ¿no? —pregunta, y me derrito entre sus brazos. Había olvidado lo bien que me sentía ahí.

—Sí. Eso nos habría ahorrado muchos celos a los dos cuando veíamos que se iba con un desconocido cada noche.

Hunter me pasa una mano por el pelo, me acerca y me besa de nuevo, como si estuviera tan desesperado por tocarme como yo por tocarlo a él. Cuando nos separamos, me mira fijamente a los ojos.

—Soy tuyo, pelirroja. Siento haberme ido, pero debía ser el hombre perfecto para ti, aunque acabara conmigo, aunque me volviera loco. Haría cualquier cosa por ti.

—Lo entiendo —musito—. Te he echado muchísimo de menos, pero estoy orgullosa de ti. Y no quiero que seas perfecto: lo único que necesito es que estés a mi lado.

—Todavía me queda mucho camino por recorrer, pero estoy preparado para empezar esta relación tan loca… si vosotros también lo estáis.

Me encanta esta nueva versión de mi marido que se confiesa y habla desde el corazón. Y ver la emoción cruda en su expresión es más que suficiente para mí.

—¿Y ahora qué? —pregunto, y lo beso una vez más.

Tras un largo y ávido abrazo que nos deja a ambos sin aliento y desesperados el uno por el otro, se separa y me mira con expresión seria.

—Ahora vamos a buscar a Drake.

Resulta que sé dónde va a estar Drake esta noche. Como es viernes, habrá ido al club, porque es el único día de la semana que pasa allí, y no por las mismas razones de antes. Hace tres meses podías encontrar a Drake en el club cada noche con una persona diferente, pero ahora solo va una vez a la semana y para ver a una única persona.

Silla es casi una empleada a tiempo completo de Juegos Prohibidos desde que su taller de una semana se convirtió en uno de dos semanas y luego en uno de dos meses. Y ya no creo que nos deje nunca, así que todos los viernes por la noche conduce una exhibición de *shibari* con cierto galán rubio a su lado. Los dos lo hacen genial, la verdad.

Cuando Hunter y yo nos deslizamos hasta el fondo de la sala sin que nos vea, nos reciben las exclamaciones de asombro del público al ver que Silla cuelga del techo, envuelta en cuerdas hasta parecer una bola. El cordón rojo contrasta con su piel dorada y hace que la escena sea aún más impresionante de lo que ya suele ser el *shibari*. Tiene un aspecto exquisito, y el público, y Drake, la miran con asombro.

Hunter jadea a mi lado, y sé que tiene más que ver con el aspecto de Drake que con la hazaña de la mujer que flota en el aire sostenida por nada más que una fina cuerda.

—¿Qué ha hecho con su pelo? —susurra mi marido.

—No hubo forma de pararlo. Quería que nos encontraras cambiados a los dos.

Veo la expresión de embeleso en el rostro de mi marido mientras contempla al hombre del escenario.

—Me gusta —musita.

Estoy admirando lo guapo que está Drake con su nuevo corte de pelo, que de alguna manera hace que su sonrisa parezca más deslumbrante y él, más alto —como si no fuera ya lo bastante atractivo—, y capto el preciso instante en que Drake se da cuenta de que Hunter está al fondo de la sala.

Si lo pienso, es injusto: cuando Hunter ha aparecido en mi estudio estaba sola y nada me impedía correr a sus brazos, pero Drake está ocupado vigilando a Silla y garantizando su seguridad, así que está atrapado en el escenario con ella. Y por la forma en que se mueve, inquieto, y sus ojos abiertos de par en par que no dejan de desviarse hacia nosotros, sé que está desesperado por hacer lo mismo que yo.

Un minuto después la ayuda a bajar y desata las cuerdas con cuidado para

que no se caiga. El público aplaude, y Drake no pierde ni un segundo.

Baja del escenario a toda velocidad y atraviesa la sala hacia nosotros. Abre los brazos para acoger a Hunter, pero en lugar de eso, mi marido lo agarra del cuello y le da un beso feroz. Sus bocas se unen y veo la breve expresión de sorpresa en la cara de Drake antes de dejarse llevar por el beso y empotrar a Hunter contra la pared para permitir que sea su cuerpo el que exprese lo mucho que lo ha echado de menos.

Regla nº 38

La distancia hace que el corazón se encariñe… y se ponga más cachondo

HUNTER

No quiero hablar, aunque sé que debería hacerlo, pero Isabel y yo ya hemos hablado bastante. Y sí, sé que Drake debe de necesitar oír algunas cosas, pero mi fuerte no es ponerlas en voz alta: prefiero demostrárselas.

El beso dura más de lo que había pensado. Solo quería demostrarle que he avanzado, que aún me queda camino por recorrer, pero estoy mejor y no me asusta mostrarle al mundo lo mucho que quiero a este hombre.

Y ahora el beso se está convirtiendo en algo muy distinto cuando su lengua se desliza hasta la mía, cuando saboreamos y exploramos la boca del otro. En cierto modo, casi parece nuestro primer beso.

Los dos estamos jadeando cuando nos separamos.

—He hecho un par de cambios en la sala doce —murmura cerca de mis labios, y yo me separo para mirarlo a esos ojos azules tan deslumbrantes—. ¿Lo sabías?

¿Por qué no lo sabía? Quizá porque estos dos últimos meses he estado trabajando desde casa de Maggie. Pero aun así, tendría que haberme enterado de las obras. La sala doce es básica, con una cama extragrande, pensada sobre todo para grupos de tres o cuatro personas. Es espaciosa pero básica. No está equipada con ningún extra, así que me pica la curiosidad de saber qué clase de cambios puede haber hecho.

—Sí, le pedí al equipo que no lo dijera. Quería que fuera una sorpresa. —El profundo timbre de su voz me es muy familiar, pero al no haberlo escuchado durante dos meses, ahora hace que una oleada de calidez y excitación me recorra el cuerpo. ¿Cómo he podido evitar durante tanto tiempo esta atracción? No fue la caja de Pandora lo que abrimos: ha sido como romper una presa, y ahora que mis sentimientos hacia él corren libres, no podré detenerlos nunca; no podré ocultarlos ni ignorarlos.

—Pues me encantaría verla —respondo con la voz temblorosa. Es difícil controlar la emoción del momento. Debería estar furioso conmigo; esperaba que estuviera cabreado por haberme ido, pero no: está tan contento de verme como ella. Y pensar que estaba dispuesto a humillarme… Quería que me lo hiciera pagar, pero resulta que él solo me quiere a mí.

—Vamos —dice, llevándome a rastras hacia la sala doce, que está solo a un par de puertas de distancia. La luz que hay encima está apagada, lo que significa que no la están usando, y Drake saca rápidamente la llave maestra.

Me asomo, ansioso por ver los cambios, pero me encuentro haciendo todo lo posible por ocultar mi decepción porque no encuentro nada diferente.

La puerta se cierra tras nosotros; Isabel se pone a mi lado y me coge de la mano cuando me vuelvo hacia Drake.

—¿Qué…? —pregunto, pero me interrumpo cuando apaga la luz y la oscuridad es total. Me quedo sin palabras cuando veo los puntos verdes esparcidos por toda la estancia y las líneas que dibujan un camino por todo su contorno. Las esquinas de los muebles también brillan y podemos guiarnos por la sala sin tropezar, aunque no podemos vernos los unos a los otros.

Me quedo boquiabierto. La música a todo volumen de la sala principal llega hasta aquí a través de los altavoces instalados en el techo para amortiguar los ruidos de las otras salas, y es tan surrealista que apenas puedo moverme.

La mano de Drake se posa sobre mi espalda, y disfruto del contacto.

—Tenemos planes para hacer algo más grande, que abarque una sección entera del club, pero por ahora… He pensado que te gustaría —explica.

Flanqueado por ellos, me invade una emoción repentina que no esperaba.

—No te merezco —musito, y sus manos me rodean el rostro cuando me besa. Los dedos de Isabel se deslizan por mi columna hasta hundirse en mi pelo.

—Cierra la puta boca —murmura Drake contra mis labios—. Eso es una gilipollez, y lo sabes. Siempre crees que tienes que ser mejor por nosotros, y lo entiendo, porque los dos nos criamos en unos hogares de mierda, pero eso no nos hace menos dignos, Hunter. Tú no eres tu padre y yo no soy mi madre.

Escuchar esas palabras en la oscuridad, sin verle la cara, de algún modo consigue que me afecten más.

—Puedes decidir ahora mismo quién eres y qué quieres —susurra Isabel a mi espalda; dibuja un reguero cálido de besos en mi columna, sobre la camisa.

—Creo que en mi caso está bastante claro lo que quiero —responde Drake;

se pega a mí y siento su erección dura como una roca a través de los pantalones—. ¿Qué quieres tú? —pregunta con la voz ronca y áspera por la necesidad.

—Quiero esto —mascullo, agarrándole el pene por encima de la ropa—. Y esto —añado; hago que Isabel se ponga entre los dos y la beso. Ronronea de placer cuando la acaricio a través de la tela de sus pantalones de yoga. Se me acaba la paciencia: los necesito ya. A toda prisa, me desabrocho la hebilla del pantalón—. Desnudaos —ordeno, y perdemos el resto de la ropa en un confuso revoltijo de miembros y labios.

Drake nos guía hasta la cama, abrazados los tres. Isabel se quita el sujetador deportivo, y encuentro sus pechos en la oscuridad; paso la lengua en círculos alrededor del sensible capullo de su pezón. Se aferra a mi cabeza y hace que me acerque más, y yo la tumbo sin dejar de explorar su cuerpo con mis labios.

Estoy deslizándole los pantalones por las piernas cuando siento el peso de Drake a mi espalda. Sus labios recorren mi columna, vértebra a vértebra. En la oscuridad nuestros sentidos se agudizan y todo parece más intenso.

Ahora que tengo el cuerpo desnudo de mi mujer entre las manos todo vuelve a tener sentido. Sin perder un momento, hago que se ponga de rodillas y entierro mi cara en el calor que hay entre sus piernas. Suelta un fuerte gemido de placer cuando le meto la lengua. Su olor y su sabor me resultan tan familiares que la devoro para borrar todo el tiempo que hemos estado separados.

—Dios, cómo echaba de menos esto —gruño en su calor, y ella gime a modo de respuesta. Drake sigue detrás de mí, recorriéndome la espalda con los dedos; los desliza hacia la parte delantera de mi cuerpo y me acaricia el pene. Una parte de mí se tensa al sentirlo porque no sé si estoy preparado, pero también hay otra voz que me recuerda todo lo que los dos me han dado. Sé que puedo dar y recibir, y quiero dar.

Las caricias de Drake se aceleran y tengo que concentrarme para no llegar al orgasmo ya.

—Drake —jadeo, apartando la boca de Isabel.

—¿Sí? —responde con tono ronco.

Me arrodillo y me doy la vuelta hacia él.

—Quiero que me folles.

Isabel se queda paralizada y Drake no responde con palabras: me agarra de la nuca y acerca mi boca a la suya para saborear mis labios.

—Genial —jadea—, porque yo quiero follarte.

Eso me pone en marcha y vuelvo a concentrarme en el cálido sexo de Isabel, que levanta las caderas cuando deslizo un dedo en su interior, gimiendo con más ganas.

—Esa es mi chica —murmuro contra la suave piel de su trasero—. Córrete para mí, pelirroja.

Doblo el dedo en su interior y su respiración se acelera; grita, pero las almohadas amortiguan su voz.

Cuando siento que el colchón se hunde detrás de mí, me doy cuenta de que Drake ha regresado. Estaba tan concentrado en Isabel que ni me había dado cuenta de que se había ido. Miro hacia atrás y veo un brillo verdoso entre sus manos, y luego escucho el chasquido de una tapa al abrirse.

Joder. Hay pintura brillante en las botellas de lubricante. Qué buena idea.

Cuando siento el cálido líquido resbalar por mi trasero, gimo contra la piel de Isabel. Saco el dedo de su calor para besarle el clítoris y entierro de nuevo mi cara entre sus muslos. Ella vuelve a pegarse a mí, y, cuando siento que Drake pone su pulgar en mi ano, me quedo sin aliento.

—Relájate, Hunter.

Suelto un gemido cuando va metiendo lentamente el dedo. Intento relajarme para dejarlo pasar, pero la sensación me supera. Cuando por fin penetra con el dedo en el apretado anillo muscular, gruño bajo y fuerte en el húmedo sexo de Isabel.

—Te gusta, ¿verdad? —pregunta Drake, satisfecho—. Me aprietas muy fuerte. Me muero por estar dentro de ti.

Contoneo las caderas, deseando más, desesperado.

—¡Más! —exijo.

—¿Quieres más? Voy a darte más, joder. —Su voz es un jadeo ronco, una caricia en mi alma, y necesito cada puñetera palabra.

Isabel sigue jadeando contra las almohadas mientras ronronea y me suplica. Tengo que hacer que se corra antes de que me distraiga demasiado, así que beso y lamo su dulce sexo, dibujando círculos sobre su clítoris.

—¡Sí! —grita—. Justo ahí.

No me detengo, y Drake tampoco: me está metiendo otro dedo. Y cuando Isabel vuelve a llegar al clímax y deja escapar otro chillido que ahoga la almohada, estoy demasiado cautivado por su orgasmo como para darme cuenta de que los dedos de Drake ya no están, y que en su lugar está la corona

de su pene.

Me penetra despacio. Yo me echo hacia delante y me aferro a Isabel mientras él se abre paso. La sensación de plenitud es chocante al principio, pero sigo dejándole entrar en mi cuerpo. Quiero que lo haga, que me tome, que me use, que me folle. Que me duela o que me haga sentir bien y que dure para siempre, no me importa: lo necesito más y más, necesito este algo indescriptible que me rompe y me reconstruye a la vez.

—¿Estás bien? —pregunta, pasándome su enorme mano por la columna. Está metido hasta el fondo y los huesos de sus caderas me rozan las nalgas.

—Yo… —Se me corta la voz. Ahora mismo no sé ni quién soy, y, aunque me pregunta cómo me siento, no tengo palabras para responderle. Me he perdido y me han encontrado. Es agonía y éxtasis, todo y nada a la vez—. Estoy genial —respondo por fin.

—Ahora vamos a follar —anuncia, y me estremezco. Mi erección se alza frente a mi cuerpo y, cuando Drake se retira y vuelve a embestirme, acierta en un punto que hace que el pene me gotee, y me abrazo a Isabel; pongo mi pene en su entrada para que, con la próxima embestida de Drake, el movimiento me empuje dentro de ella. Estoy físicamente conectado a los dos. Somos uno. Con cada violento embate de Drake, entro en Isabel. Ella se acurruca contra mi pecho y nos besamos hasta quedar sin aliento.

La oscuridad me engulle y lo único que siento son sus caricias y sus abrazos, sus bocas, sus manos, el sexo de ella, el pene de él… No sé si llego al orgasmo o si he estado viviendo un clímax desde el principio, pero cuando me recorre el placer, me aferro con fuerza a ellos y gemimos y respiramos como un solo ser.

La sensación de tener a Drake derramándose en mi interior es mi salvación. Su voz resuena como un bramido cuando se corre, y no hay vergüenza ni miedo en este momento: solo amor.

Cuando descendemos la cuesta del clímax, siento sus cálidos labios contra mi espalda, y me doy cuenta de algo que puede sonar cursi o ridículo: este hombre es mi alma gemela, si alma gemela significa una persona cuyo corazón es un espejo del mío, una llama idéntica, tan compatible que no podemos existir plenamente el uno sin el otro.

Y lo he sabido siempre, aunque antes lo llamábamos de otra manera. Siempre ha sido mi mejor amigo, y quizá eso es lo que sea un amigo: un alma gemela disfrazada. Y supongo que eso significa que una persona puede tener

más de un alma gemela, porque estas dos personas son tan cruciales para mi felicidad que viviría una existencia patética sin ellas.

Y ya no pienso que no me las merezco. Mientras me entregue a ellos en cuerpo y alma las merezco y siempre las mereceré.

No hay ni un hilo de luz en la habitación, pero, por primera vez en mi vida, lo veo todo con absoluta claridad.

Regla nº 39

Sabes que lo has hecho bien si puedes escandalizar a Madame Kink

ISABEL

—¿Y no te han dicho nada? —pregunta Drake, moviendo la cabeza, ahora con el pelo corto, para mirar a Hunter.

—La verdad es que no. —Hunter se encoge de hombros—. Garrett me ha hecho algunas preguntas, pero, aparte de eso, han pasado del tema.

—Vaya —murmuro, pasando los dedos por los rizos oscuros de Hunter, que está apoyado sobre mi pierna desnuda. Las luces vuelven estar encendidas, así que puedo contemplarlos a los dos, a estos hombres tan guapos que, no sé cómo, son míos.

—Seguro que piensan que hemos estado follando desde siempre —comenta Drake, y los tres nos echamos a reír.

—Sí, pensaban justo eso —responde Hunter.

—¿Cómo te has sentido al salir del armario? —pregunta Drake.

—Bien. Muy bien. —Parece estar en paz, como si respirara con más facilidad y estuviera más presente. Hunter siempre ha vivido en un estado de ansiedad constante, siempre al límite y desesperado por tomar la decisión correcta y hacer lo correcto, aunque nunca para sí mismo, y ahora parece más libre de lo que nunca lo he visto antes.

—¿Sabes? Yo nunca he salido oficialmente del armario.

Hunter y yo lo miramos enarcando las cejas.

—¿Qué? —pregunto.

—En realidad nunca le he dicho a nadie mi orientación sexual. Recuerdo la cara que pusiste cuando te conté que había besado a un chico —ríe, mirando a Hunter—. Pero nunca me pediste que te lo contara ni me echaste la bronca. Lo aceptaste sin más.

La expresión de Hunter es pensativa, como si le estuviera dando vueltas a algo.

—Antes no me gustaba que la gente se expresara tan abiertamente porque fue lo que me había enseñado mi padre. Me hizo odiar lo que él odiaba y, con el tiempo, me di cuenta de que no odiaba a nadie más que a él. Estaba celoso de la gente como tú, Drake, de la gente que vivía sin miedo. —Drake le pone la mano en el hombro a Hunter y le da un apretón—. Creo que te mereces salir del armario como mandan los cánones, así que adelante.

Drake se ríe.

—¿Acabamos de follar y me pides que salga del armario?

—Sí. Te mereces decirlo en voz alta.

—Soy bisexual —afirma Drake con seguridad y una sonrisa de orgullo.

Se me anegan los ojos en lágrimas y me agarro con más fuerza a su brazo. Creo que nunca he sido tan feliz en toda mi vida.

—Eh, yo también —responde Hunter, y los tres volvemos a reírnos. Es ridículo y conmovedor al mismo tiempo, pero así es como somos. Jamás dejaremos de ser nosotros mismos y el sexo no va a cambiar nada, porque nos queríamos antes y nos queremos ahora.

Con la cabeza apoyada en el hombro de Drake y la de Hunter en mi regazo, suelto un largo bostezo.

—Deberíamos irnos a casa. Ha sido un día muy largo —sugiere Drake, y Hunter nos estudia un momento antes de que nadie se mueva. Hay algo en la forma en que su amigo ha pronunciado esas palabras, como si supiera muy bien qué día he tenido, como si conociera mi horario de trabajo, y así es, que me hace sentir un poco incómoda.

—Acabemos de una vez con los temas incómodos —suelta Hunter, incorporándose.

Abro los ojos de par en par.

—¿Quieres que hablemos de eso? —me sorprendo, intentando que no se note que el énfasis está en que sea él quien quiere tener esa conversación, porque no es lo habitual.

—Sí; si algo he aprendido, es que te evita muchos problemas librarte de las conversaciones difíciles antes de seguir adelante. Además, he estado leyendo sobre relaciones poliamorosas y lo que más repiten es que debe haber comunicación. Así que, sí, os quiero a los dos y tengo que acostumbrarme a hablar.

Drake y yo miramos atónitos a Hunter. Al cabo de un momento me muerdo el labio para reprimir la sonrisa que se me dibuja en la cara.

—Bueno… —empieza Drake.

—Espera… Antes de nada, tengo que aclarar que os dejé solos a propósito porque quería que os acercarais, porque no quiero que penséis que solo podéis follar cuando yo estoy allí para mirar, como fuerais un par de monos actores o algo así.

—De acuerdo… —responde Drake.

Hunter escudriña su rostro.

—¿No os habéis acostado en todo este tiempo?

—Bueno, en casi todo el tiempo no… —respondo yo.

—¿En serio? —Hunter mira a Drake, confundido.

—Bueno, es que no teníamos claras las reglas. Yo qué sabía…

Al final, Hunter se echa a reír.

—Eso es tu puta culpa.

—Genial —rezonga Drake—. Me he pasado dos meses guardándomela en los pantalones y ahora me dices que no hacía falta.

—No te preocupes —replica Hunter—. Ya te resarcirás. Me encanta veros follar.

Nos echamos a reír una vez más y me pregunto de pasada si esto no debería ser más difícil. Todavía sigo esperando que pase algo malo.

Una vez vestidos y listos para salir, los tres nos quedamos parados frente a la puerta.

—¿Y si hay alguien ahí fuera? —pregunta Drake.

—Bueno, no hace nada que te he besado delante de una sala llena de gente, así que no sé dónde está el problema.

Drake se encoge de hombros y abre la puerta, y Eden St. Claire aparece al otro lado. Acaba de salir sola de una de las salas y se nos queda mirando, estudiando nuestras pintas: que yo estoy despeinada, que Drake lleva la ropa arrugada y que Hunter luce una sonrisa de suficiencia.

Como la madame del club y la encarnación de la destreza sexual femenina, Eden no se escandaliza fácilmente, pero mientras nos contempla durante unos instantes, veo la curiosidad en su expresión.

—No pongas esa cara de sorpresa, Eden —dice Hunter, aguantándonos la puerta.

—Ah, no estoy sorprendida, solo aliviada. Llevaba un montón de tiempo esperando esto.

—Me da la sensación de que nos lo van a decir mucho —comenta Drake,

sonriente.

Madame Kink, sacude su melena oscura recogida en una coleta, me coge del brazo y esboza una sonrisa pícara.

—Lo justo sería que incluyerais a otra chica para igualar las cosas…

—Aléjate de mi mujer, Eden —le advierte Hunter.

—¿Por qué todo el mundo me dice lo mismo? —replica ella, y todos nos echamos a reír. No tengo ningún interés en estar con una mujer, pero nadie puede resistirse al atractivo de la mismísima Madame Kink. Los cuatro seguimos el largo pasillo hasta la salida. Eden sigue cogida de mi brazo; Hunter la mira con fastidio y Drake, con juguetón interés—. Eres una mujer afortunada, Isabel —murmura, y me da un tierno beso en la mejilla. Luego se aleja en dirección contraria a la nuestra—. Pasadlo bien, chicos.

Con una sonrisa, cojo la mano de Drake y enlazo mi brazo con el de Hunter.

—Yo creo que es una idea fantástica —comenta Drake, y una carcajada se escapa de mis labios. Es absurdo estar tan feliz, pero así es. Y, aunque no me veo aceptando la oferta de Eden, lo que ha dicho es cierto: soy una mujer afortunada.

Regla nº 40

Sé flexible

HUNTER

—Pero ¿cómo puedes escuchar esa mierda?

—Tengo muy buen gusto —le respondo con frialdad cuando entramos en el aparcamiento del estudio. Drake cambia la emisora de radio y yo pongo los ojos en blanco antes de volver a dejarla donde estaba, usando los controles de la parte trasera del volante.

Él resopla.

—En serio, ¿qué clase de hombre de treinta y tres años escucha a Taylor Swift?

—Treinta y cuatro —lo corrijo.

—Peor me lo pones, tío.

—Me representa —respondo, subiendo tanto el volumen que él hace una mueca—. Escucha la letra. Le sale del corazón.

En cuanto aparco el todoterreno, se baja de un salto, pero yo sigo cantando a todo volumen con las ventanillas bajadas. La puerta del estudio de yoga se abre e Isabel asoma la cabeza, preguntándose a qué viene tanto jaleo. Drake se acerca a saludarla y paro el motor a tiempo para oírle hablar.

—Encárgate tú de esto.

—Es una causa perdida —responde ella, y le da un rápido beso en los labios. Me encanta ver cómo se demuestran cariño, y ese besito me da una idea. Al fin y al cabo, es mi cumpleaños—. Ya casi he acabado aquí. ¿Dónde queréis ir a comer?

—Que elija el cumpleañero —propone Drake, pero al verlos abrazados ya no puedo pensar en comida; solo puedo pensar en una cosa.

Salgo del coche y me acerco a ellos.

—No tengo hambre.

Isabel me mira con los ojos entrecerrados y se muerde el labio inferior.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Y qué tienes en mente? —pregunta Drake.

Podríamos irnos a casa, pero aún no estoy preparado. Podríamos ir al club, pero va a haber un montón de gente, y, como es mi cumpleaños, van a querer pasar el rato conmigo, y yo prefiero celebrarlo solo entre nosotros.

—Entrad los dos —ordeno, y los dos se yerguen como si reaccionaran al tono de mi voz.

—¿En mi estudio? —pregunta Isabel.

—Ya lo has oído. —Drake la coge en brazos y la lleva al estudio.

Entro tras ellos, cierro la puerta y sonrío al oír a Drake jadear porque sé lo que debe de haber encontrado.

—¿Podemos usarlo? —suplica, sonando como un niño en una tienda de juguetes, en lugar de como un hombre adulto en un estudio de yoga aéreo.

Intento reprimir la sonrisa, pero es difícil hacerlo al verlo columpiarse en uno de los lazos de seda que cuelgan del techo.

—Son para mis clases. No son columpios sexuales —protesta ella, tratando de sacarlo del asiento de tela.

—Venga —protesta Drake—. No vamos a ensuciarlo.

Me acerco sigilosamente por detrás y pego los labios a su oído.

—Es mi cumpleaños. —Se relaja contra mí con un suspiro y no puedo evitar sonreír.

—¿Qué tenías pensado? —pregunta Drake—. ¿Desnudarla, subirla a las cuerdas y follar los dos con ella?

—¡Drake! —exclama, ruborizada, tapándose las mejillas.

—La verdad es que esta noche prefiero mirar —respondo, besando el punto en el que su cuello se une a su hombro. Suelta un pequeño gemido cuando lo hago—. ¿Te parece bien, pelirroja? ¿Puedo ver cómo follas con mi mejor amigo? —Esta vez gime más fuerte, y, como no contesta, me acerco más—. Respóndeme, cariño.

—Sí —jadea. La beso con ganas y le muerdo el labio inferior, devorándole la boca, y se deja caer entre mis brazos como si las piernas no la sostuvieran. Me aparto y ella vacila sobre sus pies.

—Ven aquí, cariño —la llama Drake, y ella va flotando hacia él como en una nube.

Yo voy al despacho a buscar una silla y, al regresar, apago las luces y cierro la

puerta. Escojo un lugar donde sentarme y veo que Isabel está en *topless* y Drake luce una erección tan dura que asoma por encima de sus calzoncillos.

La boca de él le devora el pecho y ella hunde los dedos en su pelo. Normalmente, me gusta darles instrucciones, pero esta vez me gusta la idea de dejar que lleven la iniciativa, así que me siento en silencio y los contemplo. El pene me palpita dentro de los pantalones, pero no me lo agarro. Prefiero mirar hasta que la necesidad se vuelva casi dolorosa, porque cuando terminen, habrá llegado mi turno de tomar lo que quiero.

Drake le pasa las manos a Isabel por los muslos y la levanta en el aire.

—Agárrate, cariño —le pide al dejarla sobre los lazos de seda. Ella se aferra a los dos lados y Drake se arrodilla entre sus piernas—. Levanta —ordena, y le baja la ropa interior cuando obedece. Le besa los muslos, se los pone por encima de los hombros y su boca encuentra su centro. Con cada lametón, ella se retuerce y gime, arqueando la espalda hasta quedar casi colgando horizontalmente de la seda—. Joder, qué bien sabes. Dime lo que sientes, cariño.

—Me siento genial —murmura.

—¿Sí? ¿Y cuando hago esto?

Me muerdo el labio inferior cuando él desliza dos dedos en su interior. Juraría que mi pene se ha puesto a temblar cuando ha gritado.

—¡Sí! —jadea—. Más.

—Sigue así —ordeno, y Drake obedece, penetrándola con los dedos. Sus labios nunca abandonan el clítoris de Isabel hasta que suelta un grito y le aprieta la cabeza con los muslos, arqueando la espalda hasta casi quedar boca abajo. Es una maravilla de espectáculo.

Ojalá supiera por qué me gusta tanto verlos. Quizá porque, incluso ahora, parece algo prohibido, o porque los amo con locura. Ni siquiera sé si esto todavía se considera una fantasía porque los tres tenemos una relación poliamorosa, pero lo que sí sé es que disfruto mucho viendo cómo follan, casi tanto como si fuera yo quien lo hace.

Drake no pierde el tiempo. Antes de que ella haya recuperado el aliento o se haya levantado de su postura de contorsionista, se levanta, se quita los calzoncillos y acerca su pene al sexo de Isabel.

Me echo hacia delante, desesperado por ver el momento en que por fin la penetre. La agarra por los muslos y entra en ella. Sus gemidos entremezclados inundan el estudio, y busco su reflejo en el espejo gigante de la parte delantera

de la sala, disfrutando de la vista desde ese ángulo.

Follan despacio, pero con embestidas duras y castigadoras, y no puedo apartar los ojos de sus músculos, que se contraen con cada movimiento. Me encanta cómo él le separa los labios mientras la penetra y cómo la domina, tan conectado al placer de ella como al suyo propio. Mi erección se endurece aún más al ver cómo desaparece dentro de ella y acelera el ritmo.

Isabel se incorpora para besarlo y yo me dejo llevar por la escena mientras me desnudo. Quiero estar listo para cuando terminen.

—¡Joder! —grita Drake, y por un momento pienso que se va a correr, pero sale de ella para recomponerse, muy cerca del clímax.

Me acaricio con calma cuando vuelve a besarla con fuerza en la boca.

—Date la vuelta —murmura contra su boca y, con un movimiento fluido, la tumba boca abajo sobre las cuerdas de seda. Sus dedos apenas tocan el suelo, pero está tan acostumbrada a estas posturas que hace que parezca fácil.

Cuando Drake vuelve a clavarle su erección, ella grita. Con el cuerpo colgando de la tela, está a su merced. Él le pone las manos en las caderas y la embiste con rápidos y duros embates.

Espero con tortuosa expectación mi turno. No sé si lo conseguiré porque me muero por sentirlos. ¿A cuál de los dos? No lo sé.

—¡Más fuerte, Drake! —exclama ella, y él acelera una vez más, embistiéndola con tanta fuerza que el sonido carnal resuena por toda la estancia.

Por fin, Isabel se tensa y se corre entre gemidos, y no me hace falta ser yo el que esté enterrado dentro de ella para saber lo que Drake está sintiendo ahora mismo. Su sexo palpita alrededor del pene de Drake, exprimiéndolo con tanta fuerza que no va a poder resistir mucho más. Y así, un momento después, él suelta un gruñido y para sus embestidas al correrse también.

Me levanto de mi asiento en un santiamén y me dirijo a él primero. Me pongo a su espalda y hago que gire la cabeza para besarlo. Se queda sin aliento en mi boca y yo lo rodeo con los dedos, justo en el sitio en que está enterrado dentro de mi mujer. Lentamente, lo saco, deslizando los dedos por el semen que ya sale de ella. Con los ojos fijos en él, me llevo los dedos empapados a la boca y los lamo. Su mirada se hace más intensa.

—¿Recuerdas aquel día en Austin en que os encontré besándoos y me volvió tan loco que tuve que ir a follar con ella a una de las salas? —Con los ojos fijos en mí, asiente. Lo agarro de la nuca y hago que se arrodille frente a mí—. Sentía lo mismo por ti, ¿sabes? Y ahora por fin puedo hacerlo. —Le acerco el

pene a los labios y él no duda en introducirme hasta el fondo de su garganta. Me siento abrumado por el calor y el placer, y contoneo las caderas, aferrado a su nuca—. Esa puta boca —gimo. Se balancea ansiosamente sobre mí; Isabel se escapa de las sedas y le tiendo una mano, que ella acepta, y la beso. Cuando por fin nos separamos, tengo que apartar a Drake o me voy a correr en su boca.

—¿Tienes aceite de masaje? —le pregunto a Isabel, y ella va correteando desnuda hasta el armario que hay al fondo de la sala. Vuelve con una botella dorada y me la tiende—. Date la vuelta —le ordeno a Drake, hundiendo los dedos en su pelo corto. Él obedece sin vacilar y queda de cara al espejo. Le echo el aceite en el trasero y dejo escapar un gruñido. Ese culo me provoca cosas con las que no me había atrevido ni a soñar—. Quiero prepararte, Drake, pero me muero por follar contigo.

—Hazlo —murmura.

Isabel se arrodilla al otro lado de Drake y le da un beso brusco. Cuando pongo mi pene contra el apretado anillo de músculos, gime con fuerza contra los labios de ella, y yo me dejo llevar por las sensaciones y lo penetro hasta el fondo. Está tan tenso que me corta el aliento, como si lo hubieran diseñado a medida para mí.

Nos miramos a través del espejo y acelero mis embestidas, pasando la vista de Isabel a Drake. Y mientras mira cómo follo con mi mejor amigo, me doy cuenta de la suerte que tengo de tenerlos a las dos. ¿Qué probabilidades había de que acabáramos así? ¿Qué probabilidades había de encontrar a los dos amores de mi vida? Con ternura, me acerco a ella y le acaricio la mejilla, y por fin pierdo el control. El placer me ciega mientras el orgasmo recorre mi cuerpo en cascada. Sin soltarnos, espero a que los latidos de mi corazón se ralenticen hasta alcanzar un ritmo normal.

—Feliz cumpleaños, Hunter —susurra ella, y no puedo evitar sonreír mientras me apoyo en el ancho cuerpo de Drake. Otro año más, y no me asusta lo más mínimo. No tengo ni idea de lo que nos depara el futuro ni de adónde iremos los tres a partir de ahora, pero sé con certeza que no hay nada a lo que no podamos enfrentarnos los tres juntos.

Regla nº 41

Epílogo

Preparados o no…

Seis meses después…

Drake

—¡Ya está listo! —Dos pares de pasos suenan en el pasillo y se dirigen hacia la obra. Para ser sincero, estoy muy orgulloso: no ha sido fácil, pero había que hacerlo. Por mucho que a Isabel le encante estar entre nosotros, dos hombres de dos metros no pueden compartir cómodamente una cama de matrimonio con una mujer en el medio, o, al menos, no pueden hacerlo demasiado tiempo, y dormir en la habitación de invitados estaba descartado. Lo intenté una noche y se volvieron locos creyendo que me alejaba de la relación, que quería estar solo y que me arrepentía de haber tomado la decisión de estar con ellos.

Y no, no pasaba nada parecido: solo quería pasar una buena noche de sueño, sin preocuparme de asfixiar a Isabel mientras dormía. Además, ahora mismo el dormitorio de invitados está en reformas.

Isabel abre los ojos de par en par al entrar.

—¡Es perfecto!

—Menos mal que nos habías construido un dormitorio principal enorme —comenta Hunter.

—Sí, quizá lo veías venir. —Isabel sonríe y se acerca a la nueva cama, que es gigantesca—. ¿Es una doble *king size*?

—Sí.

—Es demasiado grande —ríe, arqueando la espalda.

—Bueno, tiene que ser grande —responde Hunter; le acaricia el vientre redondeado y la besa en la sien.

—Mira, no —protesto. Dejo caer el taladro en la caja de herramientas y los

fulmino con la mirada—. No he construido esta cama para ellos. He hecho unas cunas, y pueden dormir en ellas.

Isabel se muerde el labio y se apoya en Hunter; los dos muestran esa puta expresión de suficiencia, como si supieran que voy a ceder y a dejar que esos dos mocosos ocupen mi preciado sitio en la cama. Tengo treinta y cinco años y hasta ahora nunca había compartido la cama con nadie, y quieren que la comparta no con dos, sino con cuatro personas.

Vale, dos personas y dos bebés perfectos. Mis bebés.

Bueno, míos interpretando libremente el término, no de forma técnica. Tenemos una teoría sobre quién la dejó embarazada. Isabel jura y perjura que debería haber tenido la regla después de aquel momento que ella y yo compartimos en el baño, y está segura de haberla tenido antes. Pero, bueno, también nos acostamos todos juntos después de que Hunter regresara a casa, así que no hay manera de saberlo, y nos importa una mierda, aunque Isabel quiere saberlo con certeza porque, si son míos, ella y Hunter lo intentarán más adelante. O lo intentaremos ella y yo si son de él.

Más de dos niños… Maravilloso. No era lo que había planeado para mi futuro porque era un canalla y me parecía genial. Había planeado trabajar en Juegos Prohibidos todo el tiempo que pudiera, tal vez ayudar a construir un nuevo club en algún lugar, disfrutar de tanto sexo como fuera físicamente posible y no atarme a nadie.

Y me sentía bien, pero ahora me siento mejor que bien. Todavía trabajo en Juegos Prohibidos y ya se habla de construir un nuevo club, y practico más sexo de lo que creía posible. Y eso, unido a estas dos personas que hacen que la vida merezca la pena.

—¿Hay colchones para eso? —pregunta Isabel. Se va con su barriga enorme a sentarse en su adorada pelota de yoga y en su rostro aparece una expresión de alivio. Solo le faltan tres meses y no sé cómo va a acabar esto, porque está rarísima con ese vientre gigantesco sobresaliendo de su pequeña figura. Aun así, jamás había visto una mujer que me pareciera más hermosa.

—Hay dos colchones —respondo—. Están en el garaje. Son de esos nuevos y elegantes, de espuma, que se supone que son buenos para la espalda. Te van a encantar. Voy a buscarlos.

—Te ayudo —anuncia Hunter, siguiéndome rápidamente escaleras abajo. Una vez que llegamos al garaje, me agacho para coger la primera caja y, como era de esperar, Hunter se me pega al trasero, y yo sonrío y empujo contra él;

me desliza una mano por el pelo, que por fin ha crecido lo suficiente como para agarrarlo, y me pasa la otra alrededor del cuello.

—Dios, me encanta verte agachado.

—No me había dado cuenta… —ironizo con una sonrisa pícara. Me besa el cuello y mi corazón se acelera—. No tenemos tiempo para esto —protesto, pero dejo de hacerlo cuando la mano que tiene en mi cuello desciende hasta mi entrepierna y despierta mi miembro.

—Ponte duro para mí. Solo tenemos un minuto.

—Tú me la estás poniendo dura ahora mismo —respondo sin aliento.

Me doy la vuelta a toda prisa y lo empotro contra la pared mientras él desabrocha sus pantalones y los míos. Gimo contra sus labios cuando rodea nuestros dos penes con su enorme mano y los acaricia.

Lo aparto y lo empujo más contra la pared, y nuestros miembros quedan apretados entre nuestros cuerpos y consiguen la fricción que ansiamos. Suelta un gemido tan fuerte que sé que Isabel debe de haberlo oído, y le tapo la boca, pegándome más y más a él.

No estamos haciéndolo a escondidas porque ella no quiera que estemos juntos, sino porque en este momento se supone que deberíamos hacer algo más que enrollarnos, y es mejor ser discretos.

—Más fuerte —exige, y le doy lo que quiere, mordisqueándole el labio inferior.

Sin previo aviso, explota entre los dos y me mancha el cuello del jersey de pico azul oscuro con su cálido esperma, y no me quejo porque apenas un segundo después alcanzo el clímax y lo ensucio todo aún más, hasta que ya no se sabe de quién es cada mancha.

—Nos vamos a meter en un lío por eso —jadea contra mis labios.

—Ha merecido la pena.

Nos separamos entre risas; me quito la camiseta de un tirón y se la lanzo a Hunter, que la lleva a la lavadora mientras yo cojo los colchones.

Los llevamos al piso de arriba y nos encontramos a Isabel, todavía sentada sobre la pelota.

—Habéis tardado mucho —dice con una mueca.

—Ha empezado él —me defiendo, sonriente, y me agacho para darle un beso en su mejilla pecosa.

—Te creo —responde ella, volviéndose hacia Hunter, que se limita a encogerse de hombros por toda respuesta, como si no hubiera más que decir

—. Me debes una.

—Trato hecho.

Desenrollar los colchones y ponerlos en la cama es fácil, y nos recompensamos tumbándonos juntos sobre ellos; Isabel hojea el libro de nombres de bebé que Mia le compró en cuanto se enteró de que estaba embarazada.

—¿Y Austin? —pregunta cuando ya estoy a punto de quedarme dormido.

Frunzo el ceño.

—Son dos chicas.

Isabel se encoge de hombros.

—¿Y qué? Nos dimos nuestro primer beso en Austin.

Hunter lo medita un instante antes de responder.

—Me gusta Austin.

—Austin y Phoenix. —Los dos nombres salen de mis labios y me provocan una punzada en el pecho, como cuando visitas un lugar en el que nunca has estado y al instante te sientes como en casa.

Sé que no me parecerá verdad hasta que nazcan, e incluso entonces no sé si me lo parecerá. No lo sé, pero la idea de ser padre me aterra cada vez que pienso en ello. He pasado de estar solo a que seamos cinco, casi de la noche a la mañana, y sé que están preocupados y piensan que puedo perder la cabeza de un momento a otro, pero, aunque no puedo prometer que no vaya a ocurrir, esto no se me hace demasiado cuesta arriba: es justo lo que necesito. Es una oportunidad de tener una familia de verdad, de darles a mis hijos la vida que nunca tuve, el padre que siempre quise, y sé que Hunter piensa lo mismo.

Puede que esto empezara solo para cumplir una fantasía sexual, pero nos ha llevado hasta aquí, hasta donde debemos estar.

Regla nº 42

Epílogo extra

No existe tal cosa como «demasiado amor»

Dos años después…

Isabel

—¡Papá! —Austin casi salta de mis brazos cuando Drake entra en casa.

—Gracias a Dios —murmuro; la dejo en el suelo y ella corretea con sus piernecitas por el salón para saltar a sus brazos; él la abraza con fuerza y corresponde a su contagiosa sonrisa.

—¿Todavía estás despierta, bichito? —Le acaricia la cara con los rizos de su pelo casi blanco y ella suelta una carcajada.

—Ahora puedes ayudarme con la hora de dormir —sonrío. Me acerco a ellos, le doy un beso en los labios a Drake y le acaricio el pelo revuelto a Austin.

—Déjame adivinar. ¿Nix ya está dormida y esta pila vóltica está volviendo loca a mamá?

—Lo has clavado.

Como por arte de magia, Austin apoya la cabeza en su pecho y se lleva los dos dedos corazón a la boca, señal reveladora de que está a punto de quedarse frita.

—El superpoder de papá —susurra, orgulloso. Le cojo la bolsa y él sube las escaleras con ella en brazos—. ¿Va a venir Sophie a hacer de canguro?

—Sí. Charlie la traerá de un momento a otro.

—Perfecto. Entonces tenemos que llevar a este diablillo a la cama para que papá pueda ducharse antes de ir al club.

—Papá —murmura Austin con cariño sin sacarse los dedos de la boca. Drake la besa en la coronilla al llegar a la habitación de las niñas y abrimos la

puerta para encontrarnos a Hunter en la mecedora, con la pequeña de cabello cobrizo durmiendo entre sus brazos. Él se lleva un dedo a la boca para indicarnos que guardemos silencio.

Ver a mi dulce Nix dormida sobre su pecho hace que el corazón se me hinche. Me acerco de puntillas y me agacho para acariciarle la cabeza, y Hunter me roba un beso, sonriente.

No tengo favoritismos, pero me encanta la forma en que las personalidades de las chicas reflejan las de sus padres. Nix es mi guerrera tranquila, mucho más dominante que su hermana sin tener que ser ni la mitad de ruidosa o incontrolable. Austin es una gamberra, ruidosa y lianta, y nunca deja de sonreír.

Antes de que cumplieran el año nos llegó la confirmación oficial de nuestras sospechas: el padre biológico de las niñas es Drake, algo que nos había quedado claro al ver la cabecita rubia de Austin. Y apostaría lo que fuera a que fue ese día en el baño, cuando Drake se rapó el pelo. Ese día marcó el fin de una era y el comienzo de otra.

Durante meses me preocupó que Hunter reaccionara mal, aunque él juraba y perjuraba que le daba igual, pero me imaginaba que debía de ser cuando menos raro que, después de tres años de matrimonio, yo estuviera embarazada de nuevo. Pero Hunter nunca lo vio así. Lo nuestro es nuestro y punto. Las niñas son tanto suyas como de Drake, las quiere por igual y lo demuestra todos los días.

Drake es «papá» y Hunter es «papi», y les sonríe con tanto amor que hace desaparecer cualquier temor que hubiera podido albergar, como si ya no pudiera sentir nada más que su amor de padre incondicional.

Cualquiera de los dos es mejor padre de lo que jamás podría haber soñado. Drake es el más divertido, obviamente, y rara vez es capaz de reprender a las niñas cuando es necesario, pero siempre es el cuidador, el payaso y el que les hace pedorretas. Hunter es el protector, a quien acuden si tienen miedo o están en un lugar nuevo y extraño. Lo he visto madurar a lo largo de los años hasta convertirse en la roca de nuestra relación y ahora en la roca de nuestra familia.

—Acuéstala para que podamos arreglarnos —susurro.

Con mucho cuidado, Hunter se levanta de la mecedora y lleva a Phoenix a su cuna, y ella se remueve un poco cuando la deja ahí, pero con unas palmaditas de su padre se vuelve a dormir. Le echo hacia atrás el pelo lacio y pelirrojo y levanto la manta para taparla. Mi corazón estalla por enésima vez hoy al verla

roncar plácidamente.

En la puerta Austin vuelve a llamar a Drake entre dientes, así que se queda unos minutos dándole palmaditas en la espalda mientras Hunter y yo nos escabullimos.

—Si lo dejamos, se va a quedar ahí toda la noche dándole palmaditas en la espalda —susurro cuando salimos al pasillo.

—Pues no podemos permitirlo —ríe Hunter—. Tenemos planes.

—¿Tengo que arreglarme? —pregunto; estoy demasiado cansada como para siquiera pensar en maquillarme.

—¿Para qué? Vamos a desnudarte en cuanto lleguemos.

—Gracias a Dios —respondo.

Me pongo unos vaqueros negros y un top holgado, porque tendrían que colarme por la puerta trasera si intentara entrar en Juegos Prohibidos con una sudadera sucia y una camiseta manchada de yogur. La vida de una madre no es glamurosa, pero me encanta, y mejor así si seguimos intentando tener un tercer hijo.

Quince minutos más tarde, Drake entra en el baño como un huracán, se arranca la ropa y se mete en la ducha. Hunter se ríe.

—Qué mamón eres…

—Lo sé, lo sé —dice, lavándose rápidamente el pelo, que por fin le ha crecido, aunque ya no lo lleva tan largo como antes.

—Isabel no va a estar ovulando para siempre. Vamos —ordena Hunter, autoritario.

—Técnicamente, ni siquiera me necesitáis.

—No digas eso —protesto—. Claro que te necesitamos.

—Sí, bueno, cuanto antes te deje embarazada Hunt, antes se levantará el veto y podré follar contigo.

—Jesús, Drake —murmuro sonrojada. Nunca me acostumbraré a su boca.

—Hola —saluda una voz dulce desde el piso de abajo.

—Ya ha llegado Sophie. —Me levanto de un salto y voy corriendo hacia la puerta, pero, antes de perderme en el pasillo, me vuelvo hacia Drake, que sigue en la ducha, y hacia Hunter, que está a medio vestir—. No hagáis travesuras. Tenemos compañía.

—Sí, señora —responde Drake.

Hunter sonríe con picardía. No me fío ni un pelo de él.

—Hunter Scott, hablo en serio. Reserva tus fuerzas para mí.

Asiente y levanta las manos en señal de rendición.

—Tendré las manos quietas. Lo prometo.

Bajo corriendo las escaleras y me encuentro a Sophie y Charlie en el recibidor.

—Siento el desorden —me disculpo, recogiendo un peluche del felpudo.

Charlie contempla con expresión divertida el salón lleno de juguetes, tazas y chupetes. Como está destinada a ser toda su vida la tía alocada, sé que le encanta disfrutar de las gemelas durante cortos períodos de tiempo. Le encanta jugar con las niñas, pero también le encanta dejarlas e irse a casa a estar a solas con su hombre rico y sexy.

Mia, sin embargo, se muere por ser madre.

—No pasa nada —sonríe Sophie. Va vestida con una sudadera enorme y lleva el pelo teñido de rosa; se quita las zapatillas de deporte y se sienta en el sofá con un cuaderno de dibujo en el regazo—. Ya me conoces. Me quedaré aquí dibujando toda la noche, porque las chicas casi nunca se despiertan.

Después de despedirme de Charlie, voy corriendo a la estantería y cojo la última novela sobre cambiaformas que quería enseñarle a Sophie. Sus ojos se iluminan cuando se la tiendo.

—Aquí la tienes. Salió ayer.

—Ah, genial. Tenía planeado hacer unos cuantos bocetos.

Me río. ¿A quién le importa que la única persona con la que puedo compartir mi amor por los romances eróticos sea una adolescente? Al menos tengo a alguien que me entiende.

Pasa un rato antes de que Drake y Hunter bajen las escaleras. Hunter tiene una expresión de culpabilidad y Drake, de picardía. Me limito a sacudir la cabeza y a coger el bolso. Voy a darle las últimas instrucciones a Sophie, pero me frena con un gesto.

—Lo tengo controlado —dice.

Hunter me empuja hacia la puerta y me detengo un instante para disfrutar del aire libre antes de subir al coche. Aunque me encanta ser madre, no hay nada como escaparme con mis dos personas favoritas y volver a ser yo misma.

—Dios, estoy deseando llenarte —murmura Hunter entre dientes.

Drake se ha tomado su tiempo para atarme a los postes de la cama, con las muñecas esposadas a cada lado. Ahora su cara está enterrada entre mis piernas

y mis muslos alrededor de su cabeza mientras me lleva a un clímax estremecedor. Todo mientras Hunter mira, naturalmente.

Me encanta la quemazón en las muñecas, la sensación de tener los movimientos restringidos, no poder escapar por mucho lo intente, aunque la verdad es que ni lo intento.

Hay algo en la forma en que me ata Drake que me pone muy muy cachonda. Si sumas a la mezcla sus manos y su lengua, estoy en el paraíso.

—¡Me corro! —exclamo con la voz entrecortada. Arqueo la espalda hasta separarme del colchón mientras su boca implacable me lleva hasta un orgasmo imposiblemente largo.

Me quedo sin aliento cuando Drake se levanta de entre mis piernas y Hunter toma su lugar, acariciándose lánguidamente. Me retuerzo contra las ataduras, lista para Hunter, pero Drake le roba egoístamente su atención antes de que consiga lo que quiero.

Estoy fuera de su alcance, tumbada boca arriba, con la cabeza sobre una almohada y las muñecas atadas al cabecero, y más cuando Drake coge a Hunter para darle un beso brutal. Un gemido se escapa de mi boca mientras los veo devorarse el uno al otro. La mano de Hunter pasa de su propio miembro al de Drake, acariciándolo de forma tortuosamente lenta.

—¿Qué tal si me la chupas antes de follar con nuestra mujer? —pregunta Drake; lo agarra de la nuca y hace que se arrodille.

—Me parece genial. Ya sabes que la vuelve loca verlo —responde Hunter, y suelto otro gemido cuando ambos se vuelven para mirarme.

—Hazlo —susurro, con la boca seca al verlos tocarse.

—Qué viciosa —se burla Drake, pero sus palabras se interrumpen cuando Hunter pone los labios alrededor de su pene—. Ay, Dios —gime, moviendo las caderas hacia delante.

Hunter lo chupa como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Si me dieran un céntimo por cada vez que lo he visto de rodillas y con sus labios ansiosos alrededor de Drake, tendría suficiente para construir otro estudio de yoga. Aún le gusta ser el dominante durante el sexo, pero le encanta hacer que Drake se corra en su boca, y a mí me encanta verlo.

Nuestra relación no ha llegado a lo de ahora de la noche a la mañana. A Hunter aún le queda trabajo por hacer, y todavía le cuesta llamar a Drake novio o marido, pero no hay duda de que lo quiere. Siempre ha sido así. Durante toda su vida Drake fue su alma gemela bajo la apariencia de su mejor

amigo, y, a fin de cuentas, poco importa cómo lo llame. Estos dos están hechos el uno para el otro, y yo soy la mujer afortunada que los mantiene unidos.

En cuanto a Drake y a mí, fui yo quien le pidió que me llamara esposa. Me di cuenta de lo mucho que lo deseaba, y no era cuestión de mantenerlo en el estatus de novio después de todo este tiempo. Así que ahora, cuando la gente pregunta, yo también soy su mujer. Aunque cuando estamos solos, prefiero que me llame «mi chica».

—Joder, voy a correrme, cariño —gime Drake, acariciando con sus largos dedos los rizos oscuros de Hunter, que sigue moviéndose de arriba abajo—. Me encanta tu boca, joder.

Hunter gime a modo de respuesta y acelera, y yo me embebo de la visión de Drake al alcanzar el orgasmo, con la boca abierta y los ojos cerrados, luchando contra las ataduras porque me muero por tocarme al ver el espectáculo.

Hunter se lo traga todo antes de levantarse dibujando un camino ascendente de besos por el cuerpo de Drake hasta llegar a sus labios y dejar un último beso que hace sonreír a Drake en su estado de embriaguez poscoital.

—Hunter, por favor. Me muero por tenerte…

—Lo siento, pelirroja —sonríe; se tumba entre mis piernas y yo le rodeo la cintura con ellas. Me penetra sin apartar sus labios de los míos, con embestidas lentas pero brutales, y sé que se está conteniendo por no correrse demasiado pronto. Después de ver primero cómo Drake me practicaba sexo oral a mí y luego experimentar cómo él mismo le daba placer a Drake, Hunter está tan cachondo que no va a durar mucho.

Intentar dejarme embarazada debe de ser otra de las fantasías de Hunter, porque no lo había visto así en la vida.

La cama se hunde y Drake me pone la mano en la barbilla y me aparta de la boca de Hunter para devorar con sus suaves labios los míos. Hunter acelera el ritmo y yo siento los dedos de uno de los dos en mi clítoris.

Me encanta cuando estamos tan consumidos los unos por los otros que nos convertimos en uno y ya no se sabe dónde empieza uno y acaba el otro, y da igual, porque somos un todo, tres trozos de una misma alma.

Las embestidas de Hunter son ahora rápidas y mi cuerpo se tensa en anticipación de otro clímax. Las manos de Drake recorren mi cuerpo cuando por fin me dejo llevar, y Hunter me embiste una última vez antes de correrse en mi interior, llenándome como prometió que lo haría.

Hunter afloja rápidamente la cuerda de mis muñecas y los tres nos dejamos caer sobre la cama, con las piernas enredadas y las manos entrelazadas.

Solo llevamos un par de meses intentando tener este bebé, y hoy tengo un buen presentimiento. Estoy deseando tener un trocito de Hunter dentro de mí, y espero que sea un niño. Un bomboncito de ojos marrones y pelo rizado que tenga a los dos mejores padres del planeta, pero que prefiera a su mamá. Tal vez sea estúpido soñar con algo que quizá nunca llegue, pero sé que, pase lo que pase, sigo siendo la mujer más afortunada del mundo.

Quería una familia, un hogar rebosante de amor y la atención de las personas que más me importan, y ahora tengo todo eso y mucho más.

NOTA DE LA AUTORA SOBRE EL CONTENIDO EXTRA

Querido lector:

En el capítulo 31, Drake y Hunter vivieron su primera experiencia sexual, y tuve que tomar la difícil decisión de elegir el punto de vista de quién narraría la escena; como no me parecía bien excluir a Isabel, se cuenta desde su perspectiva, espiando desde el pasillo. Esta escena fue tan crucial, sobre todo para Hunter, que decidí reescribirla como un extra, captada a través de sus ojos, y he incluido este —muy solicitado— cambio de enfoque al final de esta novela. Espero que lo disfrutéis.

Contenido extra:

Regla nº 31 (II)

Si tu mujer te deja tener tu momento con tu mejor amigo, no desperdicies la oportunidad

Hunter

No dejo de mover una rodilla arriba y abajo durante todo el trayecto a casa. Drake y yo hemos ido en coches distintos, así que ahora me sigue en su camioneta, y no puedo dejar de preguntarme si está tan nervioso y asustado como lo estoy yo.

Estoy a punto de follar con mi mejor amigo, con un hombre, y no sé cuál de las dos cosas me deja más impactado. Pero, joder, quiero hacerlo. Lo deseo como nunca había deseado nada.

Cuando llegamos a la casa, veo un par de luces encendidas en el piso de arriba y rezo en silencio para que Isabel siga despierta. No me cabe la menor duda de que estará de acuerdo con esto. Joder, estoy seguro de que incluso nos animará a ello.

Después de aparcar, Drake y yo salimos casi al mismo tiempo y cruzamos una mirada acalorada antes de apresurarnos hacia la puerta. Siento su aliento en mi espalda, y cuando por fin traspasamos el umbral es como si se hubieran roto todos los diques.

Me empotra contra la pared y sus labios se pegan a los míos en una furia de deseo. Me encanta cómo jadea mientras nuestras lenguas se enredan en una cálida fricción.

—¿Estás seguro? —murmura contra mis labios, y luego desciende hasta besarme el cuello. En cuanto su lengua roza piel, me vuelvo loco. Lo agarro de la camisa y lo hago girar hasta que es su enorme cuerpo el que choca contra la pared con más fuerza que el mío.

—Estoy seguro de cojones —respondo; pego mis labios a los suyos y le recorro los planos musculosos de su pecho con las manos. Joder, su cuerpo es la hostia de sexy. Nunca me había excitado un cuerpo masculino, pero Drake ha desatado algo salvaje dentro de mí. No dejo de pensar en el aspecto de los

músculos de su torso cuando me corrí sobre ellos en la ducha, pero ahora quiero recorrer cada centímetro de su cuerpo y reclamarlo como mío.

—Necesitamos a Isabel —susurra Drake.

—Voy a por ella —respondo; le levanto la camiseta y le paso las manos por el estómago y el pecho, lo agarro del trasero y me pego a él.

—Sube las escaleras.

Y vamos a tientas, enredados el uno en el otro y sin dejar de besarnos hasta llegar al segundo piso. Si Isabel sigue durmiendo, será un puto milagro. Por un momento, tengo a Drake echado hacia delante y mi pene se apoya entre sus nalgas prietas cubiertas con esos vaqueros.

Voy a perder la puta cabeza.

—Ve a la habitación de invitados. Ahora —murmuro con la mano alrededor de su cuello—. Prepárate para mí.

Y entonces veo algo por el rabillo del ojo: un mechón de pelo rojo que desaparece en el dormitorio.

Buen intento, pelirroja. No te vas a escapar tan fácilmente.

Aparto a Drake de un empujón y él me sonríe con expresión ladina, y siento que el corazón me va a estallar en el pecho porque parece tan emocionado y feliz como me siento yo ahora mismo. Solo falta una cosa, y si en serio cree que va a esconderse de mí, está loca.

Cuando me asomo a nuestro dormitorio la encuentro fingiendo estar dormida con auténtica maestría: tiene los ojos cerrados, la respiración uniforme y el pelo revuelto sobre la almohada, y me doy cuenta de que en realidad no quiere participar.

Pero ¿por qué?

Me acerco de puntillas y recojo del suelo la novela romántica que debe de haber estado leyendo. La dejo sobre la mesilla y miro fijamente a mi bella esposa. Si Isabel quisiera estar presente, lo estaría. Si no quisiera que lo hiciera, me lo impediría. Mi mujer no se anda con tonterías. Con una sonrisa, me agacho y la beso en la frente.

—Te quiero —susurro antes de apagar la luz.

Luego salgo despacio del dormitorio y, al llegar al pasillo a oscuras, me quedo paralizado de camino a la habitación de invitados, aturdido por la importancia de este momento.

Ya no hay quien me pare, pero una parte de mí se pregunta si deberíamos ir más despacio, si estoy cometiendo un error. ¿Y si él quiere más de mí? ¿Y si

sigo por este camino con él y eso lo echa todo a perder? ¿Y si esta es la única línea que no debemos cruzar?

Me deshago de esa línea de pensamiento: es convincente, pero no lo suficiente como para impedirme entrar en esa habitación.

Además, todo se esfuma de mi mente en cuanto llego a la habitación de invitados y veo a Drake tumbado desnudo en la cama, acariciando lentamente su gruesa erección y mirando hacia la puerta.

No parece asustado ni nervioso; ¿por qué yo sí lo estoy?

—Está durmiendo —susurro cuando mira sobre mi hombro y ve que estoy solo.

Sin esperar su respuesta, me arranco la camisa y me desabrocho la hebilla del cinturón. Sin apartar la vista de él, me bajo los pantalones y los calzoncillos y me descalzo hasta quedar desnudo. La única iluminación de la estancia proviene de la lamparita de noche, pero mis ojos se han acostumbrado a la penumbra lo suficiente como para ver las curvas y valles de sus abdominales y sus pectorales.

—Ven aquí —murmura.

No lo dudo. Me meto en la cama y me tumbo sobre su cuerpo; tenemos las piernas entrelazadas y los penes apretados entre nuestros cuerpos; encuentro sus labios y le beso la sonrisa que se dibuja en su cara.

—Te necesito —susurro entre nuestras respiraciones frenéticas. Todo va demasiado rápido y, si seguimos machacándonos así, me voy a correr demasiado pronto. No me importaría a correrme más de una vez esta noche, pero quiero saborear el momento y quiero correrme dentro de él.

Sus manos recorren la piel de mi pecho y mis brazos.

—¿Y después qué, Hunt?

Frunzo el ceño y después de un instante esbozo una sonrisa.

—¿Cómo que «después qué»? ¿Desde cuándo te preocupa lo que pasa después del sexo?

Me aparta un poco de su cuerpo.

—Desde que follo con tu mujer. Desde que me besaste en ese cuarto oscuro. De repente, importa un montón.

Tiene razón. Sé que la tiene. Pero es una pregunta que no estoy preparado para responder. Lo que quiere es algo que no sé si puedo darle: aceptación, compromiso, palabras demasiado difíciles de articular en este momento, como si estuvieran en un idioma que no conozco, y así es: no hablo vulnerable.

—¿Qué quieres que te diga? —Le doy un beso en el pecho y deslizo los labios hasta su pezón para morderlo burlonamente. No estoy jugando limpio, lo sé. Pero funciona, porque suspira, me rodea con la pierna derecha y gime.

—Nada. Vamos a follar.

Juraría que oigo un pequeño jadeo o gemido al otro lado de la puerta, pero lo ignoro; desciendo por su cuerpo, ansioso por probar cómo sabe y cómo se siente en mi boca. Él sisea cuando se da cuenta de lo que estoy haciendo. Mis labios rozan su pene, que se pone rígido de inmediato.

Entonces le hago todo lo que sentí que él me hacía a mí: lo rodeo con mis labios y dejo que sienta la cálida y húmeda superficie de mi lengua a lo largo de su pene mientras lo llevo hasta el fondo de mi garganta. Aprieto los labios y chupo, y vuelvo a subir para ponerlos alrededor de la corona.

Gime tan fuerte que parece un animal salvaje. Los músculos de sus piernas están tensos y se sacude y se retuerce mientras le practico sexo oral. Cuando me clava los dedos en el pelo y se hunde hasta el fondo de mi garganta casi me corro. De repente, y por razones que no comprendo, quiero que me use.

Embiste dos veces más y jadeo, empapándolo de saliva. Como me acaricie el miembro una sola vez, me muero aquí mismo. Me domina la insaciable necesidad de ser yo quien lo haga sentirse bien. Si no estuviera tan decidido a ser yo el que se lo folle esta noche, podría tumbarme en este mismo momento y dejar que me hiciera todo lo que quisiera. Pero, así, su placer se convierte en mío.

Pero antes de correrse, me tira del pelo y sale de mi boca; hace que me acerque a él para besarme una vez más.

—Vamos a follar ahora mismo o voy a perder la puta cabeza —murmura cuando se acaba ese beso voraz.

El corazón me late tan fuerte en el pecho que siento cómo me retumba en todo el cuerpo. Estoy casi mareado por la necesidad, y, cuando Drake vuelve la cabeza, veo el lubricante y el condón que ha dejado en la mesilla. Los cojo y me arrodillo entre sus piernas. Su pene cubierto de saliva brilla bajo la suave luz.

Me pongo el condón rapidísimo, y es un puto milagro porque las manos no dejan de temblarme.

—Tienes que… —musita, separando las piernas.

—Lo sé —susurro, echándome el lubricante en los dedos. Tengo que prepararlo. Está claro que piensa que no sé nada del sexo con un hombre, pero

lo básico lo tengo dominado. Después de todo, soy copropietario de un puto club sexual.

Cuando acerco mis dedos cubiertos al espacio entre sus testículos y su ano, suspira. Lo masajeo con suavidad antes de pasar lentamente al anillo muscular. Con la otra mano le rozo la cara interna del muslo y le doy un apretón en los firmes músculos de la pierna mientras introduzco un poco más el dedo corazón.

Gime, echando la cabeza hacia atrás. Estoy la hostia de excitado al darme cuenta de que a Drake le encanta lo que le hago; me estoy volviendo loco al hacer que se sienta tan bien, al ver cuánto le gusta.

—¿Te gusta? —pregunto porque me muero por oírlo.

—Más —responde con un gruñido ronco.

Apenas me cabe otro dedo, así que no sé cómo coño voy a meter mi pene.

—Joder, qué estrecho eres.

—Más, Hunter —exige.

Una gota de semen gotea de la punta mientras lo embisto con los dedos, sintiendo cómo sus músculos se relajan y su cuerpo se abre para mí. No creo que pueda esperar ni un minuto más. Esto es lo más sexy que he visto nunca, y ya me preocupa correrme antes de tiempo.

—Estoy listo —dice sin aliento, y levanta un poco más las rodillas.

Lo miro a los ojos, saco los dedos y busco el bote de lubricante. Lo extiendo por mi pene y un poco más sobre él. Luego me pongo frente a su entrada y empujo lentamente hasta que la punta desaparece en su interior.

Contenemos el aliento mientras entro un poco más en él y me echo hacia delante para sentirlo más cerca. Cuando estoy enterrado hasta la empuñadura, Drake se aferra a las sábanas, echa la cabeza hacia atrás y suelta un largo gemido.

Me estrecha de un modo que jamás había experimentado. Es todo increíble: su cuerpo duro debajo de mí, sus fuertes gemidos, esos labios suaves que de repente me he vuelto adicto a besar…

Salgo un poco y vuelvo a entrar tortuosamente despacio.

—Joder, qué bueno —jadeo, besándole el pecho y el cuello. Salgo y vuelvo a entrar con un poco más de fuerza—. Joder, qué bueno, Drake.

—Sí que lo es. No te pares.

«Será un placer», respondo mentalmente; me arrodillo y empiezo a embestirlo en serio. El cabecero de la cama choca contra la pared mientras recorro el

camino hacia el orgasmo, intentando exprimir cada segundo de placer de este momento crucial.

Con cada embestida pruebo diferentes ángulos e intento medir la reacción en su rostro hasta que adopta esa expresión de placer que tanto me gusta. Cuando lo encuentro, no paro de penetrarlo hasta alcanzar el punto exacto que lo vuelve loco.

—Mastúrbame mientras follamos —murmura, y yo me apresuro a obedecer, complacido al comprobar que gotea un poco más con cada embestida. También va a explotar en cualquier momento—. Así… Sí… Bien, sí… Ah, Dios…

Y solo con oír cómo esas palabras escapan de sus labios me precipito al abismo.

—¡Me voy a correr! —Con una mano aferrada a sus caderas, lo penetro una vez más y me estremezco con un orgasmo violento y cegador. Me corro tan fuerte que siento el pulso en los oídos y detrás de los ojos.

Drake me agarra la muñeca justo antes de que los cálidos chorros de su semen cubran mis dedos. Gemimos y jadeamos juntos hasta que el placer se agota y nos desplomamos juntos poseídos por el agotamiento poscoital.

Apoyo la cabeza en su pecho y escucho los latidos erráticos de su corazón. Después de unos minutos, salgo de él y me dejo caer en el colchón a su lado. Tenemos que levantarnos y asearnos, pero en este momento apenas puedo moverme.

—Isabel estaba mirando desde el pasillo —me susurra al oído.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Lo sé. Creo que ha disfrutado del espectáculo.

—¿Cómo te sientes? —Se vuelve para mirarme, pero yo no puedo hacer lo mismo, así que clavo la vista en el techo en la oscuridad, meditando mi respuesta.

—Me siento de puta madre —respondo.

Cuando vuelve a abrir la boca, me aterra la idea de que me pida que siga hablando de ello. Drake quiere que defina qué es esto, qué soy yo, y para evitar que eso pase, me levanto a toda prisa.

—Vamos a asearnos, porque en cuanto estés listo quiero hacerlo otra vez.

Suelta un resoplido y una carcajada y me echa de la cama.

—Entonces ve a buscarme una puta toalla, amante.

—Sí, cariño —bromeo, porque somos amigos.

Eso es todo, solo dos grandes amigos.

AGRADECIMIENTOS

Este libro fue un sueño febril. Sinceramente, ni siquiera recuerdo haberlo escrito. Todo encajaba a la perfección, y me cuesta creer que haya sucedido de verdad.

Supongo que eso es lo que pasa cuando pones a tres personas en un viaje por carretera con un montón de clubes de sexo. La historia se cuenta sola a partir de ese punto. Y eso fue todo, así que a partir de ahora solo voy a escribir historias de tres personas que viajan por carretera.

Pero aunque la parte de la escritura en sí fue fácil, la verdad es que hubo mucho más para hacer realidad este libro. Así que tengo que dar las gracias a mi increíble equipo.

Mi publicista y amiga (y compañera adicta al trabajo) Amanda Anderson.

Danielle Sánchez y el equipo de Wildfire Marketing.

Mis lectores beta, Amanda Kay Anderson y Adrian Babst, por su inapagable entusiasmo y su dedicación a mis historias. Sois fenomenales.

La Reina en persona, Claudia, por ser mi experta en *kink* y *shibari*. ¡Gracias por tu sabiduría!

Mi editora, Rebecca's Fairest Reviews. Te alegrarás cuando acabe con esta serie, ¿no? Empezaré a ser puntual de nuevo. Gracias por trabajar con tantas ganas y por hacer que mi trabajo brille.

Mi correctora, Rumi Khan. Valoro mucho tu dedicación y flexibilidad.

¡Mi agente, Savannah Greenwell! Gracias por llevarme de la mano durante este año de locos.

Rachel Leigh. Ya sabes.

Lori, donde quiera que vaya, pase lo que pase, te llevaré conmigo. Gracias por ser tan increíble.

Mis desvergonzadas hermanas, por las risas y el confeti de pene. El grupo de lectores más bonito del mundo.

Y mis hermosos Pecadores.

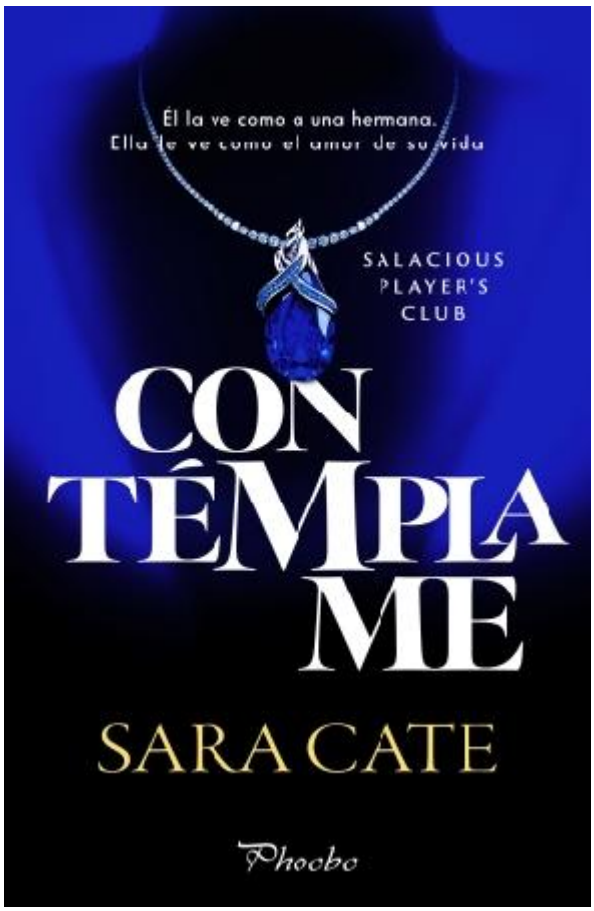
A todos los lectores, *booktokkers, bookstagrammers,* que son demasiados para nombrarlos, que nos acogieron a mis libros y a mí y a mis libros con los brazos

abiertos. No se os reconoce lo suficiente lo que aportáis a esta comunidad.

A todas y cada una de las personas que me tendieron la mano después de que compartiera la historia de Garrett. Me alegro mucho de que estéis aquí y de que no estéis solos.

A veces, no puedo creer que este sea mi trabajo: escribir libros, contar historias —muy eróticas— que animan a las mujeres a leer y a disfrutar del sexo sin vergüenza. Este trabajo es lo que me alimenta, lo que enciende una chispa en mi alma y hace que merezca la pena vivir.

Gracias por alimentar esa chispa.



Contémplame

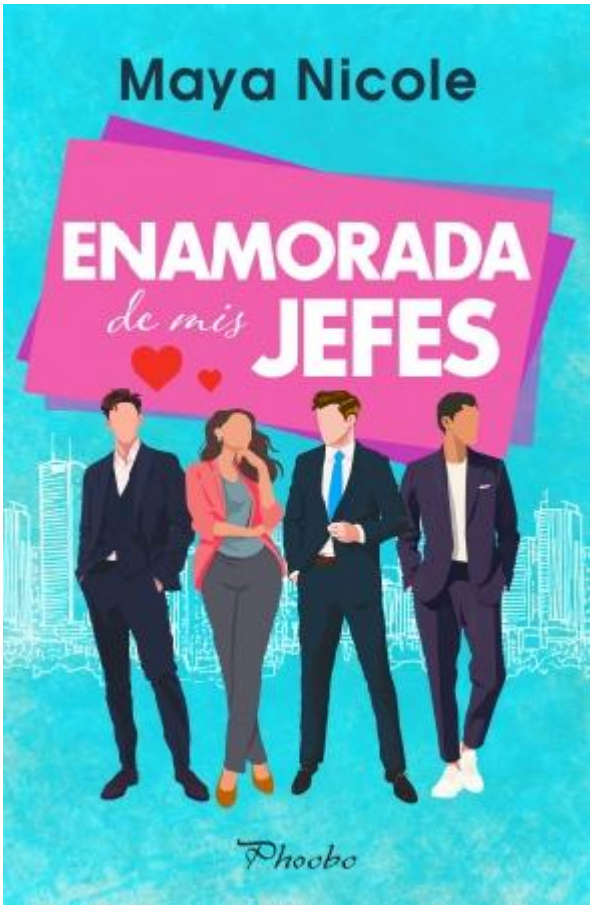
Cate, Sara
9788410070813
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Soy un voyeur. Eso quiere decir que me gusta mirar, y en mi oficio eso es una bendición. Soy uno de los propietarios del Club Juegos Prohibidos, y me siento cómodo manteniéndome al margen. Es lo

que se me da bien: trabajo mejor solo. Pero un día me topo con una aplicación para ver a mujeres a través de una cámara, y me encuentro contemplando a la única persona a la que no debería mirar: mi hermanastra. Esto supone tres grandes problemas: uno, Mia y yo no nos soportamos; dos, ella no tiene ni idea de que yo soy el hombre que está al otro lado de la pantalla, y tres, me estoy enganchando a la aplicación… y a ella. Mia me hace desear algo que me juré que no volvería a hacer: abrirme y conectar con alguien emocionalmente. Me estoy enamorando de ella, pero ella se está enamorando del hombre misterioso que pretendo ser. Si quiero que todo salga bien, voy a tener que hacer algo más que mirar. Pero ¿hasta dónde seré capaz de llegar para seguir contemplándola?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Enamorada de mis jefes

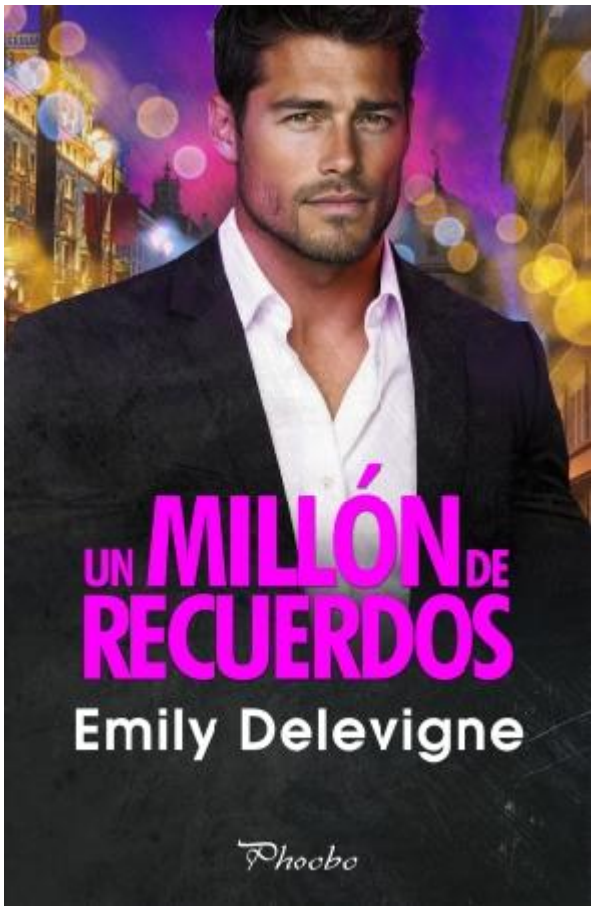
Nicole, Maya
9791387787011
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Todo comenzó con una huida. Dejé atrás un compromiso roto y llegué a Nueva York dispuesta a empezar de cero. Lo que encontré fue un apartamento minúsculo, un baño compartido y una vida muy distinta a la que había imaginado. Y entonces, una noche, lo conocí

a él. Misterioso. Atractivo. Irresistible. Lo que parecía un momento fugaz de placer se volvió aún más inesperado cuando descubrí que no estaba solo... y que sus dos amigos también querían formar parte del juego. ¿Lo mejor —o lo peor— de todo? Que ahora los tres son mis jefes… y mantener la distancia no está exactamente en la descripción del puesto.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un millón de recuerdos

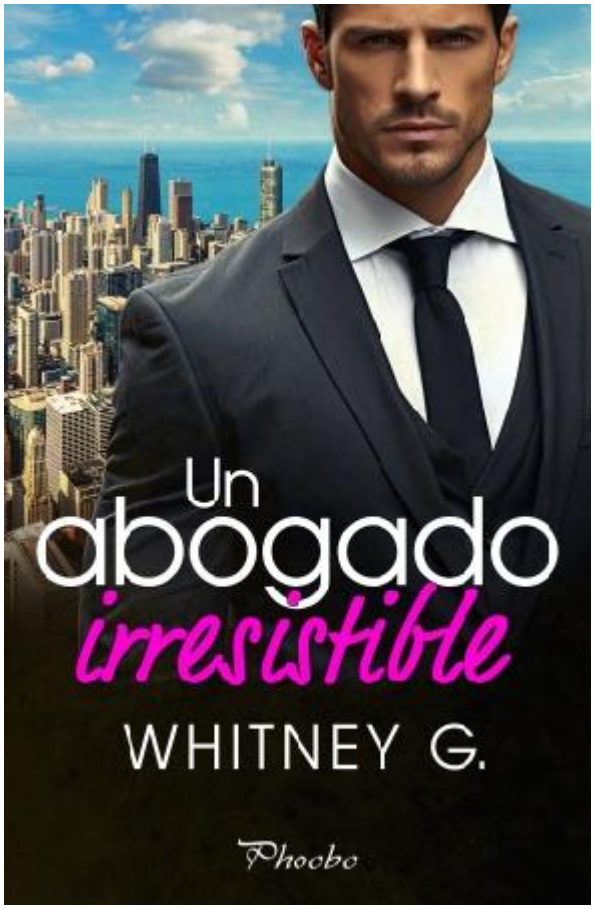
Delevigne, Emily

9788410070974
475

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sofía regresa a su pueblo natal para asistir al funeral de su abuela Linda. Cuando su padre le comunica que ha heredado una misteriosa caja, Sofía apenas le presta atención: hacía años que apenas tenía relación con ella. Cinco años después, vuelve para pasar el verano con su padre, quien le recuerda la existencia de aquella caja olvidada. Al fin decide abrirla, sin imaginar que descubrirá los secretos de una vida apasionante que cambiarán su percepción de Linda para siempre. Lo que Sofía tampoco espera es cruzarse con Colton, un hombre tan irresistible como exasperante, que pronto se convierte en su mayor dolor de cabeza… y en su mayor tentación. Entre encontronazos, sarcasmos y una química imposible de ignorar, Sofía se verá atrapada en un torbellino de emociones que la harán replantearse su estancia más de una vez. Pero en medio de la confusión descubrirá que a veces el mayor enemigo puede ser también el mejor aliado… y quizá algo más.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un abogado irresistible

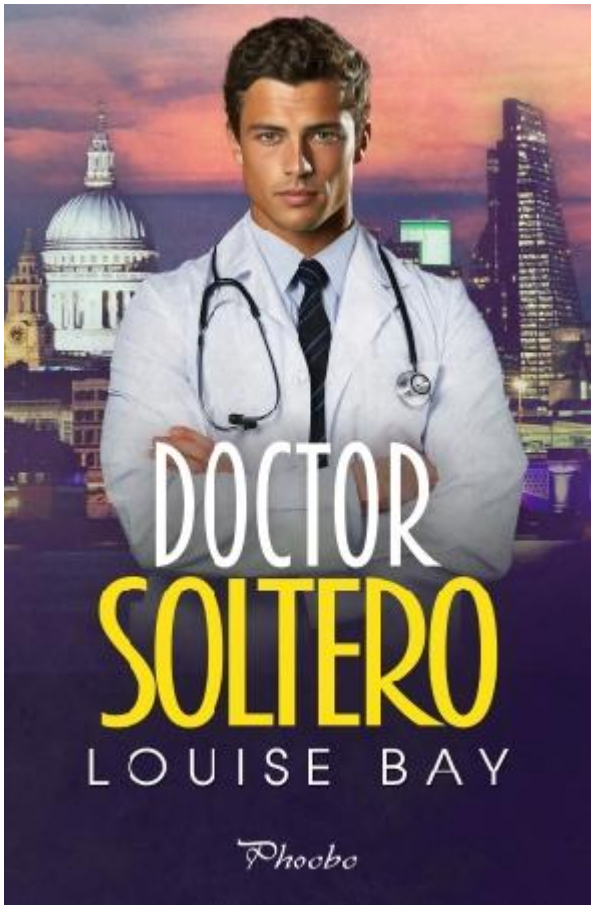
G., Whitney
9788410070233
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el trayecto a la entrevista más importante de mi vida acabé chocando con mi destartalado Honda contra la parte trasera de un McLaren negro personalizado, y al superatractivo bastardo de su dueño no le hizo ni la más mínima gracia. Sobre todo cuando escapé

de la escena del delito tras haberle dejado como pago un cheque sin fondos, veinte dólares y un paquete de condones de los que brillan en la oscuridad (estoy tan arruinada que no puedo permitirme contratar un seguro). Conseguí llegar a la entrevista con unos segundos de margen, pero el socio de Hamilton y Asociados con el que esperaba encontrarme no estaba. En su lugar, me recibió, sorpresa…, el espectacular tío con el que acababa de chocar: Damien Carter. Tras escuchar su primera pregunta («¿Sabe que huir del escenario de un accidente es un delito?»), supe que no iba a conseguir el trabajo. Pero, para mi desgracia, me dieron el puesto y no tardé en darme cuenta de que Damien, mi jefe, y yo teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba. A pesar de que ese cabrón malencarado se pasa la vida amenazándome y dándome órdenes. Su bufete parece sacado directamente de El padrino, nada que ver con los «hombres buenos de la justicia» que muestran sus carteles promocionales. Entre sus paredes se esconden oscuros secretos, sus clientes siempre son culpables y Damien Carter representa todo lo que anda mal en el sistema legal. O al menos eso pensaba yo hasta que empezamos una turbulenta relación de amor-odio y descubrí su mayor secreto…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Doctor Soltero

Bay, Louise
9788410070226
305

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando la mujer con la que tuve una aventura de una noche me anuncia que acabo de ser padre, mi mundo se viene abajo. Tengo que elegir entre ser padre soltero de una recién nacida o firmar los papeles para que alguien la adopte, y la decisión es fácil: tras

apenas unas horas cojo un avión para ir a buscar a mi hija. El problema es que apenas soy capaz de distinguir la cabeza de los pies de un bebé, y esta situación me supera, pero tengo un plan: voy a contratar a una niñera, a ocuparme lo mínimo posible de la niña y a seguir con mi vida. Por fin encuentro una niñera que está a la altura de mis exigencias, pero todo se complica porque, cuando la miro, el futuro que creía desear empieza a desmoronarse. Nada en mi vida va según lo previsto, y la máquina de ensuciar pañales que tengo en los brazos se ha abierto camino inesperadamente hasta mi corazón. Mi vida era ordenada y lógica hasta que me encontré con dos compañeras de piso y me empecé a enamorar de las dos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)